



MANUEL PIMENTEL

Novela

DOLMEN

Más allá de su arquitectura colosal, el dolmen es poder, energía. Un *thriller* sorprendente y lúcido que nos adentra en su arcano prehistórico y ancestral.



ALMUZARA

MANUEL PIMENTEL

Dolmen

© MANUEL PIMENTEL SIRES 2017
© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2017

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, en el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.»

Editorial ALMUZARA • Colección NOVELA
Edición al cuidado de ROSA GARCÍA & JAVIER ORTEGA
Director editorial: ANTONIO CUESTA
Conversión a ebook: REBECA RUEDA
www.editorialalmuzara.com
pedidos@editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com

ISBN: 978-84-17229-20-7

T.L.2

A mis hijos, Pilar y Manolo.

A los arqueólogos que, con rigor y paciencia, descubren el mundo de los dólmenes y su sorprendente cultura megalítica.

*A los adoradores de los dólmenes,
para que nunca abandonen el reino de la luz.*

I

Vi aquella tarde la mariposa amarilla entre las buganvillas en flor y pensé en la muerte. Su vuelo sutil me hizo recordar una de las supersticiones de mi abuela: *Niña, si ves una mariposa amarilla revolotear a tu vera, reza para que el difunto no sea de los tuyos porque alguien, en breve, va a engrosar el reino de los muertos.*

Apenas si quedaban mariposas en los campos de Andalucía, esquilgadas por venenos y epidemias, y las pocas que aún perfilaban sus cielos solían ser blancas. Años atrás era frecuente disfrutar de sus vuelos temerosos, suspendidas en el aire transparente de la mañana. Los niños intentábamos capturarlas con más alborozo que éxito. Logré apresar algunas entre mis dedos. Su fragilidad era sostenida por unos polvos finos, suaves como talco, que cubrían sus alas y que, según nos decían, las hacían volar, como a la Campanilla de Peter Pan.

Recordé con nitidez cómo, hacía ya un tiempo, en el campo, otra mariposa amarilla apareció con su tétrico augurio ante nosotras. Mi abuela apretó con fuerza mis manos y una lágrima rodó por sus mejillas: *Dile a tus padres que regresamos a Ronda, Artafi, que nada bueno nos puede pasar.* Esa noche, mi abuela murió. La encontramos sin pulso a la mañana siguiente, con una enigmática sonrisa en sus labios.

Eso ocurrió años atrás y nunca, desde entonces, una mariposa amarilla revoloteó a mi alrededor. Para mi desgracia, acababa de verla, de nuevo, aquella tarde que descansaba en Valencina de la Concepción. Su vuelo azaroso me estremeció y la premonición emergió de súbito, atávica y descarnada. ¿Quién moriría en esta ocasión?

Desgraciadamente, no tardaría en averiguarlo.

II

Abrió los ojos y apenas si logró atisbar unas confusas brumas. Trató de incorporarse, pero el esfuerzo tan sólo sirvió para agudizar un afilado dolor de cabeza. ¿Dónde estaba? Comprobó, horrorizado, que se encontraba inmobilizado por completo. Un millón de estrellas titilaban sobre el cielo despejado de aquella noche cálida y fragante. Tardó todavía unos segundos en descubrirse en su propio jardín, amarrado sobre la gran piedra de molino. Comprendió entonces su situación desesperada. No lograba recordar nada de lo ocurrido en las horas anteriores, pero una certeza más negra que la noche sacudió su ánimo: en breve, iba a morir. Así de simple, así de terrible. Sería ofrendado al poderoso señor de la oscuridad sobre el ara del sacrificio. Y aterrado, supo que su muerte no sería inmediata, sino lenta, dolorosa y cruel, como exigía la liturgia de la tradición. ¿Por qué a él? Nunca pensó que llegaría ese momento ni que jamás el ritual de los antiguos le señalara como víctima propiciatoria. Deseó perder la conciencia, desmayarse, sufrir un fulminante ataque al corazón; cualquier muerte antes que tener que afrontar la atroz agonía de los elegidos. Nunca soportó el dolor y era mucho el que tendría que sufrir hasta que la muerte redentora le acogiera entre sus fríos brazos. Sudoroso, el terror ante el tormento le estremeció. Tembló, desnudo bajo la noche de luna nueva. El gran sacerdote no permitiría que su sufrimiento se reflejara en el espejo delator de la luna llena. Sin testigos, su dolor se perdería en la oscuridad astral.

Intentó forcejear para liberarse de sus ataduras, a pesar de que era conocedor de lo estéril de su esfuerzo: no logró que los nudos cedieran ni una sola fracción de milímetro. La cuerda de cáñamo crudo habría sido ligeramente humedecida para que, al secarse, aún apretara más. Como el insecto atrapado en la red traidora de la araña negra y ponzoñosa. Como siempre, como desde siempre.

Los oyó acercarse. Entonaban el canto lúgubre de los ritos de sacrificio. No pudo percibir cuántos eran, pero allí estaban, junto a él, rodeándolo, hombres desnudos que aguardarían en denso silencio el inicio de la ceremonia. El sumo sacerdote no haría esperar al dios de la muerte. Apenas si serían unos minutos del más atroz de los sufrimientos, la puerta de la infinita eternidad para él.

Conocía el suplicio que le aguardaba y su cuerpo se encogió de terror y angustia. Primero le sacarían los ojos, con una cuchara de marfil. Los depositarían en la copa. Después le cortarían la lengua. Y mientras él se retorció de dolor, la copa pasaría de mano en mano para que los participantes devoraban

sus órganos extirpados. Y eso sólo sería el aperitivo. El plato fuerte llegaría después, cuando su corazón fuera arrancado de su pecho. Aún latiría en las manos del sagrado oficiante. Sólo algo después, entre sanguinolentos estertores, encontraría el alivio de la muerte.

Creyó que se desmayaba, pero, para su desgracia, se trató de un leve desvanecimiento. Al abrir de nuevo los ojos descubrió que el gran sacerdote se acercaba. Avanzaba con decisión con algo en la mano. ¿Qué podría ser? Comprobó, horrorizado, que se trataba de la cuchara antigua de marfil. Cerró los ojos al sentir el desgarro, experimentó un agudo dolor y la oscuridad se hizo para siempre.

III

El aire fresco de la mañana supuso el único alivio que nos concedió aquel verano caluroso. Por eso, me tumbé sobre una de las hamacas del jardín. El chalé de mi amiga María Valbuena, en Valencina de la Concepción, era una muestra acogedora de su buen gusto decorativo. Le estaba muy agradecida por su invitación. Fuimos compañeras de instituto y manteníamos desde entonces una cálida amistad, alimentada por esporádicos reencuentros. Al enterarse de que iba a trabajar en el yacimiento de Valencina, me invitó de inmediato a dormir en su casa. Acepté encantada, ya que me sería muy cómodo durante los primeros días de excavación. Así podría descansar y bañarme en su piscina después de los calores de la jornada. Recordaba a mi amiga en su infancia como una chica dulce, de las que le encantaban las muñecas de cara redonda y barriguita abultada. Yo prefería el vértigo de la cabaña en el árbol y la velocidad inconsciente de la bicicleta con barra. Fue enamoradiza y siempre le rondó algún novio. Yo tardé mucho en tener el primero y casi nada en abandonarlo. María fue la primera de la pandilla en casarse, y la tripa redonda que lucía pregonaba su embarazo. Esperaba un niño. Irradiaba felicidad y su luz contrastaba con mi penumbra sentimental. El asunto de la maternidad me angustiaba. A veces la deseaba, en la mayoría de las ocasiones la rechazaba y siempre la temía. Contemplar a mi amiga preñada y feliz me causaba un extraño desasosiego que oscilaba entre la lástima por la mujer libre que se perdía y la envidia por la madre que germinaba. Embridé la comparación malsana para no retozar en el dulce alivio de la autocompasión. Ella era ella y yo, yo. Obviedad esencial, pero al tiempo trascendente. Cada una había escogido la vida que había querido —o podido— llevar. Y, además, yo era independiente y libre; ella, una mujer para siempre amarrada a su criatura. *Libertad, divino tesoro*, me consolé sin demasiada convicción.

La quietud del jardín invitaba al descanso, pero decidí cumplir con mi deber. Comenzaba a trabajar al día siguiente en las prospecciones del Dolmen de la Pastora y quería aprovechar aquella mañana para repasar los informes técnicos de las campañas arqueológicas anteriores.

—Artafi, tengo un nuevo trabajo para ti —me había comentado semanas atrás mi mentor, el profesor Cisneros—. Se excavará alrededor del dolmen, en una zona de fondos de cabaña. La excavación la dirige Manuel Carrasco y promete mucho. Quieren descubrir cómo vivían los constructores de los megalitos de Valencina. Te dejo su móvil, llámalo.

Acepté encantada. Desde que recordara, los dólmenes y sus misterios me atrajeron poderosamente. Me estremecía cada vez que me adentraba en el seno de aquellas catedrales megalíticas, envuelta en el halo sagrado de sus penumbras. Esas construcciones de piedras gigantes fascinaron y concitaron a druidas, magos y brujas de todos los tiempos por su mágica evocación. Y también a los curas, pues muchas de las iglesias medievales se construyeron sobre ellos. Sitios espirituales, lugares de energía, como creían algunos; necrópolis megalíticas, como aceptaba la ciencia; puntos de poder; quién sabía en verdad lo que se ocultaba bajo su arquitectura ancestral.

De pequeña, cuando comencé a saber de ellos, siempre me los figuré entre brumas, alzados en misteriosos paisajes celtas. Y, por eso, mi sorpresa fue grande al descubrir que algunos de los dólmenes más espectaculares de todos los tiempos se encontraban en Andalucía, como los de Antequera y los más cercanos de Valencina de la Concepción que, a pesar de encontrarse a las mismas puertas de Sevilla, casi nadie conocía. Estas construcciones colosales, con casi cinco mil años de antigüedad, evocaban un hondo secreto por resolver y yo me consideraba afortunada por poder indagar en sus entrañas. Le estaba muy agradecida al profesor Cisneros por su apoyo para encontrar ese trabajo. Era la única persona, además de mi madre, que siempre me había ayudado. Mi padre me lo presentó hace años, en mi último curso en el instituto y, visto lo visto, el viejo profesor fue el mejor legado que mi progenitor me dejara. Cisneros siempre me apoyó y casi toda mi exigua carrera profesional la había desarrollado bajo su influencia. Me consiguió trabajo en el Archivo de Indias, después con el erudito de Tombuctú y, en ese momento, en los dólmenes de Valencina, en los que esperaba encontrar el sosiego que anhelaba.

Los dólmenes son los monumentos prehistóricos más conocidos. Desde siempre asombraron a la humanidad que, desde el neolítico hasta nuestros días, los consideró como lugar sagrado, sede de culto, parajes de brujería y magia. A partir del siglo XIX la novedosa ciencia de la arqueología comenzó a estudiarlos y la expresión *megalitismo* apareció en Francia para denominar aquellas extrañas construcciones realizadas con piedras enormes, tan antiguas como misteriosas, que se encontraban a lo largo de toda la fachada atlántica europea, desde las Islas Británicas hasta el sur de la Península Ibérica. La cultura megalítica se desarrolló desde finales del neolítico, hará casi siete mil años, hasta principios de la Edad del Bronce, hará unos cuatro mil, un periodo de casi tres mil años que abarcarían desde el V milenio hasta el II milenio antes de Cristo. Una desmesura en piedras y en cronologías de la que aún estaba casi todo por descubrir.

Por eso estaba muy satisfecha por la oportunidad de trabajar como arqueóloga en el complejo megalítico de Valencina de la Concepción, uno de los más

importantes de toda Europa. Llevaba ya más de un año en Sevilla, tras el regreso del accidentado viaje a Tombuctú, y me apetecía investigar en un yacimiento cercano a mi ciudad. Se trataba de una campaña de cuatro semanas en las que excavaríamos una parcela ubicada en las inmediaciones del Dolmen de la Pastora, y en la que se encontraban dos colosales fosos calcolíticos —de la Edad del Cobre— colmatados por restos y sedimentos, a los que trataríamos de encontrar una explicación. ¿Por qué unos fosos tan enormes? Aún no se conocía la utilidad de aquellas enormes excavaciones que aparecían con frecuencia junto a las grandes construcciones prehistóricas.

Los monumentos megalíticos se agrupan en tres tipologías básicas. El *menhir*, que en bretón significa piedra larga, y que, como su propio nombre indica, se trata de una gran piedra alargada levantada en vertical, como los famosos menhires de Obélix, el galo. La segunda tipología megalítica engloba a las agrupaciones de menhires, que pueden ser *alineaciones* —como las enormes de Carnac, con más de tres kilómetros de longitud y miles de menhires— o *crómlech* o formación en círculo de menhires. La expresión crómlech también proviene del bretón, de *crom* —círculo— y *lech* —lugar—. Con bastante frecuencia, estos crómlech se encuentran rodeados de fosos —*hengés*—. El crómlech más conocido es el de Stonehenge en Inglaterra. Los dólmenes compondrían la tercera tipología megalítica. La palabra dolmen también deriva del bretón. *Dol* significa mesa y *men* piedra. Gigantescas mesas de piedra, con losas horizontales sostenidas por los ortostatos como patas.

Monumentos megalíticos, menhires, crómlechs, dólmenes, rodeados de fosos colosales. Me preguntaba de nuevo para qué habrían sido realizados aquellos enormes fosos cuando el ulular sobresaltado de unas sirenas interrumpió mis disquisiciones. Me incorporé y pude atisbar a través de la cancela el paso de varios coches patrullas sobre los que giraban las luces con gran escándalo. ¿Qué habría pasado? Las urbanizaciones del Aljarafe eran lugares muy tranquilos en los que la clase media sevillana residía o descansaba los fines de semana, dada su cercanía a la capital. Cuando el sonido comenzó a disiparse, recordé el vuelo de la mariposa amarilla que observara la tarde anterior. *Alguien ha muerto, maldita sea*, pensé aterrada. Intenté olvidar el presagio macabro y me esforcé en concentrarme en la lectura de los informes técnicos. No lo conseguí. ¿Qué habría pasado? ¿Un ataque al corazón? ¿Un accidente? ¿Un asesinato? *Que al menos* —deseé en mis adentros al recordar a mi abuela— *no se trate de alguien cercano*.

Traté de ordenar mis pensamientos para apartar esas negras supersticiones, herencia de aquella abuela que tan poco traté, pero que tan honda huella dejara en mí. Me concentré en mi trabajo: primero leería la documentación disponible sobre la necrópolis megalítica. Tenía toda la mañana para ello. Después

almorzaría con Manuel Carrasco, el director de la excavación, y con Luis Gestoso, un ingeniero veterano que culminaba su tesis doctoral sobre el calcolítico y que excavaría con nosotros. En la Península Ibérica el calcolítico, también conocido como la Edad del Cobre, se había extendido, más o menos, durante mil años, desde el año 3000 hasta el 2000 antes de Cristo, aproximadamente. Me llamó mucho la atención que un ingeniero maduro hiciera el enorme esfuerzo de regresar a la universidad para realizar una tesis doctoral de una materia tan apartada de su profesión... *Aunque la vocación, sonrío, no atiende a edades, aparece cuando aparece.* ¿Por qué si no, un ingeniero con la vida ya hecha, con casi sesenta años, se esforzaba en realizar una tesis doctoral sobre la Edad del Cobre y se prestaba a excavar junto a estudiantes y seres perdidos como yo? La vocación. Yo quise durante todo mi bachillerato estudiar ingeniería, como mi padre, para al final decantarme por arqueología. Y no tenían las mismas salidas profesionales las dos titulaciones, precisamente. Y, a pesar de todo, no me arrepentía. ¿Cómo extrañarme, entonces, ante la tardía vocación de Luis Gestoso?

Gestoso estuvo amable conmigo la tarde en la que lo conocí en el despacho de Manuel Carrasco, en el departamento de Arqueología de la Universidad.

—Así que tú eres Artafi —y me miró como si me conociera de antiguo—. Me han hablado de ti, vamos a ser compañeros de excavación en La Pastora.

—Ya tengo ganas de comenzar, el yacimiento promete.

—Así es. Me rejuvenecerá trabajar con estudiantes. ¡Y tan cerca de casa, además!

—¿Vives en el Aljarafe?

—Sí, hace un par de años me compré una finquita en Valencina —sonrió—, muy cerca del yacimiento. ¡El destino, sin duda, me reclamaba!

Las sirenas de la policía se perdieron en la distancia mientras recordaba aquel primer encuentro con Gestoso. Lo noté muy interesado por mí, como si de algo me conociera. Eso fue unas semanas atrás. Por eso le agradecía que aquella mañana nos hubiera invitado a Manuel Carrasco y a mí a almorzar en su casa para celebrar el inicio de la campaña. Lo consideré un honor. Carrasco me recogería a las dos de la tarde de la casa de María para acercarnos hasta lo que Gestoso conocía como «finquita». Tenía viva curiosidad por conocerla, intuía que sería un bonito chalé.

Un par de horas después, sonó mi teléfono móvil. Dejé los informes en el suelo y atendí la llamada. Se trataba de Manuel Carrasco.

—Artafi, algo terrible ha sucedido. Me acaba de llamar la policía, tengo un amigo allí. No sé cómo decírtelo... es monstruoso... ¡Y ha ocurrido muy cerca de donde tú te encuentras!

Recordé las sirenas de la mañana, la mariposa amarilla de la víspera, mis fatídicas premoniciones...

—¡Alguien ha muerto! —grité para su sorpresa—. ¿Quién ha sido? ¿Lo conoces?

—Sí... y, desgraciadamente, tú también...

—¿Quién? —le interrumpí—. ¡Dímelo, por favor!

—Se trata de Luis, de Luis Gestoso. Ha aparecido muerto en su casa. Asesinado, un auténtico horror.

IV

Luis, Luis Gestoso. Rompí a llorar.

—Dime que no es cierto —alcancé a musitar a través del teléfono—, que se trata de un error. Íbamos a comer con él, precisamente en su casa, dentro de un rato...

—Ya, es muy duro... También yo estoy destrozado.

—¿Qué ha ocurrido?

—Pronto lo sabremos. Mi amigo policía me ha pedido que me acerque hasta el lugar del crimen. ¿Quieres venir conmigo?

—Claro, respondí de manera instintiva. Pero, ¿qué pinta un arqueólogo allí?

—Eso mismo le he preguntado yo. Me ha respondido que han aparecido cerámicas que parecen muy antiguas junto al cadáver. Posiblemente, piezas arqueológicas. Antes de retirarlas, quiere una primera opinión experta *in situ* y pensó en mí, por eso me llamó. Paso a por ti en quince minutos, nos están esperando.

Carrasco me recogió puntualmente y apenas si recorrimos un par de kilómetros. Varios coches de la policía se encontraban aparcados en el arcén de la carretera, junto a una gran cancela ante la que se aglomeraban algunos curiosos. Para mi sorpresa, la finquita a la que se refiriera Gestoso el día en el que lo conocí se trataba en verdad de una gran hacienda, que se adivinaba tras la monumental puerta de entrada. Cada vez eran más los curiosos que se acercaban a mirar a través de sus rejas. La noticia del asesinato ya habría circulado por todo el vecindario y nada levanta más interés que el espectáculo de un cadáver aún caliente. ¿Asesinado? —murmurarían atemorizados—. ¿Cómo ha podido pasar algo así en un lugar tan tranquilo? ¿Quién nos asegura que los próximos no seremos nosotros?

Un agente de policía detuvo nuestro coche.

—Buenos días, no pueden pasar, el acceso está restringido.

—Soy Manuel Carrasco, el inspector Maqueda nos ha citado.

Consultó a su compañero, que asintió con desgana.

—Pueden pasar, el inspector los espera.

La hacienda —llaman así a los cortijos del Aljarafe que tuvieron antiguamente molino de aceite— se encontraba sobre una pequeña colina cubierta por olivos. Olivos manzanillos, conformados por podas muy severas, cuyos brazos y ramas retorcidos asemejaban garras terroríficas que arañaban el cielo azul. Un corto carril nos llevó hasta la zona de aparcamiento justo en el instante en el que

varios hombres introducían una camilla en una ambulancia. Sobre ella, el cadáver envuelto del hombre asesinado, los restos mortales de Luis Gestoso. El juez acababa de ordenar su levantamiento. Pobre Luis, me santigué, que su alma descansara en paz.

Tras los breves saludos de rigor, el inspector Julián Maqueda nos condujo hasta el jardín trasero, una gran extensión de césped que rodeaba una piscina de aguas celestes. Sin más preámbulo, nos puso de inmediato en situación.

—Se llama... Bueno, se llamaba Luis Gestoso, ya lo sabéis. Divorciado, vivía solo en esta hacienda. Ingeniero, era un hombre con posibles, como lo demuestra el cortijo en el que vivía.

—Así es —le interrumpió mi compañero—. Lo conocíamos, íbamos a trabajar juntos en una excavación junto al dolmen de la Pastora.

—Sí, algo me comentaste... Arqueología, por eso estás aquí. Alguna relación tiene con su asesinato, como comprobaréis. No logramos encontrar un motivo para la atrocidad que vais a conocer. No nos consta que el pobre hubiera recibido amenazas previas. El jardinero que viene semanalmente a repasar el jardín se encontró esta mañana con una auténtica matanza. Luis Gestoso apareció muerto, descuartizado, atado fuertemente a la piedra de molino que decora el jardín. Nadie, al parecer, escuchó ni vio nada raro.

La sangre que teñía aquella piedra de molino relucía bajo el sol. Mientras el inspector desgranaba los preliminares, observé las piezas cerámicas que rodeaban la piedra circular sobre la que se había cometido el asesinato. Se trataba de los típicos vasos campaniformes, de perfiles inconfundibles. Aunque resultaban difíciles de encontrar en tan perfecto estado de conservación, algunos habían aparecido en los yacimientos asociados a los dólmenes de Valencina. Los identifiqué por su perfil de campana invertida y su característica decoración incisa de formas geométricas. Estas cerámicas, típicas de la Edad del Cobre, se habían extendido desde el sur de la Península Ibérica a toda la Europa Occidental. Los vasos que se encontraban sobre el césped parecían contener restos sanguinolentos en su interior. Hice un esfuerzo por volver a concentrarme en las explicaciones del inspector, ya que no quería perderme detalle alguno de sus palabras.

—El informe forense dictaminará lo ocurrido, pero a simple vista parece que le abrieron el pecho con sumo cuidado hasta dejar a la vista el corazón. Después se lo arrancaron. Un hombre puede durar un corto tiempo así, hasta desangrarse. No me hubiera gustado estar en el pellejo de la pobre víctima, tuvo que ser un tormento espantoso. Y parece, además, que antes le habían sacado los ojos, cortado la lengua y los genitales y desollado la piel del pecho... Y todo con el desgraciado aún vivo...

—¡Hijos de puta..., qué barbaridad...! —exclamé, incapaz de soportar en silencio mi honda conmoción—. ¡Son unos monstruos!

—Sí, nunca, en toda mi vida profesional, había visto nada parecido. Es algo diabólico.

Manuel Carrasco, con los ojos muy abiertos, atendía aterrado las palabras de su amigo, incrédulo ante la carnicería atroz.

—Como os decía, creemos que le sacaron el corazón cuando aún latía. Es posible que la víctima todavía estuviera consciente unos segundos más. Pensamos que el corazón fue dividido en siete trozos que colocaron en sus respectivas cerámicas. La autopsia nos confirmará si las vísceras fueron mordidas por los asesinos, tal y como parece a simple vista.

Paseamos nuestra mirada sobre aquellos vasos ensangrentados, sin terminar de creernos que aquel horror pudiera ser real.

—¿Por qué me has llamado? —le preguntó Carrasco.

—Tenía mucho interés en que observaras el lugar del crimen y la disposición de las cerámicas, antes de que las retiren. Todo apunta a que se trata de un asesinato ritual, de una secta o algo así, que ha utilizado material que pudiera ser arqueológico. Presiento que, además de los informes científicos de la policía, va a ser necesaria cierta sabiduría arqueológica para desentrañar este crimen. Por eso he pedido que vinieras, antes de que se pierda una información que pudiera resultar valiosa. Y he permitido que Artafi esté aquí porque me has insistido en que es de tu total confianza.

—Así es.

Manuel Carrasco rodeó la piedra de molino, completamente ensangrentada. Cientos de moscas agitaban los coágulos morados. Siete vasos campaniformes se disponían ordenados alrededor de aquella piedra, utilizada aparentemente como altar de sacrificio.

—Forman un círculo perfecto —nos indicó Maqueda—. Ya los hemos medido y fotografiado.

—Parecen auténticos —exclamó mi director mientras se agachaba para coger uno de los vasos campaniformes.

—No lo toques, por favor. Pueden contener huellas.

Sobresaltado, Manuel Ventura apartó sus manos de inmediato. Se incorporó y dejó pasar unos minutos en silencio, para después preguntar:

—¿Hacia qué dirección habían amarrado al asesinado?

—Tenía la cabeza aquí.

—O sea —añadió Carrasco tratando de orientarse—, con dirección sudoeste, ¿no?

—Puede ser, no tengo brújula aquí... ¿Por qué preguntas eso?

—Si se trata de un crimen ritual, la orientación del cuerpo es importante. Han escogido una noche de luna nueva, lo que viene a reforzar la tesis de una liturgia siguiendo unos determinados cánones.

—Y la dirección del cadáver, ¿te dice algo?

—Puede que no tenga ninguna relación con el caso, pero es la misma que presenta el Dolmen de la Pastora, una orientación extraña en la cultura megalítica del sur de la península, que suele apuntar hacia la salida del sol.

—Cualquier opinión que pueda arrojar luz sobre el crimen será bienvenida. Te confirmaré la posición exacta del cuerpo, todo ha sido fotografiado y medido.

—Si puedes, déjame que le eche un vistazo a los planos una vez que los tengáis levantados.

—Cuenta con ello. Podéis, ahora, mirar un rato antes de que precintemos el lugar.

Mientras mi director observaba con atención los vasos campaniformes me alejé algo para ganar perspectiva sobre la escena del crimen. Traté de reproducir mentalmente el rito monstruoso: el pobre Luis amarrado sobre la piedra de molino, los hombres rodeándole con las vasijas a sus pies, el ambiente denso, tétrico... aterrador. Un sacerdote o algo así se habría acercado hasta la víctima para sacarle los ojos, arrancarle el corazón y distribuir las vísceras... Algo así tuvo que ocurrir. Pero faltaba algo...

—Perdón —me dirigí al inspector—. Están los vasos... pero, ¿y el cuchillo? ¿Ha aparecido el arma con la que lo asesinaron?

—No. No la hemos encontrado. El forense nos dará datos del tipo de corte sobre la carne y la piel de la víctima. Así podremos conocer qué tipo de puñal utilizaron.

Tras unos minutos en silencio, Manuel Carrasco emitió una primera valoración.

—Parece que los vasos campaniformes son auténticos, probablemente realizados unos dos mil quinientos años antes de Cristo, con sus características incisiones y dibujos geométricos. Ya te lo confirmaré cuando pueda estudiarlos con detenimiento.

Tras los agradecimientos y despedidas, nos montamos en el coche en silencio. Me encontraba aturdida, desconsolada, sobrepasada por una acción que no lograba asimilar. Todo era salvaje, de una crueldad atávica, de una barbarie primitiva. El que hubiera ocurrido el mismo día que íbamos a almorzar con él, me afectaba vivamente, como si, de alguna manera, también hubieran atentado contra mí. Desde el primer instante me sentí involucrada, partícipe pasiva de aquel aquelarre. No podía quitarme de la cabeza la imagen del pobre Luis aterrorizado mientras agonizaba entre espasmos y dolores insufribles. ¿Un

crimen perpetrado según rituales del calcolítico? ¿Un cadáver orientado del mismo modo que el Dolmen de la Pastora? Todo sonaba a tético disparate. Tenía mil preguntas que formular a Carrasco, pero preferí mantenerme en silencio. Mi director rumiaba todo lo visto y a buen seguro que, más adelante, me comentaría sus propias impresiones. Cerré un segundo los ojos mientras recordaba que tampoco, en esta ocasión, la mariposa amarilla había equivocado su presagio de muerte. Ojalá no volviera a ver a ninguna, nunca más.

Me despedí de Carrasco sin apenas palabras. Mi amiga María Valbuena me abrió la cancela de su chalé. Al verme, comprendió la enormidad de mi pesar. Me abrazó para tratar de consolarme, mientras yo sollozaba.

Decidí regresar a mi casa, hubiera sido incapaz de dormir tan cerca al lugar del sacrificio prehistórico. Llegué tan abatida a mi domicilio que ni siquiera esperé a mi madre para contarle lo sucedido. Me acosté temprano, con la esperanza imposible de olvidar lo vivido. Pero ni esa noche ni las sucesivas conseguiría arrancar de mí el horror experimentado ante aquel sacrificio primitivo y espeluznante.

V

Por fin, tras muchos años de ahorro, Teresa Díaz podría ese día comenzar a hacer realidad el sueño de construir una piscina para su chalé. Eduardo iba a cumplir los seis años y era una necesidad perentoria para la familia.

—Mamá —le había preguntado mil veces su hijo—, ¿por qué no tenemos nosotros una piscina como la de mis amigos? ¿Es que somos pobres?

—No somos pobres, Eduardo —le respondía Teresa—. En cuanto ahorremos, la haremos.

Y por fin, esa mañana, después de un calvario de proyectos, trámites y licencias del Ayuntamiento, la máquina excavadora se disponía a comenzar su trabajo tras replantear con yeso el perímetro exacto; no quería que pudiesen producirse errores de ningún tipo después de tanto tiempo de espera.

—¡Mamá —gritó su hijo con una gran sonrisa—, qué máquina más grande!

—Sí, es la que nos va a hacer el agujero para la piscina...

—Parece que va a encontrar petróleo —exclamó Eduardo cuando la poderosa excavadora comenzó su trabajo con rugido de fiera ancestral.

De repente, cesó el ruido. El maquinista, tras parar el motor, descendió de su cabina.

—Pero... ¿qué ha pasado? —preguntó Teresa preocupada.

—La máquina ha topado con algo, voy a ver lo que es.

El maquinista se acercó hasta donde los dientes de la cuchara se habían enterrado. Removió la tierra con las manos y gritó algo ininteligible para Teresa. Después, se incorporó con sonrisa de perplejidad. Parecía llevar algo en la mano.

—¿Qué pasa? ¿Ha encontrado algo?

—Sí señora —respondió mientras le mostraba una especie de ovillo dorado—. Sí que hemos encontrado algo. Y gordo, además. Esto es una lámina de oro enrollada. Un tesoro prehistórico, vamos. Lo sé porque ya encontré algo parecido hace un tiempo y se armó un gran revuelo.

—¿Un tesoro prehistórico? ¿Y qué vamos a hacer entonces?

—Yo voy a llamar de inmediato al ayuntamiento. No quiero meterme en líos.

—Pero... ¿y la piscina?

—Me temo, señora, que la piscina tendrá que esperar...

Se aplazó el inicio de la excavación para que pudiéramos asistir al sepelio de Luis Gestoso. Su terrible asesinato nos tenía postrados, hundidos, y, por qué no reconocerlo, también atemorizados. Aquellos vasos campaniformes indicaban una relación con la arqueología y nosotros éramos sus compañeros arqueólogos.

¿Corríamos peligro? Nadie, todavía, podía proporcionarnos respuesta alguna.

Nos encontramos en la plaza del pueblo con el inspector Maqueda, que nos acompañó en silencio hacia la ceremonia religiosa. El funeral se celebró en la iglesia de Valencina de la Concepción, un templo bajo la advocación de Nuestra Señora de la Estrella. Se trataba de una construcción relativamente sencilla, blanca en su exterior, con algún retablo hermoso en una de sus capillas. Nadie se encontraba en el templo cuando llegamos y sólo nosotros, los miembros del equipo de excavación, pusimos algo de calor humano en aquella liturgia de despedida. La ceremonia resultó impersonal y anodina. Ni el sacerdote conocía al muerto, ni nadie de la familia había acudido a llorarlo. Por eso, el cura la ofició de manera mecánica, a modo de boda por lo civil en los juzgados, sin detenerse a glosar las virtudes de una persona que desconocía por completo. Sentí una profunda lástima por Luis, un hombre exitoso en su profesión, con dinero, que tenía una excelente hacienda, pero que moría solo, de una manera salvaje, sin nadie que le llorara en su funeral. Vida de rico y entierro de desgraciado. Recordé la sabia costumbre clásica de alquilar los servicios de plañideras para que pusieran dramatismo, desgarró y llanto a los entierros de las familias sin alma. Un muerto siempre desea que alguien le llore, y el pobre de Luis se quedaba sin esas lágrimas reparadoras. Los empleados de la funeraria cargaron con indiferencia el féretro para conducirlo hasta el coche fúnebre. A la puerta de la iglesia, Maqueda nos comentó:

—Nunca he asistido a un funeral tan triste. Sólo nosotros, los de la funeraria y el cura. ¿Dónde está la familia del finado? ¿No la tiene o no quiso venir?

—No tengo ni la menor idea —respondió mi director—. Sólo sé que Luis era un hombre agradable, con un gran interés en aprender.

—Localizaré a la familia, descuida. Vamos ahora al cementerio.

San Roque, el cementerio de Valencina, era pequeño, de paredes también blancas. El entierro fue rápido, sin resposos ni lágrimas. Nadie, aparte de nosotros, acompañó tampoco el último adiós de Luis. Sólo la corona de flores de la empresa funeraria, costada a buen seguro por uno de esos seguros de decesos, puso un punto de color sobre la lápida sin epitafio.

Maqueda rastreaba con su vista el camposanto, en busca de alguien que mostrara siquiera el mínimo interés por el entierro. Yo había leído en algunas de esas novelas negras de gran éxito que los criminales acudían con frecuencia a los sepelios de sus víctimas, para velar al muerto que ellos mismos asesinaron. Pero por allí no pasó nadie. En ese caso, a los asesinos no les interesó lo más mínimo el destino del cuerpo que un día antes habían descuartizado y devorado. El cuerpo que ya habitaba en ellos.

Al salir, Manuel Carrasco me agarró del brazo.

—Mira, allí, a apenas unos cientos de metros, se encuentra el dolmen de la Pastora. Los cementerios actuales y las necrópolis del pasado siempre tan cerca...

—Es cierto... —guardé un silencio de unos segundos—. Como en Antequera. Muy cerca del gran dolmen de Menga también se encuentra el cementerio actual. ¿Casualidad?

—Querida Artafi, ¿quién cree en casualidades a esta altura de la historia?

Y es que los muertos actuales parecían buscar la compañía de los pretéritos, cementerio nuevo sobre necrópolis antigua. Un policía municipal se nos acercó en ese instante, antes de que yo pudiera responder a mi director.

—Señor Carrasco, el arqueólogo municipal sabe que está aquí y desea que lo acompañe a una inspección. Se trata de un nuevo aviso de urgencia arqueológica. El maquinista de una retro ha llamado al ayuntamiento. Ha aparecido algo cuando comenzaba a excavar para una piscina. Desea que usted lo acompañe en su visita.

—Voy para allá.

Seguí a Manuel Carrasco, dándome también por invitada.

—Volvamos a nuestra rutina arqueológica, necesito olvidarme de esta pesadilla inexplicable.

Teresa, con su hijo Eduardo a sus faldas, no pudo asimilar aquella maldición. Años suspirando por una piscina y un maldito trozo de metal prehistórico destrozaba toda su ilusión. Hizo un gran esfuerzo para no quejarse, mientras el dichoso arqueólogo municipal, que acababa de llegar acompañado por una pareja a la que no conocía de nada, estudiaba aquella madeja dorada.

—Es oro —sentenció el arqueólogo municipal tras un somero análisis—. Ya hemos encontrado elementos votivos semejantes en otros enterramientos. ¿Qué piensas tú, Manolo?

—Es oro, sin duda —confirmó Carrasco.

—¿Enterramientos? —exclamó Teresa—. ¿Es que mi casa está sobre un cementerio?

—Su casa, señora, como todo Valencina, está sobre un cementerio prehistórico, sobre una enorme necrópolis de la Edad del Cobre.

—Pero... ¿y mi piscina? ¿Podré seguir construyéndola?

—Me temo que tendré que suspender por un tiempo su obra. Haremos una excavación de urgencia para ver qué es lo que se encuentra debajo de su parcela. Después le autorizaremos a continuar.

—¡Hay que tener mala suerte! ¿Y cuánto tiempo durará eso?

—Depende de la importancia de los hallazgos. Pero todo apunta a que estamos ante un enterramiento principal.

—Qué putada... —la escuchamos susurrar, abatida.

La pobre señora se quedó sollozando, destrozada, cuando abandonamos su casa. Intenté ponerme en su lugar, pero mi instinto de arqueóloga lo impidió. Donde ella veía una maldición, yo encontraba una oportunidad para conocer mejor nuestros orígenes.

—El yacimiento calcolítico de Valencina —me comentó Carrasco una vez en el coche— es uno de los más extensos conocidos. Abarca más de cuatrocientas cincuenta hectáreas, una auténtica barbaridad, y engloba tanto el término de Valencina como el de Castilleja de Guzmán.

—Y justo sobre este yacimiento se encuentran las urbanizaciones...

—Sí. El pueblo y todas sus urbanizaciones se encuentran sobre el yacimiento. Cientos de casas están sobre enterramientos o sobre estructuras funerarias. Por geomagnetismo estimamos que pueden existir miles de ellas; algunas son dólmenes. Sabemos que todavía quedan por descubrir algunos. Tenemos localizados varios de ellos, a la espera de fondos y de permisos. Como muestra de la riqueza arqueológica de la zona, te diré que Evaristo Ortega, que fue cartero de Valencina y cronista autodidacta, logró reunir una importante colección de piezas neolíticas y calcolíticas, simplemente paseando sobre la tierra removida por las obras de construcción. A la tarde caminaba sobre las excavaciones de la mañana y recogía las piezas que habían quedado en la superficie y que todos ignoraron. Ya te digo, todo un tesoro. El yacimiento de Valencina de la Concepción y Castilleja de Guzmán es el más extenso del sur de Europa.

—Pues sí que nos queda trabajo...

—Sí, mucho y hermoso trabajo a pesar de la incompreensión de políticos, constructores y vecinos. Qué pena que Luis Gestoso ya no pueda compartirlo con nosotros.

VI

Al día siguiente quedé con mi madre a almorzar. Decidimos ir a un bar cercano a nuestro domicilio en el que se tapeaba bien y barato.

—Rafi —me dijo mi madre al verme—, qué buen aspecto tienes, a pesar de lo que estás pasando.

Aunque todos me conocían como Artafi, Rafaela era mi verdadero nombre, el mismo que el de mi madre y el de mi abuela. Como nunca me gustó, decidí en mi adolescencia adoptar el de Artafi, mezcla afortunada de Arturo —mi padre— y Rafi, diminutivo con el que conocían a mi madre. Sólo a ella le permitía el uso de ese Rafi que tanto odiaba.

—Gracias, mamá. Ni siquiera sé cómo he podido dormir.

—Pobrecita, qué mal lo has tenido que pasar. El asesinato está todo el día en prensa y televisión.

Caí en la cuenta de que había estado tan absorta los dos días anteriores bajo el impacto del crimen que ni siquiera había leído la prensa.

—Fue horroroso, mamá.

—Bueno, vamos a dejar ese tema, no quiero que te amargues para una vez que podemos disfrutar juntas.

Tenía razón. Por un buen rato charlamos de temas intrascendentes mientras apurábamos nuestras cervezas. Pedimos a continuación unas copitas de manzanilla bien fría que nos supieron a gloria.

—Artafi, he vuelto a tener noticias de tu padre.

—¿De papá? —exclamé con asombro—. ¿De verdad? ¿Dónde está?

Mi padre había abandonado a mi madre hacía algo más de una década. Yo tenía entonces dieciocho años y su vacío creó un gran desconsuelo en mi corazón. Se fue, de repente, y sólo volvimos a verlo el día que firmó los papeles de divorcio en el juzgado. Desde entonces, yo al menos no supe nada de él. Nunca pude perdonarle su comportamiento hacia nosotras. En muchas ocasiones intenté erradicar su recuerdo, pero me resultó del todo imposible. Durante muchos años fue tierno y dulce conmigo, me llevó al campo, me aficionó a la lectura. Lo admiraba desde niña y bajo su estela quise estudiar ingeniería. A última hora, mi vocación me empujó inesperadamente hacia la arqueología, afición en la que él me adentró. Era mi ídolo y, de repente, desapareció, nos abandonó, no quiso volver a saber de nosotras. De la perplejidad inicial pasé al rechazo y del rechazo a punto estuve de cruzar las puertas del odio.

—No lo sé —respondió mi madre con gesto apesadumbrado—. Me envió esta

mañana un mensaje al móvil para decirme que se pasaría por casa para saludarme. Que me echa de menos.

—¿Que te echa de menos? ¿Y por qué no te llama? ¿Y por qué nunca me llamó a mí? ¿Qué le hicimos, qué le hice?

—No lo sé, hija. Mil veces me he hecho esa misma pregunta y nunca he logrado encontrar respuesta. Estábamos bien, o al menos eso creía yo. Y de repente, se marchó. Sin una discusión, sin un reproche, sin ninguna pelea.

—Ya lo sé... Es todo tan extraño...

—Y sin saber de él todos estos años. No pidió nada en la separación y cada mes ha llegado puntual su pensión, no podemos tener queja de eso. Pero nada más. Ni una llamada, ni un mensaje, nada.

—Y ahora de repente te escribe para decirte que te echa de menos...

—Sí. Lo ha hecho desde un número oculto, para que ni siquiera podamos llamarlo.

—¿Sabes si pudo existir otra mujer?

—No lo sé. Tu padre nunca fue un mujeriego, pero esa es la única razón que alcanzo a imaginar. Pero si hubiera sido por otra, tarde o temprano nos hubiésemos enterado de quién era y dónde vivían. Y nada sabemos.

—Qué raro es todo...

—Sí... Aunque siempre supe que volvería a nosotras. —No te ilusiones, mamá, por favor. Nada sabes de sus intenciones.

—No me ilusiono, ¿te crees que soy tonta?

—Bueno —le respondí para finalizar la conversación—, ya me contarás si tienes nuevas noticias. Ni siquiera sé si quiero volver a verlo.

—¿Cómo puedes decir eso, hija?

—Ya no sé ni lo que quiero, mamá. Avísame, en todo caso.

—Descuida, lo haré. Ya decidirás lo que haces entonces.

—Sí, es lo mejor. Mamá... otra cosa... ¿a ti te dicen algo las mariposas amarillas?

—¿Mariposas amarillas? No, ¿por qué me preguntas eso?

—Por nada, me he acordado de algunas de las cosas que me contaba la abuela...

—Ya te dije muchas veces que no le hicieras caso a las historias de la abuela...

Aquella noche tardé en dormirme. Las imágenes de mis juegos infantiles con un padre cariñoso que me traía regalos al regreso de cada uno de sus viajes y que me contaba historias maravillosas a su regazo colorearon con dulzura mi infancia. Su abandono creó un vacío tan oscuro como el de un agujero negro sideral. ¿Por qué se fue? Si dejó de querer a mi madre, ¿por qué me abandonó también a mí? No lo pude asumir, aquella desaparición me marcó de por vida,

cambié mi visión de los hombres. Supongo que esa herida, aún abierta, supuraba en algunos de los traumas y resabios que me perseguían. De ahí mi incapacidad para mantener un novio, tener una pareja. Freud disfrutaría con mi psicoanálisis y eso que cuando ocurrió ya tenía dieciocho añitos: si hubiera ocurrido durante mi infancia aullaría en las noches de luna llena. Amaba a mi padre y mi padre me abandonó, un castigo terrible para una hija que comenzaba a ser mujer. Recuerdo que por mi cuenta hice indagaciones para conocer su paradero. Llamé a uno de sus mejores amigos, ingeniero como él y compañero de trabajo, y lo encontré tan sorprendido como nosotras. Al parecer, mi padre había llegado un día a la empresa constructora para decir que se marchaba. Pidió la cuenta de un día para otro y, sin despedirse siquiera de jefes ni compañeros, desapareció también para ellos para siempre.

—Intenté ponerme en contacto con tu padre —me contó su compañero—, pero había cambiado el móvil. Nunca he vuelto a saber de él.

Y, ahora, de repente, tras años de total ausencia y vacío, mi padre anunciaba que pasaría por casa. Porque echaba de menos a mi madre. Qué extraño.

El lunes iniciamos por fin la excavación en la parcela del dolmen de la Pastora, a primera hora de la mañana. Luis Gestoso, desgraciadamente, no se encontraba ya entre nosotros. Para él fue nuestro primer recuerdo. Manuel Carrasco nos reunió para ordenar el trabajo. Dos estudiantes de último curso quedarían bajo mi responsabilidad. Otros tres estudiantes lo harían bajo la de Roberto Sousa, doctorando sobre megalitismo, que hacía méritos para prosperar en el departamento de Historia Antigua. Otros dos doctorandos, Alfredo Gutiérrez y Reyes Cuenca, conformaban lo que denominaban equipo volante, o sea, de chicos para todo.

—En estos primeros días ambos grupos trabajaréis en los fosos. Queremos descubrir los distintos niveles de los sedimentos que los colmataron. Después, uno de los grupos pasará a trabajar en la zona residencial de fondos de cabaña que se encuentran un poco más al oeste.

—Estupendo —respondió Sousa—, ya teníamos ganas de comenzar.

—Lo haremos en recuerdo de Luis. A él le hubiera gustado estar con nosotros. Hemos atrasado el inicio del trabajo y tenemos el tiempo muy ajustado. Como sabéis, los fosos son enormes y tenemos que encontrar su sentido, averiguar su porqué. Las prospecciones geofísicas acreditan que tienen más de un kilómetro de longitud, con una anchura de siete metros e idéntica profundidad. Unas dimensiones colosales, una gigantesca obra de ingeniería. Ambos fosos tienen trazados paralelos. ¿Para qué fueron excavados? ¿Eran defensivos u ornamentales? ¿Su finalidad era simbólica o hidráulica? No lo sabemos y con estos trabajos queremos averiguarlo.

La obra de los fosos —pensé mientras escuchaba a Manuel Carrasco— era faraónica. ¿Cuántas personas hicieron falta para realizar una obra de esas medidas? Los fosos eran contemporáneos a los grandes dólmenes, de una antigüedad superior a los cuatro mil quinientos años. Mil preguntas se me acumularon en la cabeza en aquellos momentos. ¿Eran esclavos los que excavaron? ¿Por qué junto al mayor de los dólmenes? Carrasco nos explicó que los fosos gigantescos aparecían con frecuencia junto a los megalitos, aunque nadie había desentrañado todavía su misterio. Levanté la cabeza para mirar, al fondo, hacia la entrada del dolmen y me estremecí, como si hubiese percibido su llamada inquietante. Intuí que la relación entre el megalito ancestral con aquel prodigio excavado aún permanecería en el misterio durante mucho tiempo. Éramos habitantes del XXI y carecíamos de la mente mágica de finales del neolítico. Pero sentí que algo quería decirme, que algo antiguo deseaba comunicarme.

Apenas si sabíamos nada del enorme yacimiento de Valencina de la Concepción. Hasta la fecha tan sólo se habían excavado cuatro dólmenes: La Pastora, Matarrubilla, Montelirio y parcialmente el de Ontiveros, un dolmen bajo un cortijo, aunque se sabía que existían otros muchos pendientes de descubrir y excavar. Un yacimiento tan antiguo como las pirámides de Guiza, que en cualquier otro país europeo sería encumbrado y que aquí agonizaba entre la desidia e indiferencia general, mantenido a duras penas por algunos arqueólogos enamorados de su profesión y por alguna asociación, como la de Los Dólmenes, preocupada por el patrimonio del Aljarafe y que desarrollaba una encomiable tarea. El mayor de sus dólmenes conocidos es la Pastora, que debe su nombre a la finca Divina Pastora. Turbino lo excavó en 1860. En verdad se trata de un *tholos* calcolítico, con un larguísimo y espectacular corredor de más de cuarenta metros de longitud, con una cámara circular final de dos metros y medio de diámetro. El suelo y el techo del corredor lo conforman unas grandes losas, mientras que sus paredes están construidas por lajas de pizarra hábilmente hiladas. La cámara está cubierta por una falsa cúpula de estas mismas lajas de pizarra. Como en la zona no existen piedras, tuvieron que ser acarreadas desde kilómetros de distancia. Una obra hercúlea y colosal cuyos misterios debíamos desentrañar. La Pastora, a diferencia de los otros dólmenes del sur peninsular, no se orienta hacia la salida del sol, sino que lo hace al Poniente. Al poniente, como colocaron el cuerpo de Luis Gestoso.

Comenzamos a trabajar con suma delicadeza. Roberto Souza limpiaba el nivel excavado con un pincel. Parecía inquieto, agitado.

—¿Por qué excavas, Artafi? —me preguntó.

—Me gusta la arqueología, es mi oficio. ¿Por qué otra razón iba a hacerlo?

—No lo sé, por eso te pregunto. Normalmente son los alumnos los que vienen para sus prácticas; después están los doctorandos y los que estamos trabajando como profesores en el departamento de la universidad y que queremos consolidar plaza, como yo... Pero tú hace años que acabaste la carrera, no estás preparando ninguna tesis ni tienes posibilidad alguna de entrar a trabajar en la universidad. ¿Por qué, entonces, te vas a achicharrar bajo este sol de verano tragando polvo y moscas por un salario que no cubrirá ni lo que comes?

—¿Quizás por vocación? —le respondí con ironía.

—Tú sabrás... —y me hirió con su desdén.

En verdad acepté aquel trabajo porque era lo único que me habían ofrecido, aunque, bien es cierto, desde siempre me atraieron los megalitos. El sueldo era ridículo, pero al menos me pagaban la comida todos los días y aprendía sobre lo que me gustaba. Algo era mejor que nada en aquellos tiempos de crisis. También lo acepté —tuve que reconocerme— para dar un mínimo sentido a mi vida vacía. La actividad llenaba aquel hueco y combatía la ansiedad que amenazaba con descacharrarla.

Aquella conversación me deprimió profundamente y de nuevo abrió la espita de la comparación. Mis amigos de la carrera ya habían encontrado algún trabajo, malos todos ellos, pero trabajos, al fin y al cabo. Y yo seguía deambulando de aquí para allá, sin oficio ni beneficio. El propio Roberto se extrañaba de que aceptara trabajos como aquel, que nada me reportarían salvo una probable insolación. Me sentí inútil, fracasada. Ya iba para los treinta y aún no sabía hacia dónde encaminar mi vida. De repente me vi ridícula con aquel pequeño pico en las manos. Solo mi madre y el profesor Cisneros estuvieron siempre conmigo... Si mi padre no me hubiera abandonado, quizás hubiera podido ayudarme...

—¡Artafi! —la voz de Manuel Carrasco sonó a mis espaldas—. ¿Qué te pasa? Llevas un rato abstraída, mirando al vacío.

—Nada, nada —respondí sobresaltada—. Pensaba en la técnica utilizada por los constructores del foso.

—Levántate, por favor, quiero comentarte algo.

Me incorporé y me sequé el sudor que empapaba mi frente. Manolo se acercó hasta mí para comentarme:

—Me ha llamado Maqueda. Ya tiene los primeros resultados de la autopsia. Quiere consultarme alguna cosa. Me ha citado para comer. ¿Me acompañarás?

Roberto Sousa levantó hacia mí su mirada cuando escuchó la invitación. Me sentí incómoda y su mirada —sin saber por qué— me inquietó. No volvimos a hablar entre nosotros durante toda esa mañana. Un par de horas después, con la ropa de la excavación todavía puesta y sin haberme podido duchar siquiera, nos trasladamos hasta una venta cercana.

—Manolo, no sé si me dejarán entrar con esta pinta que llevo.

—No seas presumida. Es una venta de currantes que acaban de llegar del tajo, como nosotros. No desentonaremos, no te preocupes.

Pero sí que desentonábamos. Nada más entrar, nos encontramos con Maqueda, que nos esperaba en la barra, con su traje gris y su corbata. Me sentí mal, sucia y desaliñada.

—Disculpadme —me excusé nada más saludarlo—. Voy a entrar en el servicio.

Me aseé lo mejor que pude y recompuse en lo posible mi pelo sucio y alborotado. Me miré después al espejo y suspiré. Algo había mejorado.

—Como suponíamos —Maqueda ya comentaba el resultado de la autopsia cuando me senté a la mesa— Luis Gestoso fue salvajemente mutilado antes de morir. Las vísceras extirpadas fueron depositadas en las vasijas de barro y parcialmente devoradas por los asesinos. Se aprecian con toda nitidez las señales de desgarradura por dientes humanos.

No era la mejor conversación para el aperitivo. Dejamos transcurrir unos segundos mientras digeríamos la información.

—Y del arma, ¿sabemos algo? —le pregunté con interés.

—Sí. Debe ser un cuchillo o algo similar, con bordes cortantes como pequeños dientes de sierra. El corte, aunque limpio, presenta estrías más o menos paralelas.

Maqueda desgranó con tono profesional los tecnicismos del primer estudio forense, sin aportar realmente nueva información. Por lo visto, todavía quedaba profundizar en el estudio, comprobar si el cuerpo presentaba restos de toxinas o de drogas.

—Querría preguntaros algunas cosas. Tus primeras impresiones han sido confirmadas, los vasos campaniformes eran auténticos, tienen casi cinco mil años de antigüedad. ¿Tienes una idea de dónde pudieron sacarlos?

—No lo sé. Es realmente difícil conseguirlos. Los vasos campaniformes, aunque bien conocidos, son poco abundantes. Aparecen fragmentos, no existen demasiadas piezas completas. Sólo hay dos posibilidades: o lo expoliaron de algún yacimiento o se lo compraron a los expoliadores. En Andalucía existe un enorme mercado negro de piezas arqueológicas. Pero, incluso así, no sería fácil encontrarlos.

—En todo caso, los asesinos conocen bien el mundo de la arqueología y del calcolítico. ¿Sabemos algo de los ritos religiosos y mágicos de la época?

—No sabemos nada de sus liturgias. Sólo conocemos sus enterramientos, el culto a la muerte, sus ajuares funerarios.

—¿Tanta importancia le daban?

—Mucha. Mira por ejemplo Valencina, con sus grandes dólmenes, sus fosos enormes y sus miles de estructuras funerarias. ¿Y sabes cómo vivían? Pues en humildes chozas de barro y ramas trenzadas. Todo lo guardaban para la muerte, nada para la vida. Sus enterramientos son espectaculares, sus casas humildes. Y sus liturgias funerales hubieron de ser magníficas.

—¿Crees que el asesinato de Luis Gestoso corresponde a una de esas liturgias?

—No podemos saberlo.

—¿Lo descartas por completo?

—No, no podemos descartarlo. En la calle Trabajadores de Valencina apareció un enterramiento colectivo con ocho cráneos que presentan hendiduras de corte de cuchillo, lo que pudiera significar que alguien cortó su carne, quién sabe si víctimas de un rito de antropofagia.

—¿Aparecieron con cortes? ¿Antropofagia junto a los antiguos dólmenes? Muy interesante, podría ser el modelo para los criminales; habrá que investigar también esa vía... Pero dejadme preguntaros un par de cosas más. Fueron siete los vasos campaniformes utilizados. ¿Creéis que este número significa algo mágico o sobrenatural? ¿Por qué siete y no ocho o cinco?

—No tengo ni la menor idea.

—Bueno, ya iremos uniendo cabos. Tenemos por ahora a un grupo desconocido de asesinos rituales que utilizan piezas arqueológicas y que orientan a su víctima en la misma dirección que un dolmen. Todo parece indicar que se trata de una secta o algo así que se inspira en el final del neolítico o en la Edad del Cobre. Debemos estar pendientes del número siete, por si pudiera tener algún significado iniciático en el contexto megalítico.

—¿Conoces otros crímenes similares? —preguntó mi director.

—No, es el primero de estas características del que tenemos noticia. Los ritos satánicos y las misas negras son algo más frecuentes y alguna víctima han ocasionado, pero nada que ver con la crueldad y saña de nuestro crimen prehistórico.

Tras un rato de charla nos despedimos de Maqueda. A pesar del calor, regresamos a la excavación para el trabajo de tarde. Habíamos dispuesto unas lonas de sombra bajo las que habilitamos unas sillas y unas mesas para poder trabajar aliviados por su relativa penumbra. Analizamos la marcha del primer día de excavación, repasamos el somero inventario de las escasas piezas significativas encontradas y realizamos diversas faenas previas de gabinete, del todo imprescindibles para el posterior y más pormenorizado trabajo de laboratorio. Me gustaba ese mundo de la ciencia, me sentía feliz entre los planos, los cuadernos de campo y los registros e inventarios. Anhelábamos descubrir la función y significado de aquellos monumentales fosos prehistóricos, desentrañar

sus secretos. De nuevo dirigí mi mirada hacia el dolmen de la Pastora, cuyo dintel de entrada se advertía en la base central del túmulo, con sus formas de inquietante sonrisa prehistórica. Rectifiqué mis pensamientos. No, nunca podríamos desentrañar sus secretos más profundos.

De repente la vi y un estremecimiento me recorrió por completo. La mariposa amarilla revoloteó por unos instantes sobre los planos abiertos en los que trabajábamos para perderse hacia el este, en dirección al vecino dolmen, como si quisiera enviarme una señal. Si ves una mariposa amarilla —recordé de nuevo las palabras de mi abuela— reza porque el muerto no sea de los tuyos, porque alguien, seguro, va a morir. Con temor, mucho temor, seguí el vuelo trémulo de la mariposa hasta que desapareció confundida entre el pasto y los cardos secos. Maldita superstición, ¿por qué tendría que preocuparme por las cabriolas aéreas de un insecto? Nada pasaría —me consolé—, tan sólo se trataba de historias de viejas y tonterías de niña.

—¿Qué te pasa, Artafi? —me preguntó Roberto—. Te has quedado petrificada, ni que hubieses visto un alma en pena.

—No, nada... Era sólo el calor...

Trabajamos un buen rato todavía, hasta que Manolo Carrasco decidió que por ese día ya estaba bien. Recogimos los planos y el material y nos dirigimos hacia los coches, para regresar a casa. Sentí no poder quedarme en el chalé de mi amiga María, tan cercana y acogedora, y con aquella piscina de aguas frescas y limpias.

—Para ser el primer día no ha estado mal —se me acercó Manolo Carrasco—. ¿Estás satisfecha, Artafi?

—Sí. Muy contenta —me halagó la atención que me prestaba mi jefe.

—Esta campaña promete. Y trabajar en los dólmenes siempre tiene su encanto, ¿verdad?

—Sin duda, tienen encanto, misterio...

—Misterio, tú lo has dicho. ¡Ven!

—¿Adónde?

—Sígueme.

Manuel Carrasco se dirigió con largas zancadas hacia el dolmen de la Pastora. Le seguí, intrigada y divertida, mientras el resto de la cuadrilla de excavación recogía sus enseres y se preparaba para regresar a sus casas. Al llegar ante la cancela de entrada, se giró para decirme:

—Tengo las llaves —me miró con sonrisa pícaro—, me las dejé el guarda por si precisábamos algo. Vas a poder pasear con tranquilidad en su interior. La soledad en el seno de un gran dolmen es una experiencia única. Entra, no encenderé las luces.

No quería adentrarme en la oscuridad de aquella catedral megalítica. Conocía su larguísimo corredor y me aterraba la idea de quedarme a solas en la cámara funeraria. Iba a excusarme, cuando Carrasco insistió.

—Vamos, entra, yo te seguiré pasados unos minutos. Experimentarás unas sensaciones únicas, no te arrepentirás.

Me arrepentí nada más comenzar a adentrarme en el estrecho corredor. Iba a girarme, cuando mi jefe cerró la puerta. Quedé por completo a oscuras, abrazada por una densa oscuridad ancestral que me aterrorizó. A punto estuve de gritar, pero logré contener mi pánico. No quería quedar en ridículo. Al fin y al cabo, era una arqueóloga que investigaba en yacimientos megalíticos. Encendí la linterna de mi móvil y avancé unos pasos... La cámara sepulcral se encontraba al fondo de aquel larguísimo pasillo que se abría amenazante a mi frente. Logré dar dos pasos más en las entrañas de aquella tumba enorme y prehistórica. ¿Cuántos muertos habría albergado? ¿Qué ritos retumbarían aún en su seno? Percibí que algo malvado, aterrador, se esforzaba en manifestarse. Lo que quiera que allí habitara parecía molesto con mi presencia, me urgía a abandonar su hogar. No podía seguir ni un instante más profanando aquel lugar sagrado y terrible...

La puerta se abrió entonces y una luz difusa, sin convicción, iluminó el espacio.

—Artafi, voy a entrar —escuché las palabras de mi jefe—. Espérame al fondo.

Y, en ese mismo instante, supe que tenía que salir de allí de inmediato. No quería quedarme a solas con él.

—¡No, no entres! —grité con convicción—. ¡Voy a salir yo, estoy algo mareada!

Y, sin dejarle opción a réplica, corrí hacia la salida. Sólo cuando me encontré bajo el cielo exterior pudo menguar mi ansiedad.

—Parece que no te ha gustado la experiencia, tienes la cara desencajada.

—No es nada, simplemente un mareo; quizás por el cambio de temperatura, enseguida se me pasará.

Manuel me acercó su mano con intención de sostenerme, pero de manera instintiva me aparté. No quería que me tocara, necesitaba alejarme de él y de aquel dolmen espectral.

—Perdona, quiero llegar pronto a casa.

Recorrimos en silencio el camino que nos separaba a las lonas de trabajo. Mis compañeros ya habían terminado de recoger sus cosas y aguardaban el regreso de Carrasco. Creí percibir algún atisbo de recelo en el brillo de alguna de sus miradas, suspicaces ante nuestra escapada en solitario. Un error, sin duda.

—Procurad descansar que mañana será otro día intenso —se despidió Carrasco.

Me sentí aliviada cuando vi alejarse su coche. Recogía mis carpetas, cuando Roberto Sousa, el único rezagado, se acercó hasta mí.

—Ya sé por qué deseabas participar en esta excavación, amiga —me soltó con sorda irritación.

—Ya te lo conté yo antes —respondí con perplejidad, sin terminar de comprender el tono de sus palabras...

—¡Ja, y yo que me lo creo! Eres una trepa, vienes a por mi puesto en el departamento.

—Pero, ¿qué dices? ¿Te has vuelto loco?

—¿Crees que no me he dado cuenta de cómo te estás trabajando a Manolo? No le dejas ni un instante, vas con él a todas partes. A sus reuniones, a sus comidas, quién sabe si también a su cama...

—¡Roberto, no te lo tolero!

—No te hagas la ofendida, te tengo bien calada... Lo último ha sido vuestra visita romántica al dolmen...

No quise continuar la conversación con el cretino de Roberto, y con ira indignada le di la espalda para dirigirme a mi coche.

—¡Vete! —aún me gritó aquel desalmado—. ¡Vas de lista, pero se te ve el plumero!

—¡Eres un cerdo —le grité sin poderme contener—, una víbora, un cabrón, un enfermo...!

—Adiós, zorra, no pienso perder más tiempo contigo, aún me quedaré un rato por aquí. No me labro el futuro con coqueteos, sino con mi trabajo...

Y sin responder a mis insultos, se dirigió hacia el dolmen mientras parecía realizar una prospección visual del terreno. Pura representación para quedar por encima de mí. Quise fulminarlo en ese instante, pero me giré para alejarme de él. La ira se transformó en el dolor lacerante de la humillación en cuanto me encontré al volante de mi vehículo. Y, sin poderlo evitar, rompí a llorar de rabia, indignación y desconsuelo. Su «zorra» aún me quemaba como un hierro candente. Pero, ¿quién se había creído aquel energúmeno que era? No podría trabajar con aquel cretino, no lo soportaría. Necesitaba el trabajo y el poco dinero que me reportaba, pero prefería dejarlo antes que aguantar la baba envenenada de aquel demonio. Y tomé una súbita decisión: al día siguiente abandonaría el dolmen. Más valía estar en el paro con dignidad que en el trabajo sin ella.

VII

Apenas si pude dormir aquella noche, alterada por las palabras de aquel infame. Me levanté de madrugada; encendí la televisión; intenté leer un rato; tomé un café, sin lograr concentrarme en ninguna de las faenas iniciadas. Al alba, un vivo deseo de venganza inflamaba mis entrañas. Denunciaría a Sousa ante el director de la excavación. Por acoso, por violencia verbal, por lo que fuera. El caso es que no quedara impune aquel atentado contra la escasa dignidad que aún atesoraba después de tantos sinsabores pasados. Salí muy temprano de casa y, sin atascos, llegué en menos de veinte minutos hasta el aparcamiento del yacimiento. Me encontré sola en el lugar de la excavación. Sólo la silueta del guarda se advertía junto a la puerta del dolmen. El recuerdo de su penumbra interior me intimidó. ¡Cuánta energía emanaba aquel lugar! Mientras llegaban mis compañeros decidí dar un breve paseo para estirar las piernas y aclarar mis ideas. Sentía que el dolmen estaba allí, acechándome, agazapado en su antigüedad, con la tensión de un felino negro a punto de saltar. Apenas unos minutos después, el sonido del derrape de un vehículo me sobresaltó. Se trataba del todoterreno de Manuel Carrasco, que aparcó de cualquier manera junto a mi vehículo.

—Vamos —me dijo al verme con tono preocupado—. Me acaba de llamar el guarda. Se ha encontrado forzado el candado de la cancela del dolmen. Míralo, allí está, no se atreve a entrar. Tras lo de Luis Gestoso todo el mundo está temeroso y susceptible.

Corrimos hacia el dolmen y, en efecto, la cancela de entrada se encontraba entreabierta y el candado violentado en el suelo. El guardia nos aguardaba con evidentes síntomas de nerviosismo.

—¿Has entrado?

—Todavía no, he preferido que venga usted, por si hay algo dentro. No me he movido de aquí desde que lo descubrí a primera hora de la mañana.

—Venga, vamos nosotros a comprobar lo que ha ocurrido...

Encendieron la luz y el pasillo del dolmen se iluminó. Comenzamos a adentrarnos en su interior con nerviosismo creciente. De nuevo aquella fatídica premonición, aquella intuición de la tragedia. Algo malvado y oscuro habitaba en su interior. Reconocí el olor acre y dulzón que impregnaba el interior del megalito: se trataba de sangre humana.

Con la mirada perdida nos acercamos aterrorizados hasta la cámara del dolmen, que se adivinaba al final del largo corredor. Avanzaba de manera

mecánica arrastrada por la ágil marcha de Carrasco. Los más de cuarenta metros de recorrido se me hicieron eternos. Cada vez que atravesaba uno de los pórticos adintelados que lo segmentaban, jambas les llamaba Carrasco, sentía que me acercaba al espanto. Quise ahuyentar mis temores; quizás unos simples gamberros habrían forzado el candado. Pero no logré engañarme a mí misma. Sabía lo que me iba a encontrar en la cámara megalítica. Un muerto mutilado y sometido a un cruel tormento. De repente, lo vimos. Unos metros antes de alcanzar la cámara pudimos entrever algo parecido a un cuerpo tumbado sobre el suelo. Grité mientras me apoyaba sobre las espaldas de Manuel Carrasco para no caer presa del pánico que me invadió. ¿Quién sería en esta ocasión el desdichado?

Para nuestra sorpresa y horror no tardamos en descubrirlo. Roberto Sousa se encontraba desnudo, completamente ensangrentado y con el pecho abierto, sobre el suelo de la cámara circular. Su cuerpo extendido prácticamente llegaba de pared a pared, ya que la cámara apenas si sobrepasaría los dos metros de diámetro. Un hueco oscuro ocupaba el vacío en el que había latido un corazón. El resto de los destrozos y mutilaciones ya los conocíamos. Ojos, lengua, genitales, piel... Otro aquelarre espantoso, satánico, para descuartizar a un nuevo compañero de excavación. Roberto... Toda la ira acumulada la tarde anterior se transmutó en dolor, desconcierto, compasión. Incapaz siquiera de gritar, quedé paralizada con la mirada fija en las cuencas vacías de un rostro desfigurado por el pavor.

—Tenemos que salir —atiné a escuchar las balbuceantes palabras de Carrasco—. No toquemos nada...

No respondí y me limité a seguirle en nuestro camino de regreso, con pasos de zombi, torpe y renqueante. A medida que avanzábamos por aquel infinito corredor acelerábamos nuestra marcha. Necesitábamos regresar a la luz del sol, precisábamos con urgencia abandonar aquel templo de la abominación. Al salir, respiré con fuerza, apenas si pude andar unos pasos para derrumbarme con estrépito sobre el suelo.

—Artafi, Artafi... —aquellas palabras lograron desvelar las brumas de mi desvanecimiento—. ¿Estás bien? ¿Puedes oírme?

—Sí, sí —respondí temblorosa—. Estoy bien...

Me incorporé con dificultad mientras me sacudía la tierra de los pantalones y la camisa.

—¡Qué horror! —exclamó Carrasco—. Todavía no logro creer lo que ha pasado. ¡Venga! ¡Tenemos que llamar de inmediato a Maqueda!

Veinticinco minutos más tarde escuchamos el estrépito de las sirenas. Policía Nacional, Policía Local y una ambulancia rivalizaron en estruendo y escándalo.

Pronto el lugar se llenaría de curiosos y el rumor del nuevo crimen se extendería con rapidez. Y no tardarían en llegar los periodistas, siempre ávidos del morbo sangriento.

Mientras la policía reconocía el interior, tomaba cientos de fotografías, realizaba pruebas, tomaba huellas y escudriñaba hasta el último orificio de las grandes losas, nosotros aguardábamos en el exterior, en un tenso silencio, como si todavía no acabásemos de creer lo que había sucedido en la cámara del megalito. No hablamos siquiera entre nosotros, limitándonos a dar cortos paseos para tratar de aliviar la tensión que nos atenazaba. Los policías entraban y salían, con el asombro y el terror reflejados en sus rostros. Un par de ellos vomitaron nada más abandonar aquella cámara del espanto. Pasado un buen rato, cuando el bullicio policial pareció remitir, Maqueda se acercó hasta nosotros.

—El juez ya viene de camino para levantar el cadáver. Quisiera que volviésemos a entrar conmigo, por si percibís algún detalle arqueológico que a los profanos se nos pudiera escapar.

Afortunadamente, el cuerpo ya se encontraba envuelto, depositado directamente sobre el suelo.

—Seguramente fue drogado antes del ritual, por lo que no tuvieron que inmovilizarlo.

No dije nada, pero en mis adentros pensé que al desgraciado de Roberto no le habrían concedido tal gracia. Con seguridad, los asesinos lo habrían preferido bien despierto, para que su dolor y sufrimiento ensalzara el sacrificio ritual.

—¿Veis algo extraño?

—No —respondió Carrasco—. De nuevo encontramos los vasos campaniformes, al igual que la vez anterior, dispuestos regular y simétricamente alrededor del cadáver. Tienen pinta de ser auténticos.

—Sí. Y también contienen restos sanguinolentos parcialmente devorados —apostilló el inspector—. Todo igual que en el crimen anterior.

—Todo igual no —les interrumpí.

—¿Qué es lo diferente?

—En esta ocasión son seis los vasos. Cuando mataron a Luis Gestoso eran siete los que lo rodeaban.

—Es cierto. Uno menos. ¿Crees que quiere decir algo?

—No tengo ni la menor idea.

—Este espacio es muy reducido, apenas si cabrían, es normal que redujeran la partida.

—Sí, puede ser... o no, quién sabe.

Permanecemos aún un rato analizando el material. Yo me asfixiaba en aquel ambiente cargado de muerte y sangre. Me pregunté si aquel dolmen tantas veces

milenario habría sido testigo de algo similar. Percibía el halo malvado que lo rodeaba. Conocíamos bien la arquitectura megalítica, pero lo ignorábamos todo sobre los ritos que en ella se practicaron.

Afortunadamente, la llegada de la jueza hizo que tuviésemos que abandonar la cámara. Tenía grabado en mi mente hasta el menor detalle del escenario del crimen. Pobre Roberto, pobre Luis....

—Los dos asesinados pertenecían a vuestro proyecto —nos advirtió Maqueda—. La relación entre ellos es evidente. Creo que tendréis que suspender la excavación. Dos muertos son más que suficientes.

—Pero... —le interrumpió Carrasco—. Esto no tiene ningún sentido. ¿Quién podría estar interesado en asesinar a unos simples doctorandos y profesores de arqueología?

—Eso es lo que tenemos que averiguar. Hasta ahora sólo sabemos que las víctimas guardan una evidente relación con vuestro trabajo y que han sido asesinados según el mismo y salvaje rito primitivo.

—Sí, es así, pero...

—Por lo tanto, todos los participantes de vuestro proyecto pueden estar en peligro, o pueden ser ellos mismos el peligro, quién sabe. En estos momentos no sabríamos distinguir entre posibles candidatos a morir o a asesinar... Los criminales deben de estar muy cerca de vosotros.

Hasta aquel preciso instante no fui consciente de la delicada situación en la que nos encontrábamos. Ya iban dos muertos y nadie aseguraba que un tercero pudiera aparecer de nuevo descuartizado... Y con un escalofrío comprendí la nueva y diabólica derivada. Maqueda tenía razón, alguien próximo a nosotros, que nos conocía bien, era cómplice de los asesinos. Todos podíamos resultar sospechosos, víctimas o verdugos, al tiempo.

—Tendré que interrogaros a todos.

—¿A nosotros también?

—A vosotros también.

VIII

—Artafi —me llamó mi amiga Marta Albero tras aparcar el coche en las cercanías de mi casa—, ¿te apetece dar una vueltecita esta noche? Llevo tiempo sin salir y sueño con una cerveza helada.

Tardé en responder. Sumergida en matanzas sangrientas y en horrores prehistóricos, me encontraba a una enorme distancia anímica de invitaciones y cervezas. Pero acepté sin condiciones, quizás para tratar de disipar las tinieblas de mi entendimiento.

—Sí, así me despejo, quedamos donde digas.

—Perfecto, nos vemos a las nueve y media en las Setas de la Encarnación, tomamos algo por allí...

Dudé si planteárselo, como avergonzada de mi pronto.

—Marta..., te quería pedir un favor. Llevo sin salir de compras una eternidad —yo misma me asombré por mis palabras, que me parecieron frívolas, pero en las que insistí—, no tengo nada que ponerme, más allá de mi ropa de excavación y cuatro trapajos antiguos. ¿Te importaría acompañarme? Así podrías aconsejarme, que falta me hace.

—Pero, Artafi, querida amiga, ¿te has enamorado? ¿Tú, pidiéndome que vayas de compras contigo? ¡Si hasta pensaba que saldrías con tu mono de trabajo! ¡No sería la primera vez que lo hicieras! ¡Pues claro que iré contigo, no quiero perderme tu transformación en princesa!

Me reí de buena gana, mientras le agradecía de veras su ayuda. Siempre odié salir de tiendas y, en las contadas ocasiones que lo hice, me limité a comprar lo primero que me pusieron por delante. Nunca fui presumida, jamás conseguí eso que llaman un estilo propio. Pantalones vaqueros, camisetas rotuladas... Y mientras, mis amigas con vestidos y conjuntos bonitos y estudiados, que les favorecían y adornaban. Artafi —me había dicho a veces Marta cuando me veía aparecer con mi pinta desastrada—, que salimos a ligar, hija, no a picar terrones... De ahí su extrañeza cuando esa tarde le pedí que me acompañara de compras. La verdad es que yo misma me sorprendí cuando tomé aquella decisión. Con todo lo que me sucedía, con el drama sangriento que me acosaba, rodeada de muertos y de rituales antropofágicos, ¿cómo podía pensar en ir de compras? Misterios de la vida humana, sin duda. Recordaba haber leído en algún lugar que tras las grandes catástrofes naturales o tras las guerras, los supervivientes experimentaban unas imperiosas ganas de vivir, de divertirse, de seducir, de amar. Vida en contraposición a la muerte que estuvo cercana. Vive,

Artafi, no seas tonta, que quizás no te quede ya mucha vida para gozarla.

Subí a mi casa y mi madre no estaba, qué pena, le hubiera encantado conocer lo de mi plan de compras. Siempre me insistía en que tenía que ir más arreglada. Todavía me quedaban un par de horas para salir a mi encuentro con Marta. Me tumbé en el sofá mientras intentaba ordenar las ideas e intuiciones, en un duro regreso a la realidad. Por lo pronto, volvía a quedarme sin trabajo. Tendría que ir a visitar al profesor Cisneros para contarle con detalle todo lo acontecido y exponerle mi nueva situación. Mientras la excavación se mantuviera suspendida, nada tendría que hacer, salvo esperar a ser interrogada...

¿Estaría yo también en peligro? Dos de mis compañeros habían sido asesinados. ¿Podría yo ser la tercera? ¿Conocería a alguno de los criminales? ¿Podría ser el propio Carrasco? Recordé entonces su intención de encerrarse conmigo a solas en un dolmen, comportamiento a todas luces sospechoso... Carrasco me parecía una buena persona, con sus ojos siempre suplicantes. Recién divorciado, no terminaba de encajar la soledad. Las malas lenguas decían que trabajaba la noche en busca de la princesa que le redimiera de su soltería. El pobre. Por esa vía, sólo encontraría el hastío y el desengaño. Quizás la frustración y la ira contenida le hubiese impulsado a matar... ¡No, basta ya!, grité en mis adentros mientras me incorporaba. Debía controlar mis pensamientos, no podía obsesionarme con el monstruo de la historia de terror que me había tocado vivir. Y fue entonces cuando tomé una repentina y extraña decisión, quizás tan absurda como inesperada. Iría a la peluquería, a arreglarme el pelo. Me avergoncé por el simple hecho de pensar en ir a una peluquería con la que estaba cayendo... Apenas si me cuidaba el pelo, salvo en las ocasiones en las que acudía a cortármelo, siempre con el mismo corte desde que era una adolescente... Y experimenté la gozosa tentación de dejarme llevar, de deslizarme por la dulce cadencia de una feminidad clásica en la que nunca había acabado de encontrarme del todo. Y es que, como a veces repito, mi mente haría feliz al psicoanalista más entusiasta.

—¡Artafi! —exclamó con gran asombro Marta cuando me encontré con ella—. ¿Qué te has hecho? ¡Estás guapísima, no me lo puedo creer!

Giré sobre mí mientras reía con ganas y ladeé con gracia la cabeza para que mi pelo recién cortado bailara sobre mi rostro.

—¡Te favorece mucho ese corte de pelo, mucho! ¿Cómo es que te has animado? Si siempre te había visto con esa melenita tan sosa que llevabas desde tu infancia...

—Pues ni yo misma lo sé —me sinceré—. Fue un pronto.

—Un bendito pronto que me tendrás que explicar... Ir a la peluquería, ahora de tiendas... Tú te quieres poner guapa por algo, a mí no me engañas. ¿Te gusta

alguno?

—No, ahora estoy en sequía.

—Y entonces, ¿por qué, de repente, te has vuelto presumida?

—Porque he sentido la urgencia de vivir.

—No entiendo nada...

—Te lo explicaré, amiga, cuando hagas un curso de psicoanálisis urgente...

Ahora, ¡vamos de compras!

Terminé agotada pero feliz, con varias bolsas encima, alguna con falda, incluso, en su interior. Bien que nos habíamos merecido la cervecita que disfrutábamos en la Plaza del Salvador.

—Ahora, Artafi, cuéntame. ¿Qué te ha pasado?

—Nada bueno... ¿Te has enterado de lo de los crímenes de Valencina?

—¿Lo de los dólmenes y todo eso?

—Sí.

—Pues claro, está todos los días en los periódicos. Parece una película de terror. ¡Y yo que ni siquiera sabía que existían dólmenes en Valencina! Pensaba que esas piedras grandes eran cosas de Inglaterra, de los celtas y de todos esos sitios raros, pero no de aquí...

—Pues conocía a los asesinados, íbamos a excavar juntos, estuve con ellos en la víspera de sus crímenes... Estoy horrorizada...

—Espera, espera, vas muy rápida... ¿Que tú conocías a los asesinados?

—Sí, deja que te lo cuente desde el principio...

Y, durante un buen rato, sin prisas, en un monólogo catártico, le conté todo lo sucedido. Llevaba semanas sin verme con ella y nada conocía de mis desventuras. Mis palabras fluyeron con facilidad mientras mis propias ideas se ordenaban en su caudal.

—Pero... ¡todo eso es horroroso! ¡Estás en peligro! Debes irte de Sevilla...

—Supongo que de nada serviría. Ya ves, la policía no sabe quién de nosotros puede ser el asesino o quién la siguiente víctima. Si desaparezco, sospecharán de mí de inmediato. Un disparate...

—Y con todo eso encima, te dieron ganas de irte a la peluquería...

—Inexplicablemente, sí.

—¡Eres única! ¡Te invito a otra ronda, te lo mereces! ¡*Carpe diem*, carajo!

—Eso mismo pensé yo... que debo disfrutar mientras pueda hacerlo.

Paseamos después hasta la zona del Arenal, donde entramos en una antigua taberna de barra de madera, tallas de vírgenes y carteles taurinos.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—No lo sé. Supongo que esperar, la policía quiere interrogarnos.

—Ya... y, ¿has pensado que pudiera ser una secta satánica o algo así?

—Pues claro, es lo primero que se me vino a la cabeza.

—O de brujas... Los dólmenes parecen atraer la magia, son lugares de ritos primitivos y sagrados...

—No te aceleres, Marta, que apenas si conocemos todavía del uso exacto de los dólmenes. Algunos eran estructuras funerarias, otro, no lo sabemos.

—Déjate de historias, que todos sabemos para lo que sirven. Lugares de aquelarres, magia negra, druidas celtas... Aléjate de ahí en cuanto puedas.

—No sé si podré...

—Artafi, ¿te has dado cuenta de la mala suerte que tienes?

—Sí, la verdad que sí.

—Primero fue todo el lío de los mayas y el Yucatán, después lo del Sáhara y Tombuctú, ahora lo de los sacrificios... ¿cómo se dice?... Sí, ahora lo de los sacrificios megalíticos... Te persigue algo parecido a una maldición...

—Llevo una mala racha, me lo repito todos los días. Ahora que esperaba encontrar un poco de paz con mi nuevo trabajo, de nuevo se me ha jodido todo...

—Saldrás, Artafi, saldrás... Puedes contar conmigo para lo que quieras. Al menos, contigo, la aventura siempre es posible.

—No quiero aventura, quiero paz. Y, ahora, vivir.

Marta, una mujer del XXI, acababa de asociar de manera natural los crímenes de los dólmenes con la magia. ¿Sería aún posible la magia en la era de las computadoras y de la inteligencia artificial? Los dólmenes, tan desconocidos, nos llegaban envueltos en la bruma del misterio. ¿Podrían ser la puerta abierta que nos conectara con los arcanos de nuestro pasado? ¿El enlace con energías telúricas que desconocíamos? Mi mente de arqueóloga sólo podría tachar de simples supersticiones cualquiera de esas hipótesis. Pero los constructores de los megalitos estuvieron dominados por la mente mágica de la prehistoria y sus grandes templos de piedra bien podrían haberla conservado hasta nuestros días...

—¿Qué piensas, Artafi, tan calladita? Que parece que te ha comido la lengua un gato.

—Nada, pensaba en lo que me habías dicho de la magia, druidas y todo eso...

—Pues claro, ¿en qué otra cosa se puede pensar cuando dos personas son asesinadas y devoradas en un rito satánico?

—Debe existir una explicación racional.

—¿Estás asustada?

—La verdad es que sí...

—Pues mientras encuentras tu explicación racional, yo puedo ayudarte. Pero no racionalmente, sino esotéricamente. Conozco un amigo que quita el mal de ojo. Me lo presentaron el otro día, es una especie de mago y me quedé con su teléfono.

—¿El mal de ojo? ¿Un mago? ¿Tú estás loca?

—No, te hablo en serio. Es un tío estupendo, muy serio. Le encantan los temas esotéricos, creo que sería bueno que lo conocieras. Parece inglés, se llama John Boyle.

—Bueno —me gustó eso de que fuera inglés—, me parece una solemne tontería, pero no perdemos nada por tomar una copa con él. A lo mejor es interesante.

—Es muy interesante. Te gustará.

Estuvimos hasta tarde bebiendo, charlando e incluso coqueteando con dos conocidos que se nos acercaron para invitarnos a una copa. Lo pasé bien, con Marta y mis modestas compras. Al menos conseguí espantar por unas horas el fantasma monstruoso que me atormentaba desde las entrañas de la historia.

Cuando de madrugada regresé a casa, mi madre estaba despierta, sentada en el sofá del salón, con la mirada perdida en la lámpara del techo. Apenas si se percató de mi entrada.

—Mamá, ¿que te has quedado dormida!

Sacudió su cabeza, mientras abandonaba su letargo.

—No, no, hija. Sólo estaba traspuesta.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté alarmada al descubrir sus ojos llorosos.

Dejé las bolsas en el suelo. Más adelante ya tendría tiempo de enseñarle mis compras.

—Tu padre ha vuelto esta tarde. Estuvo apenas unos minutos en casa y se marchó de nuevo.

—¿Papá? ¿Aquí?

—Sí, hija, aquí.

—Pero, ¿por qué no me habías dicho nada? ¡Habría regresado de inmediato, para estar aquí contigo!

—Se presentó de improviso, sin avisar. Casi me caigo de la impresión cuando me lo encontré al abrir la puerta.

—¿Por qué no me llamaste? Me hubiera gustado tanto poder hablar con él...

—Casi no lo reconocí. Estaba muy delgado, con hondos arrugas en la cara y barba de varios días. Miraba al suelo, como avergonzado. Me dio la mano, preguntó cómo me encontraba y cuándo le respondí interesándome por él, simplemente me dijo que llevaba mucho tiempo con deseos de volver a verme. Después se marchó, no podía seguir por más tiempo aquí, me dijo, porque no sería prudente. Y se fue de nuevo, sin darme esperanza ni teléfono en el que localizarlo. Tampoco un mísero beso.

—¿Preguntó... por mí?

—No, no lo hizo —y mi madre agarró con ternura mis manos.

—¡Mierda! —grité—. ¿Por qué no me quiere? ¿Qué le he hecho?

—Esas mismas preguntas me las he formulado yo un millón de veces. No he logrado encontrarles respuesta... Se fue así, de repente, sin una causa. Se marchó y ahora vuelve a saludar... Apenas un minuto después de tantos años... Estoy destrozada...

—No tiene sentido, su huida no tiene sentido. Yo sé que me quería. ¿Qué le pudo pasar? —e insistí en una pregunta mil veces formulada—. ¿Otra mujer?

—Ya te lo he dicho otras veces, eso fue lo que siempre creí, lo hemos hablado en muchas ocasiones... Ahora, pasados los años, no lo creo. Más bien parece que quiso desaparecer, esconderse, de nosotras y del mundo entero. Si hubiera habido otra mujer, otra familia, nos habríamos enterado; esas cosas siempre terminan sabiéndose.

—Tienes razón, mamá. No sé lo que le habrá pasado, pero ya no nos quiere... Al menos a mí...

—Así parece... aunque a lo mejor, algo le impide acercarse a nosotras.

—Tú le sigues queriendo, ¿verdad?

—A mi manera y pese a todo lo que ha pasado, sí. Me hizo muy feliz mientras duró. No ha pasado ni un día siquiera, desde su marcha, que no me haya acordado de él. Creo que ningún hombre podrá sustituirlo en mi corazón. Me moriré con la pena de haber sido abandonada de manera absurda... Y lo de hoy, aún empeora las cosas. No logro comprenderlo. ¿Para qué aparece para volver a marcharse de nuevo?

—Quizás esté avergonzado, quizás le cueste reconocer su error. Pero es un primer paso. Al menos a ti te echa de menos, a mí ni siquiera eso...

—No digas eso, hija...

Y fue entonces cuando las dos rompimos a llorar mansa, largamente. Nos sentíamos desgraciadas, abandonadas. Sólo un buen rato después, algo aliviadas por el llanto, pudimos retomar nuestra conversación.

—¿Sabes? Me pareció que papá estaba asustado, muy asustado...

—¿Asustado?

—Sí, asustado. Y parecía vacío.

—¿Vacío?

—Sin corazón, sin sentimientos, sin alma; como un muerto en vida...

—Déjalo, mamá. No lo empeores aún más.

Me levanté para dirigirme en silencio hacia mi dormitorio.

—Artafi...

—¿Sí?

—Estás muy guapa con ese peinado... Que descanses.

Dudé entonces si contarle lo de mis compras. Me pareció absurdo y frívolo.

Tuve que haberlo hecho y no lo hice. Probablemente, ella lo hubiera agradecido, lo necesitaba más que yo.

—¡Muchas gracias! —le di un beso tierno mientras sonreía—. Vete a la cama, por favor. Mañana será otro día y quizás podamos verlo todo con ojos nuevos.

Cuando abandoné el salón, ella permaneció allí, en su sofá, con la mirada perdida de nuevo en el techo mientras retorció mil veces aquellas preguntas de mujer abandonada para las que, probablemente, jamás lograra encontrar respuesta alguna.

IX

El entierro de Roberto Sousa fue multitudinario. A su familia, que era extensa y conocida en Sevilla, se unieron compañeros y alumnos de la facultad, algunos curiosos y, por supuesto, la prensa impertinente. Muchos no pudieron ni siquiera entrar en la iglesia abarrotada del tanatorio en la que se ofició el funeral. *Murió en un rito y lo entierran con otro* —pensé mientras el féretro salía a hombros de la iglesia con destino hacia la nada—, *ni siquiera la muerte nos hace libres. Desde el paleolítico hasta hoy nuestra vida viene marcada por esos malditos ritos...* Pero, inmune a mis reflexiones, el ceremonial de la muerte continuó con su ritmo fúnebre. El féretro fue cargado en un coche negro y cubierto con coronas de flores. Me dejé llevar por la corriente humana y caminé hacia el vecino cementerio de San Fernando, acompañada por Manuel Carrasco y Alfredo Gutiérrez, otro de los doctorandos del equipo frustrado de excavación de Valencina. Los panteones, las lápidas, los arriates con flores, los cipreses que asaeteaban el cielo azul sevillano retaban al dolor con sus colores alegres. El luto habitaba en nosotros, sombríos, destrozados. Algo apartada, por respeto a los más cercanos a Roberto, contemplé desde cierta distancia el entierro en el panteón familiar. Sentí en aquellos momentos una honda pena por quien, apenas un par de días antes, me había insultado y ofendido con tanta saña y violencia. Lo perdoné de corazón y musité por él una oración. Ojalá lograra encontrar la paz eterna.

En ese instante descubrí que alguien me vigilaba. El inspector Maqueda, que hasta entonces había pasado desapercibido entre los asistentes, me observaba con ojos inquisitoriales. Como buen policía pensaba que el criminal podría ocultarse tras el rostro más lloroso y apenado de los asistentes; su deber era dudar de todos, también de nosotros y, por supuesto, de mí. Las palabras de un recién llegado me hicieron apartar la mirada del policía que todo lo escudriñaba.

—Eres Artafi, ¿verdad?

Me encontré con un rostro redondo que me resultó levemente familiar. Manuel Carrasco se giró en ese preciso instante, para ser reconocido de inmediato por el extraño, que lo saludó.

—Hola, Manolo, no te había visto. Qué desgracia, ¿verdad?

—Sí, un mal lugar para encontrarnos. Una desgracia sin paliativo, un horror absoluto. ¿Conoces a Artafi?

—Sólo de vista —respondió el desconocido—, pasó por el departamento hará un par de semanas. Me llamo Antonio Paredes —se presentó—. Soy, mejor

dicho, era, compañero de Roberto. Estoy desolado.

—Todos lo estamos —le respondí.

—Espero verte de nuevo por el departamento. Encantado de conocerte.

Se alejó para continuar con sus saludos. Apenas si estrechó la mano de Alfredo Gutiérrez. Me extrañó aquella frialdad entre compañeros que por fuerza tendrían que tratarse con frecuencia en el departamento. Quizás estuvieran peleados y ni siquiera el luto por Roberto consiguiera indultar su enemistad por un instante, siquiera.

El sonido de la gran losa de granito desplazada hasta cubrir el panteón fue la antesala de los últimos rezos. La liturgia de los difuntos tocaba a su fin y los presentes comenzaron a retirarse. Ahora sí, Roberto podría descansar en paz.

Transcurrieron dos semanas grises, densas y absurdas. La excavación suspendida, las sospechas crecientes, las surrealistas preguntas de la policía, el terror difuso que nos envolvía. Nada parecía tener sentido ni lógica en aquellos atroces crímenes rituales.

Tuve que presentarme en comisaría en dos ocasiones, para unas rondas de preguntas convencionales, formuladas por policías incisivos.

—¿Sospechas de alguno de tus compañeros de excavación?

—La verdad es que no. Ninguno de ellos habría sido capaz de cometer esa monstruosidad.

—Regla número uno de la policía y de la vida: las apariencias engañan. Nunca sabes de lo que es capaz la persona que está a tu lado. Terribles asesinos en serie fueron considerados como esposos ejemplares y padres amantísimos y tiernos por sus familias y vecinos. Lograron engañar a todos. Intenta ahora recordar todo lo acontecido, ¿observaste algún comportamiento extraño en algún miembro del equipo?

—No, ya lo comenté antes.

—Sin embargo, me dicen que te quedaste a solas con Roberto al terminar el trabajo la misma tarde de su asesinato.

—Sí, es cierto. Cuando yo me fui, él me dijo que aún permanecería más tiempo allí.

—¿Te dijo o hizo algo extraño en ese momento?

—Bueno... eh... —dudé unos segundos—, la verdad es que sí estuvo raro. Me insultó sin venir demasiado a cuento...

—¿Te insultó? ¿Por qué? ¿Qué te dijo?

—Vino a decirme que era una trepa, que quería ligarme a Carrasco para prosperar en el departamento. Fue muy desagradable. Me marché llorando de ira. Él se quedó.

—¿Por qué no habías contado eso antes?

—No lo consideré de interés al caso. Pensé que era algo personal, sin repercusiones fuera de nosotros.

—Te equivocas. En el mejor de los casos, evidencia que Roberto se encontraba muy nervioso y malhumorado esa tarde. ¿Temía algo? Puede ser. Y en el peor de los casos te colocaría a ti en una situación sospechosa. Acababas de discutir fuertemente con él, quizás sintieras un deseo irrefrenable de asesinarle.

—Se trata de una broma, ¿verdad?

—No, es un simple ejercicio teórico. Ya conocemos bien tus coartadas, en principio no pudiste participar en ninguno de los dos crímenes.

—¿Sólo en principio?

—Sólo en principio.

—¿Tenéis ya alguna pista o hipótesis de la autoría?

—pregunté sin esperanza para desembarazarme de aquella conversación angustiosa.

—Aquí las preguntas las hacemos nosotros —me cortó con brusquedad, para a continuación suavizar su respuesta—. Estamos ante los crímenes más complejos a los que nunca nos hayamos tenido que enfrentar, tenemos abiertas todas las hipótesis.

Al salir de comisaría descubrí una llamada perdida realizada desde un número de móvil que no conocía. Le devolví la llamada.

—Buenas tardes, he recibido una llamada de ese número. ¿Quién es?

—Hola, eres Artafi, ¿no?

—Sí, ¿y tú?

—Perdona, soy Antonio Paredes, el compañero de Roberto. Nos conocimos el día de su entierro.

—Sí, te recuerdo.

—Disculpa que te haya llamado, conseguí tu número en el departamento. Necesito hablar contigo.

—Pues dime.

—Mejor me gustaría hacerlo en persona.

—Yo voy ahora para la facultad, quiero ver a Manolo.

—Estupendo, pues por allí andaré yo. ¿Nos vemos en una hora?

—Vale.

Carrasco no se encontraba en su despacho. Decidí bajar a la cafetería para hacer tiempo. Pedí un café cortado y me senté en una mesita. Siempre me produce una cálida sensación de placer ese instante de descanso. Me fijé entonces en el grupo que estaba en la mesa vecina y lo vi. Antonio Paredes

charlaba con un par de chicas. Me incorporé para saludarlo.

Cuando me descubrió, se disculpó ante sus contertulias y se levantó para venir hacia mí.

—Qué rápido has llegado, no te esperaba aún.

—Carrasco no estaba y decidí bajar mientras. ¿Por qué querías verme?

—Verás, quizás sea una tontería, pero desde unos días antes de ser asesinado, Roberto estuvo muy nervioso e irritable. Yo lo conocía bien y, como tenía cierta amistad con él, le pregunté si le pasaba algo. Me dijo que no, que estaba ilusionado con la excavación que iba a comenzar y que pensaba le serviría para dar un gran salto académico.

—Bien... —le interrumpí impaciente—. ¿Y qué tiene de raro eso?

—Hasta ahí nada. Pero unos días antes de su asesinato entró en mi despacho con la cara descompuesta y la mirada ida. Me dio una carpeta y me pidió que se la custodiara fuera de la facultad. Cuando le pregunté qué papeles eran esos y por qué debía guardarlos, me suplicó que lo hiciera sin preguntar demasiado. Y que, cuando hubiera pasado todo, ya me los pediría de nuevo.

—¿Cuando hubiera pasado todo? ¿Qué es lo que tenía que pasar?

—No lo sé. Eso fue todo lo que me dijo. Después se marchó y yo me llevé los papeles a casa. Lo demás ya lo sabes, al poco apareció mutilado y asesinado.

—¿Miraste esos papeles?

—Si te digo la verdad, no. Supuse que no tendrían nada que ver con su muerte, que se trataría de documentos relativos a su tesis doctoral o algo así. Los metí en mi cartera y los dejé en la estantería de mi apartamento. Allí están.

—Creo que deberías decírselo a la policía.

—No me metas en líos.

—Pero... ¿por qué no se los das a Carrasco o a Alfredo Gutiérrez? A mí me conociste el otro día, nada sabes de mí.

—Es cierto... Pero hay algo más que no te he contado...

—¿Qué? —pregunté intrigada.

—Verás, no logro recordarlo con exactitud, pero Roberto, como hablando para sí, mientras me entregaba la carpeta, musitó algo así como «esto le interesaría a Artafi». Le pregunté qué había dicho, pero sólo me respondió con un evasivo «nada, nada, cosas mías». Supongo que te afectan, de alguna manera, y por eso quiero entregártelos... Bueno, por eso y porque no me gustan ni Carrasco ni Gutiérrez... No se portaron bien con el pobre de Roberto... Por eso, prefiero dártelos a ti. Haz con ellos lo que consideres oportuno una vez que los hayas leído.

—Si así lo quieres... puedo ir a recogerlos esta tarde donde me digas.

—No, esta tarde estaré ocupado, prefiero traértelos aquí mañana.

—Vale, me viene muy bien. Si te parece, nos vemos aquí, tengo una cita con el profesor Cisneros, que regresa de un viaje.

—Bien —me respondió Antonio Paredes mientras sacudía la cabeza con satisfacción, como si se quitara un peso de encima—. Mañana nos vemos y te los doy. ¡Roberto estaba tan ilusionado con su tesis! Quién le iba a decir que moriría en uno de sus amados megalitos.

—Los malditos dioses de la muerte siempre fueron caprichosos...

—¿Qué has dicho?

—Nada, nada, cosas mías.

—Ni los mientes, no vayas a provocarlos. ¡Pensemos en algo alegre! ¿Quieres tomar algo, Artafi?

—Pídeme una cerveza, por favor. La necesito con urgencia.

X

Cuando me levanté al día siguiente, mi madre ya preparaba el desayuno. El aroma del café y del pan tostado abonó mi buen humor. Hogar, dulce hogar. Allí, en el cálido regazo de mi cueva, me sentía protegida, segura. Mi madre canturreaba una antigua canción de los sesenta, señal inequívoca de que se sentía bien. Pero el fugaz encanto del momento se quebró pulverizado por el sonido de mi teléfono móvil. Una llamada a esa hora no podía significar nada bueno.

—Me acaba de llamar Maqueda —escuché la voz alterada de Manuel Carrasco—. Algo grave ha ocurrido en los dólmenes de Antequera. Él sale hacia allá ahora, me dice que vaya de nuevo para la primera revisión arqueológica.

—¿Otro muerto? —pregunté aterrada.

—Eso parece. Aún no lo han identificado. No sé más. ¿Vienes conmigo? Te recojo en media hora y salimos para Antequera.

—Vale...

Quedé paralizada y las tostadas comenzaron a quemarse.

—¿Qué ha pasado, Artafi? —me preguntó mi madre con preocupación mientras las retiraba de la tostadora.

—No lo sabemos, mamá, pero algo grave ha ocurrido en los dólmenes de Antequera.

—Debes abandonar ese trabajo, hija. Sólo has encontrado crímenes y espanto. Dólmenes... dan miedo... No somos conscientes de su poder...

—¿Qué sabes tú del poder de los dólmenes? —le pregunté de manera instintiva, sorprendida por sus palabras.

—Nada..., no sé nada. Pero sí te digo que debes alejarte de ellos y de todo este maldito asunto.

—No debo abandonar ahora. El miedo sólo desaparece cuando se le vence.

—Artafi..., ¿qué pintas tú con la policía en los lugares de los crímenes? ¿Por qué tienes que ir?

—Manuel Carrasco, el director de la excavación, es amigo de un inspector, que lo reclama para el primer informe arqueológico *in situ*.

—Vale, lo llaman a él. Pero, ¿y tú?

—Carrasco me pide que lo acompañe.

—Ya. ¿Y tú ves eso normal?

—Pues claro —y tardé en responderle algo más de lo que me hubiera gustado—. ¿Por qué habría de ser extraño?

—Porque extraño es, hija mía.

—Creo que mi deber es ir.

—Pues tú misma, haz lo que consideres más oportuno. Pero que conste que, a mí, no me gusta que andes a todas horas con ese profesor. Quién sabe qué es lo que trama...

—¡Mamá!

Sin terminar el café siquiera, me arreglé para bajar; Carrasco solía ser muy puntual. En efecto, me esperaba sentado en su coche frente a mi portal. Y de nuevo las dudas; mi madre tenía razón. ¿Qué pintaba yo en la escena del nuevo crimen? ¿Por qué me invitaba Carrasco? Pero no estaba para sutilezas a esa hora de la mañana. Mi destino inmediato era Antequera y hacia allí me dirigiría, con la bendición de mi madre o sin ella.

Apenas si hablamos durante la hora y media de camino. De vez en cuando observaba a Manuel Carrasco mientras conducía. La frente amplia anunciaba una temprana calvicie. Se le notaba hundido. Pero, a pesar de ello, quiso que allí estuviera con él. ¿Dama de compañía? ¿Sagaz investigadora? ¿Pieza de caza para sus impulsos de seducción? Y qué más da, zanjé en mis adentros el asunto, aún sabedora de que no era del todo natural ni creíble ese interés del profesor por mi compañía.

—Gracias por acompañarme —pareció adivinar mis pensamientos—. Estoy desolado, mi mundo se hunde. Odio ahora hasta lo que siempre más amé, mi profesión de arqueólogo. Me aterra pensar en lo que nos vamos a encontrar en Antequera.

—Yo también estoy desolada. Gracias por la confianza, ojalá podamos ayudar a que esta pesadilla finalice pronto.

Pero la pesadilla nos aguardaba en Antequera, la cuna del megalitismo español. Yo conocía el complejo compuesto por los dólmenes de Menga y Viera, en las mismas puertas de Antequera, y por el del Romeral, un par de kilómetros más abajo. Un conjunto monumental espectacular, sorprendentemente desconocido para la mayoría de los andaluces y la práctica totalidad de los españoles. Unas construcciones tan prodigiosas que sorprendieron a los romanos en tal grado que bautizaron a la ciudad como Antikaria, ciudad de los antiguos. De ahí procede la actual toponimia de Antequera, el corazón de Andalucía, el centro del mundo para aquellos neolíticos constructores de dólmenes.

En varias ocasiones llamé a Antonio Paredes, para anular nuestra cita de esa mañana, pero su teléfono estaba apagado. Le escribí un mensaje para justificar mi ausencia, no quería que se molestara al comprobar que yo no me presentaba en la facultad. No le quise contar a Carrasco lo de los papeles de Roberto en posesión de Antonio. No me terminaba de fiar de mi jefe.

Al segundo intento sí que logré hablar con Cisneros.

—Profesor, hoy no podré pasar a verle.

—¿Ha pasado algo?

—Un nuevo muerto. Esta vez en los dólmenes de Antequera.

—No... qué horror..., no comprendo nada... Ten mucho cuidado, Artafi, por favor.

Quedé que lo visitaría al día siguiente. Miré de reojo a Carrasco, que conducía con la mirada fija en algún punto indefinido de la autovía recta y monótona. Al fondo ya se advertía la Peña de los Enamorados, el símbolo sagrado hacia el que se orientaba Menga. Quise romper con mi pregunta el silencio comprometedor.

—¿Quién será en esta ocasión el desgraciado?

—Esperemos no conocerle —respondió compungido Carrasco—. No sé si soportaría la visión de otro amigo descuartizado.

Nos desviamos de la autovía y atravesamos una extensa zona industrial hasta llegar a una rotonda en la que unos policías municipales desviaban el tráfico.

—La zona está acordonada, no pueden pasar.

—Nos espera el inspector Maqueda.

—No tengo aviso de ningún inspector Maqueda. Despejen la zona, por favor.

Aparcamos junto a una venta cercana y comenzamos a ascender a pie por la carretera que se dirigía hacia el centro urbano de Antequera. A la derecha, en un olivar abandonado, se encontraban aparcados varios coches de policía y una ambulancia. Maqueda nos esperaba allí.

—Pero el dolmen de Menga queda un poco más adelante, se extrañó Carrasco.

—El crimen no ha ocurrido en la misma Menga, sino en este cerro vecino que se llama Marimacho. Venid conmigo. Aún no se ha podido identificar al hombre asesinado.

—¿Lo han matado igual que a los otros dos?

—El mismo rito, idénticas mutilaciones, parecidos vasos campaniformes con los restos de sus vísceras devoradas.

—Qué horror...

—Venga, tenemos que subir a lo alto del cerro.

El cerro, colindante con el recinto de los dólmenes, amparaba un viejo olivar descuidado. El pasto seco crujía bajo nuestras pisadas. Seguimos con esfuerzo a Maqueda hasta la cima del montículo, desde el que se tenía una vista excelente del recinto de los dólmenes y de la ciudad de Antequera, coronada por su alcazaba. En dirección opuesta se erguía, solemne, litúrgica, totémica, la Peña de los Enamorados. Pero no estábamos para disfrutar del paisaje; una vez arriba, y traspasada la cinta de seguridad, comprobamos de nuevo los estragos de aquel maldito rito prehistórico. Un hombre yacía desnudo y ensangrentado, con el pecho abierto, sobre el suelo. Desde la distancia que lo descubrimos, no pudimos

distinguir sus facciones. Nos acercamos con el corazón acelerado. Deseaba con todas mis fuerzas que, al menos, aquel desgraciado no figurara entre mis conocidos. Varios policías se interpusieron en mi camino, por lo que hube de sortearlos para quedar, de improviso, frente al cadáver. Su rostro, desfigurado por una horrible y angustiada mueca, me miraba desde la oscuridad vacía de sus ojos. No lo identifiqué. Me acerqué algo más y a punto estuve de caer desmayada. Aquel ser torturado hasta el mismo límite del dolor era bien conocido para mí. De hecho, debería estar reunida con él a esa misma hora en Sevilla. Se trataba de Antonio, de Antonio Paredes. Teníamos que habernos encontrado para hacerme entrega de los papeles del pobre de Roberto y ahora era él el que yacía descarnado y muerto. No, no podía ser... Recordé cuando quiso conjurarse contra el capricho azaroso de los dioses de la muerte, que lo señalaron fatalmente. Y, sin entender muy bien el porqué, me angustiaron las llamadas imposibles que realicé durante el viaje. Alguna vez lo pensé, el eco fatídico del teléfono de un muerto que suena inútilmente, sacrílegamente; un sonido imposible que ya nunca escucharía...

Maqueda me sostuvo al descubrir que me temblaban las piernas. Carrasco no tardó en acercarse a nosotros y su espanto fue similar al mío.

—¡Dios mío! ¡Es Antonio! Pero... ¿qué coño está pasando aquí?

—Veo que lo conocíais —Maqueda se dirigió a su amigo—. ¿Quién era?

—Antonio Paredes, un profesor interino de nuestro departamento.

—¿Participaba también la nueva víctima en la excavación del Dolmen de la Pastora?

—No —respondió Carrasco—. Pero sí era experto en prehistoria y buen amigo de Roberto, el anterior asesinado.

—Siempre son muertos de vuestro entorno... Ahora, por favor, reconoced el lugar del crimen.

—No sé si tendré fuerzas...

—Ven conmigo.

En ese momento taparon el cadáver de Antonio. Una nube de insectos macabros danzaba a su alrededor. Me aparté con rapidez, no hubiera soportado que ninguno de esos bichos rozara siquiera mi piel. Observé el escenario. En efecto, allí estaban los vasos campaniformes, situados, como siempre, de manera simétrica, rebosantes de despojos sanguinolentos y de moscas, de las malditas moscas... Y, sin poderlo evitar, vomité, sin darme tiempo siquiera para apartarme.

—Vamos, Artafi, salgamos de aquí.

Agarrada del brazo de Maqueda, me aparté unos metros. Procuré recuperarme de inmediato, con tanta vergüenza como espanto.

—Perdona —me excusé—, no lo pude evitar.

—No te preocupes, esto ocurre con frecuencia incluso en los policías más experimentados.

—Esta vez son cinco —exclamé de manera casi involuntaria.

—¿Cinco?

—Los vasos campaniformes. Quitan uno en cada liturgia...

—Sí, es así. Parece *Diez Negritos*, de Agatha Christie, cada vez uno menos.

—¿Crees que puede indicar que van siendo asesinados los miembros de un club o algo así?

—Quién sabe, no podemos descartar esa hipótesis, aunque tampoco la contraria. Casi siempre, las cosas no son lo que parecen...

—En esta ocasión no ha sido dentro del dolmen —aventuré.

—El conjunto de Menga está vigilado por la noche, nadie hubiera conseguido acceder a ellos.

—Por eso se vinieron aquí...

—Sí, este cerro Marimacho es parte de la necrópolis megalítica, la Junta de Andalucía quiere expropiarlo para incorporarlo al complejo...

Unos camilleros subían con dificultad para retirar el cadáver. La liturgia del juez de guardia ya concluía y nuestra misión finalizaba. Acabábamos de identificar el cadáver en una declaración acelerada que tuvimos que firmar en un impreso anticuado y sucio.

—Aún me queda aquí un rato —se excusó Maqueda—. Podéis bajar. Me gustaría que dentro de un rato nos reuniéramos para charlar sobre todo esto. Estoy hecho un mar de dudas, y temo que el asunto me desborde. Los compañeros de Málaga reclaman para sí esta investigación y Madrid ya está preocupada por la resonancia pública.

—Al venir he visto un hotel que se llama Los Dólmenes. Te esperamos allí.

—Perfecto, espero no tardar mucho.

Nos sentamos en la cafetería, con la esperanza de una rápida espera. Nos equivocamos. El tiempo fluyó con la misma lentitud con la que los constructores del ayer remoto levantaron sus megalitos. Manuel Carrasco me hizo un gesto al recibir una llamada:

—Es del departamento.

Un niño pequeño lloraba con estruendo a nuestro lado. Carrasco se apartó para atender a su conversación. Yo quedé bajo el suplicio evolutivo del llanto infantil, insoportable para cualquier adulto sin relación familiar. A la tensión fatal del momento se sumaba el grito de aquella criaturita. ¡Que su madre le diera el pecho, el biberón, lo que fuera! ¡Que su padre lo paseara, que su abuela le diera mimitos, que su hermano lo entretuviera con juegos, pero que se callara de una

maldita vez! Me resultaba insufrible. A punto estuve de recriminarles, cuando, avergonzada, fui consciente de mi egoísmo. En la prehistoria —pensé— nos ayudaríamos con las crías del clan. Ahora nos molestan. Les sonreí y ellos, apurados, parecieron agradecer mi comprensión. Agaché la cabeza, mientras fingía que miraba la pantalla de mi móvil. ¿Qué pasaba con mi instinto maternal? Nunca lo encontré por parte alguna, siempre temí carecer por completo de esa pulsión femenina de procrear, de realizarse en la maternidad. Me aterraba la idea de engendrar, de parir, de amamantar; funciones animales todas ellas, de glándulas, jugos y vísceras; primitivas, primarias. Soy algo más que una hembra mamífera en edad todavía de procrear... ¿O no? ¿Y si, en el fondo, sólo fuera eso, una mera hija animal del dolmen y la tribu, carne de clan?

El regreso de Carrasco dio por finalizado aquel desvarío recurrente. Mi director parecía consternado.

—Han llegado los resultados del laboratorio. La termoluminiscencia y el análisis granular confirman que los vasos campaniformes que aparecieron en los dos crímenes de Valencina fueron cocidos sobre la misma arcilla hará unos 4.500 años.

—¡Increíble!

—Sí. Y son similares a las muestras tomadas en otros vasos encontrados en Valencina.

—Y como no nos consta que se hayan robado cerámica de ningún museo —deduje con facilidad—, quiere esto decir que los asesinos han expoliado esos vasos, o los han comprado a expoliadores, de un enterramiento desconocido para la ciencia.

—Eso es lo que parece —me respondió—. Otra alternativa es que pertenecieran a alguna antigua colección privada que hubiese permanecido oculta durante décadas.

—También pudiera ser... —asentí.

—La policía nos pedirá que analicemos los vasos que han aparecido hoy junto al cadáver de Antonio...

—Y temes que vuelva a arrojar idéntico resultado, que sean auténticos y que provengan de algún enterramiento desconocido de Valencina.

—Sí...

—¿Dónde se encontrará ese maldito enterramiento?

—No lo sabemos. Esperemos que a los criminales no les queden más...

—Porque si les quedan, volverán a usarlos en sus rituales satánicos...

No pudimos continuar con nuestra conversación. Maqueda se presentó entonces, atribulado, con evidente gesto de desánimo. Ni siquiera la información sobre los vasos que Carrasco le proporcionó pareció animarlo.

—Se acabó —le interrumpió—. Me apartan de la dirección de la investigación. Dada su repercusión, la llevará uno de los jefazos de Madrid. El asunto ya es un escándalo nacional, pronto lo será internacional. Comprendo que quieran tener el asunto bajo control, pero me jode no poder dirigirlo. De alguna manera lo consideraba mi caso.

Aunque no quiso darnos muchos más detalles, nos dejó claro el asunto. A partir de ese momento él pasaría a ser un mandado y otros serían los que ordenarían las prioridades y las líneas de investigación.

—Puede, incluso, que me aparten del caso. Una vez que les pase todo lo que hemos avanzado hasta ahora, ya no les seré de utilidad. Espero poder, por lo menos, seguir trabajando con lo acontecido en Sevilla. Me han llamado hoy a Antequera para que comenzara a pasar información y para que les contara las relaciones de este crimen con los anteriores.

Bebió un largo sorbo del vaso de agua y nos miró sin expresión.

—Le he hablado de vuestra colaboración, se han mostrado muy interesados en conocerlos. Dicen que pasarán por aquí en veinte minutos, que les esperemos.

—Maqueda —me sinceré—, estoy segura de que tú hubieses pillado a esos cabrones.

—No lo sé. En verdad, todavía estamos muy despistados. Una cadena de crímenes rituales prehistóricos aparentemente sin sentido...

—Que comenzó con siete vasos —me envalentoné con mis propias conclusiones— y que sigue con uno menos en cada crimen. En Valencina nos preguntaste si conocíamos el posible sentido del número siete. He estado pensando en eso. El número siete fue sagrado desde la más remota antigüedad. No es casualidad que la semana tenga siete días, que siete días dure cada ciclo de la luna. Desde tiempos inmemoriales el siete fue el número mágico por antonomasia. En el Génesis, Dios creó al mundo en siete días y siete son los pecados capitales. El siete es mágico desde los albores de la humanidad y desde luego los constructores de megalitos lo tendrían en cuenta en sus ritos y liturgias.

—Sí, el número siete podría tener un sentido mágico o sagrado...

—Pudiera ser. Lo que sí podemos confirmar ya —intervino Carrasco— es que las cerámicas calcolíticas son auténticas y que la arcilla utilizada en las cerámicas utilizadas en los dos crímenes es idéntica.

—Es un dato importante. Todos los vasos pudieran provenir de una misma tumba, entonces...

—Sí, lo normal es que procedan de un único yacimiento que desconocemos.

—Poco a poco vamos conociendo. Yo también tengo que daros una nueva información.

—¿Cuál? —preguntamos al unísono.

—Los narcotizan antes de asesinarlos. Al parecer es una mezcla de adormidera, *Papaver Somniferum*, con algún alcaloide psicotrópico, procedente de la mandrágora o de la belladona. Quizás algún hongo también pueda intervenir. Les enajenan su voluntad, pero no les anulan sus capacidades sensoriales...

—Para que sufran ¿no?

—Eso parece. El rito exige dolor, mucho dolor. Esas drogas, me dicen los del laboratorio, se consumían desde la más remota antigüedad. Como curiosidad os diré que me han contado que alrededor del dolmen de la Pastora aún hoy se pueden encontrar muchas plantas de mandrágora macho, muy difícil de conseguir desde Despeñaperros para arriba. Se trata de drogas bien conocidas todas ellas desde la antigüedad.

—Así es —confirmó Carrasco—, han aparecido restos de mandrágora, adormidera, cannabis y otros alucinógenos en yacimientos muy antiguos.

—Y, además, todos esos ingredientes se pueden conseguir con relativa facilidad en el campo.

—Sí, sólo hay que saber un poco de plantas para preparar las drogas más poderosas de la prehistoria.

Guardamos un silencio prolongado que aprovechamos para digerir la información. Maqueda, como si pidiese disculpas, nos ratificó lo que ya esperábamos.

—Querrán interrogaros de nuevo, repasad vuestras coartadas; a día de hoy sois los principales —por no decir los únicos— testigos, por cercanía, y al tiempo posibles sospechosos.

—Otra vez no ... —alcancé a quejarme.

—Pero no os preocupéis. Estoy convencido de vuestra inocencia y ellos también lo estarán en cuanto hablen con vosotros. Por cierto, conecté con varios de los familiares de Luis Gestoso. No fue fácil localizarlos, tenían por completo interrumpida la relación con él.

—Consiguió atraer nuestra atención. Nada sabíamos de su entorno.

—Por lo visto, abandonó de la noche a la mañana a su mujer, sin dar más señales de vida. Vivían por aquel entonces en Almería. Luis le pasaba mensualmente una transferencia, pero nunca quiso volver a reunirse con ella. Aún hoy desconoce los motivos de su abandono. Su mujer no cree que Luis se hubiese metido en líos ni que nadie pudiera tener interés alguno en matarlo. Era, según sus palabras, un hombre muy trabajador y estudioso, un buen marido, hasta que un día, de repente, sin más, se marchó para no volver.

Sus palabras me causaron una honda conmoción. ¡Parecía la historia de mi

padre, idéntica a su comportamiento con nosotras! Todo parecía perfecto hasta que, de un día para otro y sin causa aparente, van y desaparecen de la vida de sus familias. Y quizás pudieran conocerse entre sí, ingenieros los dos.

—Mis jefes de Madrid deben estar a punto de llegar. Os pediría mientras un favor. Contadme algo acerca de los dólmenes de Antequera, no quiero aparecer como un inculto ante ellos. Sintetizad la información, tenemos poco tiempo.

—Menga —intervino Carrasco— es el mayor dolmen de los conocidos en Europa. Tiene casi seis mil años de antigüedad y su estructura, constituida por ortostatos y losas es, sencillamente, colosal. Se conoce desde la antigüedad y ha sido usado a lo largo de la historia. Los viajeros del XIX lo popularizaron como el templo o la cueva druídica de Antequera. No hace mucho se descubrió un pozo circular en su misma cámara cuyo uso todavía desconocemos. La mayor de las losas pesa más de ciento sesenta toneladas, ya te puedes figurar la extrema dificultad de trasladar esa mole con la tecnología neolítica.

—Ya me hago cargo. Desde el cerro se apreciaba su entrada, con otra gran losa como dintel.

—Sí. Junto a Menga se encuentra otro dolmen, el de Viera, algo menor en sus dimensiones pero igualmente hermoso. Fue descubierto en 1903 por los hermanos Viera, de ahí su nombre. Creo recordar que tiene unos veinte metros de longitud. Su cámara es cuadrada y presenta la clásica orientación solar de los megalitos, de tal manera que los rayos de sol penetran hasta su interior el día del solsticio. Tiene unos 4.500 años de antigüedad y fue construido en el periodo calcolítico.

—Como los de Valencina, ¿verdad?

—Sí.

—Y todavía —intervine yo— nos queda un tercer dolmen, el del Romeral...

—En verdad —me corrigió mi director—, El Romeral no es un dolmen, sino un Tholos.

—Uff, simplifica, no estamos para sutilezas. ¿Qué diferencias existen entre unos y otros?

—Lo dólmenes son más antiguos, de finales del neolítico y durante todo el calcolítico. Están construido por grandes piedras, de ahí su nombre. Los Tholos son más recientes, unos 2.500 o 1.800 años antes de Cristo. Sus paredes están construidas por hiladas de piedras pequeñas y poseen una cámara final muy acusada con respecto al corredor.

—¿Como el de la Pastora?

—Exacto. El Tholos de El Romeral tiene dos cámaras circulares, de falsa bóveda, rematadas por respectivas losas. Tuvo uso como enterramiento, ya que se encontraron en superficie restos y ajuar.

No pudimos continuar con nuestras explicaciones arqueológicas. Un hombre serio, con chaqueta y corbata, y una mujer esbelta, de edad indeterminada, se dirigieron hacia nosotros. Se veía a leguas que se trataban de policías.

—Hola, Maqueda.

—Hola, Fernández. Deja que os presente. Me acompañan Manuel Carrasco y Artafi Mendoza, arqueólogos, como os dije, e iban a excavar en el dolmen de la Pastora cuando comenzó este disparate.

—Comisario Fernández —y me alargó la mano con media sonrisa—. Javier Fernández, encantado de conocerles.

—Si te parece nos tuteamos —respondió con amabilidad Carrasco—. Creo que tendremos que vernos con cierta frecuencia a partir de ahora.

—Os presento a la inspectora Francino, coordinará conmigo esta investigación. El inspector Maqueda seguirá trabajando en lo acontecido y nosotros dirigiremos la investigación desde Madrid. Como sabéis el caso de los asesinos del dolmen ha logrado atraer la atención nacional. Nos jugamos el bigote, tenemos que resolver el asunto y detener a los culpables cuanto antes; no podemos permitir que el asunto se nos vaya de las manos.

—Puede contar con nuestra colaboración.

—Dado que todos los asesinados eran personas de vuestro más cercano entorno profesional, deberemos estar en permanente contacto. La primera tarea que os voy a pedir es que no detalléis por escrito las personas que trabajan en el departamento de historia antigua y también las que iban a trabajar en la excavación de Valencina.

—¿Le interesa nuestro informe sobre las piezas arqueológicas?

—Bueno, también, pero corre más prisa lo primero. Debemos interrogar de nuevo a todos, entre ellos pueden estar los asesinos o los próximos asesinados.

Nos entretuvimos durante un rato intercambiando obviedades y frías cortesías. Al parecer, todavía no habían decidido si nos incorporaban al paquete de sospechosos o al de víctimas potenciales. Mi instinto me advirtió de que se decantaban por la primera opción; mal pintaba para nosotros. Fernández no me gustó nada; Francino, aún menos.

XI

Aquella noche apenas pude dormir. Nada tenía sentido. Muertos en ritos prehistóricos; honrados padres de familia que abandonaban su hogar para sumergirse en un silencio dolménico; policías que sospechaban de todos sin tener la mínima idea de por dónde, siquiera, comenzar; el frío latido del miedo que experimentaba cuando me encontraba sola... No podía dejarme deslizar por esta espiral irracional, tenía que empezar a actuar. Por demostrar mi inocencia, por salvar vidas —quién sabe si la mía propia— por ayudar a detener a unos salvajes, por recuperar a mi padre, por...

Ya de madrugada ordené mis ideas. Primero iría a la facultad, pondría a Cisneros al día de todo lo acontecido y averiguaría el domicilio de Antonio Paredes. Trataría de recuperar los papeles que le había entregado Roberto. De nuevo el vértigo. No había contado a la policía nada de mi conversación con Antonio, la verdad es que ni siquiera se me presentó la oportunidad de hacerlo, me autojustifiqué. En cuanto me citaran a declarar tendría la ocasión de narrarles mi encuentro con Paredes y la historia de los papeles de Roberto. Y también el dramón del abandono familiar de mi padre...

—¡Artafi! —me llamó por teléfono mi amiga Marta a primera hora de la mañana—. ¡Qué horror! ¡Acabo de leer lo del muerto en los dólmenes de Antequera! ¿Lo conocías? ¿Tiene relación contigo?

—Me temo que sí...

—¡Vete de Sevilla de inmediato! ¡Ya!

—Tranquila, nada me pasará, me siento segura —le mentí.

—Tan segura como un globo en una cerca de chumberas. En serio, me tienes muy preocupada, no quiero que esa secta satánica te sacrifique...

—¿Por qué dices secta satánica?

—Porque sólo Satanás puede tener tanta mala leche.

—Desde luego hija...

Satanás... Qué cosas tenía Marta, pensé mientras me dirigía en autobús hacia la facultad de Historia. No me gustaba charlar por teléfono en público, pero mi amiga siempre suponía una gozosa excepción para mis hábitos. Una secta satánica..., parecía un auténtico disparate... pero, quizás Marta tuviera razón, ¿quién si no podría destilar tanta maldad?

—Por cierto —continuó Marta—, esta noche cenamos con el inglés esotérico que te comenté, el que puede quitarte ese peazo de mal de ojo que sufres...

—¿Cómo que cenamos?

—Sí, hija, tú y yo. ¿O es que me vas dejar sola?

—No, no...

—Boyle llevará a otro amigo que también es mago, ya te conté. Juegos de cartas y todas esas cosas... actúan en bares y en pequeños teatros.

Como siempre ocurría, me entregué, entre resignada y divertida, a las ocurrencias de Marta. Colgué y me dispuse a cumplir mi agenda del día. Primero, la visita a la facultad. Encontré a Cisneros en su despacho, con su aire de despiste, un libro entre las manos y una montaña de publicaciones y papeles sobre su mesa. Nunca comprendí como podía trabajar en aquella jungla entrópica de desorden y caos.

—Profesor... —intenté llamar su atención sin mucho éxito.

—¡Profesor! —insistí mientras me acercaba hasta su mesa.

—¡Ah! ¿Quién? ¡Hola, Artafi! —por fin reparó en mi presencia—. Qué bien que has venido, estoy muy preocupado; la facultad está consternada, nunca conocimos nada parecido.

Con brevedad le puse al día de todo lo acontecido. Logré contar el horror sin sollozar.

—Artafi, mientras más conozco, más me asusto. Es algo de una gravedad sin precedentes. La facultad va a declarar algo así como unos días de luto oficial. Siento haberte recomendado para la excavación de La Pastora. Si no hubieras entrado ahí, no estarías ahora en peligro. Me siento responsable.

—Nadie podía saberlo, usted lo hizo con toda su buena intención.

—No sé. Debes tratar de apartarte de todo ese asunto.

—Como sabe, la excavación está suspendida, tras las dos primeras muertes. Fue la policía quién nos pidió que nos trasladáramos a Antequera, para conocer nuestra opinión arqueológica del tercer asesinato. Ahora somos sospechosos.

—¿Sospechosos? ¿Tú sospechosa?

—Sí, yo, Manolo Carrasco, Alfredo Gutiérrez y todo el equipo.

—Eso es un disparate.

—Lo es, pero así estamos. No sé qué hacer.

—Por lo pronto, tener mucho cuidado.

—Lo intento... Profesor, me da vergüenza pedirle un nuevo favor, pero estoy sin trabajo. Si sabe de alguna oportunidad, le rogaría que me lo dijese, me conformaría con cualquier cosa, para ir tirando.

—Lo miraré, no es fácil, pero seguro que algo encontramos.

—Se lo agradecí con una sonrisa. No sé qué hubiera hecho sin su permanente apoyo. Era lo más parecido a un padre para mí. Me disponía a abandonar el despacho cuando Cisneros levantó su mirada para preguntarme:

—Artafi, ¿tienes alguna idea de los que puede estar pasando? Es todo tan extraño... ¿Sospechas de alguien?

—No. Lo he pensado mil veces, pero no logro atisbar ni la causa ni a los responsables. Una amiga me repite que se trata de una secta satánica.

—¿Una secta satánica? No creo... Esos grupitos no son más que cuatro chalados que se reúnen bajo el folclore del diablo, las misas negras, las cruces invertidas y demás zarandajas. ¿Cómo habrían conseguido esos payasos los vasos campaniformes? No, no creo que sea algo satánico... Más bien atisbo el mal.

—¿El mal? ¿A qué se refiere, profesor?

—Ni yo mismo soy capaz de concretar mis intuiciones, pero advierto algo maligno, un enorme deseo de hacer el mal...

—Con mi respeto, eso es una obviedad, ya hay tres muertos.

—Sí. Pero temo que, si realmente es el mal el que impulsa a los asesinos, aún nos queda por ver más crímenes terribles.

—¿Qué quieren? ¿Qué buscan?

—No lo sé. Pero el mal verdadero carece de finalidad alguna. Simplemente gozar con el dolor y el miedo ajenos.

—Es horroroso... ¿Por qué alguien puede desear el mal así porque así?

—Artafi, nunca lo olvides. No son las personas las que escogen al mal, es el mal el que escoge a las personas en las que encarnarse. Nunca pretendas entender su lógica. Ante el mal, sólo hay dos estrategias. Evitar encontrarlo en el camino y protegerte como puedas si sufres la desgracia de topar con él.

—Y ha venido a visitarnos ...

—Me temo que sí. Cuídate mucho, por favor.

Guardó los papeles que hojeaba en una carpeta de la facultad, se quitó las gafas, y, como si quisiera rebajar la tensión del momento, me preguntó por mi madre.

—¿Cómo está? Hace tanto tiempo que no la veo...

—Está muy bien y muy agradecida por todo el apoyo que me proporciona.

—Es una mujer extraordinaria. Y de tu padre, ¿sabes algo? Yo lo valoraba mucho, nunca comprendí su marcha...

—No, no sabemos nada —respondí incómoda.

—Cualquier día aparecerá. Él os quiere, seguro... No dejes de llamarme si tienes noticias tuyas.

—Por supuesto, lo haré. Le agradezco sus palabras y su apoyo, profesor. Creo que debo salir ya, me esperan en otro lugar.

—Buscaré algo para ti, no te preocupes. Cuídate mucho

Al despedirme advertí en sus ojos un brillo que no tardé en identificar. Era

miedo. El viejo profesor Cisneros estaba asustado, muy asustado. Yo también, tenía poderosas razones para ello: alguien más podría ser torturado y morir sin corazón y yo tenía muchas papeletas para ser una de ellas. El mal no tiene finalidad alguna —había repetido el profesor—, simplemente gozar con el dolor que produce. Si fuera cierto, no se trataba de buscar el por qué, el móvil de las novelas policiacas. No existiría otro motivo distinto al dolor... Tenderíamos a centrarnos en el cómo para llegar hasta el quién y detenerlos antes de que pudieran actuar de nuevo. La persona no escoge al mal, es el mal quien la escoge...

Abandoné de manera apresurada la facultad de historia. No quería permanecer ni un segundo más en un edificio que quizás albergara a un monstruo sanguinario. Al salir a la calle sentí que una mirada fría y despiadada de alguien oculto tras una ventana se clavaba en mi espalda. Fantasías, pensé para animarme, simples fantasías fruto del miedo, tal y como me ocurría cuando era pequeña y me quedaba a solas en la oscuridad. La sensación de que alguien oculto me observaba y perseguía me hacía romper a correr aterrorizada hasta los brazos de mi padre, que me consolaba y serenaba. Pero mi padre ya no estaba, y tendría que lidiar en solitario a la serpiente del miedo que mordía mis entrañas.

Me dirigí a casa de Antonio Paredes. Vivía —había vivido— con un compañero de piso en Reina Mercedes, una avenida alegre y abigarrada, situada al sur de la ciudad. El trayecto en bicicleta me fue cómodo. El día no era demasiado caluroso y las sombras de los árboles que franqueaban el carril bici aliviaban el esfuerzo. Sevilla, una ciudad por completo llana, disfrutaba de una buena red de carriles para bicicletas y miles de sevillanos se trasladaban pedaleando. Mi madre aún se sorprendía por ello. Quién me iba a decir que en Sevilla se utilizaría tanto la bicicleta, repetía con frecuencia, ver para creer. La Palmera, la gran avenida creada a raíz de la Exposición iberoamericana de 1929, se mostraba espléndida a mi paso, con sus palacetes y jardines y con el Parque de María Luisa, enjalbegado por los antiguos pabellones de las repúblicas americanas. El camino serenó algo mi espíritu; era como si el ejercicio y la frondosidad de la ruta conjugaran los malos espíritus que me acosaron en la facultad. La ponzoña que la serpiente del miedo inoculó en mis entrañas pareció encontrar un antídoto redentor en la luz tamizada en verde que jalonó mi camino.

El portal del edificio se encontraba rodeado de locales de fotocopias y otros comercios al servicio de los muchos estudiantes que residían en Reina Mercedes. Llamé al telefonillo. Cuarto A.

—¿Sí? —respondió una voz masculina.

—Buenos días. Soy, era, amiga de Antonio, quisiera hablar de un asunto.

—Antonio... ya no está...

—Lo sé. Fui de las últimas en hablar con él. ¿Me dejas subir?

—No, no puedes subir, la policía me ha dicho que no abra a nadie.

—¿La policía?

—Alguien ha entrado en el piso y ha robado todos los papeles de Antonio. Los he llamado y vienen para acá, tienen que estar al llegar. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo... Bueno, mejor regreso en otro momento, no quiero molestar a la policía.

—Pero...

Lo dejé con la palabra en la boca. De manera acelerada me dirigí hacia la bicicleta, con la cabeza agachada, para evitar ser identificada por alguien. Lo único que me faltaba era que la policía comenzara a preguntarme por lo que pintaba yo allí. Ni siquiera yo misma lo sabía, ¿qué podría haber respondido?

Pedaleé sin rumbo. Ya no disfruté de los jardines del 29, ni de los pabellones, ni de los palacetes. Ninguna triaca, piedra viborera, ni antídoto alguno podría aliviar el envenenamiento por mordedura del áspid de mi propia estupidez. Ir a casa de un asesinado, llamar al timbre, huir sin dar explicación alguna... y sin haber comunicado nada a la policía. Mi estulticia se empeñaba en mi propia perdición. Y, como si fuese posible eso de huir de una misma, pedaleé hasta la extenuación. Nadie me esperaba en lugar alguno y no tenía otra cosa que hacer que dejar pasar el tiempo hasta la hora de la cena con Marta y su pandilla de colgados esotéricos. ¿Para qué correr entonces? Me empeñé, sin embargo, en acelerar hacia la nada. No podía seguir así, me volvería loca. Atravesé Sevilla entera y no logré alejarme ni un solo milímetro de mi angustia, ni, tampoco, como es lógico, escapar de mí misma. Al final mi yo siempre estaba allí, aguardándome, envolviéndome, con mi carga de pasado y estupidez, indisoluble como la sombra de un paseo bajo el sol.

Empleé casi una hora en aquella carrera sin destino ni meta y sin otro rival que mi propia desdicha. Pero si te mueves, parece que el tiempo pasa más rápido. No sé si eso es lo que afirmaba Einstein, el caso es que yo me esforcé al límite de mis fuerzas, indiferente a las sutilezas de la teoría de la relatividad. La Palmera de nuevo, recorridos laberínticos por el Parque de María Luisa, el Paseo Colón, Arjona, el puente del Cristo de la Expiración... Había pedaleado desde la estética regionalista y colonial de la Exposición del 29 hasta la fría arquitectura posmoderna de la Expo del 92. Números capicúas para las efemérides que volvieron en sendas ocasiones del revés la ciudad como si de un calcetín se hubiese tratado. El mamotreto de Torre Triana, el gran edificio administrativo de la Junta de Andalucía, el ojo divino que todo lo controla en esta tierra de María Santísima, dominaba con pesado aplomo la entrada a la Isla de la Cartuja. Y ahí trabajaba mi amiga Marta, que a punto estaría de finalizar su jornada de trabajo.

La llamé y quedamos en una cafetería cercana.

—¡Artafi! ¡Qué pinta tienes! —exclamó espantada cuando me vio sudada y con el pelo revuelto—. ¿Tan poco te ha durado tu ataque de coquetería de la otra tarde? Te arreglarás para la cena, ¿no?

—He venido en bici, dándole fuerte. Lo último en lo que pienso ahora es en la cena. Estoy en problemas, no sé qué hacer.

—Cuéntame, así tomamos unas tapitas juntas...

Deposité la bicicleta en uno de esos dispositivos automáticos de alquiler y nos acercamos hasta un bar cercano. Le puse al día de los últimos acontecimientos, de mis temores, de mi desafortunada visita a la casa del pobre de Antonio Paredes y de mi inexplicable huida.

—¿Y por qué no esperaste a la policía? Podrías haberle contado lo que sabías, lo de los papeles de Roberto y todo eso.

—Ya. Tendría que haberlo hecho, pero no lo hice. Ese es el problema.

—Llámalos, ¿no conocías a un inspector?

—Sí, a Maqueda. Ya no dirige la investigación, pero sigue llevando los asuntos de Sevilla.

—Es tu hombre.

—Sí. Lo voy a llamar ahora, es lo mejor.

Cuando iba a sacar mi teléfono para marcar, recibí una llamada. Era Maqueda, precisamente Maqueda, vaya por Dios.

—Artafi —escuché su tono de voz más grave de lo habitual—, creo que tenemos que hablar.

—Sí, precisamente iba a llamarte ahora porque...

—Ven de inmediato —me interrumpió con sequedad— a la comisaría de Blas Infante. No tardes.

Colgó sin permitirme explicación alguna.

—Saben que he estado en casa de Antonio Paredes —le comenté a mi amiga—, habrán rastreado las imágenes de alguna cámara de seguridad vecina.

—Sí, están por todas partes, es un asco...

—Qué problemón...

—Cuenta todo lo que sabes y no tendrás nada que temer. Te acercaré en coche, no puedes llegar con pinta de sospechosa en fuga... Y no te entretengas demasiado, que yo, al menos, necesito tiempo para arreglarme. La cena de esta noche promete...

—A lo mejor me tienes que llevar la cena al calabozo.

—Vaya por Dios, Artafi, hija, siempre eres la alegría de la huerta.

La comisaría de Blas Infante se encontraba en la avenida que prolongaba la de

República Argentina. Funcional, sin ningún lujo ni ornato, me pareció fría, impersonal y amenazante. Al fin y al cabo, no sabía en calidad de qué acudía allí, si de testigo, si de sospechosa o, lo que era más probable, de ambas cosas a la vez.

Maqueda me condujo a una sala sin más decoración que una mesa y cuatro sillas.

—Espera aquí, enseguida regreso.

El «enseguida», al modo del «ahorita mismo» mexicano, se alargó por más de hora y media, insufribles y espesas. Me sentaba a ratos, paseaba en otros, con nerviosismo creciente y alterado. Pura técnica policial de desgaste psicológico, malpensé con acierto. Miraba el móvil, entraba en los periódicos digitales, daba otra vuelta a la mesa y volvía a mirar al móvil, mientras suspiraba y rechazaba la enésima tentación de huida. Le pedí por mensaje a Marta que no me esperase, que me podían tener toda la tarde encerrada en aquella comisaría odiosa.

Al fin, la puerta se abrió. Y en vez de Maqueda apareció ella. La mismísima Teresa Francino, tan esbelta, tan maquillada, tan sibilina.

—Siéntate —ni siquiera me saludó—. Vamos a hablar. ¿Por qué fuiste a casa de Antonio Paredes?

—Antonio —decidí sincerarme desde el principio, no tendría ningún sentido negar nada— me contó que Roberto, antes de morir, le había dado unos papeles. Quedamos en que me los entregaría, pero, desgraciadamente, no pudo ser. Fue asesinado. Pensé que sería buena idea pasarme por su casa para leer la documentación y dársela a continuación.

—Ya. ¿Y por qué no nos contaste todo eso antes? ¿Es que ni siquiera te fiabas de tu amigo Maqueda?

—La verdad es que con la impresión del asesinato de Antequera y el vértigo de los acontecimientos se me pasó. Pero pensaba contároslo de inmediato.

—Tengo la intuición de que nos mientes, Artafi. Tú sabes mucho más de lo que nos cuentas. Tanto Roberto como Antonio hablaron contigo el día anterior a su asesinato... Los muertos parecen que bailan a tu alrededor. No sé, tienes unas coartadas sólidas, pero, hasta el momento, eres la principal sospechosa. Así que, por favor, no tontees más y cuéntame todo lo que sabes.

—Yo... yo —titubeé— no sé más de lo que os he contado.

—Y yo que te creo —me respondió provocadora—. Mira, llevo años pillando a los asesinos más fríos y a los psicópatas más inteligentes de España. Una niñata consentida como tú no me va a engañar tan fácilmente...

En ese momento sonó su móvil y salió de la habitación para atenderlo. Maqueda entró en ese momento.

—Me pidió entrevistarte a solas, por eso esperé en la puerta. ¿Cómo te ha ido?

—Fatal. Me ha maltratado, cree que soy culpable —respondí mientras hacía un gran esfuerzo por no derrumbarme ni llorar.

—Ella es una buena policía, de las mejores, pero tiene fama de dura.

—Es una cabrona...

—Bueno —sonrió con malicia—, un poco cabrona sí que es, pero no tienes nada que temer. Yo confío plenamente en tu inocencia. Lo que sí te pido es que colabores con nosotros sin ningún tipo de reserva.

Le conté lo poco que él todavía no conocía, con las mismas palabras que había usado con Francino. Maqueda asentía comprensivo.

—Presentarte a las puertas de la casa de Antonio Paredes fue un error, huir cuando te enteraste que íbamos para allá, algo gravísimo. No vuelvas a hacerlo, por favor, no sé si podré contener a Francino. Es muy resolutiva y podría detenerte. No te lo mereces porque eres inocente. Yo lo sé, y por eso quiero ayudarte.

—Gracias —me sinceré afectada—, de verdad. Necesitaba escuchar esas palabras. No haré nada que no te cuente...

La brusca irrupción de Francino interrumpió nuestra conversación.

—¿Tienes algo más que decirnos? —me espetó.

—Bueno, no sé si tiene algo que ver. Mi padre nos abandonó hace años, como hizo Luis Gestoso con su familia. Era ingeniero como él y muy aficionado también a la arqueología.

—No parece relevante por ahora. Pero es bueno que nos lo hayas contado. ¿Algo más que debemos conocer?

—Nada nuevo, ya sabéis todo lo que yo sé.

—Allá tú con lo que haces y dices. Puedes irte, no tengo más tiempo que perder contigo. Creo que pronto volveremos a vernos.

Y salió dando un portazo. Maqueda, avergonzado, trató de justificar a su compañera.

—No le hagas demasiado caso, tiene mucho genio, pero se le pasa pronto. Venga, te acompaño hasta la puerta.

Me despidió afectuosamente. Le agradecí su cordialidad y comprensión y salí al calor de la tarde. Para mi sorpresa, el coche de Marta se encontraba justo enfrente, en espera de horas.

—Corre —me gritó a través de la ventanilla abierta—, que ya he tenido que dar varias vueltas porque de vez en cuando me echan de aquí.

Le agradecí emocionada su amabilidad y ella, generosa, pareció no otorgarse la mayor importancia.

—Bueno, ¿qué tal? —me preguntó una vez que ya me había acomodado y puesto el cinturón de seguridad—. ¿Cómo te ha ido?

Le hice un breve resumen de todo lo acontecido, de las insidias de Francino y de la amabilidad de Maqueda.

—Ya —me respondió sarcástica—. El viejísimo truco del poli bueno y el poli malo. Y tú vas y caes en la trampa.

No le respondí. Me sentí ridícula, absurda. En efecto, lo del poli bueno y el poli malo era algo tan conocido como eficaz. Conmigo, desde luego, funcionó y caí como un pajarillo en la red tendida sobre el bebedero. Sin poderlo evitar, las palabras protectoras de Maqueda me rindieron. Poli bueno, frente a poli mala, malísima. Pero, orgullosa, me atrincheré en mis posiciones. Jamás reconocería que había picado como un pececillo inmaduro, como una inocente panoli.

—Ojalá se hubiera tratado del juegucito de marras. Pero no. Esa viene a por mí de veras.

—Tú verás. El caso es que estás libre y tenemos que celebrarlo. Te dejo ahora en casa, te arreglas y nos vemos para cenar. Yo reservaré. ¡La noche promete! ¡Y que no se te ocurra invitar a tu amiga Francino!

—Vete a la mierda —respondí con la primera sonrisa del día. Me gustaba la zona del Arenal, el antiguo barrio portuario de Sevilla, a las espaldas de la Maestranza y muy cercano a la catedral. Atarazanas, almacenes, calafateadores, prostíbulos y capillas, configuraron durante todo el siglo XVI y XVII la Puerta de Indias. Numerosas tabernas, bares, terrazas y restaurantes alegraban en la actualidad sus calles, que nunca perdieron del todo sus aires marineros.

Aproveché para pasear desde el Arco del Postigo. Me sentía a gusto en mi ciudad, en mi antiquísima y hermosa ciudad. ¡Cuántos misterios y secretos milenarios se ocultarían bajo su seductora alegría! La memoria de los sevillanos atesoraba leyendas e imágenes de cuando fue Puerta de Indias, salida de la flota real para América; de cuando Almutamid, el rey poeta, la enriqueció y embelleció; de cuando los romanos fundaron la vecina Itálica, pareja inseparable de la nativa Híspalis, historias todas ellas bien conocidas hasta para el último escolar. Pero, ¿quién sabía que Sevilla era también una de las principales —junto a Antequera— ciudades megalíticas del mundo? Valencina, El Gandul y otros grandes complejos dolménicos de sus alrededores así la acreditaban, aunque a nadie pareciera importarle... bueno, a nadie salvo a unos sangrientos criminales. Esa alma compleja, esa historia conformada jirones de unos y otros, de aquí y de allá, acariciada por el céfiro atlántico y abonada por las vegas y marismas del Guadalquivir, conformaban, magnífica, la ciudad que yo amaba. Bajo su alegría, sus tópicos naranjos, sus torres moras y sus jardines románticos latía un arcano megalítico que todos ignoraban y que nadie temía. Salvo nosotros, sabedores de que emergía desde el fondo de los tiempos para exigir su tributo de sangre.

Sevilla es luz, pero Sevilla también es dolmen. Su jazmín enraíza sobre tierra megalítica.

De nuevo mis pesadillas... Con esfuerzo, logré embridar mi fantasía desbocada. Tenía que alejar los espectros del miedo, al menos durante las escasas horas que compartiría con Marta y sus excéntricos amigos. Habíamos quedado en el Pepe Hillo, un bar de tapas que se encontraba en la calle Adriano. Adriano, el emperador romano nacido en Itálica, sobrino de Trajano, el otro gran emperador sevillano. Me vi otra vez envuelta por la arqueología, que todo lo impregna en mi tierra... Itálica. ¿Y dónde se localiza Itálica? Pues a los pies de la cornisa del Aljarafe en la que se encuentran los dólmenes de Valencina, a apenas un kilómetro de la Pastora... Algunos pensaban que los romanos la construyeron sobre las ruinas de Tartessos, para heredar su prestigio... ¡No! ¡Ya basta! —sacudí la cabeza—. ¡No puedo seguir así o me volveré loca!

—¡Artafi! ¡Que estamos aquí! ¿Es que no nos ves?

El bar se encontraba abarrotado, las mesas todas llenas y, la verdad, no había reparado en ellos. En una mesa a mi derecha me saludaba mi amiga con dos... cómo definirlos... seres estrambóticos.

—Hola, soy John Boyle —se presentó en perfecto español, ante mi asombro—. Eres tal y como te había imaginado. Tus ondas energéticas son muy vigorosas y reverberan con nitidez en mi mente... Tengo poderes, no sé si te lo ha dicho Marta, y sé lo que estás pensando en este momento.

Tardé unos instantes en reaccionar. Aquel energúmeno, delgado, alto y con un acento demasiado sevillano como para ser inglés, se encontraba de pie, gesticulando ostentosamente mientras me miraba fijamente a los ojos. Marta se empequeñecía en su silla, aterrada o divertida, no supe desentrañarlo, ante los desacatos de aquel esperpento.

—Pues pensará —tomó la palabra su amigo— que eres un perfecto imbécil. Y no se equivoca. Así no se recibe a una dama. Aprende de mí.

Se trataba de un joven moreno, de estatura media y de configuración atlética, vestido con un pantalón y una camisa de manga corta negra. No sabía si estaba ante un cura, un testigo de Jehová o un gótico New Age.

—Por favor, Artafi —me alargó la mano para ayudarme—. Pasa por aquí y siéntate junto a mí.

Apenas sus dedos habían rozado los míos cuando de pronto, sorpresiva e inesperadamente, un ramo de flores apareció como por embrujo en su mano. Eran claveles rojos, mi flor preferida.

—¡*Voilà!* —y se inclinó con pose medieval mientras me entregaba los claveles—. Flores hermosas para esta sevillana tan bonita.

Atónita, no logré articular palabra alguna. ¿De dónde carajo había sacado

Marta a esos dos especímenes? Medio bar se había girado hacia nosotros, tan asombrados como lo estaba yo.

—¡Fantásticos! —Marta rompió a aplaudir entre sonoras carcajadas—. Son increíbles, ¿verdad?

Los chicos que ocupaban la mesa vecina así lo debieron pensar también, porque rompieron a aplaudir con ganas, mientras los dos carajotes agradecían los aplausos al modo de los artistas, con exageradas inclinaciones de cortesía. Todo demasiado excesivo para mí.

—Hola —y logré componer una sonrisa más o menos amable—. Yo soy Artafi y vosotros debéis ser los payasos que actuáis en este bar. Sois graciosos, muy graciosos, enhorabuena.

Los dos afectados congelaron su sonrisa, sin duda ofendidos por lo de payasos. A mí tampoco me gustaron sus bromitas; me habían dejado en ridículo y había aguantado el tirón con una sonrisita. Pues que se jodiesen ellos ahora.

—Artafi, hija, cómo eres —intervino conciliadora Marta—. No seas tan *esaboría*, que sólo querían agradar.

—Y yo agradecerles sus atenciones.

—Venga, pide una cervecita. Te los presento. John Boyle y Quim Houdín.

Nos dimos los protocolarios besos de saludo y tras beber un par de cervezas charlando sobre temas insustanciales logramos recuperar una calma relativa.

—Me contó Marta —me dirigí a John Boyle— que te gustan mucho los temas esotéricos, ¿no?

—Así es. Los estudio desde hace años, y he tenido buenos maestros.

—Y, ¿qué haces? Perdona que sea tan directa, no soy nada ducha en estas cuestiones.

—Soy aprendiz de todo y experto en nada. Conozco los arcanos del tarot, practico el espiritismo, leo mentes...

—Y es capaz de curar el mal de ojo —le interrumpió Marta—. Eso es lo que tú necesitas, que andas de mal en peor.

—¿En serio haces eso? ¿Existe el mal de ojo?

—El mal de ojo es una expresión popular, muy desacreditada. Pero es cierto que determinadas personas arrastran energías negativas que traspasan a otras personas.

—No sé, me parecen supersticiones. Mi abuela creía mucho en ellas.

—Quizás tu abuela tuviera poderes y tú los heredaste. A lo mejor los atesoras en tu interior sin tú saberlo.

Algo se agitó en mi interior. Mi abuela. Era una mujer tan extraña, tan tierna y misteriosa, al tiempo. Quizás sus supersticiones fueran el reflejo de una sabiduría desconocida para mí. Mi madre casi nunca me habló de ella, siempre

me mantuvo alejada de su influencia. Sentí entonces un irrefrenable deseo de saber más de ella. Tendría que preguntarle a mi madre. Mi abuela... la conocí tan poco. Y, sin embargo, me siento vinculada a ella. Son tantas las veces que la recuerdo y que aparece en mis sueños...

—Sí, quién sabe —respondí con una risa—. A lo mejor soy maga, pero hasta ahora sólo he recibido leches.

—Es verdad —apostilló Marta—. Artafi es muy buena persona, pero es una pupas, una auténtica pupas. No sale de una cuando ya está metida en otra...

—Ven a verme, quizás pueda serte de ayuda.

Quim Houdín —vaya nombrecito—, que había guardado un discreto silencio hasta ese momento, irrumpió en la conversación.

—Esoterismos... ¡tonterías! Supercherías para aprovecharse de la credulidad de la gente. No existe el *otro lado*. Sólo existe la magia y esa la hacemos nosotros con trucos y ciencia.

—Sabes que no es así —le replicó Boyle con firmeza—. Has sido testigo de hechos increíbles, inexplicables a la luz de la ciencia.

—Ilusionismo, puro ilusionismo.

Asistía atónita a aquella discusión entre los límites de la magia. John Boyle, irritado por la inesperada oposición del que suponía su amigo, quiso zanjar el debate con una demostración práctica.

—Como Santo Tomás, sólo creerás cuando metas los dedos en la herida. Artafi, si me lo permites, vamos a hacer un pequeño experimento de telepatía visual. Algo sencillo, pero suficiente. ¿Te atreves?

—Pues sí, respondí tan divertida como intrigada.

—Toma esta servilleta. Yo cogeré otra. Ahora gírate y, sin que nadie te vea, escribe una palabra o haz un dibujo sobre ella. Después dóblala bien, que no se transparente lo de dentro y me lo das. ¿Entendido?

—Es fácil.

Cogí la servilleta, me giré, la tapé con la mano y me dispuse a escribir algo. ¿El qué? No se me ocurría nada e improvisé un garabato que representaba el esquema de un dolmen, con sus ortostatos verticales y su losa de cubierta. Me arrepentí nada más que terminar el último trazo, pero ya era tarde para rectificar. Doblé la servilleta con resignación, comprobé que no se transparentaba nada y se la entregué al inglés.

John Boyle cerró sus ojos, pareció concentrarse y se llevó la servilleta doblada hasta su frente.

—Pon tu dedo sobre ella, Artafi, sujétala sobre mi frente mientras mi mente lee su contenido.

—Así lo hice. Por unos instantes guardamos un respetuoso silencio.

—Comienzan a llegarme imágenes —susurró Boyle—. Pero viajan desde muy lejos en el tiempo. Las aprecio difusas, como entre brumas. ¡Espera! Ya se aclara algo la niebla de mi mente. Veo hombres, casi desnudos, que arrastran algo con gran esfuerzo. ¿Qué es? Parecen piedras, piedras enormes...

No podía creer lo que escuchaba. ¿Cómo podía saber eso?

—Un mago parece dirigir el trabajo... Se trata de una gran construcción, un sepulcro, un templo o algo así. Se percibe magia en el ambiente... La imagen se aclara más y... ¡Ya lo veo! ¡Has dibujado un dolmen!

Abrió los ojos, con expresión de gran cansancio.

—¿Era eso, Artafi? ¿Has pintado un dolmen?

—Bueno... sí... Es increíble, enhorabuena; la verdad es que estoy muy sorprendida, no logro comprender cómo lo has podido adivinar.

—El maravilloso poder de la mente. Y contigo ha sido más fácil porque también tú tienes poderes telepáticos, no con todas las personas logro obtener unas imágenes tan claras y nítidas como contigo...

—¡Ya te dije —se regodeó Marta ante mi expresión de asombro— que era fantástico!

—¡Tonterías! —intervino Quim con vehemencia—. Eso no ha sido más que un sencillo truco de ilusionismo. No hay telepatía, ni ondas mentales ni majaderías de ese tipo. Un puro y simple truco de magia.

—Sabes que no, Quim —el tono de Boyle fue conciliador—. No es un truco de magia...

—Artafi —Houdín no lo dejó finalizar—, te voy a demostrar que lo que acabas de ver no es más que una superchería. Toma otra servilleta, vete al servicio y cuando estés sola escribe una frase o pinta varios dibujos, lo que se te ocurra en el momento. Después te la guardas en el bolso, lo cierras y regresas a la mesa. Comprueba, por favor, que nadie te vea.

Hice tal y como me pidiera Quim, entregada a sus órdenes y con mi curiosidad desatada. Todavía no lograba comprender cómo Boyle pudo adivinar el dibujo del dolmen. Intenté, mientras caminaba hacia los aseos desentrañar el posible truco, pero nada saqué en claro. Era imposible que me hubiera podido ver mientras dibujaba, tampoco podría haberlo hecho ninguna otra persona. Mi yo racional afirmaba —como insistía Quim— que no se trataba más que de magia barata, mientras que mi parte insensata me susurraba que allí ocurrían cosas extrañas.

Cuando me encontré a solas, coloqué el papel sobre la secadora de manos y sin pensar ni siquiera lo que hacía realicé unos sencillos dibujos, de manera casi inconsciente. Doblé el papel, lo metí en mi bolso, cerré la cremallera y regresé hasta donde ellos con un contoneo femenino que, no sé bien por qué, me esforcé

en resaltar.

—Muy bien, Artafi —Quim parecía relajado, sin muestras de gran concentración, casi divertido—. ¿Estás segura que nadie te ha visto?

—Creo que no.

—Pues muy bien, vamos a intentar, mediante un truco muy simple, desentrañar tus secretos. ¿Has pensado mucho en lo que ibas a poner?

—No, la verdad que no.

—¿Lo primero que se te vino a la mente?

—Algo así.

—Muy interesante. El subconsciente en acción. No nos costará nada analizarlo. Pero vamos a hacerlo más difícil todavía. Yo ya sé lo que dibujaste. Porque fueron dibujos, varios dibujitos, ¿verdad?

—Sí... —de nuevo la sorpresa—, creo que sí, la verdad es que no lo pensé y...

—Como te decía, vamos a hacerlo aún más difícil. Podría, en este mismo momento, dibujarte lo que hiciste. Pero hubiera sido un truco demasiado fácil. Quiero llegar a la cima de la magia, como mi admirado Houdini, y me lo voy a poner un poco más difícil. Mira a tu alrededor, por favor, y dime algún objeto que te haya interesado o que te llame la atención.

—No sé —titubeé mientras miraba a lo largo y ancho del local—... Quizás aquella macetita con el clavel...

—¿Cuál, aquella? —preguntó mientras la señalaba.

—Sí.

—Pues muy bien, acércate hasta ella y mira a ver qué es lo que encuentras.

Me levanté para dirigirme hasta la macetita de marras. ¿Qué podía encontrar allí? ¿Un clavel seco sobre la turba? Pero nerviosa, me estremecí con un extraño presentimiento. Alguien poderoso jugaba conmigo. Me arrepentí de haberme prestado a aquel estúpido truco de magia, mientras recordé, súbitamente a mi abuela. Parece advertirme de algo oscuro. Sacudí la cabeza y llegué hasta la maceta. Cuando descubrí un papel doblado sobre la tierra, un escalofrío me sacudió. ¿Qué significaba aquello? ¿Quién había depositado esa servilleta, allí, en el lugar que yo misma escogí por puro azar? Lo sostuve entre dos dedos y experimenté como una descarga eléctrica. La sugestión me enervaba... Sacudí mi cabeza para tratar de recobrar mi cordura. Aquello no se trataba más que de una casualidad...

—Muy bien —respondió Quim con una sonrisa cómplice entre sorbos de su cerveza—. Abre el papel que estaba en la maceta. Sí el sencillo truco que te he preparado ha funcionado bien, debes encontrar algo parecido a lo que dibujaste.

—¡Sí, ábrelo! —palmeteó Marta.

Lo hice con todo el plomo que pude acumular. Lo desdoblé sin mirar aún su

contenido. Me daba miedo hacerlo, la verdad. Esperaba que se tratase de una simple broma, de pura casualidad. Por fin decidí enfrentarme a aquel disparate. Lo abrí por completo... Y ¡no! ¡No podía ser! Sobre el papel, dibujos de mariposas que rodeaban algo parecido a una vasija cerámica. Comencé a sudar, mientras contenía el temblor que mecía mis manos. ¡Era lo que yo había dibujado!

—Abre tu papel y ponlo al lado, por favor —ordenó con amabilidad Quim—. Vamos a ver si el truco ha funcionado bien.

Obedecí de manera automática para comprobar, horrorizada, lo que el primer vistazo me había pregonado. Los dibujos eran increíblemente idénticos salvo en tres matices. Tres terroríficos e inexplicables matices. Yo dibujé una cerámica con forma de maceta y en la servilleta del truco aparecía una con nítidos perfiles campaniformes. En mi dibujo aparecían tres mariposas y en aquel papel maldito figuraban cuatro. Y, lo peor de todo, mis mariposas estaban tan sólo perfiladas por el azul del bolígrafo y allí, sobre la servilleta, aparecían cuatro mariposas de un intenso color amarillo...

—Bueno —Quim parecía algo avergonzado—. El truco ha sido bastante bueno, pero no perfecto... Disculpa, tengo que ensayar más para no fallar en nada. Soy perfeccionista y me gustaría alcanzar la excelencia de mi ídolo Houdini. Pero —y su voz sonó frívola— ¡ruego un aplauso al mago!

—¿Cómo has hecho esto? —grité encolerizada mientras arrugaba las servilletas con furia—. ¡Dime, cómo lo has hecho! ¿Por qué el vaso campaniforme, por qué cuatro mariposas, por qué amarillas?

—Tranquila, ya te lo dije, el truco no me ha salido del todo bien, he tenido esos pequeños fallitos, ya te pedí disculpas...

Me senté abatida, sin comprender lo que ocurría, pero con la sensación de que algo negro, oscuro, merodeaba por allí.

—Por favor —le supliqué—. Dime como lo has hecho, para mí es importante.

—Un mago nunca descubre sus trucos, deberías saber que esa es la primera ley de la magia.

—Esto... esto no es magia normal, aquí hay algo más, ¿verdad?

—No digas tonterías, por favor, que me recuerdas al engañaviejas de Boyle. Fuera de los trucos de magia no hay nada. Los magos sólo disponemos de nuestras habilidades técnicas y de entrenamiento. Cualquier truco tiene una explicación racional, jugamos con las apariencias, con los sesgos y las inercias psicológicas, con la complicidad inconsciente de los participantes. Pero nada más. Lo esotérico no existe, sólo son trucos de magia, ilusiones exprimidas.

—Quim tiene razón —intervino Boyle—, lo suyo es un simple truco de magia. Lo mío sí que es mentalismo.

—Pero —insistí angustiada ignorando al pseudoinglés— si sólo es un burdo truco... ¿por qué esos cambios en los dibujos?

—Ya te lo he repetido. Son errores, aún tengo que ensayar más. ¿Por qué te han preocupado tanto esas ligeras modificaciones? ¿Significa algo para ti?

—¿El qué?

—Las mariposas, la cerámica....

—Sí, mucho, significan mucho para mí, la verdad...

—¿Sabías que las mariposas, desde la antigüedad, han simbolizado la muerte? De hecho, la palabra griega mariposa es la misma que alma —*psyquê*— porque el alma huye del cadáver como la mariposa de la crisálida.

—No, no lo sabía...

—¿Y pintas mariposas? ¿Amarillas? —preguntó Houdín como en trance—. La muerte revolotea a tu alrededor.

Todos callaron, pero yo no pude soportar aquel inexplicable suplicio.

—Disculpad, pero regreso a casa. No me encuentro bien.

Me levanté de manera precipitada y temerosa. Estaba asustada, sabía muy bien lo que significaban esos dibujos. Todavía cuatro personas más morirían sacrificadas en esos sangrientos ritos megalíticos. Mi intuición acerca del número menguante de vasos campaniformes, desgraciadamente, había resultado correcta. Otro truco macabro. Quedaban cuatro vasos, uno para cada una de las mariposas amarillas que esa angustiada tarde habían revoloteado en unas servilletas de papel. Los sacrificios megalíticos aún continuarían. Las mariposas amarillas, heraldos del reino de los muertos, así lo anunciaban. Almas que huyen de la crisálida inservible del cadáver inútil.

—Artafi —Houdín me agarró con suavidad el brazo cuando ya me marchaba—. Eres una mujer especial. Tienes algo poderoso dentro. Debes permitir que aflore.

Ni le hice caso. No quise entrar en su juego tonto de vidente o de mago o de lo que quisiera que fuera.

Adiós — y salí del bar con paso airado y con un angustiioso presagio de tormenta en lo más hondo de mi corazón.

XII

—¡Qué gustazo que no haya fronteras! —exclamó satisfecho Carrasco, al volante de su todoterreno—. ¡Ya estamos en Portugal!

Unos días antes, Manolo me había llamado para invitarme a asistir a un encuentro de su grupo europeo de investigación. Pasé por alto las advertencias de mi madre y acepté la invitación. Viajábamos junto a Alfredo Gutiérrez y Reyes Cuenca, partícipes del equipo de Valencina. En las jornadas de trabajo participarían arqueólogos ingleses, franceses e irlandeses, invitados todos ellos por los portugueses, anfitriones del evento. El encuentro tendría lugar en Évora, capital del megalitismo luso. En un par de días de trabajo, se pondrían en común los avances de los equipos participantes y se redactaría una memoria para la evaluación que Bruselas requería. Y, cómo no, también se compartirían los últimos descubrimientos sobre la cultura megalítica europea.

El salir de Sevilla y el cambiar de aires me proporcionaría el oxígeno que tan angustiosamente necesitaba. Dejaba atrás el aliento irrespirable del miedo y la sospecha. Tras la inexplicable noche de aquellos magos ridículos e inquietantes, me despeñé en el abismo de la obsesión depresiva. Tenía que cambiar de aires y la invitación de Carrasco fue la excusa perfecta, a pesar de que los dólmenes volverían a llenar mis días portugueses. No lograba apartarme de ellos, una y otra vez regresaba a su umbría llamada.

Tras la invitación de Carrasco, telefoneé a Maqueda para avisarle que pasaría unos días en Portugal y no puso ningún tipo de inconveniente, solo la recomendación de que estuviera siempre localizada por el móvil. ¿Qué vais a hacer? —me preguntó—. Reunirnos con arqueólogos europeos para hablar de megalitismo — le respondí. ¿Vais a ver dólmenes? —pareció sorprendido—. Sí, claro, es una de las actividades programadas — le aclaré con naturalidad. Pues ten cuidado —sentenció para mi horror—, mucho cuidado. Parece que, para vosotros, el dolmen es siempre la puerta abierta hacia la muerte.

Al cruzar la frontera, el miedo quedó atrás. Los cuatro nos adentramos en Portugal, camino de la cercana Elvas, en la grata camaradería que propician los viajes compartidos. Ni siquiera precisamos de tres horas para llegar desde Sevilla a la antigua frontera de Badajoz. Era un viaje que casi todas las familias sevillanas habían hecho alguna vez, entonces por turismo y antes de compras, a por café, vajillas, toallas, sábanas y manteles. Recuerdo perfectamente los viajes de mi madre y sus amigas a Elvas, en el Alentejo, o a Villa Real de Santo Antonio, en el Algarve, de los que siempre regresaban alborozadas y felices al

mostrar sus compras y al enumerar sus supuestos ahorros. La Unión Europea abrió fronteras, eliminó aduanas e igualó precios, por lo que ningún sentido tenía ya aquel vetusto turismo comercial.

—Comeremos en Elvas —Manuel Carrasco nos contagió su alegría—. Probaréis el mejor *bacalao dourado* del mundo. Las dietas del proyecto europeo dan para comer en el mismísimo El Cristo.

El Cristo era una famosa marisquería de Elvas, frecuentada por españoles. Yo la conocía, había comido allí hacía muchos años en un corto viaje que hice con mi familia a Lisboa. Mi padre se mostró entonces entusiasmado, sin dejar de ponderar las ciudades portuguesas y su cultura. Y comimos, por supuesto, *bacalao dourado*.

—Esta noche dormiremos en Évora y tendremos una cena con los demás miembros del equipo internacional —nos comentó Carrasco mientras devorábamos nuestro revuelto regado con un poco de *vinho verde*—. Después dedicaremos dos jornadas a las sesiones de trabajo y el último día visitaremos los trabajos arqueológicos realizados en los monumentos megalíticos de Évora, que son espectaculares.

Sin apenas sobremesa, apuramos nuestro café —excelente, por cierto, como es habitual en Portugal— antes de retomar el viaje. Una moderna autopista nos apartó de la antigua carretera que transcurría a los pies de Estremoz, también una ciudad amurallada encaramada en lo alto de un cerro, como Elvas o la mismísima Évora. Villas todas ellas fortificadas para defensa durante los tiempos de Al Ándalus o por causa de los posteriores conflictos con los españoles. De *Espanha nem bom vento nen bom casamento* recelaban de nosotros nuestros vecinos. En apenas media hora llegamos a Évora, ciudad Patrimonio de la Humanidad. Un antiguo convento, reconvertido en hotel, nos acogió. Las habitaciones eran cómodas y limpias. Me sentí de buen humor, como si al alejarme de Sevilla hubiera conjurado los temores que me atormentaron durante las últimas semanas. Quedamos a cenar con los miembros de los restantes equipos europeos en un típico restaurante cercano a la plaza porticada del Giraldo, el gran espacio central de la ciudad.

Me fueron presentados los arqueólogos europeos, con los que me esforcé en mantener alguna conversación que pareciera siquiera medianamente inteligente. Mi inglés era muy limitado y mi francés inexistente. Sólo con los portugueses lograba entenderme gracias a nuestro improvisado *portuñol*. La cena fue agradable, a pesar de que ese día me bajó la regla y tuve que ir al aseo en varias ocasiones. La euforia colectiva subió de manera directamente proporcional a la velocidad con la que las copas de vino se vaciaban. Europa siempre se construyó con dólmenes, catedrales, guerras y... también por el vino. Y, gracias a Dios —

comencé a divagar—, a nosotros nos tocaba esa noche el vino. Nuestra generación construía la nueva Europa, la del Euro, la de la Champions, la de los equipos europeos de investigación y me sentí orgullosa de ello. Los cánticos desafinados que los ingleses comenzaron a balbucear encendieron mi luz de alarma. Tocaba retirada. Estaba cansada y la noche apuntaba a más alcohol del que yo era capaz de tolerar. Si el vino hizo Europa, no permitiría que el mucho vino la destruyera.

—Manolo —le comenté a Carrasco—, os dejo, me voy a la cama. Mañana nos vemos para desayunar, a las ocho y media.

—¿Ya te vas? —advertí un extraño brillo en sus ojos—. Quédate un ratito más...

—No puedo, te lo agradezco.

Intenté salir con discreción, sin despedirme de nadie para no aparecer como una aguafiestas. No me costó ningún trabajo conseguirlo, todos estaban con sus bromas y cánticos, sin interés alguno por controlar quién iba o venía.

Salí a la calle. La noche estaba fresca. El breve paseo hasta el hotel serviría para despejarme.

—¡Artafi! —gritó Manolo a mis espaldas. Había salido del restaurante y se apresuraba hasta mí—. ¡Espera, voy contigo!

No me apetecía su compañía en ese momento. Hubiera preferido regresar sola.

—Ven, quiero enseñarte el templo romano. Aquí le dicen el templo de Diana y lo iluminan por la noche. Es muy hermoso y está a menos de cinco minutos de aquí. También podemos ver la catedral.

—Estoy muy cansada, mejor mañana.

—Venga, que no es nada. Los vemos y después nos vamos para el hotel.

—Bueno —no supe negarme —, si sólo es un momento...

Évora es una ciudad realmente hermosa. De inmediato olvidé mi cansancio y mis precauciones. Manolo me hablaba de palacios e iglesias con un dominio que me sorprendió.

—¿Por qué conoces tan bien Évora?

—He venido en numerosas ocasiones. Ya sabes que en los alrededores existen complejos megalíticos muy antiguos. Pero no hablemos ahora de dólmenes... ¡Mira!

Ante nosotros se alzaba el espléndido templo romano. Esbelto, equilibrado, divino. Me emocioné ante su perfecta armonía iluminada.

—¡Es bellissimo!

Permanecimos un buen rato en silencio. La simple contemplación de columnas y pórticos no precisaba de palabras que la enturbiaran. Con prudencia, poco a poco, como pidiendo permiso, Carrasco comenzó a contarme la historia de la

Évora romana

—Julio César la elevó a *municipium*. De ahí el reconocimiento en su propio nombre latino, *Ebora Liberalitas Julia*.

La catedral, imponente, no me sedujo de igual manera.

—Comenzó a ser construida a finales del siglo XII, sobre la antigua mezquita andalusí. Es la mayor catedral de Portugal y, como puedes apreciar, se trata de una muestra de la evolución temprana del románico al gótico.

El cansancio y la regla, que no me otorgaba descanso, dictaron sentencia inapelable: era hora de regresar al hotel, ducharse y meterse en la cama para dormir. Ojalá soñara con el templo de Diana...

Iniciamos el regreso hacia el hotel y al bajar de un bordillo de la acera tropecé y a punto estuve de caer al suelo. Manolo me agarró a tiempo y evitó una caída estrepitosa.

—¡Gracias!

Sostuvo mi brazo entre sus manos. Demasiado tiempo, para mi gusto. Y recordé la tarde fatídica en la que quiso entrar conmigo a solas en el dolmen de la Pastora. De nuevo, en Évora, sentí aquella honda inquietud. Me miró con aquel brillo en sus ojos que reconocí al instante. Deseo. Y recordé las advertencias de mi madre. Un horror, lo último que me podía apetecer en aquellos momentos era una aventura con el que consideraba mi director académico.

—Deja, deja —aparté con delicadeza su mano— que ya me basto por mí misma.

Pareció contrariado. Deslizó su mano por mi brazo hasta desistirlo con suavidad. Caminó en silencio a mi lado, tan cerca que en varias ocasiones no pude evitar su roce. El contacto con su piel me produjo un vivo rechazo. La situación era incómoda para mí, que deseaba llegar hasta mi habitación para cerrar la puerta con cadena. Sólo entonces me sentiría segura.

Entramos juntos en el ascensor y pulsamos el botón de la tercera planta, en la que se encontraban nuestras habitaciones. Caí entonces en la cuenta que a Alfredo y Reyes les habían asignado cuartos en la planta inferior. Probablemente no se tratara más que de una casualidad, pero me puso en guardia. Temía lo peor.

—¿Quieres una copa? —y me miró de nuevo con esa mirada biliosa—. Te invito a mi habitación.

—Te lo agradezco, Manolo, pero estoy muy cansada.

—¿No te ha gustado el paseo?

—Me ha gustado mucho. El templo me ha impresionado y...

No pude terminar la frase. Me acercó hasta él e intentó besarme. Pude percibir

el olor agrio del vino de su aliento. Interpuse mis codos para separarlo.

—No, por favor...

Aún intentó apretarme, pero, al ver que yo me resistía, soltó mi cintura.

—Bueno, nos iremos a dormir —se justificó.

—Sí, es lo mejor.

Tan sólo cuando aseguré mi puerta cerrada me relajé. Me duché con agua bien caliente, para que el vapor me purificara. Me acosté sin querer pensar en nada. Sólo deseaba sumergirme en un sueño profundo, muy profundo. Lo conseguí. Un sueño tan profundo como el secreto que custodia el dolmen de mi interior. Trabajamos toda la mañana siguiente. Aquellos arqueólogos que con tanta largueza habían bebido la noche anterior, no manifestaron cansancio ni desfallecimiento alguno durante el largo día de faena. Durante horas se esforzaron en mostrar sus avances, en contrastar los resultados de las respectivas investigaciones y excavaciones y en intentar aunar los esfuerzos en un único documento de evaluación. Europa no sólo se hizo con el vino — sonreí para mis adentros — sino que se construyó, sobre todo, gracias al duro esfuerzo de los europeos. ¿Quién le iba a decir a aquellos constructores de megalitos de cinco mil años atrás que sus descendientes aún admirarían su obra y que sobre ella aún seguirían trabajando? Levantaron sus dólmenes para acceder a la inmortalidad y vive Dios que bien lo habían conseguido. Sí, lo consiguieron, el espíritu del dolmen aún vive entre nosotros.

Trabajamos con intensidad y la jornada me pareció amena y fructífera, a pesar del galimatías de lenguas y de expresiones técnicas ininteligibles. No dejaba de sorprenderme la extensión de la cultura megalítica, presente en toda la Europa atlántica. Menhires, crómlech, dólmenes, jalonaban su geografía como lugares sagrados del neolítico y el calcolítico. Miles de kilómetros los separaban entre sí, pero un mismo espíritu, sagrado y misterioso los animaba. Y cada año, nuevos descubrimientos ensalzaban el enorme salto social y tecnológico que se produjo en el neolítico y calcolítico europeos. Parecidos monumentos megalíticos erigidos a lo largo y ancho de una enorme extensión continental. ¿Se imitarían los unos a los otros? ¿Serían fruto de una pulsión simultánea surgida del inconsciente colectivo? Siempre me llamó la atención la uniformidad en el estilo y en el tiempo del arte prehistórico. Cuarenta mil años atrás, se pintaban puntos rojos en las cuevas de toda Europa; a los treinta mil, manos; a los veinte mil, pinturas naturalistas de ciervos, caballos y bisontes; a los diez, mil pinturas esquemáticas; a los cinco mil se construían megalitos. Y todas estas expresiones artísticas explotaban de manera casi sincrónica y con idénticas técnicas, estilos y gustos. Teniendo en cuenta la dificultad de movilidad de aquellos tiempos remotos... ¿cómo surgían de manera pareja? ¿Por qué tribus y clanes tan

diferentes se expresaban de forma idéntica? Muchas preguntas, todavía, sin responder. ¿Por imitación de los unos de los otros, por simple contagio cultural? ¿De manera instintiva, por un inconsciente colectivo impulsado por el genio de los tiempos? ¿Difusión desde un lugar inicial o explosión simultánea en todos ellos? Al igual que muchos miles de años después, cuando el románico, el gótico o el barroco uniformarían el arte europeo, desde la más remota prehistoria Europa también marchó al paso en la expresión de su talento y espiritualidad. Un misterio que la ciencia aún debería resolver.

Carrasco estuvo amable y correcto, sin mostrarse avergonzado ni irritado en ningún momento. También yo hice como si no hubiera pasado nada la noche anterior. Mejor si todo caía en un pronto olvido. En un momento dado, un inglés nos pidió que le explicáramos los extraños asesinatos rituales realizados en dólmenes de nuestra jurisdicción. Lo había leído en la prensa digital y no terminaba de creérselo del todo. Algo se quebró en nuestro interior en ese instante. Los ojos de todos los asistentes se volvieron hacia nosotros. La mayoría ni siquiera se había enterado. Eran lectores de artículos científicos, no de crónica negra.

—No sabemos nada —respondió Carrasco con sequedad—. La policía lo investiga en estos momentos y muy pronto esos asesinos locos serán detenidos.

—Pero —insistió aquel insensato— los asesinados eran arqueólogos de vuestro equipo. Alguno, quizás, hubiese tenido que venir a esta reunión.

—Me vais a disculpar —Manolo se levantó mientras respondía—. Se trata de un asunto muy doloroso para nosotros. Preferimos no hablar más de él.

Me pareció una reacción correcta, que todos comprendieron de inmediato. Algunos, incluso, fulminaron con la mirada al compañero imprudente por sus preguntas indiscretas y dolorosas. Los trabajos continuaron por la tarde, aunque los españoles participamos en menor grado, como si, de alguna manera, hubiéramos desconectado de la pasión compartida: nuestros fusibles emocionales saltaron ante el simple recuerdo de la tragedia. Al alejarnos de Sevilla conjuramos el espejismo del olvido para llegar a sentirnos, incluso, arqueólogos normales que trabajábamos en un proyecto europeo. Y ese espejismo se rompió en mil pedazos en cuanto nos arrojaron la verdad ante nuestras narices. No, no éramos simples arqueólogos, nuestro pasado nos perseguía. Implicados, sin conocer en qué grado, en un aquelarre de asesinatos rituales, la muerte nos rodeaba. Ni siquiera la distancia pudo alejarnos de su macabro influjo. Manolo Carrasco estuvo especialmente abstraído, con frecuentes salidas para hablar por teléfono. Terminamos la sesión de trabajo sobre las siete de la tarde. Quedamos para cenar, unas dos horas después, en un restaurante cercano a la catedral. Recordé la incómoda situación de la noche

anterior. Hubiera preferido cualquier otro lugar, pero la reserva ya estaba hecha y el precio del menú acordado.

Al salir de la sala donde habíamos trabajado durante todo el día, Manolo Carrasco se acercó hasta mí.

—Artafi, quiero pedirte disculpas por mi comportamiento de anoche.

—No te preocupes, no pasó nada.

—No me suelo comportar así. Estoy avergonzado.

—Déjalo, es ya asunto olvidado.

Asintió con gesto de agradecimiento. Caminamos juntos un instante hasta que se giró para sorprenderme con sus palabras.

—No me divierte lo de la nueva cena conjunta. Gritos, vinos, canciones galesas... Tengo un mejor plan que proponerte.

—Yo... —titubeé mientras improvisaba una respuesta defensiva—, no me apetece ningún plan, también me acostaré temprano hoy.

—Mi plan sí que te divertirá.

—De verdad, déjalo...

—Vayamos esta noche al crómlech de los Almendros, lucirá soberbio bajo la luna.

La alarma me hizo retroceder. Ir de noche a un monumento megalítico. No, no lo hagas. Nunca.

—¿Vas a ir esta noche al campo? ¿Solo?

—Bueno, yo pensaba ir contigo.

—No iré. Cenaré con el grupo algo ligero y luego me meteré en la cama.

—Permíteme que te insista. Será un privilegio poder pasear entre menhires bajo la luna. Sé llegar, ya estuve el año pasado.

—Te lo agradezco, ya iremos otro día.

—Como quieras, tú te lo pierdes.

Manolo Carrasco se presentó en la cena, alternó con los demás, comió algo y a media cena se levantó para sentarse a mi lado.

—Voy a salir con discreción, ¿te vienes?

—Ya te dije que no.

—Allá tú.

Lo vi marchar sin despedirse de nadie. Al verlo salir me relajé y me dispuse a disfrutar de la cena. Su intento de seducción me había tenido desconcertada e incómoda. También asustada, debo reconocerlo. Así que por eso me había invitado a acompañarle durante todo este tiempo. Mi madre siempre tuvo razón. Quería ligar conmigo, el pobre. Pues no tenía futuro alguno, no era mi tipo. Mejor sin él. Terminé mi cena y me retiré pronto. En esta ocasión, el vino circuló con menor prodigalidad que la noche anterior. Alfredo y Reyes se levantaron

conmigo y caminamos juntos hacia el hotel.

—¿Y Manolo? —preguntó Reyes—. Se marchó hace un rato, sin despedirse. ¿Dónde habrá ido?

—Quizás se sintiera mal —respondió con lógica Alfredo—. Esta tarde ha estado extraño, como abstraído. Estará en la cama soñando con angelitos megalíticos.

Me acosté. Manolo Carrasco. ¿Y si la invitación a visitar los megalitos esa noche no hubiera tenido como único fin el seducirme? ¿Y si se hubiera tratado de una trampa para asesinarme? Cerré los ojos y, en el instante confuso que precede al sueño, sentí miedo, mucho miedo. Intuí que el mal volvía a rozarme con sus negras y malolientes alas. Y, maldita sea, soñé con Houdín y con aquel truco inexplicable en el que cuatro mariposas amarillas revoloteaban, absurdas y tétricas, alrededor de un vaso campaniforme.

XIII

Dormí mal, inmersa en una interminable rueda de desvelos sobresaltados. Agradecí el momento en el que, al abrir los ojos, percibí la muselina de la claridad tenue a través de las cortinas. La luz del alba alejaría mis temores y entonarí mi ánimo. Me duché y bajé a desayunar. Me encontré sola en el comedor, con un mobiliario sencillo y sobrio que me recordó el de una casa de retiros espirituales de las monjas progres de mi infancia. Disfrutaría tranquila del café. Pero al recordar a Manolo Carrasco y su invitación a la excursión nocturna, regresé a mi condición de súbdita del reino del desasosiego. ¿Cómo le habría ido en su aventura? Ni loca lo hubiera acompañado al crómlech de los Almendros a pesar de la viva curiosidad que sentía por conocerlo. Temía su acoso o, incluso, algo peor. Me trataba bien, le tenía que estar agradecida, pero, sin embargo, no terminaba de confiar en él. Me atraía como profesor y arqueólogo, pero no me gustaba como hombre. Encima, comenzaba a inspirarme miedo. Además, no me perdía nada por no acompañarle esa noche, porque, según nuestro programa, visitaríamos Los Almendros al día siguiente, una vez acabado el trabajo de evaluación. Leí el breve resumen de los principales monumentos megalíticos de la zona que figuraba en un folleto turístico que recogí de recepción.

Cerca de Évora, en la pedanía de Guadalupe, se encuentra el antiquísimo crómlech de los Almendros, compuesto por más de un centenar de menhires redondeados y con una antigüedad superior a los siete mil años. Se orienta hacia el menhir del Monte de los Almendros, que marca la posición exacta de la salida del sol en el solsticio de verano.

A escasos kilómetros de Guadalupe, se localiza uno de los mayores dólmenes europeos, el Anta grande do Zambujeiro, que muestra su túmulo cruelmente desgarrado por una excavación arqueológica. La cámara alcanza los siete metros, la mayor altura de los conocidos hasta ahora.

La simple lectura de las descripciones arqueológicas exacerbó de nuevo mi curiosidad y mi enraizada pasión por conocer y descubrir. Esos malditos megalitos me atraían y me repelían al tiempo; me aterraban y me enamoraban sin solución de continuidad; los amaba y los odiaba en la paradoja de mis sentimientos. Pero, sobre todo, me asombraban. Y me inquietaban. ¿Qué movería a nuestros antepasados neolíticos a realizar el esfuerzo descomunal de tallar, trasladar y levantar esas enormes piedras? ¿Para qué realizarían esas

proezas colectivas? Como muestra de poder, como lugar comunal de reunión, como tótem para cimentar el grupo, como lugar religioso, como templo de magia, como gigantescas necrópolis, como un poco de todo ello... ¿Y qué más daba? El caso es que desde el pasado ancestral seguían irradiando su fuerza mágica sobre nosotros. Supuse que los construyeron con similar ánimo al de los constructores de las grandes catedrales del medioevo. O quizás no, más preocupados por conectar la energía del cielo con la de la tierra. Sea lo que fuere, lo único cierto era que los megalitos erigidos miles de años atrás seguían asombrando a los hombres de hoy. Lugares hermosos que nos anclaban con los misterios del pasado...

Al aparecer Reyes puse punto final a mis elucubraciones. Tras su alegre saludo, se dirigió al bufé para servirse un somero plato de fruta. Yo, que tras haber terminado mi tostada aún seguía con hambre, admiré la sobriedad de su yantar. Así era fácil guardar la figura. Yo no me resistía a la tostadita con aceite, al beicon, a los huevos revueltos... y así no era fácil, precisamente, mantener el tipo. Ya volvería a la dieta a mi regreso a Sevilla, la eterna promesa incumplida. Charlamos de temas intrascendentes a la espera de nuestros compañeros. Alfredo no tardó en incorporarse con nosotros. Media hora después, Carrasco aún no había hecho acto de presencia. Comencé a inquietarme, Manolo siempre era muy puntual.

—Llegaremos tarde a la reunión de trabajo —comentó preocupado Alfredo—, son las ocho y media, los demás ya tienen que estar en la sala de trabajo.

—Sí —apostillé—. Algo le ha tenido que ocurrir.

—¿Estará dormido? —opinó Reyes—. Quizás haya pasado una mala noche.

—Podiera ser —intenté convencerme—. Vamos a comprobarlo.

Llamamos con fuerza a su habitación, pero nadie contestó. Insistimos y sólo obtuvimos el silencio por respuesta.

—Esto es grave, vamos a pedir que nos abran la habitación.

Con patente nerviosismo bajamos hasta recepción para pedir la copia de la llave. Uno de los chicos que la atendían nos acompañó. Al abrir la puerta, encendí la luz y me precipité hacia el interior. Temía lo peor, y lo peor se presentó en forma de ausencia: no había nadie. La habitación estaba vacía y la cama se encontraba sin deshacer. Manuel Carrasco no había pasado la noche allí. Mi temor se transmutó en pánico.

—No lo comprendo —titubeó Alfredo—. ¿Dónde puede estar Manolo?

Tardé en responder. Yo sí sabía dónde se encontraba Manolo. En el crómlech de los Almendros. ¿Vivo? ¿Muerto? No tardaríamos en averiguarlo.

—¡Tenemos que ir con toda urgencia hacia Los Almendros, donde se

encuentran los conjuntos megalíticos!

—Pero, ¿qué dices, Artafi?

—Anoche me dijo que iría hasta allí; yo no quise ir con él... Algo... algo le ha pasado...

—¿A Los Almendros? ¿De noche? ¿Es que estaba borracho?

—Esa no es la cuestión ahora. Debemos ir hasta allí de inmediato.

—Seguro que no ha sido nada grave —atemperó Reyes—, a lo mejor una avería en el coche o...

—¡Vamos, no tenemos tiempo que perder!

Corrimos hasta donde ya se encontraban reunidos los restantes equipos de investigación. Con voces destempladas y explicaciones incoherentes nos dirigimos a los portugueses que tardaron en asimilar nuestra petición. Alarmados por nuestro estado de ansiedad, comprendieron la gravedad de la situación. Joao Soares, el jefe del equipo, pidió a los demás grupos que continuaran con el trabajo mientras que nosotros tres le acompañábamos hasta el crómlech.

—¿Avisamos a la policía? —propuse con nerviosismo.

—Mejor esperemos —me respondió Joao—. No creo que le haya pasado nada grave. Esas cosas horribles... no ocurren en Portugal.

Durante el camino no pronunciamos palabra. No habrían pasado ni quince minutos desde que salimos de Évora cuando vimos el cartel que indicaba el desvío hacia Guadalupe y hacia los conjuntos megalíticos. Aún no eran la nueve de la mañana y rezaba porque nada grave le hubiera ocurrido. Los guardas ya deben haber llegado —intenté consolarme— y si algo extraño hubieran encontrado la policía ya estaría avisada. Todo parecía demasiado tranquilo como para que una alerta grave se hubiera producido.

En Guadalupe nos apartamos de la carretera asfaltada y nos adentramos por un carril ancho con un firme deteriorado por grandes baches que nos hacían saltar sobre nuestros asientos. Joao conducía deprisa, fija la mirada en el camino que recorríamos. Densos alcornocales abrazaban la pista, delimitada por una cerca de madera pintada de blanco. Bosques ancestrales para un lugar de fuerza. Un cortijo blanco destacaba a la izquierda. Era la casa de los Almendros, el nombre de la finca que acogía a los megalitos. A pesar de la velocidad, pude advertir una señalización que indicaba el camino hacia el menhir. Nosotros continuamos hacia adelante, en dirección al crómlech, que bien cerca debería encontrarse ya.

—¡Ahí hay un coche aparcado! —gritó Joao en un español aceptable.

Se trataba del todoterreno de Manolo. La más terrible de las hipótesis, el más oscuro de los temores, estaba a punto de confirmarse. Cuando Joao aparcó al lado del automóvil, escuchamos las sirenas. Alguien habría advertido a la policía. La suerte está echada, la muerte nos ha visitado de nuevo, musité para

mis adentros. Decidimos esperar la llegada de los dos coches patrulla de la PSP, la Policía de Segurança Pública, bajo las órdenes del intendente Mértola. Se trataba de un hombre joven, espigado y de expresión serena. Joao Soares se le presentó como arqueólogo responsable de las excavaciones e identificó el vehículo de Carrasco. No pudo hablar más, porque llegó hasta nosotros, vivamente afectado, uno de los guardas del conjunto. Sin duda, el que habría avisado a la policía al descubrir... ¿qué es lo que habría descubierto?

No tardamos en comprobarlo. El cadáver de Manuel Carrasco se encontraba, ensangrentado y desnudo, junto a una de las grandes piedras del conjunto. Joao quedó conmocionado ante la masacre, Reyes rompió a llorar; Alfredo la apartó. Yo, que ya había tenido la desgracia de contemplar en las otras ocasiones el ritual demoniaco, volví a conmocionarme ante su crueldad sacrílega. Las cuencas de los ojos vacías, el corazón abierto, el pecho desollado, los genitales amputados y los restos de las vísceras mordisqueadas en el interior de los vasos campaniformes. En esta ocasión eran cuatro. Cuatro mariposas amarillas que revoloteaban alrededor de un vaso campaniforme. Ya sólo quedaban tres, uno de los cuales —pensé aterrada sin saber muy bien el porqué— me estaba reservado a mí.

El intendente Mértola hizo varias llamadas. Supuse que para pedir refuerzos y avisar al juez. Me acerqué hasta Joao, que aún seguía sin moverse, con la mirada fija en los despojos del que había sido mi director de excavación. Me abracé a él, en busca de un consuelo que era incapaz de proporcionarme.

—Es..., es horroroso....

—Sí... —alcancé a responder.

—¿Los otros fueron igual de atroces?

— Exactamente igual. Y en cada ocasión, un vaso campaniforme menos.

Pareció meditar mientras los policías gritaban entre sí, llamaban por teléfono y rastreaban en busca de posibles huellas que nunca encontrarían. Al cabo de un rato, sin mirarme siquiera, Joao pareció dirigirse al vacío que nos rodeaba.

—Los han asesinado bajo la piedra más singular del conjunto, la que tiene grabado el báculo de mando. Los asesinos sabían lo que hacían.

—Los asesinos —le confirmé— lo saben todo de los megalitos. Los conocen mejor que los arqueólogos.

—¿Quiénes podrán ser?

—Hasta ahora la policía española no tiene la menor idea. Esperemos que la portuguesa logre algún avance.

—Lo dudo...

El intendente Mértola nos ordenó apartarnos del lugar de los hechos, temeroso de que pudiéramos borrar alguna huella o destruir alguna pista valiosa.

—Esperad junto a los coches, tenemos que hablar.

De nuevo el vértigo, el horror, el vacío, la incertidumbre. Otro muerto de mi entorno más cercano. Pobre Manolo. Se había portado bien conmigo, ¿cómo pude haber sospechado de él? Su intento de seducción de la otra noche no había sido más que una nimiedad que más bien debiera haberme halagado que ofendido. Ya no estaba. Nunca más estaría. No era uno de los asesinos, la muerte era su coartada definitiva.

Mirando sin ver, no tardé en formularme la pregunta esencial. ¿Qué hubiera pasado si al final yo lo hubiera acompañado? ¿Podría haberle salvado la vida? ¿Hubiéramos muerto los dos? ¿Sería yo la que aparecería descuartizada junto al pequeño menhir? Esas preguntas, como tantas otras, nunca obtendrían ya respuesta. ¿Quiénes podían ser los asesinos? Los que quisieran que fueran, tenían que saber que Carrasco iría esa noche. Lo esperarían. Es posible que incluso los conociera, o que hubiera quedado con ellos. ¿Sería por eso por lo que me pidió que le acompañara? ¿Para sentirse más seguro?

El intendente Mértola llegó hasta nosotros. Joao primero, y yo después, le explicamos todo lo que sabíamos. Nos ocupó un buen rato y tardó en asimilar los crímenes similares acontecidos en España. La monstruosidad del caso superaba su capacidad de asombro.

—Esperad, debo informar de inmediato.

De nuevo la tensa espera mientras llegaban más y más coches de policía, con sus características franjas azules inclinadas. La ambulancia, el coche de los juzgados... Y Mértola que iba y venía de unos a otros, sin cesar de hablar por teléfono. Ya conocía bien el rito del levantamiento del cadáver, del minucioso rastreo de huellas y búsqueda de pistas, de la policía científica con sus máquinas, químicas y ópticas. Y también sabía que toda esa parafernalia no nos conduciría hasta los asesinos, que seguían ahí, agazapados en el neolítico de nuestras almas, a la espera de la siguiente liturgia megalítica. Quedaban tres y nada los detendría hasta celebrarlas.

A cada rato Mértola se acercaba hasta nosotros para preguntarnos alguna cuestión. Le explicamos lo de los vasos campaniformes, le indiqué que probablemente provendrían del yacimiento de Valencina, le anticipé que los restos de las vísceras estarían parcialmente devoradas. De nuevo corrió para impartir órdenes, recibir información o llamar una vez más por teléfono. La prensa no tardó en aparecer y la policía tuvo que forcejear con algunos fotógrafos empeñados en tomar el mejor plano. Apenas si se acercaron curiosos, supuse que la policía habría cortado el carril de acceso a una distancia prudente. Los esforzados periodistas llegaban jadeando y maldiciendo la larga caminata desde la barrera hasta el crómlech. Pero también eran conocedores de que sus

fotografías darían la vuelta al mundo, bien que valía la pena el esfuerzo del paseo. Rituales neolíticos en la Europa del siglo XXI, misterios megalíticos en plena revolución tecnológica, crímenes inexplicables tan crueles como irresolubles.

Y en ese vórtice enloquecido me encontraba yo, la persona que, de una manera u otra, había estado relacionada con todos y cada uno de los asesinados. Las sospechas no tardarían en concentrarse sobre mí.

—Dado el carácter internacional del caso —nos comentó el intendente Mértola—, mis superiores de inmediato lo han puesto en conocimiento de la INTERPOL, según el protocolo previsto; también llamaron a la Dirección General de la Policía española, dada nuestra buena relación con ellos. Eso fue hace un rato. Me acaba de llamar la inspectora Teresa Francino, que al parecer coordina el caso. Ha obtenido autorización de mis superiores para que pueda trasladarse hasta Évora, para tratar de sumar esfuerzos con nosotros. Llegará a media tarde, me ha pedido que la esperes en el hotel en el que os habéis hospedado. Yo también asistiré a ese encuentro. Ahora os podéis marchar, nos vemos sobre las cinco de la tarde allí. Este es mi número de teléfono, dadme el vuestro y estaremos conectados ante cualquier novedad.

Ni siquiera recuerdo el triste regreso a Évora, víctima del abatimiento más profundo. No comí nada a medio día, a la espera angustiada de esa inspectora que tanto me inquietaba. Joao se acercó a primera hora de la tarde hasta nuestro hotel.

—Ya está la noticia en todas las televisiones y radios. En internet no se escribe de otra cosa. La oposición pide responsabilidades y una mayor vigilancia en nuestros conjuntos megalíticos...

—Supongo que en España pasará igual —respondí con desgana—. El mercado del morbo macabro siempre vende.

—¿No has entrado en internet? —intervino Reyes.

—No, ¿para qué? Ya sé lo que estarán diciendo...

Me equivocaba. No era consciente de lo que se escribía. Reyes no tardó en poner delante de mis narices la realidad que me negaba a aceptar.

—Tu nombre aparece a cada instante. De alguna manera se ha filtrado que has estado relacionada con todos los crímenes de los dólmenes. En un blog, un insensato clama por tu detención. Te llaman incluso la Dama Negra de los Dólmenes...

Recibí el impacto de la noticia. Me senté, inestable. Reyes me pasó el iPad y sólo pude leer algunas líneas. Se lo devolví antes de derrumbarme en el sofá. ¿Cómo podía ocurrir esto? En miles de ocasiones había leído los peligros de la red, su infinita, cobarde y anónima capacidad de triturar honores e intimidaciones,

de destruir reputaciones, de extender infamias, sombras y sospechas, de fomentar las maledicencias inquisitoriales. Pero una cosa era leerlo y otra experimentarlas en carne propia. Como lo que va desde la reflexión imparcial hasta el desgarrar al rojo vivo de tus entrañas.

Teresa Francino llegó acompañada de Maqueda. Poli malo con poli bueno, me previne. Pidieron un café y nos sentamos alrededor de una pequeña mesa de la cafetería. Les conté todo lo acontecido en Évora, sin guardarme nada. Sólo omití, por respeto, lo del intento fallido de seducción de la primera noche. Preguntaron sin pudor todas las obviedades del repertorio del policía sagaz. ¿Quién sabía que estabais aquí? ¿Faltó alguien a la cena? ¿Con quién habló el profesor Carrasco ayer tarde? ¿Por qué crees que querías que lo acompañases a los megalitos anoche? ¿Piensas que Carrasco pudo estar relacionado con las muertes anteriores? Las preguntas se sucedían con su cadencia de tren expreso y mis respuestas con el vértigo de los postes en su pasar telegráfico más allá de las ventanillas. Temo que nada pude aclararles, porque ninguna luz poseía. Mi mente estaba instalada en la oscuridad del túnel más profundo, ¿cómo podría iluminarlos? Después de tantos muertos y tanto horror, ni siquiera disponía del consuelo de la trémula mecha de un fanal. Nada, sólo dudas y oscuridad como triste y única cosecha de nuestros afanes e investigaciones.

—Artafi —y esta vez fue Francino quien lo afirmó—. Confiamos en ti, creemos que dices la verdad. Hemos repasado una y otra vez tus coartadas y estamos convencidos de que tú no participaste en los crímenes.

—Gracias —una cálida sensación de agradecimiento suavizó mis palabras—. Muchas gracias por vuestra confianza, lo estoy pasando muy mal; tengo miedo, no comprendo nada...

—Nos tendrás que disculpar —en esta ocasión intervino Maqueda—, pero hemos tenido que realizar algunas investigaciones para llegar a esta conclusión.

—Normal, ya os dije que podíais comprobar mi inocencia.

—Sí. Hemos rastreado tus llamadas, hemos...

—¿Habéis pinchado mi teléfono?

—El juez nos lo autorizó. Quédate agradecida, es por tu bien.

Y, cosa curiosa, me avergoncé al dudar si podrían haber desvelado alguna de mis sosas intimidades. Repasé mentalmente y me quedé tranquila. Salvo alguna frivolidad con mi amiga Marta, no creí que ninguna otra tontería o sensiblería podía haber pronunciado o escrito. Pero, ¿cómo podían importarme esas pamplinas cuando el mundo se desmoronaba a mi alrededor?

—El barrido de tu correo electrónico tampoco arrojó nada sospechoso. Hemos comprobado la localización de tu teléfono móvil y siempre has estado donde nos has dicho.

—Podía haberlo dejado en mi habitación —dije para provocar, molesta por esa inmoral intromisión— y haber salido a continuación hacia los megalitos de Los Almendros.

—No lo creemos.

—Coño —no pude evitar el exabrupto—, pues si todo lo controláis tan bien, no comprendo cómo no habéis pillado ya a los asesinos.

—Lo conseguiremos. Pero tú debes ayudarnos.

—¿Yo?

—Eres la única persona con relación directa con los cuatro crímenes.

—Como cualquier otra persona del proyecto de excavación de Valencina o del departamento de Arqueología de la facultad también, ¿no?

—No en igual grado. Ibas a comer con Luis Gestoso el mismo día que lo asesinaron, discutiste con Roberto Sousa en La Pastora antes de su muerte.

—No discutí, me insultó y...

—No nos interrumpas, por favor. Habías quedado con Antonio Paredes, también, casualmente, el día que apareció asesinado en Antequera. Y, por último, Manuel Carrasco te invitó a acompañarlo a los megalitos de Los Almendros anoche.

—Sí, una maldita casualidad.

—Nuestro deber es no creer en las casualidades. Alguien parece interesado en que todas las sospechas recaigan sobre ti; los asesinos desean que tú seas el centro de esta ruleta de la muerte.

No terminaba de entender lo que querían decirme, pero una honda inquietud, un miedo frío y atávico enseñó sus fauces a mi razón.

—Alguien —y Maqueda pronunció sus palabras con la seriedad con la que un juez lee una sentencia de muerte— está jugando a un juego tan cruel como macabro, y tú eres su ficha principal.

—¿Cómo?

—De alguna manera, eres la que señala a los que deben morir.

—¿Qué dices? —fui incapaz de asimilar la monstruosidad—. ¿Que yo apunto a quienes otros matan?

—Tranquilízate y disculpa mi brusquedad. Tú eres inocente. Pero una mente extraordinariamente inteligente y malvada dirige este juego infernal. Tú estás en el centro de todo.

—Pero... ¿por qué yo?

—Eso no lo sabemos, y es lo que debemos averiguar.

—No tiene ningún sentido, yo no tengo enemigos...

—Una lógica extraña rige todo lo acontecido. Un rito de la prehistoria, megalitos, arqueólogos y tú como eje de la liturgia. Te puede parecer una locura,

pero esa es nuestra tesis más firme. ¿Quién está detrás? ¿Un psicópata? ¿Una secta? No lo sabemos, pero lo que sí hemos comprobado es que se trata de personas muy inteligentes, con buena información, grandes conocedoras de la prehistoria y que se mueven a tu alrededor, pues conocen a la perfección tus movimientos y conversaciones.

La tesis me pareció tan disparatada como perversa. Pero tanto Maqueda como Francino parecían convencidos de ella. Sentí miedo, mucho miedo y me estremecí de terror al saberme manipulada por una mente diabólica que me colocaba en el centro del tornado de sangre. Te conocen mejor que tú misma. Yo señalaba a la víctima, ellos la sacrificaban. Y el tiempo y el dolmen como testigos.

—Tengo que marcharme de España —improvisé—, alejarme de la arqueología y de los megalitos. Así no empujaré a nadie más hacia la muerte.

—Es lo primero que pensamos. Pero después hemos considerado una alternativa que consideramos más inteligente.

—¿Cuál? —pregunté temerosa.

—Que te quedes. Que sigas haciendo tu vida normal en Sevilla, que continúes luchando por tu futuro profesional. Y si lo que te gusta es la arqueología, que insistas en ella.

—Pero eso es peligroso. Si vuestra hipótesis es correcta, los asesinos podrían volver a actuar... contra una persona de mi entorno.

—Sí, así es. Pero será la única manera de poder detenerlos. Te tendremos permanentemente monitorizada y vigilada.

—O sea, me convertiré en una especie de señuelo...

—Llámalo como quieras. Nuestro deber es atrapar a los asesinos y hacer que paguen por sus crímenes: tú puedes ayudarnos. Si te niegas a colaborar y te marchas, los criminales podrían quedar impunes por tu cobardía.

Tardé unos segundos en responder, tenía que asimilar la siniestra propuesta.

—Eso es algo parecido a un chantaje... Aceptaré, ¿qué otra cosa puedo hacer? Pero... si tan inteligentes son... ¿no se darán cuenta de la estratagema? En cuanto sospechen, no acudirán al cebo.

—Lo hemos contemplado. Pero nuestra experiencia nos dice que a los psicópatas muy inteligentes les encanta el juego. Lo considerarán un reto a superar. Hemos consultado a nuestros especialistas en psicología criminal y coinciden con nosotros: es muy probable que vuelvan a intentarlo.

—¿Y si lo hacen?

—Estaremos nosotros para detenerlos.

—¿Y si fracasáis? ¿Y si consiguen matar de nuevo?

— Eso no pasará, quédate tranquila.

No me quedé tranquila. Más bien, todo lo contrario. El miedo mordió mis entrañas con sus dientes fríos durante los dos días que aún hube de permanecer en Évora para ser interrogada por la policía portuguesa. Alfredo y Reyes permanecieron conmigo y me sirvieron de consuelo y alivio. Nada les conté de la estrategia que Francino y Maqueda habían pergeñado. Era un secreto que guardaría para mis adentros.

Alfredo y Reyes... ¿Y si de alguna manera los estuviera señalando para ser los próximos de la lista? ¿O serían los asesinos? ¿Cómo podría conseguir sobrevivir con esa paranoia que nublaba mi razón? La policía me había pedido que regresara a la normalidad de mi vida en Sevilla. Pero, ¿cómo se conseguía eso cuando me sabía observada por los ojos siniestros de unos criminales y por el Gran Hermano Policial? ¿Alguien pensaba en serio que yo podría regresar a normalidad alguna?

Mi madre me llamaba a cada instante, empeñada en viajar hasta Évora para acompañarme. Marta también me lo planteó. Afortunadamente logré disuadirlas de su empeño, en nada me hubieran podido ayudar y no quise ponerlas en el disparadero.

Por fin nos autorizaron el regreso. No hablamos en todo el viaje a Sevilla. Conducíamos el coche de Manuel Carrasco, por expresa indicación de la familia. Su cadáver aún tendría que esperar unos días para ser repatriado. Jamás tendríamos que haber realizado aquel fatídico viaje, me atormenté en mi desconsuelo cuando cruzamos la antigua frontera con España. Mis padres, durante mi infancia, regresaban de Portugal con mantas y café; yo, con un nuevo muerto a mis espaldas.

XIV

Y la pesadilla se hizo aún más cruel. Si antes temía ser asesinada, me reconocí entonces como cómplice de la matanza. De víctima potencial a partícipe necesaria para el sacrificio ajeno. Mi dedo delator era quien señalaba a las posibles víctimas propiciatorias. Si permanecía en casa, me inquietaba que mi madre pudiera ser la siguiente en morir; si quedaba con algún amigo, me angustiaba el pensar que quizás lo estuviera condenando a muerte. No quise llegarme hasta la facultad de Historia ni reunirme con arqueólogo alguno. Convertida en la dama negra de los dólmenes, investida como heraldo de la muerte, me sentía tan aislada y rechazada como lo estuvieron los leprosos de la Edad Media, condenados a vagar sin rumbo por caminos y desiertos, hasta el pudridero final. Quien tocara a un leproso, podía infectarse; quien a mí me rozara, podía terminar con el corazón devorado; quien conmigo se reuniera, adquiriría muchas papeletas para una rifa macabra en la que una muerte atroz era el único premio posible. Sólo mi ausencia, mi autocensura, podría redimirlos.

El entierro de Carrasco se revistió de luto y drama, con su ropaje de liturgia fúnebre del siglo XXI. De nuevo, funeral en el tanatorio, paseo mortuorio hasta el cementerio de San Fernando, la necrópolis de la urbe en la que las tumbas se exhibían impudicamente al sol, como escarabajos blanqueados. Y el rito de la muerte, que finalizaba con los últimos responsos sobre la tumba instantes antes de cerrarla para siempre. Familiares, amigos, algunos curiosos, policías camuflados... Lágrimas, dolor, estupefacción y una ira contenida contra la policía por no ser capaz de detener a unos criminales en serie. Los medios transmitieron hasta la náusea los detalles más escatológicos de los sacrificios humanos y la audiencia subía y subía mientras más escabroso fuera el relato, para después murmurar aterrorizada que los asesinos podrían volver a matar. Miedo a lo desconocido, terror a lo inexplicable, desconcierto ante el dolmen que desde siempre habitó entre nosotros. *Somos hijos bastardos del dolmen. A su sombra crecimos, desde siempre nos aterrorizó. Por eso lo amamos, por eso lo odiamos, por eso lo reverenciamos, por eso huimos de él, por eso renegamos de su credo en tiempos remotos para abrazar las nuevas religiones más amables. Pero, también por eso, ahora acudimos de nuevo a su regazo.*

Y miedo e indignación, palpable, también sobre la dama negra que por el cementerio de San Fernando pululaba compungida. Yo. La familia del finado se apartaba educadamente de mi alrededor, como si estuviera apestada. Intuí el odio de su ex mujer, a pesar de proteger sus ojos tras unas grandes gafas negras.

Intuición femenina, ella sospechaba de mí. Celos y miedo, la fórmula precisa para la pólvora del rencor. Sentí vivamente el recelo en sus miradas, en sus gestos, en su apartarse de mi camino. Pero no quise rendirme. Tenía mi propia dignidad y la mostraría ante todos. Si ellos sufrían, yo más; si ellos nada comprendían, yo menos; si eran inocentes, también lo era yo en idéntico grado. No tenía por qué avergonzarme ni marginarme. Me enderecé, levanté la mirada, y con dolor sentido, pero también con orgullo, me despedí educadamente.

Los puestos de flores a la salida del cementerio iluminaron con rojos, morados y amarillos el negro lienzo de mi ánimo. Ojalá no tuviera que regresar nunca más a la necrópolis que abandonaba, morada fatal para mis compañeros de excavación. Recordé con amargura el entierro de Roberto Sousa, al que asistí acompañada por Manuel Carrasco y en el que conocí a Antonio Paredes. Los tres estaban muertos, quién lo hubiera dicho en aquel momento del fatídico encuentro. Uno en Valencina, otro en Évora, el tercero en Antequera, tres de las grandes ciudades megalíticas europeas, como respuntes macabros de la historia de terror que la prehistoria hilvanaba ante nuestras narices y en la que yo parecía ocupar un papel estelar.

No comenté con nadie la siniestra propuesta de la policía. Yo, de alguna manera, señalaría a las víctimas propiciatorias y ellos detendrían a los criminales en el momento que ejecutaran mi orden inconsciente. En varias ocasiones estuve tentada por la idea de abandonarlo todo, exilarme, alejarme de aquel infierno de dudas, sospechas y nada. Pero mi carácter me impedía conjugar el verbo huir. Mi deber era desenmascarar a aquellos psicópatas de Satanás. Si querían juego, lo tendrían. Pero mi coraje era mayor que mis posibilidades. ¿Qué hacer? Yo lo ignoraba todo acerca de ellos, mientras que ellos parecían conocerlo todo sobre mí. Y presentía que estaban cerca, observando, aguardando su próxima oportunidad de matar. Notaba la maldad de una mirada oscura que me perseguía de continuo. La miasma negra que manaba de la penumbra de los megalitos me impregnaba por completo.

—Artafi —intentaba mi madre consolarme—, no comes, estás cada día más delgada.

—No te preocupes, eso me sienta bien. Así tendré mejor tipo.

Si los asesinos tenían relación con la arqueología, no debía apartarme de ella. Al fin y al cabo, era mi vocación y, si la hipótesis de la policía era correcta, los asesinos no tardarían en mostrar sus zarpas de nuevo. Intenté quedar con Reyes o Alfredo en alguna ocasión, pero se excusaron en cada una de ellas. Siempre estaban ocupados o enfermos cuando les planteaba una reunión. En verdad, temían reunirse conmigo. Sus amigos, sus compañeros, su familia, les habrían advertido del riesgo mortal de mi compañía.

—Artafi —me llamó mi amiga Marta, la única que parecía no rehuirme—, John Boyle y Quim Houdín quieren volver a verte. Están preocupados y piensan que pueden ayudarte.

—¿Cómo? ¿Con payasadas como las de la otra noche?

—No fueron payasadas, tú misma quedaste muy impresionada con aquellas mariposillas amarillas.

—Déjalo.

—Creo que puede ser bueno, Artafi.

—No tengo ninguna gana de reunirme con esos.

—Te propongo un plan. Esta noche actúan en un pub de la Alameda de Hércules. Podemos ir a verlos. Si te apetece, después tomamos una cerveza con ellos; si no, nos vamos las dos solas. ¿Qué me dices?

—¿Actúan?

—Sí, forman una pareja de magia. Por lo visto ya tienen sus primeros contratos. Agradecerán que vayamos.

No supe resistirme. La verdad, también tengo que sincerarme, es que tenía curiosidad por verlos actuar. Sus trucos, o lo que quiera que fueran, me impresionaron vivamente. Además, la zona de la Alameda estaba muy cambiada, muy viva. De las sombrías casas de putas del siglo XX, a las librerías, teatros y cafeterías de la actualidad, sin perder el aroma canalla del pecado. Las ciudades, como las personas, cambian de ropajes, pero la esencia y el alma, permanece. Y la Sevilla pícara del patio de Monipodio de antaño latía bajo los fastos de hogaño. Por eso, nunca terminamos de creernos del todo aquello que se nos muestra, a sabiendas de que, bajo la realidad, siempre arde lo ilusorio y lo engañoso. Lo falso y lo real como partes indisociables de la vida, del espectáculo y, también, de los patéticos juegos de magia de Houdín y Boyle.

Tenía toda la tarde por delante antes de arreglarme para salir, que aproveché para visitar al profesor Cisneros en la universidad. Me recibió en su despacho, rodeado de libros y erudito desorden. Su saludo fue cálido y afectuoso, como siempre. Lo noté, sin embargo, más delgado y avejentado.

—Lo veo cansado, profesor, ¿se encuentra bien?

—De ánimo sí, pero tanto disgusto está pasando factura a mi cuerpo. ¿Cómo te encuentras? Me acuerdo mucho de ti, deben ser días muy duros.

—Son horrorosos —me sinceré—. Tengo miedo, pero no me rindo. Y necesito un trabajo.

—Sí, eso es importante. He intentado encontrarte algún proyecto por Sevilla, pero no lo he conseguido. Ya no se excava y los departamentos no tienen un duro para contratar a nadie, estragos de la crisis. Pero podría hablar con algún conocido de universidades sudamericanas. Allí las cosas no están tan mal y

siempre podremos encontrar un convenio de colaboración al que engancharte.

Lo escuchaba tan atónita como agradecida. Un trabajo en América....

—Además —continuó el profesor—, así te alejas de Sevilla. Has estado demasiado cerca de todos esos crímenes, puedes correr peligro.

—Se lo agradezco —hice un gran esfuerzo por resistir la tentación—, pero no debo salir de Sevilla ahora. Mi madre —mentí— no se encuentra bien y prefiero estar con ella estos próximos meses.

—¿Tu madre? ¿Qué le pasa?

—Nada, nada —y me arrepentí de mi embuste—, jaquecas y mareos a consecuencia del estrés.

—Bueno, que sepas que mantengo mi oferta sobre la mesa. Si te animas, pones tierra de por medio.

Cisneros se levantó con dificultad para despedirme. Lo noté mayor, sin esa energía que le había permitido liderar el departamento de Historia de América durante tantos años. De nuevo le quedé agradecida por su interés. Aceptar su propuesta de irme a América era la única salida sensata que el destino me proporcionaba. Pero reté a la muerte y al enigma de los crímenes megalíticos y decidí permanecer en Sevilla. Alguien muy poderoso quería jugar conmigo y yo le había aceptado el envite.

Paseé hasta la terraza de La Raza, donde, tras la de Cisneros, mantendría mi segunda reunión de la tarde. El restaurante se ubicaba en la misma entrada del Parque de María Luisa, los jardines que la duquesa de Montpensier, Maria Luisa de Borbón, hermana de Isabel II, cedió a la ciudad a finales del siglo XIX. Y Sevilla lo bautizó con su nombre, en agradecimiento por el bellissimo presente y, también, por haber convertido a la ciudad hispalense en la segunda corte española del momento. Llegué primera y me senté a la sombra de un gigantesco ficus, plantada con anterioridad a la Exposición Universal de 1929. Se estaba bien allí, con una cerveza, Cruzcampo por supuesto, muy fría.

—Disculpa mi retraso —Maqueda se sentó frente a mí entre jadeos—. Me han tenido hasta ahora despachando mil asuntos. ¡Se nos acumula el trabajo!

—¿Alguna novedad? —pregunté con ansiedad.

—Poca cosa. Me han pasado los análisis de los cortes. Se han realizado con un objeto punzante y cortante, una especie de cuchillo. Pero como aparecen como estrías de desgarro, no logramos comprender qué tipo de puñal puede ser.

—Seguimos a oscuras...

—Pero pronto encontraremos la luz. Hemos vuelto a registrar con mayor detalle la hacienda de Luis Gestoso. Es un cortijo fantástico. Hemos encontrado algunas piezas arqueológicas menores en una bodega subterránea. Tenía varias botas en las que criaba su propio vino. Un tipo curioso que al final tuvo mala

suerte.

—¿Qué piezas son?

—Un hacha de piedra pulimentada y dos láminas de sílex. Parece que son típicas de Valencina, y según nos dicen, son relativamente fáciles de encontrar en el mercado negro de expoliadores.

Maqueda no pareció otorgarle mayor importancia a esas piezas. Sin embargo, mi intuición me advirtió que podríamos encontrarnos ante la primera pista relevante de aquel ovillo sin fin.

—¿Podría verlas?

—No lo creo.

—¿Y visitar la hacienda?

—No, está precintada; tendrías que obtener el permiso del juez, que no creo que esté por la labor.

—Ya...

—¿Y tú? ¿Qué tal?

—Nada de nada. Si los asesinos me siguen, no lo noto.

—¿Se ha acercado alguien extraño, te han propuesto algo?

—Nadie sospechoso se me ha acercado. Veo a las mismas personas que siempre. Pero, sin embargo, algo me dice que tenéis razón, que me observan y que esperan algo de mí.

—Eso parece...

—Acabo de rechazar una buena oportunidad para trabajar en Sudamérica.

—Lo siento. Ojalá puedas regresar pronto a tu vida habitual.

—Pero yo no puedo seguir así, a la espera. Tengo que actuar.

—Tú tranquila, para actuar ya está la policía. Y somos buenos en lo nuestro, créeme.

—Solo te pido un favor. Dame el contacto de la antigua mujer de Luis Gestoso.

—¿Para qué?

—Quiero charlar con ella.

Maqueda me observó con fijeza, con un atisbo de asombro y también de duda reflejado en su mirada. Apuró la cerveza antes de responderme.

—De acuerdo. Aquí lo tienes —y me apuntó un número después de consultar su móvil—. Se llama Elisa Cifuentes y vive en Murcia. Si consigues hablar con ella no le digas que fue la policía quien te facilitó su número, por favor.

—Puedes contar con ello.

—Y si descubres algo, llámame de inmediato. No desprecies ninguna información; cualquier cosa, por insignificante que te parezca, puede sernos de utilidad.

Aún permanecemos un buen rato de charla. Repasamos los sucesos, hicimos

algunas conjeturas. Nada parecía concordar, seguíamos a ciegas. Cuando se marchó, tras invitarme a la cerveza, me quedé sentada, con la vista perdida en la cúpula verde del ficus que nos cubría, con su miríada de ramas y hojas que se bifurcaban en un prodigioso y laberíntico enjambre verde. Como el árbol neuronal, como las luminosas estelas de las galaxias, como los inexplicables senderos de la vida; como yo, perdida en una enmarañada confusión. Algo tenía que hacer. Hasta aquel momento me había limitado a comportarme como una testigo sufriente y como una víctima potencial. Probablemente lo que se esperaba de mí, a la que consideraban como una joven inexperta y asustada. Pero había decidido jugar la partida de ajedrez que alguien desde la oscuridad de los megalitos me planteaba. Y lo haría sorprendiendo. Pasaría a la acción.

Desde allí mismo llamé a la viuda —¿se dice así tras el divorcio?— de Gestoso.

—¿Sí?

—Buenas tardes. ¿Doña Elisa Cifuentes?

—Sí, soy yo. Dígame.

—Me llamo Artafi Mendoza. Conocía a su marido... a Luis Gestoso. Participábamos en el equipo que iba a excavar los alrededores del Dolmen de la Pastora cuando... cuando fue asesinado.

—¿Qué desea?

—Me gustaría charlar con usted.

—¿De qué? Ya he contado todo lo que sabía a la policía.

—No tiene nada que ver con la policía. Es algo... digamos más personal.

—¿Personal? No quiero saber nada de las guarras con las que se habrá acostado Luis. Ya me hizo sufrir lo suficiente. No tengo más que hablar con usted. Adiós.

Me colgó y quedé como aturdida, con mi teléfono junto a la oreja, sin terminar de entender qué había ocurrido. ¿Qué hacer? ¿Resignarme? No lo dudé. En cuanto llegué a mi casa, saqué por internet un billete de autobús a Murcia para el día siguiente. Me arrepentí de haber accedido a salir con Marta aquella noche, me acostaría tarde y tendría que madrugar por la mañana. Pero a lo hecho, pecho; ya dormiría en el autobús camino de Murcia, me consolé.

Desde la Plaza del Duque me dirigí hacia la Alameda de Hércules a lo largo de la calle Trajano, que se encontraba muy animada aquella noche. Trajano. El peso de la historia grande del emperador romano que más lejos llevó las fronteras del Imperio, nacido en Itálica bajo las sombras de los dólmenes de Valencina, aplastaba otra vez el presente que hollaba. De nuevo me encontré atrapada por los tentáculos de la historia viva de mi ciudad. Llegué a la Alameda y, sobre las dos enormes columnas, se sustentaba la escultura del Hércules mítico, fundador

heroico de la ciudad, y la de Julio César, que tantas veces la recorriera. Sacudí la cabeza con energía; tenía que lograr abstraerme de los mitos y leyendas de ese pasado que con tanta insistencia me reclamaba. Pero me resultó imposible, todo el entorno me remitía a un ayer remoto de héroes y dioses. Miré hacia arriba, al capitel de la columna, y me encontré con Hércules, el que robara los bueyes a los reyes de Tartessos y a la diosa Hera sus manzanas doradas. Lo saludé de soslayo mientras castigaba al César con mi indiferencia.

El local en el que actuarían Boyle y Houdín era pequeño y destartalado. Oscuro, apenas si cabían tres o cuatro mesas bajas, encajadas a duras penas entre la barra y la pared. Pero aquella noche sobran dos de las cuatro. Tan solo una pareja —bastante bebida, por cierto— nos acompañaba. El poder de convocatoria de nuestros amigos rozaba la asíntota del cero.

—La magia ya no vende —se justificó el camarero cuando nos sirvió nuestras bebidas—. Es algo antiguo, sin emoción. Los trucos no interesan. Se lo dije a mi jefe, pero no me hizo caso. Ya veis, fracaso absoluto. Menos mal que sólo tienen comprometida esta función.

Sentí lástima por ellos. Llegar a ser un mago, mediocre siquiera, era tarea muy exigente y precisaba de una enorme dedicación. Y todas esas horas de duro trabajo, de ilusiones, de estudio, quedaban de repente enterradas por las palabras despectivas de un camarero. La magia ya no vende. Y era verdad. Yo, por ejemplo, nunca había asistido a un espectáculo de magia o mentalismo. Mi experiencia como espectadora se limitaba a los numeritos de magos y payasos infantiles en las primeras comuniones de los hijos de algún pariente. Pero no habían logrado interesarme. Los efectos especiales de las películas, las mil y una artimañas audiovisuales, habían devaluado el efecto de los trucos de magia. Ya no sorprendían a nadie. Pero, a pesar de mis recelos, me mostraba inquieta y expectante. Lo ocurrido con las mariposas amarillas sobre las servilletas de papel me seguía resultando del todo inexplicable. No podía tratarse de un simple truco fallido. Consciente o inconscientemente, Houdín o Boyle habían buceado en los fantasmas de mi subconsciente, proyectado mis temores, leído mi mente, qué sé yo. Algo extraño. Y, por qué no —una voz interior pareció advertirme—, es una voz exterior la que te advierte y avisa a través de sus juegos. Poco dada a extravagancias ni a creencias esotéricas, esa simple posibilidad me aturdió. Recordé la vívida sensación que había experimentado en varias ocasiones de que algo malo revoloteaba sobre mí. ¿Tonterías? Probablemente. Pero el miedo tiene esencia animal y se contempla en el espejo irracional del ser.

Las luces se apagaron por completo.

—¡Comienza el espectáculo! —una voz grabada, poderosa y grave, sonó a través de los altavoces—. ¡Bienvenidos al mundo de la magia, de los misterios

insondables e inexplicables!

De repente se encendió una luz. Allí estaban nuestros amigos, a apenas un par de metros de nosotras. Tan burda y simple era la ambientación que más bien parecía una representación escolar que un espectáculo de magia. Pobres, llevaban la marca del fracaso en la frente.

—¡Con todos ustedes, el gran John Boyle, el hombre que conoce el más allá y el sin par Quin Houdín, el ilusionista más grande de todos los tiempos!

La pareja que nos acompañaba no cesó de hablar y de morrarse ni un instante siquiera. No parecía que la mayestática presentación les hubiese impuesto lo más mínimo. Me sentí molesta por su indiferencia, me dolía que despreciaran a los pobres magos que se esforzaban en divertirnos. Pobres, ¿por qué pobres? ¿Por qué me interesaban tanto?

—La magia —tomó la palabra Quim, gesticulando como si actuara en el mejor teatro de Broadway— está en nuestras mentes. Por eso, desde la más remota antigüedad, los magos asombraron a los hombres con sus trucos. En las cavernas, en los dólmenes, en los templos, hacían creer que tenían poderes, cuando, en verdad, todo era fruto de su habilidad. Por ejemplo —y sacó una baraja de cartas— vamos a tratar de divertirnos con algún juego de naipes.

Se acercó hasta la pareja y le ofreció la baraja. A regañadientes, la chica cortó en varias ocasiones.

—Coge ahora una carta, la miras y la vuelves a depositar en el interior. Barájalas cuantas veces quieras. No me la devuelvas todavía. Dásela a tu novio y que él corte de nuevo. Así es. Ahora deja el mazo ahí. Como habéis podido comprobar, no he podido ver, ni mucho menos tocar, la carta que has seleccionado.

—Eso es lo que parece —respondió con desgana el chico.

—Pues bien, ahora tratemos de averiguar cuál es. Dejad todavía la baraja sobre vuestra mesa. No tocadla, por favor.

La chica bostezó, aburrida. Su pareja siguió bebiendo, con indiferencia, ajeno por completo al devenir del juego de cartas. A mí también me pesaba mantener la atención por la sensación de estar en la antesala de un truco mil veces visto.

—Coged ahora la baraja y buscad la que habíais escogido. ¿Podéis verla?

—Pues no, no está...

—¿Y dónde creéis que ha podido ir a parar? Porque yo no he tocado ninguna de las cartas en ningún momento, ¿verdad?

—No, no lo has hecho.

En ese instante noté la vibración de mi móvil en el interior de mi bolso. Vaya. ¿Quién podría llamarme a esas horas? Al agarrarlo, noté que un cartón estaba pegado al aparato. Lo saqué y era una carta de baraja. ¿Qué hacía allí? En la

pantalla de mi móvil aparecía la expresión Número oculto. Antes de que pudiera atenderla, la llamada finalizó.

—Parece que la señorita de la mesa vecina ha encontrado algo en su bolso, ¿verdad?

—Sí..., bueno —respondí—, al sacar mi teléfono móvil, esta carta salió también del bolso.

—¿Una carta? Qué interesante. ¿Y podrías mostrarla y decirnos cuál es?

—Pues... el tres de copas.

—Perfecto. El tres de copas —y se dirigió a la pareja—. ¿Es esa la carta que seleccionasteis primero y que desapareció después?

—Pues sí —respondió ella con desgana.

Yo atónita, no lograba comprender cómo había podido ocurrir eso. Y, cuando esperaba los aplausos sorprendidos de la pareja vecina, su inesperada reacción cortó en seco los míos.

—¡Vaya truco viejo y malo! —exclamó indignado el chico, arrastrando las palabras—. ¡Estabais de acuerdo con ellas! ¿Creéis que somos tontos? ¡Vámonos, estos tíos son unos petardos!

Y así, sin más, abandonaron la sala, entre murmullos que despotricaban contra los magos cutres y carcas. Quim Houdín se quedó con la sonrisa congelada y las manos elevadas, a la espera de un aplauso que no llegaba. Marta, oportuna, comenzó a aplaudir y yo la seguí.

—Gracias, muchas gracias. Nos quedamos en familia pero... ¡que continúe el espectáculo!

—Espera —pregunté—. ¿Cómo lo has hecho? Es asombroso...

—¡Tonterías! —Boyle, hasta entonces callado detrás de Houdín, tomó la palabra—. Un truco de lo más simple.

—Pero, si ni siquiera tocó la baraja...

—La magia se basa en el discurso que tu mente crea. Por eso, el mago la dirige hacia donde quiere. Vamos a ver... ¿quién te dice que esa pareja no sea una cómplice de Quim, que la haya invitado para asombraros?

—¿Ese era el truco, Quim? —y le miré confusa—. ¿Nos has engañado con esa pareja como gancho?

—Un mago nunca revela sus trucos, querida.

—Pero, aun así... ¿cómo metiste la carta en mi bolso?

—Yo no he dicho que esa pareja fuera mi cómplice. No lo es, de hecho. Hubiese sido un truco demasiado burdo para mí. Son cosas de Boyle, celoso de mi talento.

—Tienes talento en las manos, sí —Boyle parecía airado—. Pero yo lo tengo en la mente y... en el espíritu. Querida —y me miró a mí—, más que asombrarte

porque la carta apareciera junto a tu móvil deberías reflexionar por el significado de su contenido. Un tres de copas. ¿Te dice algo?

—Pues no —respondí de manera inconsciente.

—Pues piénsalo, porque has sido tú la que, en verdad la escogiste. Su mente actuó de receptor-transmisor de tus ondas cerebrales, lo que determinó la selección de la chica. Tú decidiste la carta, tú sabrás qué interés tienes en ella. Seguro que logras averiguar el porqué, debería ser bastante obvio para ti.

Y, de repente, comprendí aterrada su significado. El tres de copas. Copas campaniformes, tres vasos en vez de las cuatro mariposas. Carrasco ya había muerto, otras tres personas esperaban a que yo las apuntase para su sacrificio, la muerte regresaba a exigir su tributo. No, no podía ser cierto, eran mi fantasía y mi miedo los que acababan de componer ese discurso al hilvanar casualidades. Las casualidades no existen, repetían los policías, pero de casualidades tenía que tratarse. ¿De qué, si no? Traté de mantenerme fuerte, aparentando una cierta indiferencia en mi respuesta.

—Pues no logro comprender su sentido, el tres de copas no significa nada para mí.

—Pues entonces —respondió Boyle algo avergonzado—, he fallado yo. Tu mente exigió sacar esa carta, no comprendo cómo no logras saber qué significa. Todo tu ser exigía un tres de copas.

—¿Ves, listo? —se mofó Houdín—. El otro día fallé yo, hoy lo has hecho tú.

—Pero en ambos casos, es la mente de Artafi la que ha producido las perturbaciones, digamos... las interferencias. Algo muy fuerte habita en ella, algo que interfiere en las personas sensibles como nosotros. Algo que lanza un mensaje que solo ella puede comprender... Quizás pasado un tiempo logres dar sentido al tres de copas. Sería raro que careciera de él; el destino nunca muestra su patita de manera gratuita...

—¿Destino? ¿Por qué has dicho el destino? ¿Es que el tres de copas habla de futuro?

—Ni idea, hija. Eso solo puedes saberlo tú. Pero de alguna manera, tu ser inconsciente llama a ese tres de copas, lo reta en el futuro.

—¡Yo no quiero para nada un tres de copas! —me alteré—. ¿Me habéis entendido?

—Sí y no —respondió Boyle—. Dices para afuera una cosa, pero en tus adentros pides otra. Tú sabrás, eres muy compleja para mí.

—Me vais a volver loca...

—¿Quieres que entre en tu interior para ver qué encuentro? Quizás te interesara conocer qué fuerza albergas y...

—No lo soporto más... me voy...

Marta, apurada, me siguió mientras trataba de tranquilizarme. Al pasar junto al camarero, que, indiferente, limpiaba vasos, le escuchamos murmurar.

—Ya lo dije yo. La magia no interesa a nadie...

Y, antes de salir, la voz de la megafonía sonó con estruendo:

—¡Termina la función! ¡Este ha sido el grandioso espectáculo de Boyle y Houdín, los más grandes magos del mundo!

Y, al pasar airada bajo las columnas de Hércules y de César, comprendí por qué no habíamos logrado encontrar ni una sola pista útil para resolver los crímenes. Buscábamos por ahí fuera, tanteando como ciegos, sin percatarnos de que, quizás, las causas primigenias del mal desatado pudieran ocultarse en mi interior, sutilmente enraizadas en mi pasado. Habíamos perseguido recolectar los frutos de la maldad, cuando sólo podríamos derrotarla arrancando sus semillas. Y esas están dentro de mí.

XV

Llegué a Murcia cansada, después de más de seis horas de viaje en autobús. Aprovecharía la tarde para visitar el domicilio de Elisa Cifuentes. Había reservado alojamiento en el albergue de estudiantes que el comparador de internet me había mostrado como más económico. Regresaría al día siguiente, en el primer autobús de la mañana. Tomaba la iniciativa por vez primera en semanas y pensaba apurar mi inversión de dinero y tiempo. Quizás pudiese comenzar a desenmarañar el ovillo del desconcierto.

Un taxi me condujo hasta la puerta de su casa, un chalé en el corazón de una urbanización cara, a tenor de las construcciones que se apreciaban detrás de los grandes setos que las protegían. Repasé mentalmente mi discurso y llamé a la puerta. Miré hacia la cámara del portero automático, no tenía nada que ocultar.

—¿Quién es? —preguntó una voz de mujer a través del telefonillo.

—¿Doña Elisa Cifuentes?

—Sí, soy yo, ¿qué desea?

—Necesitaría charlar con usted. No le robaría demasiado tiempo.

—Charlar... ¿sobre qué? No acepto a vendedores a domicilio.

—Querría charlar sobre su marido. Soy una de sus compañeras de excavación y...

—¿Fue usted la que me llamó ayer?

—Sí, quizás no estuve afortunada al comentarle el motivo. Le ruego, por favor, que me permita charlar con usted, para mí es importante.

El tono suplicante de mi voz surtió efecto.

—Pase. Le atenderé durante unos minutos.

Se trataba de una mujer algo entrada en carnes, vestida con ropa cómoda para estar en casa. Se movía con decisión y agilidad, aunque las arrugas de su cara, estragos del dolor y de la soledad, le avejentaban por encima de su edad. Una vez traspasada la muralla protectora de su primera resistencia, se mostró como una persona tierna, precisada de cariño y compañía.

—Mi matrimonio con Luis marchaba bien. A nuestra manera, éramos felices. Teníamos nuestras cosas, eso sí, nuestras peleas y enfados puntuales, pero enseguida llegaba la reconciliación y el reencuentro dulce. No teníamos aprietos económicos, Luis, como ingeniero, ganaba bien. Vivimos en varias ciudades, siempre en casas buenas, con servicio y seguridad. Nuestra única pena era la de

que no nos llegaran los hijos que tanto deseábamos.

Nos encontrábamos sentadas sobre un cómodo sofá, con un café con leche servido sobre bandeja de plata —la saco muy poco, se justificó, sólo cuando tengo invitados— colocada sobre un lindo mantel de hilo. La casa, bien amueblada y decorada, estaba limpia, ordenada hasta el menor detalle.

—Te decía que éramos felices, hasta que, al regreso de un viaje de trabajo, comenzó a mostrarse más huraño, esquivo. Dejó de hacer vida social y los fines de semana los pasaba perdido por esas sierras en busca de piedras antiguas.

—¿Piedras antiguas?

—Arqueología, cuevas, dólmenes, ya sabes.

—Ya... ¿y con quién iba?

—Pues con algunos amigos que trabajaban en la universidad, me decía. Entonces vivíamos en Granada y viajaba por toda Andalucía, también por el sur de Portugal. Fue entonces cuando pensó en realizar su tesis doctoral sobre el megalitismo, creo que se dice así.

—¿Y qué hacía en esos viajes?

—No lo sé, no le gustaba hablar de sus cosas. Sólo sé que iba con algunos profesores universitarios y aficionados a la arqueología. Alguno de ellos eran ingenieros.

—¿Ingenieros?

—Sí. Lo recuerdo porque siempre hablaba bien de ellos. Que si eran los únicos que entendían los planos, que si eran los únicos que comprendían las técnicas constructivas. En fin, ya sabes, para un ingeniero no hay nada igual que otro ingeniero.

—Sí, lo sé. Mi padre también era ingeniero y aficionado a la arqueología. Quizás se llegaron a conocer.

—No te lo puedo decir, nunca me proporcionó nombre alguno. Como te decía, dejó de hacer vida social, se metió en sí. Entonces nos mudamos a Almería. Yo intentaba animarlo, hacer que saliéramos con los amigos, pero todo fue en vano. Se pasaba la noche leyendo libros de arqueología y consultando planos. Preparaba sus siguientes excursiones, me decía, lo único que parecía importarle.

—Tuvo que resultar duro para ti.

—No, lo duro de verdad llegaría después. A pesar de su creciente introspección, nunca fue desagradable conmigo. Simplemente se fue metiendo en sí cada vez más hasta que, un buen día, se marchó. Así, de repente, sin una discusión, sin un motivo. Me abandonó para no volver...

No pudo continuar. Se le saltaron las lágrimas, también a mí. Guardamos un doloroso silencio, mientras disimulábamos como podíamos sorbiendo de nuestras tazas de café. Todo me resultaba tan familiar, tan cercano, tan

desgarrador, que me reflejé en el espejo de su dolor. Luis se marchó, como mi padre, abandonando a Elisa. Mi padre se largó, como Luis, dejándonos tiradas sin una explicación, sin una excusa.

—¿Por qué lloras? —me preguntó secándose, ya sin disimulo, las lágrimas que le corrían por las mejillas—. ¿Tanto te afecta mi historia?

—Tu historia es la mía, y es la de mi madre. Por eso comprendo tu pena. Nada parece tener sentido en esos abandonos.

Me tomé un tiempo en explicarle lo que nos aconteció a nosotras. De cómo un padre alegre y ejemplar, se transformó en un ser ausente; de un hombre que se desvivía por nosotras, en un ser embebido en lecturas hasta altas horas de la madrugada; de llenar nuestros fines de semana a ausentarse largas temporadas con la excusa de extraños viajes de trabajo. Elisa, absorta ante mis palabras, asentía a cada instante, en comunión con mis emociones y desconciertos. Cuando terminé mi relato, exhausta, sentí una extraña liberación. Era la primera vez que emergían el dolor y la frustración que me envenenaban desde su abandono. Nunca, jamás, ni siquiera con mis mejores amigas, había comentado mi drama familiar. Y con Elisa, esa pobre mujer también abandonada, de dejé ir, hasta abrumarla con el caudal desbordado de mi propia historia.

—Perdona —intenté esbozar algo parecido a una sonrisa—. En teoría he venido hasta Murcia para escucharte, pero he invertido los papeles. Soy yo la que habla y tú la que guardas silencio.

—Que va, también a mí me ha venido bien conocer tu historia. Por vez primera en muchos años me he sentido comprendida y acompañada.

—Es evidente que lo sucedido es idéntico. Tu marido, perdón, tu ex marido, está muerto. Mi padre, desaparecido. La historia de ambos debe estar relacionada, seguro.

—Pero, ¿cómo podríamos demostrarlo?

—Si tú no recuerdas ningún nombre, será muy difícil.... Un momento, ¿dejó papeles aquí? Una agenda, un cuaderno, planos, que sé yo, cualquier cosa que nos ayude a comprender sus adentros.

—No, no dejó nada, ya me encargué yo de registrarlo todo.

—No sé qué hacer —me sinceré—. Trato de comprender y no lo consigo. Ambos se obsesionaron con los megalitos, se tornaron ausentes y un día se marcharon.

—Sí, así es. Durante varios meses no supe dónde estaba Luis. De vez en cuando me llamaba para preguntarme con sequedad por cómo me encontraba. Creo que su verdadera intención era que supiera que seguía con vida, para evitar así que denunciara a la policía su desaparición.

—Igual hizo mi padre. Hasta que pidió el divorcio.

—Sí, hasta que pidió el divorcio. No se portó mal, en lo económico. —Mi padre tampoco...

—Cambió en varias ocasiones de empresa. Era muy bueno en lo suyo, trabajo nunca le faltó. Yo le perdí la pista, no sabía dónde vivía, siquiera. De vez en cuando, por algún conocido, tenía alguna noticia suya. Yo también me mudé, me trasladé aquí, a Murcia, para romper con toda mi vida anterior y con su recuerdo. No lo conseguí... Tampoco recuperé mi felicidad, desde entonces. Y la noticia de su asesinato me aplastó para siempre.

—No fuiste a su entierro... —y me arrepentí por haber pronunciado esas palabras.

—No me lo perdono... —y rompió a llorar de nuevo—. Pero nadie me avisó. Luis no tenía padres, ni hermanos, ni familia alguna. Un par de días después del entierro la policía me localizó. Ya te puedes figurar mi reacción. Caí al suelo desmayada. Y conocer los horribles detalles de su muerte, fue aún peor. Solo y abandonado en su entierro, no puedo perdonármelo.

—No tuviste opción, no te atormentes.

—Nadie merece ser enterrado solo, abandonado como un perro. Luis, aún menos.

—No estuvo solo, nosotros estuvimos en su funeral.

Me miró con agradecimiento, pero no respondió. Ella sentía de corazón, no haber acompañado en su último adiós al hombre con el que compartió su vida.

—Lo de tu padre —tomó la palabra de nuevo— es realmente curioso. Igualito que Luis. Una vez que he escuchado tu historia, la única explicación que logro encontrarle es que ambos, con otras personas, entraran en una especie de secta, de adoradores de dólmenes o algo así, qué sé yo. Que les robaran su voluntad y los arrancaran de sus familias. ¿Adónde? Pues a algún lugar discreto donde harían vida de comunidad. Ese sitio es el que debería encontrar la policía.

—Sí, es posible que eso fuera lo ocurrido. Y que, por lo que fuera, decidieran un día comenzar a matar.

—Es terrible. A Luis le tocó morir...

—Sí...

Apuramos el café, ya frío. La conversación —que había dado de sí mucho más de lo que yo hubiera esperado— tocaba a su fin. Algo me unía a aquella desgraciada mujer, a la que el destino le había jugado una mala pasada, como a mi madre, como a mí.

—Artafi —me miró en el instante en el que nos íbamos a levantar—. Es muy probable que tu padre mantuviera alguna relación con mi marido... Luis está muerto y él sigue vivo y, llamémosle así, escondido. ¿Crees que ha podido tener algo que ver con el asesinato?

Me incorporé con brusquedad, acusando la impresión que aquellas palabras me acababan de producir. Fui incapaz de articular respuesta alguna.

—No pienses mal —se excusó—. No sospecho de tu padre. Pero todo es tan extraño...

—Estoy seguro que mi padre nada tiene que ver con la muerte de Luis — afirmé con toda la convicción que pude atesorar en ese momento.

Nos despedimos con afecto y quedamos en seguir en comunicación para informarnos de cualquier cuestión que nos afectara. Al darme el beso de despedida, quiso excusarse de nuevo.

—Siento mucho lo que te dije de tu padre...

—No te preocupes, es normal que veamos sombras por todos lados. Pero ten la absoluta certeza de que mi padre nada tiene que ver con este horror.

Caminé hasta el hostel mientras repasaba mentalmente la conversación. Me había sincerado por completo salvo en una pequeña cuestión. No era cierto que tuviera la certeza absoluta de la inocencia de mi padre. A esa altura, ya no sabía nada, de nadie, y menos aún del hombre misterioso que me dio la vida.

Esa noche llamé a Maqueda para contarle la conversión y mis conclusiones de la misma.

—Gracias, Artafi. Coincide con una de nuestras hipótesis, ya estamos trabajando en ellas.

—¿Por qué no comprobáis si mi padre vivió un tiempo con Luis en su hacienda?

—¿Por qué lo dices?

—No lo sé, una simple intuición.

Y mientras le colgaba, volví a recordar la extraña familiaridad con la que Luis Gestoso me saludó el día que lo conocí en la facultad, cuando me lo presentaron como compañero de excavación. Mi intuición ya me advirtió ante su extraña cercanía. Conocería de mi existencia por mi padre; por eso me invitó a comer con Carrasco a su hacienda el mismo día en el que apareció asesinado. Lo que yo consideré como un honor sería, en verdad, una muestra de cortesía entre dos viejos amigos, Luis Gestoso y Arturo Mendoza. Se conocen. Los dos desaparecieron. Luis muerto, mi padre vivo. Esa noche, al acostarme, puse todo mi empeño en convencerme de la inocencia de mi padre. No lo conseguí.

XVI

Tras el regreso de mi escapada a Murcia se sucedieron unos días sin nada reseñable que destacar. Apenas si salí de casa, ni tampoco recibí muchas invitaciones para hacerlo.

Y, por si fuera poco, mi madre se mostraba tan abatida como yo.

—Quizás yo tenga la culpa de todo —repetía.

—¿Por qué dices eso? ¿De qué podrías tener culpa?

—De todo. De que tu padre nos dejara, de que tú sufras lo que estás sufriendo.

—No digas tonterías, mamá. No tienes culpa de nada.

Guardaba entonces un prolongado silencio. De vez en cuando me miraba de manera huidiza, como si algo grave me ocultara, algo que pugnaba en su interior por ser desvelado, algo que ella reprimía al límite mismo de sus fuerzas. Pero yo no le prestaba demasiada atención, bastante preocupada estaba por abordar mis propios problemas como para inmiscuirme en los suyos. Una vez que superaba esos instantes atormentados, volvía a ser la madre protectora que acostumbraba.

—Artafi, ¿por qué no buscas trabajo? —me insistía—. Te hará bien.

—¿Y qué crees que hago, mamá? No es fácil conseguirlo.

Mi madre tenía razón, un trabajo sería la medicina más adecuada para mi estado de abatimiento. Consciente de la dificultad de encontrarlo, sumergidos en lo más profundo de la crisis, dediqué varias mañanas a enviar mi currículum a cuanta oferta de empleo pude encontrar por internet. Lo hacía de manera mecánica, sin esperanza. Camarera, telefonista, recepcionista de hotel, reponedora de supermercado, vendedora de seguros, jefa de tienda, monitora de campamento, cualquier oficio me parecía tan adecuado como inaccesible. Incluso obtuve alguna respuesta, cortés pero siempre de rechazo. Al final sólo logré mantener dos entrevistas fatales de las que salí con la moral por los suelos. La primera, para dependienta de una famosa cadena de ropa de moda.

—Rafaela Mendoza —la seleccionadora leía de manera impersonal mi historial—. Licenciada en Historia, con especialidad en arqueología.

—Así es.

—¿Y por qué te interesa una plaza de dependienta?

—Soy una entusiasta de la moda —respondí con pasión, tal y como recomendaban los manuales para superar con éxito las entrevistas de trabajo— y me encanta la relación con las personas.

—¿Cree que eres buena vendedora?

—Desde pequeña jugaba a poner tiendas —fabulé con naturalidad, sin forzar

ni la expresión ni el tono de voz—. Convencer a los demás, ayudarles a adquirir lo que precisan y lo que mejor les sienta es una de las cosas que más placer me proporciona.

—Eso está muy bien...

Comencé a pensar que aquel trabajo era mío. Era poca cosa, pero el sueldecillo me vendría bien y el estar dada de alta me serviría para cobrar el paro en caso de despido.

—Todo está muy bien... Pero...

—Pero... ¿qué? —y al mostrar mi nerviosismo vulneré cinco o seis puntos del manual de la perfecta entrevistada.

—Ya tienes casi treinta años...

—Sí, ¿y qué? —nuevo error.

—Que eres algo mayor para el puesto. El público quiere chicas jóvenes, alegres, resueltas...

—Yo soy joven, alegre y resuelta.

—Sí... —y su gesto la traicionó—, es verdad...

No me dieron el puesto, por vieja. Por vez primera en mi vida, sin aún haber cumplido los treinta, me hicieron sentir mayor. Qué cosa más desagradable. Dicen que las mujeres llevamos el pasar de los años peor que los hombres. No lo sé, a mí aquello me sentó fatal. Pero no me resigné y tomé medidas de inmediato. Suprimí mi fecha de nacimiento de los currículums. Si querían saber mi edad, que me la preguntaran.

La segunda entrevista también resultó deprimente. Se celebró en un funcional hotel de las afueras de la ciudad —resultaba evidente que no iban a uno céntrico para ahorrar—. El puesto de trabajo a cubrir era el de responsable de ventas para una prestigiosa empresa de limpieza de hogar, como se alababan sin complejos en el anuncio de Infojobs. A mí me sonaba a marca de lejía y estropajo, pero no era cuestión de entrar en menudencias semánticas. Serían más de cincuenta los candidatos —debería decir candidatas, pues todas éramos mujeres— que aguardábamos a que nos llamaran para ser entrevistadas en una de las dos mesas habilitadas. Al llegar mi turno, me senté delante de las dos psicólogas —o al menos eso supuse yo— que analizarían mi lenguaje corporal, verbal, gestual y anímico. Y todo ello para vender prestigiosos productos de limpieza; qué estrés, qué responsabilidad.

—Rafaela Mendoza —de nuevo la consabida retahíla—. Licenciada en Historia.

—Así es.

Tras describir las características del puesto —bastante elemental, por cierto, pero que adornaron con patética grandilocuencia— pasaron al interrogatorio

inmisericorde.

—¿Te crees capacitada para la responsabilidad?

—Estoy convencida de que sí —y lo afirmé con convicción y seriedad, sin que se notara el esfuerzo que realizaba para no exteriorizar el desprecio que experimentaba ante su zafiedad.

—¿Te motiva la venta?

—Desde pequeña jugaba a poner tiendas —ya me lo sabía de memoria—. Nada me motiva más que conseguir una buena venta.

—Eso está muy bien...

—¿Qué edad tienes? No lo pones en el currículum.

—Tengo veintinueve años.

—Umm... muy joven aún —apuntó la que menos había intervenido hasta ese momento.

—Pero con experiencia laboral en varias actividades, —argumenté con rapidez.

—Sí, eso sí, veo que has picoteado de aquí y de allá. Podemos considerar que tienes la suficiente madurez como para desempeñar la posición requerida.

—Muchas gracias —respondí, pensando, esta vez sí, que la plaza era mía.

—Todo está muy bien —la que llevaba la voz cantante repasaba una y otra vez mis papeles—... Pero...

—Pero... ¿qué?

—Eres licenciada.

—Sí, claro, ya lo vimos al principio.

—Y los licenciados suelen desmotivarse pronto. Piensan que no han estudiado una carrera para ser vendedores y todo eso.

—Bueno, aquí la venta tiene un nivel —mentí a la de-sesperada, como una bellaca—, se trata de una prestigiosa gama de productos de limpieza y ...

—Aun así, creemos que la licenciatura es un grave inconveniente. A medio plazo te desmotivarás, y eso no nos lo podemos permitir.

Iba a responderle airada. Si creían que una persona con carrera no funcionaba para el dichoso puesto... ¿por qué nos hacían perder el tiempo con entrevistas inútiles a los que éramos licenciados? No me dio tiempo. Una nueva candidata se acercaba esperanzada tras escuchar su nombre. Yo ya molestaba y me largué sin despedirme ni ser despedida por nadie, tampoco. Cosas que tienen el convertirse una en una desempleada invisible, en un mueble viejo —o licenciado— que en todos lados estorba.

No sabía por dónde tirar y, de nuevo, a la mañana siguiente de aquella patética entrevista, fue el viejo profesor Cisneros el que me proporcionó la única posibilidad seria. Su llamada abrió la puerta a la esperanza.

—Artafi —me preguntó por teléfono—. ¿Aún sigues en busca de trabajo?

—Sí, me vendría muy bien y no encuentro nada.

—¿No te animas a irte a América como te planteé?

—No, a pesar de todo prefiero seguir aquí, cerca de mi madre.

—Bueno, entonces quizás pueda ayudarte. Un amigo mío, que tiene una editorial en Córdoba, quiere comenzar una colección de arqueología. Huellas del Pasado, quiere llamarle. Me ha pedido que sea el director académico, pero he rehusado. Ya estoy mayor y a punto de jubilarme. Pero le he hablado de ti.

—¿De mí? ¿Para dirigir una colección editorial?

—Bueno, no exactamente. Le he propuesto una serie de títulos y autores que le han gustado mucho. Y le he sugerido que tú podrías llevar a cabo las tareas editoriales, corrección de textos, relación con el autor y todo eso. Está encantado.

—Suena muy interesante, se lo agradezco muchísimo... Pero nunca he realizado corrección de textos.

—Es fácil. Has leído mucho y escribes bien. Te compras un manual de corrección ortotipográfica, consultas en el diccionario cualquier duda y a corregir. No es que paguen mucho, pero algo es algo.

—Muchas gracias —casi me emocioné al responder—. Lo haré encantada, el mundo editorial siempre me atrajo mucho.

—Mi amigo se llama Rafael Alfaros. Este es su número de teléfono, llámalo, quiere sacar el primer libro, sobre Tartessos, pronto.

Lo llamé tras colgar con Cisneros. Cuánto le debía al viejo profesor. En los momentos duros siempre estuvo conmigo. Su amigo, el editor cordobés, atendió de inmediato la llamada.

—Esperaba tu llamada, Artafi. Cisneros me ha hablado mucho y bien de ti, una mujer culta y con un excelente estilo literario. Además, eres arqueóloga y estás habituada a sus conceptos y expresiones técnicas. Justo lo que necesitaba para la colección Huellas del Pasado que vamos a lanzar. ¿Puedes venir a Córdoba mañana? Querría tener el primer libro en la calle antes de un mes y medio.

Animada por el empleo en ciernes, un trabajo que me gustaba además, decidí visitar esa mañana el museo arqueológico. El museo, antiguo pabellón de las Bellas Artes de la Exposición Universal de 1929, se encontraba en la plaza de América, en pleno corazón del Parque de María Luisa, uno de los lugares más emblemáticos de la ciudad por cuanto allí se congregaban miles de palomas que hacían las delicias de los niños, que les daban de comer. Toda familia sevillana posee la inevitable foto infantil con las palomas posadas sobre la cabeza y los hombros. Por eso, se le conocía como la Plaza de las Palomas.

El edificio, espléndido, se encontraba en obras, por lo que el itinerario habitual

se había modificado. La primera sala a visitar albergaba una gran exposición sobre las mujeres en la prehistoria. Poco aficionada como era a los enfoques de género, debo reconocer que el tema me interesó de inmediato. Abría la exposición una gran urna de cristal. Me acerqué con curiosidad para ver qué contenía. A veces, la emoción y la sorpresa te aguardan en el momento más inesperado. Los restos de una mujer en posición fetal estaban cubiertos por un delicado vestido de conchas delicadamente ensartadas, con unos adornos colgantes en forma de bellota. Al cuello portaba un collar de piezas de ámbar. Me emocioné con la visión de aquella mujer del calcolítico con su traje de gala, un ropaje que tuvo que costar una fortuna para la época. Incapaz de apartar la vista del vestido, permanecí un buen rato en silencio reverencial mientras observaba cada detalle, cada pieza de aquel traje magnífico. Jamás pude suponer que a finales del neolítico se alcanzara tal grado de refinamiento y belleza, con un diseño y con una riqueza de materiales que haría palidecer a algunos de los grandes divos de la alta costura actual.

—Hermoso, ¿verdad?

Me giré. Una señora mayor se encontraba tras de mí. Su sonrisa acogedora invitaba al diálogo.

—Bellísima —respondí—. Me he emocionado, tan delicada, tan sutil, tan elegante...

—He venido varias veces a verla. Me parece tan bonita...

—Apareció en el dolmen de Montelirio, en Valencina de la Concepción —leí en la breve ficha expuesta.

—Sí, me lo explicó un guía. Pero esta mujer que pudo ser tierna y hermosa guarda un terrible secreto.

—¿Sí? —pregunté con curiosidad—. ¿Cuál?

—Al excavar el dolmen de Montelirio aparecieron enterradas diecinueve novias, sin señales aparentes de violencia, en una cámara previa a la del enterramiento del señor, que se encontraba sepultado en la cámara principal. Las mujeres apenas si superaban los veinte años cuando murieron, mientras que el varón ascendería a cuarenta. En el corredor se han encontrado también los restos de tres guardianes. Al parecer, tantos estos como las mujeres debieron morir voluntariamente para acompañar a su señor. No fueron asesinados de forma violenta, sino que debieron ingerir algún bebedizo venenoso que les produciría una muerte dulce.

—Es increíble... y terrible.

—Sí, así es —respondió la señora, compungida—. Me parece una injusticia tremenda que tuvieran que sacrificarse por ese energúmeno. Al parecer, cuando analizaron sus huesos encontraron mucho mercurio. No saben interpretarlo.

Unos dicen que son los restos del cinabrio usado en el maquillaje, otros que son los restos de los vapores de mercurio, o de sus bebedizos, con los que murieron.

—La señora —no llegué a preguntarle ni por su nombre— se quedó absorta ante el expositor, preguntándose el porqué de aquel absurdo y cruel sacrificio. Yo, también muy impresionada, continué mi visita, conocedora ya de que el pasado encierra entre sus tinieblas pasajes crueles, atroces y terroríficos. A pesar de que solemos mirarlo con ojos embaucados, seducidos por su belleza simple y hechizados ante su armonía con la naturaleza, en verdad ese pasado remoto se cimentaba en algunas costumbres, religiones y ritos pavorosos. Por eso, en cuanto pudo, la humanidad huyó del dolmen para abrazar las nuevas religiones en las que los sacrificios eran, a lo sumo, de animales. Era cierto que muchas iglesias se construyeron sobre los dólmenes, como si quisieran, por una parte, adueñarse de su poder pero, también para conjurarlo y enterrarlo. Abandonados en masa por sus fieles, sólo las brujas y los druidas continuaron con sus ritos de adoración a la religión de los megalitos. Y, sin embargo, el dolmen también es luz y la humanidad precisa ahora más que nunca de su sabiduría.

En la sala dedicada al neolítico y calcolítico abundaban las piezas procedentes de los dólmenes de Valencina. Entre ellas, un espectacular cuchillo de cristal de roca, un tipo de cuarzo especialmente hermoso, muy escaso y difícil de tallar. Las dimensiones de la daga eran considerables, por lo que tuvo que poseer un gran valor. De repente comprendí que ese puñal pudo haber sido usado para las ceremonias rituales. Varias imágenes se proyectaron nítidas en la pantalla de mi mente. Hice varias fotografías que envié de inmediato a Maqueda. Escribí un mensaje tan simple como cierto. *«Un puñal como éste es el arma con la que asesinan. Compruébalo, por favor. Está en el museo arqueológico»*.

Abandoné el museo con la sensación de haber esclarecido algo el misterio de los crímenes. Es asombrosa la información que encierran nuestros museos si se visitan con los ojos de ver. No tardé en obtener respuesta del inspector: *«Espectacular. Puede ser. Me pongo en marcha para comprobarlo»*.

Regresé a casa. Quería abandonar el asunto de los dólmenes para preparar la reunión del día siguiente con el editor cordobés. Me jugaba mucho en ella.

Hice el viaje en AVE, apenas tres cuartos de hora desde Sevilla hasta Córdoba. Recordé la última ocasión en la que la había visitado, cuando acudí para entrevistarme con el erudito de Tombuctú. Y no terminé bien parada de la excursión, precisamente. Esperaba que en esta visita las cosas se me dieran mucho mejor.

Ediciones Azahara. Así rezaba la sencilla placa cerámica situada junto a la puerta de aquella casa pequeña, blanca y coqueta del barrio de la Magdalena. No estaba mi economía para taxis y tuve que andar un buen trecho desde la estación,

orientada por el navegador de mi teléfono. El centro histórico de Córdoba parecía detenido en el tiempo y, a pesar de encontrarnos lejos de los barrios turísticos, la belleza recatada de las calles que atravesábamos conformaba un decorado de postal. Pero no era un hermoso postizo para turistas, se trataba de la Córdoba real, de la silenciosa ciudad en la que miles de cordobeses gozaban y sufrían día a día. Me gustaba Córdoba, siempre envuelta en un halo sereno de eternidad. La puerta de la casa de la editorial estaba abierta; entré en el pequeño zaguán. A través de la cancela de hierro forjado se entreveían las flores y plantas de interior que alegraban las penumbras del patio. Sin duda se trataba de una editorial clásica; no encontré timbre, sino un tirador de cadena. El sonido limpio de la campana de bronce brotó con estridencia metálica.

Una mujer joven, racial y morena, de mi edad más o menos, se acercó para abrirme. Bien maquillada, con sus ojos negros muy remarcados, no parecía especialmente alegre con mi visita.

—Debes ser Artafi, ¿verdad? —preguntó sin darme los buenos días siquiera.

—Sí, he quedado con Rafael Alfaros, el editor.

—Pasa, no tardará en regresar. Me llamo Lola Beltrán y soy su ayudante editorial. Contratos, relación con imprentas y transportes, tú sabes.

—No conozco demasiado del mundo editorial, aunque me encanta.

—Es más duro de lo que parece. Se trabaja mucho y se gana poco, siempre al borde de la ruina.

—Pero es bonito, ¿no?

—Para mí, sí. Ya me dirás tú cuando lo pruebes.

Me desconcertó el tono de sus palabras; no le respondí. Me limité a seguirla. La casa era pequeña y fresca. La editorial ocupaba las habitaciones que rodeaban al patio. Supuse que el editor viviría en las de arriba. Me senté frente a la mesa donde Lola trabajaba, con una gran pantalla de *Apple* interpuesta entre nosotras.

—Ya está —exclamó pasados unos minutos—. Ya he solicitado los presupuestos de imprenta para la edición de un nuevo libro.

—¿De qué va? —pregunté, más que nada por abrir una conversación.

—Una novela de un autor novel. Poca cosa, no creo que vendamos mucho.

—Ya.

—¿Te manda Cisneros, verdad?

—Sí, fue él quien me recomendó.

—Ese viejo verde no me gusta nada.

—¿Viejo verde? —no logré asimilar aquella afirmación—. ¿Cisneros? Si es un santo, siempre pendiente de todos.

—Ya, ya...

—¿Por qué dices eso? En serio, creo que hablas de otra persona.

—Os tiene engañados a todos. Y lo peor no es que sea un viejo verde, que lo es, lo peor es que es una mala persona; de las peores que he conocido en mi vida.

—No lo reconozco en tus palabras, ¿estás segura de que hablamos de la misma persona?

—Sí, del catedrático de Historia de Sevilla. Tiene engañado a Rafael con su supuesta amistad. Pero no a mí. Yo sé que es malo. Y tú debes cuidarte de él.

—¿Cuidarme de él? Si es el único que me ha ayudado siempre que lo he necesitado.

—Ten cuidado. Es pura maldad.

¿Maldad?, pensé incrédula. Fue él quien un día me habló de la maldad. En ese momento escuchamos el sonido de la cancela al abrirse. Era Rafael Alfaros, un cincuentón amable y bien parecido. Tras un cálido saludo me invitó a pasar a su despacho. Dejamos a Lola con su ordenador y sus resabios y pasamos a un despacho pequeño, muy desordenado, con un ventanal con reja que daba a la calle.

—Bienvenida a nuestra editorial, déjame que te muestre nuestro catálogo. Para que realices bien tu trabajo, es importante que conozcas nuestros valores y nuestra filosofía de edición.

—Parecen títulos muy interesantes.

—Lo son. La principal tarea de un editor es encontrar buenos temas, autores adecuados y otorgar coherencia a su catálogo.

Durante un buen rato permanecí absorta a las palabras del editor. Me gustaba lo que repetía de la necesaria coherencia del catálogo, algo así como una relación orgánica entre los títulos, de la irrenunciable ambición de calidad, del respeto a autores y lectores, de la defensa de la libertad de pensamiento, del cuidado exquisito en correcciones, maquetaciones e impresión y en el siempre difícil arte de diseñar y ejecutar las portadas. Fascinada, sentí que atravesaba el umbral de un mundo que me podría cautivar de por vida.

—Una vez que nos conoces mejor, me gustaría concretarte tu responsabilidad. Trabajarás en nuestra colección Huellas del Pasado. Aquí te dejo el manuscrito de este ensayo sobre Tartessos. Está muy bien, postula una tesis muy innovadora. Debes corregirlo ortotipográficamente y trabajar algo la estructura del texto. Puede que algún capítulo se alargue demasiado y que algún otro se quede corto. Lo comentas con el autor, que es profesor de la universidad de Cádiz.

Estaba encantada con mi nueva responsabilidad. Me sentí parte del mundo mágico de las editoriales, un eslabón tan indispensable como desconocido en la cadena del saber.

—Ya sabes que este trabajo no está bien pagado, las ventas no dan para alegrías.

Iba a responderle que no me preocupaba el dinero, sino el realizarme en un trabajo que me hiciera feliz, cuando la súbita entrada de Lola impidió que llegara a pronunciar esas palabras tan tópicas, melosas y cursis. Pues claro que me importaba el dinero, ¿por qué no lo reconocía?

En ese momento Lola se asomó por la puerta. Llevaba en las manos una bolsa de libros.

—Salgo. Voy a la dejar estas novedades en el Depósito Legal.

Tras despedirnos de ella, Rafael me comentó:

—Es buena chica, trabajadora, enamorada de los libros, pero con mucho genio.

—Ha sido muy amable —le exageré para empatizar.

—Tiene unos prontos extraños. Dice que es clarividente, aunque yo no le hago demasiado caso. Por ejemplo, la tiene tomada con mi amigo Cisneros, tu mentor.

—Ya me dijo que me cuidara de él. Creo que se equivoca, Cisneros es una bellísima persona.

—Yo pienso cómo tú. Lola no sabe lo que dice, pero su error es humanamente comprensible. Al fin y al cabo, era amiga de la pobre nieta de Cisneros.

—¿Nieta? No sabía que el profesor tuviera nieta alguna.

—¿Entonces no conoces su trágica historia?

—No, ¿qué pasó? —pregunté con vivo interés.

—Su nieta Elena era la niña de sus ojos. Un día, al cumplir los quince años, sus amigos decidieron celebrar una fiesta en su honor. Elena disfrutó de lo lindo durante la celebración. Sobre las diez de la noche, se despidió para regresar a casa. Tenía que llegar a tiempo para coger el último autobús. Nadie le acompañó hasta la parada. Desapareció esa noche, nunca nadie más volvió a verla. La búsqueda duró varios días, durante alguna semana más hubo cierto interés por el asunto, pero poco después cayó en el olvido más absoluto. Hasta hoy.

No podía creer lo que escuchaba. ¿Cómo es posible que yo no conociera esa historia? Nadie me la había contado nunca jamás...

—¿Cuándo ocurrió todo eso?

—No lo sé con exactitud. Yo acababa de conocer a Cisneros, que por aquel entonces era profesor en Córdoba. Sería hace unos catorce o quince años. Después de la tragedia, obtuvo la plaza de catedrático en Sevilla y se largó. Viudo, nada le retenía ya a Córdoba, sólo el espanto de la pesadilla que le tocó vivir.

—Pero, ¿y los padres de Elena?

—No vivían tampoco. Habían fallecido dos años antes en un terrible accidente de tráfico. Elena vivía con su abuelo desde entonces. Por eso su desaparición le afectó tanto.

—Su vida en Sevilla fue solitaria, sin familia —reflexioné en voz alta—. Al

ocurrir en Córdoba, la prensa sevillana le dedicaría menos atención, por eso yo no me enteraría.

—Es posible. En aquella época no se le daba tanta notoriedad pública a las desapariciones.

—¿Y qué crees que pasó?

—No tengo ni la menor idea. La policía siempre trabajó con la hipótesis de que un psicópata la secuestrara para violarla y asesinarla inmediatamente.

—¿Y Lola? ¿Por qué odia a Cisneros?

—Lola era la mejor amiga de Elena. Estuvo con ella en la fiesta. Nunca me ha contado los verdaderos motivos de su enemistad. Sólo sé que cuando le comenté que iba a proponer a Cisneros la dirección de la nueva colección de arqueología se puso hecha una auténtica furia.

—Tampoco pareció gustarle demasiado que yo me incorporara al proyecto.

—No. Pero no te preocupes, es buena persona, enseguida se le pasará.

Aún charlamos algo más, pero yo, muy impresionada por la información que acababa de obtener, no logré concentrarme en las recomendaciones de Alfaros. Agradecí el momento de dar por terminada la reunión de trabajo para poder salir a la calle. De nuevo me encaminé hacia la estación del tren, aunque en esta ocasión no aprecié el blanco encalado de las casas ni las flores de sus rejas. Sólo pensaba en una cosa: quería entrevistarme cuanto antes con Lola Beltrán. Tenía que contarme con todo lujo de detalles lo que ocurriera en la última fiesta de Elena. Y, también, el por qué odiaba de esa manera a Cisneros. Dicen que todos tenemos algún secreto, algún muerto escondido en el armario. Acababa de conocer el de Humberto Cisneros, mi mentor catedrático.

—Mamá, ¿has sabido algo nuevo de papá?

Acabábamos de finalizar una cena ligera. Me gustaba ese momento sereno de la sobremesa, de confidencia y charla.

—No —me respondió sin demasiada convicción—. No sé qué hará...

—¿No te parece extraño que haya aparecido justo cuando se producen los asesinatos en los dólmenes?

—No tiene nada que ver... ¿Por qué dices eso?

—No lo sé, tonterías mías supongo.

—Comprendo tu preocupación, pero debes tratar de serenarte. Espera, que voy a traer unas copitas de Pedro Ximénez.

Aquellas navidades nos regalaron una botella de PX que saboreábamos ocasionalmente con gran placer. Mi madre puso dos catavinos sobre la mesa. El vino, al caer en su interior, dejó sobre el cristal densas lágrimas yodadas. ¡Cómo nos gustaba paladearlo despacio, sintiendo lo dulce en la lengua y la aspereza que rascaba en la garganta y que lo aligeraba!

—Cuanto más viejo es el Pedro Ximénez —pontificó mi madre con una cantinela que me conocía bien— más se oscurece. Y éste es casi negro, buenos años que tendrá la solera.

—Sí, tenía que tener sus buenos años aquel PX azabache de reflejos zainos.

—Mamá, ¿has pensado en lo que te comenté el otro día, después de mi viaje a Murcia?

—Sí, en muchas ocasiones, pero no logro recordar nada que relacione a tu padre con Luis Gestoso. Nunca me habló de él.

—Son historias paralelas. Ingenieros, aficionados a la arqueología que abandonan a sus familias sin ningún motivo aparente...

—Puede tratarse de una simple casualidad —respondió con incomodidad.

—Creo que pertenecían a un club, una secta o algo así...

—Por favor, no digas tonterías. Anda, dale un buchito a tu copa, a ver si te animas.

Bebimos con deleite. Lo del PX había sido una buena idea. Entonaba el cuerpo y el espíritu. Y si mi madre no quería hablar de mi padre, yo tenía otras muchas cuestiones que plantearle. Por ejemplo, los secretos de familia.

—Háblame de la abuela. Pocas veces me has hablado de ella. Recuerdo que en mi infancia me contaba unas historias muy curiosas.

—Tu abuela era una mujer muy especial. Se había criado en Ronda, adonde se trasladó con su madre cuando aún era una niña.

—Sí, recuerdo que a veces me contó cosas de su infancia. Pero mis recuerdos están entre brumas, hace tantos años que murió la pobre...

Apuré mi catavinos y me serví un poco más.

—Mamá, el día que murió la abuela, vimos una mariposa amarilla.

—¿Y?

—Ella creía que el vuelo de las mariposas amarillas anunciaba la muerte.

—Tonterías, siempre fue muy dada a las supercherías.

—Un día te pregunté si las mariposas amarillas significaban algo para ti. Me respondiste que no.

—Porque nada significan para mí.

—¿Cómo es posible que la abuela me lo contara a mí y a ti no?

—Ya te dije que la abuela era una mujer extraña...

—Mamá, ¿por qué apenas me has hablado de tu madre? De niña nunca nos dejabas en su casa... ¿Tuvisteis algún problema?

—No, ¿por qué preguntas eso?

—No sé, me parece extraña tu relación con ella. Yo la recuerdo con mucho cariño.

—Tú —y endureció involuntariamente la expresión— apenas llegaste a

conocerla.

—¿No te quiso? ¿No la quisiste tú a ella?

—Deja este tema, no quiero hablar de él...

—¿Te hace daño?

—Sí, me hace daño.

Me acosté, reconfortada por el vino y desconsolada por la insondable relación entre mi madre y mi abuela. Dicen que los secretos de la familia nunca se llegan a descubrir del todo a pesar de que conforman una parte de nuestra forma de ser y de ver el mundo. Desde su invisibilidad, nos rodean y condicionan. ¿Qué pasó entre mi madre y mi abuela? Algo, para mí oculto en las tinieblas de un pasado prohibido, enturbió la relación entre ellas. Deseé el poder exorcizar esos demonios familiares que, subconscientemente, lastraron mi vida. Y, al pensar en mi abuela, recordé la magia absurda e inquietante de Boyle y Houdín. Si en mi seno albergaba parte de la respuesta, los secretos de mi abuela conjugarían su esencia.

—Mamá, ¿me lo contarás algún día?

—¿El qué? —se hizo la distraída.

—Lo de la abuela.

—Hay cosas en la vida que, a veces, es mejor no conocer. Vamos a la cama, hija, que estoy cansada.

XVII

Me encerré en casa y durante tres días trabajé a fondo el manuscrito de Tartessos. Me esmeré en su corrección y, aunque el texto venía bastante limpio, logré encontrar y enmendar algunas erratas ortográficas. También hablé con el autor para recomendarle que agrupara en uno solo dos de sus capítulos y aceptó encantado. Trabajé con gran motivación; en un par de días más lo tendría terminado por completo. Era viernes y el siguiente lunes había pensado regresar a Córdoba para mostrar el manuscrito ya corregido a Rafael. También aprovecharía para charlar con Lola. Deseaba conocer todo lo relacionado con la nieta de Cisneros. La llamé en ese instante para concertar la cita del lunes y me atendió con amabilidad.

—Artafi —me comentó Lola una vez que habíamos cerrado la agenda—, me ha venido bien tu llamada; te quiero consultar algo, dado que eres arqueóloga.

—Pues claro, estaré encantada en ayudarte, si soy capaz.

—Seguro que sí. Salgo hoy de viaje para pasar el fin de semana con mi novio en Guadix, su pueblo. Está en el norte de la provincia de Granada y he pensado que podíamos visitar algo de arqueología. Él no tiene ni idea, y como a mí me gusta, quiero aficionarlo.

—Me parece una buena idea. Pero dime, ¿en qué puedo ayudarte?

—¿Conoces los dólmenes de Gorafe? Me han dicho que son muy interesantes. Están cerca de Guadix y podríamos acercarnos en un salto. Pero no sé si merecen realmente la pena...

Dólmenes. Me encogí ante el golpe. Todo mi organismo rechazó de inmediato cualquier relación con los malditos megalitos que tanta muerte y dolor significaban para mí.

—No los conozco —corté expeditiva—, no puedo ayudarte.

—Parece que te ha molestado mi consulta; lo lamento, no estaba en mi ánimo ofenderte.

—No, no es eso... es que me han pasado demasiadas cosas con los dólmenes últimamente...

—¡Es verdad! Rafael ya me contó lo de los asesinatos. Lo siento de veras, no he debido comentártelo...

—No tiene importancia. Pero si al final decides ir—dudé si decírselo—, ten mucho cuidado, puede ser peligroso.

—¿Peligroso? ¿De verdad piensas que puede ocurrirme algo?

—No lo sé. En todo caso no te separes nunca de tu novio.

La conversación me produjo una gran inquietud. La sombra del mal sobrevoló de nuevo mi ánimo, las palabras de Lola me crearon un estado de enorme ansiedad. Podía ponerse en peligro mortal. Visitar una necrópolis megalítica después de haber hablado conmigo significaba coquetear con la muerte. ¿Llamaba a la policía? Me tomarían por loca...

—¿Maqueda? Buenas tardes, soy Artafi.

—Buenas tardes, ¿qué tal vas?

—Te llamo para comentarte algo que me inquieta. Puede que sea una tontería, pero prefiero que lo sepas.

—Por supuesto, dime.

—He comenzado a colaborar con una editorial de Córdoba. La ayudante editorial se llama Lola y quiere ir este fin de semana con su novio a visitar los dólmenes de Gorafe.

Nada más que soltar la frase del tirón, me sentí ridícula. Maqueda tardó en responder.

—¿Y dónde está el problema? No podemos impedirlo. En principio ella no corre riesgo alguno.

—Ya, pero ha hablado conmigo como todos los anteriores asesinados...

—Quédate tranquila, no podemos ponernos nerviosos por cualquier cosa ni poner un policía detrás de cada persona con la que hables. Ella no está relacionada con la arqueología, en principio no corre riesgo alguno. Y no te preocupes, te tenemos sometida a una discreta vigilancia, hasta ahora está todo en orden.

No me quedé nada tranquila. De hecho, tentada estuve de irme para Gorafe, como si mi presencia en la zona pudiera conjurar el peligro que presentía. Pero al final comprendí lo estéril de mi impulso. No me quedaba otra que quedarme en casa, aliviada por la llamada a la policía. Si ellos no advertían peligro... ¿por qué tendría que atormentarme yo? Decidí leer algo sobre las necrópolis megalíticas de Gorafe, de las que apenas conocía nada. Me sorprendieron bastante.

Hace seis millones de años, el choque entre las placas tectónicas europeas y africanas elevó las montañas de Sierra Nevada. Un gran lago quedó al norte y sus aguas, al encontrar salida hacia el río Guadalquivir excavaron enormes cañones y barrancos. Uno de los más espectaculares es el que formó el río Gor. Se extiende más de veinte kilómetros y la altura de sus paredes llega a alcanzar los doscientos metros de altura. En las faldas de este enorme cañón se construyeron varias necrópolis megalíticas que hoy se pueden visitar en las cercanías del pueblo de Gorafe. Están constituidas por unos doscientos cincuenta dólmenes.

Doscientos cincuenta dólmenes, repetí asombrada para mis adentros, mientras me estremecía de terror. Centenares de sepulcros y tumbas prehistóricas profanadas y expoliadas... Observé varias fotos de los dólmenes más característicos. A pesar de la abierta aversión que experimentaba ante su simple imagen tuve que reconocer que poseían una enigmática belleza.

Los principales dólmenes de Gorafe fueron conocidos desde siempre por sus habitantes, que los usaron para guardar el ganado. El primero en investigarlos fue Manuel de Góngora y Martínez, quien recogió algunos en su obra *Antigüedades Prehistóricas de Andalucía*, publicada en 1868. Escribió que los lugareños los denominaban Sepulturas de los Gentiles.

No pude continuar con la lectura, que me atraía y repelía con la misma intensidad. Me separé de la pantalla y decidí que tendría que salir a divertirme ese viernes por la noche. La peor estrategia para combatir la ansiedad y el temor sería permanecer en soledad, y no pensaba cometer semejante error. Llamé a mi amiga Marta y quedamos en salir.

—Pero esta vez —le insistí—, sin tus amigos los magos.

—Está bien —me respondió entre risas—, esta vez sin los mejores magos del mundo. ¡Y ponte guapa, que te sacas mucho partido cuando te arreglas!

Y esa noche, entre copas y algunas risas, fui consciente de que Lola Beltrán sí tenía una relación con la arqueología. La editorial en la que trabajaba impulsaba la colección *Huellas del Pasado* en la que yo comenzaba a trabajar. ¿Motivo suficiente para un crimen megalítico? Eso nadie lo sabía. De inmediato se me quitaron las ganas de fiesta y en ese instante regresé a casa, rehusando las súplicas de Marta. Nunca tuve que permitir que Lola se escapara a Gorafe con su novio, me repetí una y otra vez esa noche aciaga. Me acosté presa de un gran desasosiego. No tardaría en comprobar lo acertado de mis negros presagios.

XVIII

El molesto sonido sacudió la paz de mis sueños. La vibración del teléfono móvil me despertó con sobresalto. No recordaba haber conectado la alarma, ¿quién podía llamarme a esas horas? Me había acostado a las dos de la mañana y era incapaz de abrir los ojos. Con torpeza, tanteé la mesita de noche y el móvil cayó al suelo. Aun así, las vibraciones continuaron. Logré asirlo y miré su pantalla. Era Maqueda y desde ese preciso instante, antes incluso de escuchar la voz del inspector, supe que algo grave había ocurrido en Gorafe.

—¿Qué pasa? —grité con gran alboroto—. ¿Qué ha ocurrido?

—Todavía no lo sé con exactitud, pero acaban de llamarme desde Madrid. Ya sabes que tenemos organizado un dispositivo de alarma ante cualquier incidente en un monumento megalítico...

—Sí, sí —le interrumpí—, pero, ¿qué ha ocurrido?

—Una persona ha aparecido muerta ante uno de los dólmenes de Gorafe...

—¡¡No!! ¿Quién? ¿Lola?

—No lo sé todavía, en seguida me proporcionarán más información. Estoy desolado, siento una gran responsabilidad.

—Te lo avisé, te lo avisé, no me hiciste caso...

—No es momento de recriminaciones. Te llamo para pedirte que me acompañes a Gorafe, puedes ser útil. Ya lo he comentado en mi casa y no ven inconveniente alguno. Si te parece, te recojo en media hora en la tuya.

—Pero... —titubeé antes de aceptar lo inevitable—. De acuerdo, estaré abajo.

Otra llamada fatídica por la mañana, otro viaje fúnebre hasta la muerte desolada y atroz. Me duché con la angustia de la suerte de Lola sobre mi espalda. ¿Cómo sabrían los asesinos que ella iría a Gorafe? ¿Tendrían pinchado mi teléfono?

Quise despedirme de mi madre antes de salir. Aún permanecía en su habitación, lo que era extraño a esas horas, ya que ella solía madrugar. Como la puerta del dormitorio estaba entreabierta, me asomé con cuidado. Nadie se encontraba en su interior. La cama estaba sin deshacer. O bien no había dormido allí, o bien la hizo bien temprano, antes de salir. Sí, eso sería lo más probable, madrugaría y pasearía temprano. Pero, ¿madrugar en fin de semana? Bueno, ya le preguntaría. Otras, y mucho más graves, eran mis preocupaciones en ese instante.

—¿Sabes ya qué ha pasado? —le pregunté nada más montarme en el coche de Maqueda.

—Todavía no. Sólo me dijeron que había una persona asesinada ante un dolmen de Gorafe y que me fuera allá de inmediato.

Nos dirigimos en silencio hacia la autovía A-92, construida para articular Andalucía de este a oeste. El viaje duraría unas tres horas y media. Estaba cansada, pero supe que la angustia me impediría dormir. Cada cinco minutos marcaba el número de Lola sin éxito. Apagado o fuera de cobertura.

—¿Cómo sabías que estaba en casa? No me preguntaste.

—Ya te dije que siempre sabemos dónde te encuentras.

—Vaya. ¿Vigilancia o localizador GPS en el móvil?

—Vas a permitir que guarde silencio, por tu propio bien. Es, además, secreto profesional.

—¿Y para qué sirve vuestra vigilancia? Lola está muerta...

—No anticipes acontecimientos. No sabemos todavía quién ha muerto.

—Le dije que tuviera cuidado. Presentí que moriría si viajaba hasta la necrópolis megalítica. Pude evitarlo y no lo hice.

—No te atormentes. No es tiempo de lamentos, esperemos la información.

Una hora después, a la altura de Antequera, la Antikaria de los romanos y hoy corazón de Andalucía, el inspector recibió la llamada que aguardaba. Se limitó a responder con monosílabos, por lo que no pude deducir información alguna de sus palabras. Luché inopinadamente por no romper a llorar en ese instante que se me hizo eterno.

—No se trata de Lola —me miró con brillo esperanzado en la mirada—. El muerto es un hombre joven, todavía no identificado.

—Su novio, debe tratarse de su novio...

—No saques conclusiones. Lo sabremos en breve, han encontrado un coche en las cercanías, es probable que se trate del automóvil de la víctima.

—O de Lola...

—O de Lola, quién sabe...

Dejamos atrás Antequera, la capital megalítica del sur de Europa. Recordé con horror el cadáver descuartizado de Antonio Paredes. Me quiso entregar unos papeles y lo asesinaron sobre el suelo del cerro Marimacho, a la vista del dolmen de Menga. Todo lo que me rodeaba era horror y sangre. Ahora Lola, no; ahora su novio. ¿Cómo conseguían los asesinos arrastrar a las víctimas hasta el lugar de los sacrificios? Con el desorden de la excitación llamé al editor, a Rafael Alfaros. Quizás él supiera dónde se podía encontrar Lola, pero no pude contactar con él, su móvil también respondía como apagado o fuera de cobertura.

—Muy pocas personas de mi entorno —me dirigí a Maqueda— sabían de mi relación con Lola. Y a ninguna le dije que ella pensaba ir a Gorafe... salvo a ti. Trato de recordar y no encuentro a nadie más... perdona que te lo pregunte, así,

de sopetón: ¿alguno de los vuestros puede estar implicado en este asunto? ¿Qué pase información o algo así? Tenéis mi teléfono pinchado, sabéis con quién hablo y qué es lo que me dicen.

—No descarto nada, también lo he pensado, pero no lo veo probable.

—¿Podiera tener mi móvil pinchado por otros?

—Nuestros informáticos nos aseguran que es del todo imposible. Hubiésemos detectado esa conexión extraña.

—Entonces, ¿cómo demonios pueden haberse enterado los asesinos?

—Eso es lo que tenemos que descubrir.

El sonido de su móvil volvió a interrumpir nuestra conversación. La función de manos libres me permitió seguir escuchar la breve conversación que mantuvo con el agente que ya se encontraba en Gorafe.

—¡Es horroroso, Maqueda! —escuchamos—. Los ojos saltados, el corazón arrancado... ¡Esto sólo lo ha podido hacer un monstruo, varios monstruos, mejor dicho!

—El mismo ritual que los cuatro casos anteriores. Estamos ante el quinto asesinato.

Le hice señas con el número tres mientras conformaba un recipiente con los movimientos de mi mano. Maqueda no tardó en preguntar.

—¿Tenía unos vasos campaniformes a su alrededor?

—Sí, supongo que así se llamarán. Hemos encontrado unas vasijas cerámicas de una forma curiosa, parecen de esas prehistóricas que se encuentran en las vitrinas de los museos. Y con vísceras dentro.

—No tardarás en comprobar que han sido mordidas y parcialmente devoradas por los criminales. Pero ahora dime, ¿cuántos vasos hay?

—Tres, son tres. Y todas con vísceras en su interior.

—Tres, como sospechábamos. Un vaso menos por cada muerto. En el próximo quedarán dos. Aún matarán a dos más si no logramos impedirlo.

Cuatro mariposas amarillas, tres de copas... Recordé las misteriosas coincidencias de los trucos de Boyle. ¿Misteriosas? Eran aterradoras. ¿Quién eran, en verdad, esos magos? Sacudí mi cabeza, no quería acordarme de ellos en aquel momento. Pero sus palabras enigmáticas me atormentaron con el fuego candente de la duda y la culpa... De alguna manera —me dijeron—, tu ser inconsciente llama a ese tres de copas, lo reta en el futuro. ¿Qué demonios quería decir eso? Dices una cosa —me insistieron cuando yo negaba— pero en tus adentros pides otra. ¿Cómo podía alguien sospechar de mí como responsable última de aquel aquelarre, de que yo fuera quién convocara a sus demonios?

El paisaje cambiaba a medida que avanzábamos hacia el este. La ciudad de Loja, a los pies de la autovía, defendía el paso natural entre las vegas de

Antequera y de Granada. El pueblo blanco se encaramaba sobre dos cerros que dominaban el río Genil, encajonado entre la Sierra de Loja, alta y pelada, y las estribaciones de las cordilleras subbéticas. Este pueblo —no pude evitar el pensamiento— tuvo que ostentar un alto valor estratégico desde la más remota antigüedad. De hecho, sabía que en sus cercanías se encontraba el importantísimo complejo megalítico de Montefrío, que aún no conocía. Y que esperaba no tener que conocer nunca en aquellas circunstancias.

Había leído que alrededor de los dólmenes de Antequera se celebraron desde el neolítico grandes encuentros de tribus, clanes y familias distantes. Algo parecido a las romerías actuales, pensaba, en las que se comerciaría, se realizarían ritos comunales, se ajustarían matrimonios, se reforzarían los lazos de identidad y pertenencia a algo compartido. Y todo alrededor de los grandes monumentos megalíticos, que causarían pasmo y asombro entre los asistentes. Y quién sabe si se aprovecharían esas grandes concentraciones para conseguir los brazos necesarios para transportar los enormes bloques de piedra.

Nos adentrábamos en la Vega de Granada, llanura feraz regada por los arroyos y ríos que bajaban desde las alturas de Sierra Nevada, cuya enorme mole se imponía a nuestro frente. Aún se advertían manchas de nieve en sus alturas, como un manto de armiño sobrio y elegante para la custodia de las cimas con mayor altura de la Península Ibérica. Ni en los Pirineos ni en la Cordillera Cantábrica están los picos más altos de la Península —me vanaglorié con orgullo infantil—, que es aquí abajo donde tocamos techo. Las choperas frondosas, de un verde denso y oscuro, protegían en sus penumbras las acequias que canalizaban las aguas del deshielo. Sin saber bien por qué, recordé en esos momentos a Lorca, el gran poeta granadino fusilado cruel y absurdamente en los inicios de la Guerra Civil, que cantó a las aguas cantarinas de su ciudad y a los verdes de sus vegas. Supe que las brisas aún mecerían las hojas con el embrujo de sus versos.

El sonido del teléfono de Maqueda hizo que abandonara mis ensoñaciones poéticas. De nuevo, una llamada desde Gorafe. Aquello parecía una retransmisión por capítulos de la España negra.

—Ya sabemos el nombre de la víctima —escuchamos a través del manos libres—. Carlos Baeza, nacido y residente en Córdoba, treinta y dos años. Hemos localizado una cartera con documentación dentro de la guantera del coche, que también está a su nombre. Creemos que las fotos coinciden con las del cadáver.

—¿Y qué sabemos de Carlos Baeza?

—Desde la comisaría central ya están investigando, no tardaremos en disponer de datos.

—Tenme informado de cualquier avance, por favor.

Dejamos la ciudad de Granada a la derecha y comenzamos a ascender. Una señal indicaba el desvío a Víznar.

—Aquí es donde dicen que fusilaron a Lorca. Llevan tiempo buscando sus restos y no los encuentran. Por lo visto lo enterraron con un banderillero republicano y con un maestro cojo.

—No quiero hablar más de muertos, bastantes llevamos ya.

—En eso tienes razón, lo siento.

—Supongo que Carlos Baeza es el novio de Lola. No logro hablar con ella ni con nadie que me lo pueda confirmar.

—Tranquila, no tardaremos en conocerlo todo sobre él.

De la vega llana y fértil pasamos a unos paisajes montañosos, de laderas cubiertas por densos bosques de pinos y monte de encinares y coscojas. *Parque Natural de Huétor Santillán*, pudimos leer en un gran cartel. *Puerto de la Mora 1.340 metros de altitud*, leímos en otro.

—Aquí es donde cortan la carretera en muchas ocasiones. Por la nieve. A mí me pilló en una ocasión, no quiero ni acordarme.

A medida que descendíamos de las montañas el paisaje se transformaba, tornándose progresivamente árido. A la altura de Guadix—el pueblo de las casas-cuevas, apostilló Maqueda— se podían apreciar los grandes barrancos abiertos por la erosión. El páramo yermo y árido de espartales y retama se veía arañado por esas grandes hoces, por cuyos bajos corrían los arroyos que regaban las huertas, frutales y choperas. Las huertas de los moriscos —divagué de nuevo— que de alguna manera han permanecido hasta nuestros días.

—Esos barrancos deben ser similares al de Gorafe, ya debemos estar cerca.

—¿Cuánto queda?

—Muy poco, según el navegador.

A lo lejos ya divisábamos la silueta de la Sierra de Baza, enorme, como la de un oso gigante tumbado sobre las estepas áridas y reseca.

—Qué paisaje más distinto...

Agradecí la amable divagación del inspector. Incluso en las situaciones más tensas, un comentario oportuno actúa como un bálsamo para los ánimos encrespados.

—Sí, un continente, dicen. Tenemos nieve y desierto, marismas y montañas. En Andalucía está el desierto más árido de Europa en Tabernas, Almería, y las sierras más lluviosas de España, en Grazalema, Cádiz. Clima alpino de nieves perpetuas a pocos kilómetros de una costa con clima tropical. De todo.

En esta ocasión fue el sonido de mi móvil el que nos interrumpió.

—Artafi, soy Rafael Alfaros, tengo varias llamadas perdidas tuyas, ¿ocurre algo?

—Rafael, es urgente, ¿sabes dónde puede estar Lola?

—¿Lola? Pues ni idea —me respondió sorprendido—. Hoy es domingo, estará descansando.

—¿Te dijo si iba de viaje a Gorafe?

—Ni idea. Si me lo dijo, no lo recuerdo. Pero, ¿qué ocurre?

—Es una historia larga. ¿Sabes cómo se llama su novio?

—¿Su novio? Le he conocido varios. ¿A cuál te refieres?

—Pues al último, al que tenga ahora.

—No lo sé. Creo que es un chico moreno; ha venido alguna vez a la editorial a recogerla.

—¿Podrías averiguar cómo se llama? Créeme que es importante.

—De acuerdo. Llamaré a su hermana y me entero. ¿Tan importante es?

—Sí. Vuelve a llamarme en cuanto lo sepas, por favor.

Recé en mis adentros. Ojalá no se llamara Carlos.

—Carlos —me soltó de sopetón al llamarme pasados unos pocos minutos—. El novio de Lola se llama Carlos Baeza. ¿Me dirás ahora qué ocurre?

Tardé en responder, muy afectada. Mis peores temores se acababan de confirmar.

—Carlos ha sido asesinado en Gorafe; Lola está desaparecida.

Colgué sin darle mayores explicaciones. No tenía ni fuerzas ni ánimos para hacerlo. Maqueda también se sumió en un denso y silencioso remordimiento. Pudimos haberlos salvado y no lo hicimos. En parte, también éramos, por omisión, responsables de un crimen anunciado. Un cartel indicaba el desvío a Gorafe. No quería llegar, me aterraba encontrar de nuevo un cadáver descuartizado, muchas incógnitas en el aire y ninguna certeza sobre el suelo que pisábamos.

Y de repente, el gran cañón de Gorafe emergió ante nosotros. La carretera comenzó un descenso con curvas muy pronunciadas para vencer el atormentado relieve de las faldas de la garganta. La visión desde arriba, cuando lo tuvimos a nuestros pies, me recordó de inmediato al Gran Cañón del Colorado, con una vegetación de espartos, almendros, retamas y olivos en vez de los cactus de Arizona. En las zonas más elevadas aún podían verse algunas reliquias de las encinas que profusamente cubrieron la zona cuatro mil quinientos años antes, cuando la actividad megalítica alcanzó su esplendor. Un cartel mostraba el aparcamiento de la necrópolis megalítica de los Olivares.

—¿Será aquí?

—No, creo que es algo más abajo. Hay otra necrópolis muy cerca.

Era cierto. Había leído que los casi doscientos cincuenta dólmenes se distribuían en tres necrópolis megalíticas, la de los Olivares, situada en el mismo

borde superior del cañón, la del Conquín, enclavada en una de las faldas laterales de la garganta y la de las Majadillas, situada en la de enfrente. Y todas ellas a muy poca distancia del actual pueblo de Gorafe.

Dos coches de la Guardia Civil cortaban la carretera. En un aparcamiento lateral se encontraban varios vehículos con las luces giratorias encendidas y una ambulancia, que aguardaba el milagro imposible de un herido aún con vida. Todo me resultaba trágicamente familiar. Sus puertas blancas, sus camillas de aluminio, sus equipamientos de primeros auxilios se mostraban inútiles, puro artefacto condenado a la melancolía. No sanarían a Carlos, no podrían hacerlo. Estaba muerto; se limitarían a trasladar su cadáver. Tras la identificación, nos dejaron pasar. Un cartel anunciaba la necrópolis megalítica de la Hoya del Conquín. Zona de muertos calcolíticos, zona de cadáveres actuales, maldije en mis adentros. Uno de aquellos coches aparcados sería el del novio de Lola. ¿Por qué tuvieron que venir hasta aquí?

Recuerdo que el paisaje era espléndido, sorprendente, con aquellas quebradas inesperadas. Los buitres que nos sobrevolaban habrían advertido que la muerte —para ellos vida— se encontraba ya en los alrededores, o quizás es que anidaran en alguna repisa de aquellas paredes que nos cercaban. Su visión me produjo un macabro estremecimiento.

El cadáver ya se encontraba envuelto. A su alrededor, los vasos campaniformes con los restos de las vísceras sanguinolentas del desafortunado. De un simple vistazo comprobé que eran idénticos a los de los otros crímenes, cerámicas que provenían de algún expolio de la zona de Valencina, donde comenzó todo. Tres. Como la carta que mi mente ordenó sacar en presencia de aquellos malditos magos. Tres de copas, el quinto muerto. Aún quedaban dos víctimas por morir que yo, de alguna manera, tendría que señalar para que el mal se ensañara con ellos. Sentí su aliento cerca de mí, rodeándome, impregnándome. ¿O el mal sería yo? ¿O algo que habitaba en mí? Pero miraba, y nada veía; razonaba, sin alcanzar a comprender. El cuerpo sin vida de Carlos se encontraba en un pequeño llano situado en la parte delantera de un dolmen parcialmente destruido. Las ortostatos marcaban con toda nitidez el corto corredor de entrada y la cámara cuadrangular. La mayoría de los cientos de dólmenes de Gorafe eran de tamaño medio o pequeño, salvo algunos de dimensiones considerables y en buen estado de conservación. Los había podido ver en internet durante el viaje y, si no fuera por las tétricas circunstancias que vivíamos, diría que eran muy hermosos y singulares. En aquellos momentos pensaba que eran la pura y terrorífica entrada a los infiernos del neolítico.

Por la orientación del sol, comprobé que el dolmen estaba orientado hacia el este, hacia el amanecer, como la inmensa mayoría de los que conocía.

Conseguirían una imagen mágica, espectral, en los ritos funerarios del alba, cuando los rayos del sol incipiente profanaran la oscuridad del dolmen con los restos del difunto en su interior. O sus huesos, si se trataba —como parecía el caso de los de Gorafe— de un osario. Y tras miles de años de descanso, nosotros, arqueólogos, profanábamos sus tumbas soberbias con nuestras excavaciones para arrojar sus restos en bolsas de plástico que quedaban amontonadas en algún remoto almacén de museo. Una gran humillación y sacrilegio que los grandes señores del pasado y sus sacerdotes querrían vengar. Ya sabía de los conjuros y maldiciones que recaían sobre los que profanaban tumbas de la antigüedad. Se hablaba entre susurros de casos extraños e inexplicables que afectaban a los profanadores de tumbas. ¿Serían los asesinatos rituales la encarnación de su venganza? Me esforcé en ahuyentar aquellas especulaciones, más propias de la serie B del cine gótico que de la realidad. Pero, ¿acaso no estaba yo protagonizando el espanto de una novela terrorífica?

—Maqueda, no tengo fuerzas para permanecer aquí. Deja que me marche.

—No puedo abandonar ahora el lugar del crimen.

—Yo tengo que ir ahora al pueblo —intervino el guardia civil que nos acompañaba—. Si quiere, la llevo.

—Perfecto, vete con él; nos vemos en un par de horas allí, así podrás despejarte.

—Si tienes noticias de Lola me llamas de inmediato, por favor.

—Descuida, así lo haré.

El pueblo blanco de Gorafe se asentaba en la base de una de las laderas del barranco. Me dejaron en una gran plaza abierta. Tenía unas dos horas por delante, nada que hacer y mucho desasosiego que calmar. Decidí visitar el Centro de Interpretación de las necrópolis megalíticas que se encontraba en el pueblo. Un sucinto cartel indicaba la dirección. Se trataba de un moderno y bien resuelto edificio moderno situado con discreción tras una iglesia blanca, hermosa y sencilla. Construido con el maná de los Fondos Europeos cuando aún existían, se articulaba por unos pasillos que bajaban en espiral sobre una gran esfera. En sus laterales se encontraban salas temáticas en las que se proyectaban documentales sobre la hipotética vida de los constructores de dólmenes y sobre la liturgia de los enterramientos. El cadáver, envuelto en pieles, se depositaba al amanecer en la cámara mortuoria junto a su ajuar funerario. Cerámica, algo de comida, armas y collares acompañarían al difunto al más allá. No se trataba de inhumaciones —pensé—, esos videos no recogían la verdadera liturgia. En verdad, en los dólmenes pequeños, sólo depositarían huesos largos, quizás enterrarán antes los cuerpos bajo el suelo de las mismas cabañas en las que vivían, quién sabe. El propio hogar como pudridero y, pasados unos años, los

huesos se depositarían en los dólmenes familiares. O no, no conocemos con exactitud las costumbres funerarias de estas gentes, abuelos de nuestros abuelos, que dedicaban más tiempo, recursos y esfuerzos a la muerte que a la vida.

Los primeros investigadores sobre Gorafe, asombrados por el número y la calidad de las tumbas megalíticas, no tardaron en preguntarse dónde se encontraban los poblados de los vivos que los construyeron. Por pura lógica, dedujeron que tenía que existir una abundante y próspera población para poder edificar y mantener cientos de dólmenes. Pero los poblados no aparecían. Quisieron justificar esta paradoja con el seminomadismo en el que aún vivirían las poblaciones de finales del neolítico. No era esa la razón: la población ya era sedentaria, pero vivía en chozas muy pobres. Pobres en vida, suntuosos en muerte.

Se conocen la ubicación de alguno de esos poblados neolíticos y calcolíticos, como el de las Angosturas de Gor y el de las Hoyas del Conquín. Las casas eran cabañas circulares, de muros de adobe de barro, y se encontraban rodeadas por una muralla elemental con base de piedra y desarrollo de tapial. Pero, al igual que en Valencina, sus habitantes parecían prestar muchas más atención y recursos a la muerte que a la vida. Vivían en modestas chozas de barro y cañas y al final de sus días eran enterrados en soberbios dólmenes de compleja y laboriosa construcción. Si no hubiera sido por ese desproporcionado culto a la muerte, la arqueología no existiría. A lo largo de los milenios, los muertos dejaron más huellas arqueológicas que los vivos.

Empleé poco más de una hora en la visita al Centro de Interpretación. Llamé a Maqueda. Apagado o fuera de cobertura. Aún seguiría en el barranco. Decidí pasear un poco. Un camino me llevó hacia el cementerio del pueblo, la necrópolis actual. Un muro de escasa altura dejaba ver el interior, con sus tumbas y nichos a la intemperie, materia para la arqueología del futuro. ¿Se extrañarían nuestros descendientes de los ritos funerarios que practicábamos? Por lo menos —me consolé— deducirían que dedicábamos mayores recursos a la vida que a la muerte, algo extraño y contradictorio para lo que fue habitual durante la mayor parte de la existencia de nuestra especie necrofílica.

A mi frente se alzaba el enorme farallón del barranco. Una serie de pequeñas aperturas rectangulares se recortaban a gran altura sobre la gran pared vertical del cañón. Se trataba de los Algarves, una compleja red de cuevas excavadas durante la Edad Media, en pleno periodo andalusí, como defensa y refugio de la atribulada población. Me prometí que algún día subiría a visitarlas; según me había comentado la responsable del Centro de Interpretación, conformaban un auténtico laberinto, tan inexpugnable como misterioso.

Regresé a Gorafe y me dirigí hacia la salida del pueblo, por donde supuse que

regresaría Maqueda. Lo llamé de nuevo sin éxito. ¿Sabría algo de Lola? ¿Qué podría haberle pasado? Ojalá que no apareciera asesinada a las puertas de un dolmen cercano. Sentí hambre y entré en una venta que tenía a mi izquierda, Posada de los Guilos, se llamaba. Una señora amable, enérgica y de pelo blanco atendía la barra y las mesas. Me senté en una de ellas. A mi espalda, el testero de la pared se encontraba repleto de fotografías de diversos dólmenes europeos con una fecha escrita abajo. Alguien se enorgullecía de sus visitas a lugares megalíticos. Turismo megalítico... Me estremecí de terror. Así comenzó Luis Gestoso, así se alejó mi padre de nosotras. Mi padre... ¿qué tendría que ver con toda esta historia? A medida que los hechos se precipitaban más dudas suscitaban su figura y su comportamiento. Pero aún me negaba a aceptar su complicidad en los asesinatos...

—Artafi, soy Maqueda, ya vamos para el pueblo.

Para mi sorpresa, llegó acompañado por la plana mayor de la Policía Nacional, el comisario Javier Fernández y la inspectora Teresa Francino.

—En cuanto nos enteramos esta mañana de lo sucedido decidimos venir hasta aquí. El asunto se nos ha escapado de las manos por completo. El escándalo está servido, mañana no se hablará de otra cosa en España. También en Portugal, me temo. Los crímenes del dolmen, titulan las noticias. Y esto es malo, malo para todos, para la investigación, para nosotros, para nuestros jefes... y para ti, Artafi. Aunque intentamos contener la noticia, varios periodistas están tras tu pista, como eje común en todos los asesinatos.

—La dama negra de los dólmenes...

—Sí, así te llaman algunos insensatos... Por eso, te recomendamos que no atiendas por teléfono a ningún remitente desconocido. Cualquier metedura de pata con la prensa aún complicaría más la situación.

—¿Habéis podido avanzar algo? —me atreví a preguntar—. ¿Tenéis alguna hipótesis acerca de los criminales? ¿Sabemos dónde está Lola?

—Estamos trabajando duro y pronto veremos algún resultado —trató de animarnos Fernández, sin mucho éxito.

—Pero de Lola, nada sabemos —intervino Maqueda—. Hemos comprobado que, en efecto, salió de Córdoba ayer viernes por la tarde con su novio Carlos. Reservaron en un hotel-cueva de Guadix para dos noches. No llegaron a dormir, Carlos fue asesinado algo después de medianoche. Dejaron el coche en el aparcamiento. De Lola no sabemos nada. Hemos rastreado las tres necrópolis y no aparece. La hipótesis más probable que manejamos en estos momentos es que permanezca retenida por los criminales.

—¿Secuestrada? ¡Al menos aún estaría con vida!

—exclamé con cierta esperanza.

—Así es. Esperamos liberarla sana y salva.

—Porque parecen que sólo los hombres son asesinados ritualmente, ¿no?

—Hasta ahora así es, pero no podemos garantizar nada de cara al futuro. Tratamos de comprender la extraña lógica de la selección de las víctimas, que te sitúa a ti en el centro. Es en esa línea donde debemos investigar, tú eres la clave de la resolución de los crímenes.

—Los tengo sobre mis espaldas, no puedo más...

—Vamos a ver —La inspectora habló con su seguridad habitual—. Hemos analizado a todas las personas de tu entorno. Las hemos agrupado en tres círculos en función del grado de cercanía. Ellas son las que conocen, más o menos, todos tus movimientos, proyectos y planes. Confírmanos, por favor, nuestras suposiciones o corrígenos en su caso.

—Así lo haré —respondí resignada, sabedora de que habrían hurgado hasta lo más profundo de mis intimidades.

—El primer círculo de confianza lo formarían tu madre y tu amiga Marta. El segundo, el profesor Cisneros y tu padre, que, de alguna manera, ha regresado a vosotras. El tercero son tus amigos y otros componentes del departamento de arqueología.

—Sí, son las personas más cercanas. Menos mi padre que, sencillamente, no está.

—No estés tan segura de eso. Por ahora, pensamos que los principales sospechosos son esas personas de tu entorno.

—¿Mi madre? ¿Marta? ¿Cisneros?... Es ridículo.

—¿Por qué no crees también ridícula la presencia de tu padre? ¿Es que sospechas algo de él?

—No... es que llevaba tanto tiempo sin saber de él... Me desconcierta su súbita aparición...

—Creemos que tuvo relación con Luis Gestoso. Ambos ingenieros, obsesionados con el megalitismo... Los dos abandonaron a sus familias. Pronto podremos demostrar que viajaron juntos en alguna ocasión...

—¿Viajaron juntos?

—Creemos que tras tu visita a su ex mujer en Murcia tú también llegaste a esa misma conclusión. ¿Es así?

—Además de mis llamadas, ¿también leéis mis pensamientos?

—Dinos... ¿lo sospechas?

—Me he hecho la pregunta. No encuentro respuesta.

—Pues el sospechoso número uno es tu padre.

—Joder...

—Pero para verificar esa hipótesis, necesitamos saber cómo se ha ido

enterando de tus pasos.

—Es imposible que lo sepa —respiré aliviada—. No he hablado con él en ningún momento.

—Pero puede haberlo hecho tu madre, ¿no?

Mi mundo se hundía, mis pocas certezas se tambaleaban. Yo lo comentaba casi todo con ella... ¿Mi madre sospechosa? ¿Es que habían enloquecido?

—No... eso no....

—Puede que se lo haya comentado sin malicia. Tu madre vería normal que tu padre se interesara por ti y le iría contando tus pasos...

—¡Pero si mi madre no habla con él!

—Antes, no lo sabíamos. Desde hace unos días sí, sí que habla.

—Sí..., ¿qué? ¿Qué habla? ¿Es que también le habéis pinchado el teléfono a ella?

—No vamos a desvelarte nuestros procedimientos. En todo caso, lo que hacemos es legal y, por supuesto, completamente confidencial.

Legales podrían ser, pero discretos, nada de nada. Todos los días nos desayunábamos en prensa con filtraciones de intimidades de unas y de otros. Un espanto.

—Tengo que advertir a mi madre de lo de vuestras escuchas.

—No lo hagas. No sabemos nada, no sabes nada.

—Perdona, sé muy pocas cosas, pero si hay algo de lo que estoy completamente convencida es de que mi madre nunca me haría daño.

—En eso estamos de acuerdo contigo. Pero puede ser quien nos conduzca hasta el asesino.

—¿Mi padre?

—No lo sabemos. Por eso, mejor que no le digas nada todavía.

—Vamos a redoblar el seguimiento y control de todos los sospechosos —apuntilló Teresa Francino—. Y reforzaremos la vigilancia sobre ti. Pronto lo atraparemos.

Apenas si hablé durante el largo camino de regreso. No le había contado todo a la policía. Cuando hablé por teléfono con Lola y me contó su intención de ir a Gorafe, mi madre estaba en el salón. Necesariamente tuvo que escuchar la conversación. ¿O no lo había hecho? En todo caso, no creo que se lo hubiera contado a mi padre... ¿o sí? Estaba cansada de ese estúpido juego de engaños. Ni la policía me contaba todo aquello que sabía, ni yo terminaba de narrarle mis secretos. No nos terminábamos de fiar los unos de los otros.

No quise obsesionarme y me concentré en el sorprendente paisaje de Gorafe. Su barranco y sus necrópolis megalíticas me remitían a tiempos remotos. No era un territorio del hoy, parecía transmutado, por la mágica alquimia de la

ensoñación, en un escenario antediluviano. En una ocasión, cuando todavía estudiaba la carrera, visitamos los yacimientos de Orce y de Fonelas. En Venta Micena, una pedanía de Orce, se encontró, además de una espectacular acumulación de restos de fauna de hace más de un millón y medio de años, abundante industria lítica y algún resto óseo, como un trozo de cráneo — encontrado por José Gibert— o una falange de la mano del que pudiera ser el humano más antiguo de Europa, con una antigüedad superior al millón seiscientos mil años. Los bordes del lago del altiplano de Guadix-Baza era, con mucha probabilidad, uno de los yacimientos paleolíticos más importantes del mundo, compartiendo relevancia con Atapuerca, en la provincia de Burgos, o Dminisi, en el Cáucaso.

Todo el paisaje era brutalmente primitivo, como salvajes y primitivos eran los ritos que nos amenazaban. ¿Desde cuándo la humanidad habría realizado sacrificios humanos? Supuse que desde el inicio de los tiempos. Desde luego, se practicaron en el neolítico y el calcolítico. ¿A quién sacrificarían? ¿A prisioneros de guerra? ¿A criminales? ¿A esclavos? ¿A personas elegidas? ¿Y hoy en día? ¿Por qué los sacrificaban? Los sacrifican para ofrendarlos a los dioses. También, y lo sabes, para conseguir la fuerza y el poder de la víctima.

—¿Qué piensas, Artafi? Vas muy callada...

—Intento comprender la mente megalítica. Si queremos descubrir a los asesinos tendremos que sumergirnos en ella. Sólo así entenderemos sus ritos.

—Así es. Ya lo hemos intentado, pero, créeme, no es fácil.

—¿Sabes? Pienso que os estáis equivocando. No lograréis detenerlo usando vuestra tecnología electrónica de escuchas. Ellos no actúan según la lógica digital, estoy convencida de que intentan comportarse como lo hubiéramos hecho hace cinco mil años.

—Querida, hoy en día es imposible escapar de la huella digital. Todos, incluso el más prudente, dejamos rastro. Una llamada, un correo, un gasto con la tarjeta, un localizador. Nuestros sistemas lo controlan todo, hemos superado el Ojo que todo lo ve del Gran Hermano orwelliano.

—Puede que sí, puede que no. Yo, de vosotros, no me confiaría.

De nuevo me sumergí en mis pensamientos. ¿Cómo se organizaría hoy en día un grupo de personas que aspirara a comportarse como un arcano megalítico? La policía del XXI, con alma de silicio y coltán, era extraña por completo a la oscuridad del dolmen y al filo cortante del sílex; nunca comprenderían el alma antigua a la que se enfrentaban. Unos psicópatas retaban al futuro desde las penumbras de la prehistoria y, hasta ese momento, el dolmen ganaba la batalla al ordenador. Y yo intuía que parte de la guerra se libraría en lo más hondo de mi ser. Tenía que provocarme a mí misma. Pero eso, los polis, no lo comprenderían.

Los dólmenes no son piedra, son vida. Unen al hombre y a la naturaleza. Viven en nosotros y en nosotros mismos hemos de descubrir sus secretos.

Al regresar a casa, me encontré con mi madre, que preparó una cena ligera para las dos. Me encontró abatida y trató de animarme, sin éxito, mientras comíamos la ensalada de pollo.

—Mamá... ¿hablas con papá?

De nuevo teníamos nuestra copa de PX entre las manos. La pregunta —o el tono de mi voz— le sorprendió. Tardó en responder.

—A veces me ha llamado desde un móvil con el número oculto, otros desde una cabina. Solo para saber cómo estamos.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—No le di mayor importancia, no quería nada en especial. Además, nunca estabas conmigo cuando recibía su llamada.

—No me ocultas nada, ¿verdad?

—¿Ocultarte algo? Por supuesto que no. ¿Por qué dices eso?

—Sabes que llevo mucho tiempo con ganas de hablar con papá, de saber de él, y no me has dicho nada... Tienes demasiados secretos para mí, me desconciertas...

—No te preocupes, hija, que en cuanto pueda te lo paso para que hables con él. A mí apenas me dice nada. Pregunta, yo respondo y después cuelga.

—¿Le cuentas mis cosas? Cómo me encuentro, lo que hago y todo eso...

—Sí, a veces le hablo de ti. Está preocupado.

—¿Y por qué no me llama a mí?

—No lo sé, cosas de tu padre. No lo sé, pero siento que lo estamos recuperando.

—A lo mejor no quiero recuperarlo.

—No hemos deseado otra cosa, hija mía, desde que se marchó.

Tenía razón. Mi madre solía acertar en cuestiones del corazón. No se lo reconocería.

—Mamá, esta mañana no te encontré en la habitación cuando salí para Gorafe. ¿Dormiste fuera?

No esperaba la pregunta y su respuesta tendría que haber llegado un segundo antes para resultar creíble por completo.

—Madrugué, no te quise despertar. Fui al campo de una amiga, en la sierra, cerca de Cazalla.

—Ya...

No quise seguir con el tema. La cizaña de la duda que los polis sembraron en mi interior comenzaba a brotar. No deseaba que mi madre lo advirtiera. Así que decidí cambiar de materia.

—Mamá, te lo tengo que reconocer... Los dólmenes comienzan a obsesionarme de una manera extraña... casi obsesiva. Me aterran y me atraen, los odio y los amo.

—Como a papá...

Rompió a sollozar. Al intentar consolarla con un abrazo me apartó suavemente. Sus ojos lucían con brillo de gata en noche de luna.

—Artafi, pase lo que pase, siempre tenemos que permanecer unidas.

—Sí.

—Debes alejarte del dolmen. No te hará bien.

—¿Y si es el dolmen el que no se aleja de mí? Mamá, yo no los busco, son ellos los que aparecen en mi camino.

Asintió con tristeza. Pareció comprenderme.

—Tendrás que andar tu propio camino... Pero haz todo lo posible por alejarte de ellos, por favor.

—Lo intentaré. Pero el próximo jueves visitaré con un amigo los dólmenes de El Gandul.

—¿Los de Alcalá de Guadaira?

—Sí —y me extrañó que mi madre los conociera—, los de Alcalá. Iremos por la tarde, cuando comience a refrescar.

—Ya sabes que no debes hacerlo...

—¿Por qué no, mamá?

—Estás jugando con fuego, retas a las tinieblas.

—Quizás sea eso lo que desee. Sólo así podré conseguir derrotarlas.

Callé. El cebo ya estaba lanzado. Sólo me restaba aguardar acontecimientos.

XIX

El jueves por la tarde me dirigí con el coche de mi madre hacia Alcalá de Guadaíra, a apenas quince minutos de Sevilla. Allí me reuniría con Luis Reina, un compañero de carrera que durante años me había pretendido, sin ningún éxito por su parte. Me caía bien, pero distaba mucho de ser mi tipo. Siempre lo catalogamos como el clásico empollón, el que sabe mucho y que se fuerza, además, en que se note. Pero era servicial y tenía tiempo libre. Tampoco le habían ido las cosas demasiado bien, al pobre. Comenzó a trabajar como profesor en un colegio privado, pero con la crisis había resultado despedido. Y desde entonces vagaba como alma en pena. Para ocupar su tiempo también había comenzado a trabajar en su tesis doctoral, sobre el siglo XIV en el entonces Reino de Sevilla, tema que, la verdad, no me atraía lo más mínimo. Algo no funcionaba bien en nuestra sociedad. O, mejor dicho, en la sociedad andaluza y española. Siempre nos dijeron que el estudiar, el formarse, el sacarse títulos era la puerta cierta del éxito. ¡Y una mierda! Jamás tuvo España tantos universitarios, nunca su juventud estuvo mejor formada y todo ¿para qué? Pues para batir récords estratosféricos de desempleo. Tantos licenciados y tan pocas empresas, tantos parados y una administración tan tiesa... Nuestras familias nos animaban a colocarnos en la Junta —un sueldo seguro para toda la vida, me repetía mi madre— sin caer en la cuenta de que alguien tendría que crear empresas para emplearnos, digo yo, que en la Junta no cabíamos todos. Pero eso, por aquel entonces, ni eso ocurría ni parecía que fuese a pasar pronto, por lo que seguiríamos parados y viviendo en casa de mamá. Como yo, con casi treinta años cumplidos y dependiendo de mi madre para cama, comida y estudios, eso sí, siempre con más y más estudios.

Luis Reina fue mi segunda opción. Antes, intenté realizar aquella visita con Alfredo Gutiérrez, el doctorando del departamento, pero se negó a acompañarme. Ni loco voy a ver dólmenes contigo, me espetó. Y tú no deberías ir tampoco. Era un tipo extraño ese Alfredo, inclasificable, incapacitado para las relaciones sociales. Podría ser un sospechoso, si no fuera porque lo consideraba algo simple, incapaz de maquinar algo tan espantoso como lo que sufríamos. Pero quise tentarle. Dejaba hilos de la madeja para después recogerlos. Ya comprobaríamos los resultados.

Quedé con Luis Reina en la venta Montecarmelo, un clásico de la autovía de Málaga que se encontraba junto a un gran nudo de carreteras. Al llegar comprobé que el establecimiento se rotulaba como Casa Ramos. Luis Reina ya

me esperaba en la barra.

—Cambiaron el nombre de la venta —me aclaró como saludo.

—Ya... Pídeme un café con hielo, por favor.

—Camarero, por favor, un café con hielo y un té verde.

—¿Ahora tomas té?

—Sí, me han dicho que es mejor para la salud.

Le pegaba. Tenía comprobado que el universo se dividía en dos grandes mitades, distintas y distantes entre sí; la de los bebedores de café y la de los consumidores de té. Yo, por ejemplo, bebía café y el sabor del té me parecía repulsivo. No podía con él. Así que me resignaba a morir antes, enferma y avejentada, que la creciente horda de téadictos, tan saludables y tan *fitness*.

Decidimos ir en su coche, más alto que el mío y mejor preparado para los caminos. Cinco minutos después, abandonamos la autovía de Málaga y, de repente, el paisaje se mudó por completo. Alcalá de Guadaíra está rodeado de enormes polígonos industriales y, de repente, habían desaparecido como por ensalmo. Sin naves ni construcciones industriales el campo se nos mostraba abierto, como suspendido del cielo y ribeteado por caminos de color amarillento, reflejo del albero tan abundante en la zona. Grandes chumberas delimitaban veredas y propiedades, aunque, a medida que nos adentrábamos en aquel espacio atemporal, las alambradas sustituyeron al seto espinoso de nuestros mayores. Una pareja de ancianos recogía higochumbos con unas largas cañas abiertas en su punta. ¡Cuánto tiempo hacía que no los probaba! Los bebedores de té me alabarían, seguro, sus propiedades antioxidantes o algo parecido. Lo sabían todo sobre los alimentos. A mí sólo me interesaba su sabor, a pesar de la advertencia de mi abuela. Niña, ten cuidado con los higochumbos que producen estreñimiento. Mi abuela. Mi madre. Yo. Una tela familiar entretejida por hilos invisibles que nos ataba y nos retenía, cuyo secreto velado yo debía descubrir.

—Según mi plano —le indiqué— el dolmen de la Cueva del Vaquero debe estar a la izquierda de esta vereda, un poco más adelante.

El estrecho camino quedaba delimitado por altas cercas de alambre. A mi izquierda, la zona militar, con intimidantes carteles de PELIGRO y a la derecha, un olivar todavía joven tras el cual se recortaba una elevación sobre el horizonte, que identifiqué de inmediato con el Toruño.

—Mira, Luis —señalé con el dedo—. Allí está la ciudad prerromana.

—¿Ciudad prerromana? ¿Pero no habíamos venido a ver una necrópolis megalítica?

—Querido, estás en un lugar especial. Aquí hay de todo...

En efecto, El Gandul era uno de esos lugares mágicos, bendecidos por los dioses desde la antigüedad, de los que la historia se encapricha de vez en cuando.

Allí lucían restos de todas las culturas pasadas. Así, sobre la conocida mesa de El Gandul, una elevación cortada por el acusado desnivel de la cornisa de Los Alcores sobre la vega, se ubicó un importante asentamiento calcolítico primero, una ciudad del bronce después, posteriormente tartésica para llegar a ser una ciudad romana. Los restos de una gran muralla con sus altos torreones —hoy en ruinas y cubiertos por una densa vegetación mediterránea— se recortan en el horizonte en el Toruño. Un lugar espléndido para el hábitat humano, ocupado durante tres o cuatro mil años hasta que, sin que todavía conociéramos el motivo, quedara despoblado. Una ciudad perdida y escondida a los tiempos bajo tierra, a la espera de los siglos que la descubrieran de nuevo.

Al pie del Toruño, y a nuestra izquierda, se encontraba un terreno plano, cubierto por una gran extensión de palmitos, la pequeña palmera tan habitual junto a veredas y caminos. Consulté de nuevo mi plano. Bajo ese palmitar se tenían que encontrar las ruinas sin excavar del anfiteatro de la ciudad. Pero si al sur estaba la ciudad de los vivos y sus equipamientos, al norte se estableció el reino de los muertos con los suyos. Existían varias necrópolis megalíticas en la zona, algunas con dólmenes espléndidos, como el de la Cueva del Vaquero, el del Término o el Tholos de las Canteras. El gusto funerario tartésico dejó como herencia varios túmulos, perfectamente visibles hoy en día. Y, cómo no, sobreponiéndose a unos y otros se encontraba la necrópolis romana. Todos ellos conformaban aquel lugar sagrado desde seis mil años atrás que aún exhalaba la honda espiritualidad de tantas almas enterradas.

—Ya debemos estar llegando. Según mis indicaciones, el mausoleo romano debe estar a nuestra izquierda...

—Míralo, ahí está.

—¡Sí, es enorme! Pero... ¿cómo entramos?

La cerca metálica de los militares se extendía a lo largo del camino, sin que puerta o cancela alguna permitiera el paso hacia las necrópolis romana y prehistórica.

—Esta cerca la han tenido que levantar hace poco tiempo... Hablé anteayer con un amigo que estuvo aquí hace unos meses y no me dijo nada de ella.

—Ahí se ve la entrada del dolmen, debe ser la Cueva del Vaquero.

—Y mira, allí, delante de aquellos eucaliptos del fondo se aprecian con toda claridad los túmulos tartésicos. ¡Este sitio es increíble, una pasada!

—Sí, pero me parece alucinante que estén cercados, que nadie pueda entrar a verlos.

—Sí, es para protestar.

Nos bajamos del coche para hacer algunas fotos. A unos cien metros de nosotros se encontraba el gran monumento funerario de la necrópolis romana, un

enorme columbario circular de casi diez metros de diámetro. Un lugar sagrado durante miles de años —y me estremecí al pensarlo—. Dólmenes, túmulos tartésicos, necrópolis romanas, todas juntas y en armonía. Los antiguos respetaban las tumbas de sus predecesores. Ahora las profanábamos. Los expoliadores, para vender sus riquezas; los necios, para ocultarlas y que así no les causaran perjuicios en sus propiedades; y los arqueólogos para estudiarlas. Todos sacrílegos, al fin y al cabo.

El Gandul sobrecogía por su luminosidad y por su enorme acumulación de necrópolis de todos los tiempos. Y, aunque Bonsor excavó los primeros dólmenes a principios del siglo XX, todavía quedaba mucho por descubrir e investigar en ese lugar mágico y de raíces perdidas en el tiempo. Resultaba increíble que lugares como aquel, auténticos paraísos arqueológicos, cercanos además a una gran ciudad, permanecieran vírgenes, por completo abandonados y desconocidos. En cualquier país europeo sería un monumento nacional; aquí, apenas una línea perdida en el horizonte.

Anduvimos a lo largo de la cerca, en busca de un portillo para poder acceder a las necrópolis, pero fue tarea inútil. La tarde comenzaba a caer, lenta, dulcemente, como gusta en los veranos del sur, cuando el tiempo parece detenerse. Unos ciclistas pasaron veloces sobre sus artilugios todoterrenos, bastante más ligeros y sofisticados que las bicicletas de mi infancia. Decidimos regresar al coche para continuar la excursión.

—Vamos al dolmen de El Término. Está restaurado y muy cerca de aquí, junto al camino.

Cinco minutos después nos encontrábamos junto al túmulo del dolmen... pero sin conseguir entrar en él. Otra cerca nos volvió a impedir el paso, en esta ocasión de una propiedad privada.

—¡Coño, es que no vamos a poder ver nada!

De nuevo caminamos a lo largo de la valla, sin lograr encontrar un hueco para poder visitar el megalito. Gritamos e hicimos sonar el claxon delante de una cancela, por si nos abrían desde una nave que veíamos en su interior, pero todo fue inútil, nadie pareció advertir nuestro estruendo. Resignados, maldiciendo instituciones y particulares, nos dispusimos a visitar el Toruño. Aparcamos el coche, nos saltamos una cerca y nos dirigimos hacia la mesa de El Gandul, para lo que tuvimos que atravesar la mayor extensión de palmitos que nunca hubiera conocido. Me giré para divisar el espacio de las necrópolis. Allí advertía los túmulos y el mausoleo romano. Otros ciclistas —¿o eran los mismos?— rompieron la soledad del paisaje. Observé como, al pasar a la altura del camino en la que se encontraba aparcado nuestro coche giraron sus cabezas para mirar hacia donde nos encontrábamos nosotros. Aquel gesto me alertó. ¿Quiénes eran?

Por vez primera fui consciente del peligro que corríamos. Estaba jugando con fuego, como me advirtiera mi madre, provocando la furia de un enemigo satánico. Quise jugar y con mi juego arriesgaba nuestras vidas. Sobre todo la de Luis, que podría terminar descuartizado tras un rito milenario. Nada sabía el infeliz del lío en el que había decidido meterlo. ¿Qué debía hacer? Si continuaba hacia el Toruño nos adentraríamos en un lugar aún más solitario y misterioso...

—¡Artafi, vamos —me gritó Luis—, no te quedes atrás!

Seguí tras sus pasos, que fuera lo que Dios quisiera. Llegamos hasta la altura que advertimos desde el camino y, en efecto, se trataba de un ancestral torreón destruido. La línea de muralla, con sus piedras derrumbadas y su manto de densa vegetación mediterránea, era perfectamente visible. Al traspasarla nos adentramos en lo que tuvo que ser la antiquísima ciudad, hoy olivar. Una serena quietud nos amparaba, demasiada tranquilidad; la paz de los muertos, pensé yo.

—¡Mira, todo el suelo está lleno de cerámica antigua! —Luis exteriorizaba su entusiasmo ante la abundancia de material arqueológico que se mostraba a simple vista—. ¡Mira qué tégula!

Mi amigo me mostraba un gran trozo de tégula, la teja romana, que lo mismo servía como tejado o como cobertura de los enterramientos de la época. La densidad de cerámica y de trozos de elementos constructivos era enorme. La ciudad tuvo que ser importante para habernos legado tantas evidencias de su esplendor. Este promontorio, defendido por uno de sus lados por esa imponente muralla y por el otro por el abrupto desnivel de Los Alcores, tuvo que resultar inexpugnable desde aquel amanecer de la historia. Caminar sobre ciudades abandonadas, que albergaron la vida y el bullicio urbano durante miles de años y que, por causas desconocidas, morían y caían en el olvido colectivo, me sumía en una honda melancolía. Esta ciudad de El Gandul fue próspera y rica; sus poderosos habrían competido en soberbia y ostentación. Hoy no quedaba ni la memoria de su recuerdo. Nada. Y si eso ocurrió en tantas ocasiones con tantas ciudades del pasado, ¿quién nos decía que no volvería a ocurrir con las actuales? Sevilla, Barcelona, París, Madrid, Moscú... ¿se recordaría siquiera su nombre dentro de cinco mil años?

Pisaba cerámicas y restos de la ciudad perdida; de lo que miles de años atrás fue vida y que por aquel entonces sólo respiraba desolación. Cuando pensamos en ciudades perdidas, nos vienen a la cabeza el Yucatán, el Sáhara o los desiertos de Irak. Nadie cae en la cuenta de que vivimos rodeados de ciudades y pueblos desaparecidos. Sólo en Andalucía existen más de doscientas ciudades romanas enterradas, algunas sin localizar todavía. Y si viajamos por una gran parte de España vemos como los pueblos se abandonan para morir. Se convierten en arqueología delante de nuestras propias narices. Estas ruinas del pasado, esos

mueritos sin nombres, nos anclan con el territorio, amarran nuestras almas al ancestro compartido. De alguna manera, nosotros somos ellos; ellos son nosotros.

—¡Vamos a llegar hasta la cornisa! —me gritó Luis mientras saltaba como un niño—. ¡Quiero ver la campiña desde su altura!

Resignada, iba a aceptar, cuando me pareció advertir que algo se movió entre la vegetación de la muralla. Quizás fuese sólo fruto de mi imaginación, o quizás se tratase de una perdiz o de un conejo... El miedo me paralizó un instante. No podíamos seguir. Mi intuición me advirtió del peligro. Alguien nos acechaba, nos teníamos que largar de allí cuanto antes.

—Luis, no podemos seguir, que va a anochecer y todavía nos queda por ver la parte medieval.

Mi tensión se acrecentaba por momentos. Cuando pensaba que Luis insistiría en continuar adentrándose en aquel olivar solitario, su respuesta me sorprendió. Su asentimiento prudente alivió mi tensión.

—¡De acuerdo, tienes razón, ya veremos esto otro día! ¡Ahora tenemos que conocer el poblado medieval!

—Sí, corre, vamos de prisa.

Aceleramos el paso para regresar al coche con la punzante sensación de ser observados. Desde la mesa de El Gandul podríamos haber caminado hasta la aldea y la ermita, pero preferí regresar al coche y llegar por carretera hasta el lugar, aunque tuviéramos que dar un pequeño rodeo. Sólo cuando nos montamos en el vehículo y arrancamos pude sentirme segura. Apenas rodamos un par de kilómetros sobre la antigua carretera de Málaga cuando llegamos al palacio de El Gandul. El sol moribundo teñía de rojo el albero del Alcor; nos quedaba poco tiempo de luz para dar una vuelta por la ermita y la aldea. El imponente palacio de los marqueses de Gandul, que se nos mostraba con sus formas renacentistas al borde mismo de la carretera; era de propiedad privada y no se podía visitar. Sobre el palacio destacaba una gran torre rematada por un enorme palomar. Unos decían que tenían base romana, pero parecía que su origen era medieval. En todo caso, en El Gandul, los tiempos se entreveraban para constituir un todo orgánico entre las piedras del ayer y las piedras de hoy.

—Mira —ahora Luis tomaba la batuta de guía, dado su conocimiento medieval—, esta es la Ermita de San Juan Evangelista. Lo acabo de leer en internet. ¡Este sitio es la bomba!

Accedimos a la base de la Ermita por un callejón recortado sobre la roca albariza. El aire olía a humedad, sin duda alguna una fuente o manantial justificaba su ancestral riqueza arqueológica. Mientras Luis caminaba alrededor de la ermita y tomaba notas en un pequeño cuaderno que llevaba, yo miraba

hacia un lado y otro, inquieta. Las malas sensaciones me perseguían. Tendríamos que haber regresado a Sevilla y no aventurarnos por aquella parte de El Gandul. Quien quiera que fuera el que nos observaba podría atacarnos a esa hora incierta del crepúsculo. Pero el palacio estaba vigilado y si gritásemos quizás pudieran venir en nuestro auxilio.

—Vamos a intentar ver los restos del poblado medieval.

—Luis, no deberíamos alejarnos del coche, anochece y...

—Seguramente el poblado ya era una alquería andalusí —mi amigo hablaba con pasión mientras ascendía por el camino mientras leía la historia del lugar en su móvil— que después de la conquista de Sevilla por Fernando III pasó a manos cristianas. Un siglo después, Enrique II, en 1369, en agradecimiento por su apoyo en la guerra contra su hermanastro Pedro, entregó el lugar a Amao de Solier. Posteriormente nacería el marquesado de El Gandul.

El camino se encajonaba con mayor profundidad entre aquellas paredes excavadas. Y a ambos lados, se alzaban unas ruinas inquietantes, lienzos de murallas, caseríos destruidos, sin duda restos de aquel poblado medieval que tanto enajenaba a mi amigo, que seguía su perorata cada vez más acelerado y lejano. Su paso era más rápido que el mío y pronto lo perdí de vista. La visión entre las penumbras del crepúsculo era muy reducida y sentí un miedo tenso, enervado. Aquel lugar, con sus piedras, sus muertos y sus misterios me aterrorizaba. No pude avanzar más y me quedé paralizada, sin escuchar ya las palabras de mi amigo, perdido entre la oscuridad del medioevo que se respiraba en aquel maldito lugar. Y fue entonces cuando todo se precipitó. Primero fue un ruido a mis espaldas, como de unos pasos amortiguados sobre el rastrojo superior.

—¡Luis, Luis, ven, por favor!

No me contestó. Todo se hizo oscuridad, noche y silencio, falso silencio. Como un animal aterrorizado me encogí, sin querer respirar ni hacer el mínimo ruido. Alguien estaba ahí cerca, envuelto en la noche dispuesto a saltar sobre mí.

De repente, escuché gritos lejanos, un gran estruendo. Sin duda alguien atacaba a Luis. Incapaz de reaccionar, chillé con todas mis fuerzas pidiendo ayuda. Mis gritos alteraron la falsa paz de mi entorno. Enseguida escuché carreras, linternas que se encendían. Eran muchos, muchos más de lo que jamás hubiera podido sospechar. Y estaban ahí, dispuestos a acabar con nosotros. Grité con todas mis fuerzas y comencé una carrera hacia el palacio, con la esperanza de encontrar ayuda, con la mala fortuna de tropezar y caer al suelo con estrépito. Entonces fue cuando sus linternas me enfocaron y aprecié sus siluetas al acercarse. Era mujer muerta. Me dispuse a defender cara mi vida y me incorporé con decisión. Prefería morir antes de que me atraparan.

—¡Artafi, tranquila, que somos nosotros!
No entendí nada. ¿Quién eran esos nosotros?
—Somos de la Policía Nacional. Te hemos vigilado todo el tiempo. Al comenzar a gritar hemos decidido mostrarnos, no existe ya peligro alguno, nadie os ha seguido.
—Entonces, los ciclistas, el movimiento en la muralla del Toruño, los pasos...
—Sí, éramos nosotros, tus ángeles guardianes.
Sin poderlo evitar, me abracé a la policía más cercana.
—Gracias, ¿y Luis?
—¿Tu compañero? Ya viene para acá, sano y salvo.
—¿Sano y salvo?
—Sí, tropezó con unos escombros y cayó al suelo. Gritó de dolor y los agentes que le vigilaban se acercaron para ayudarle. Él no se lo esperaba y también gritó del susto.
—Eso fue lo que me sobresaltó.
—Bueno, ahora ya ha pasado todo. Nadie os ha seguido durante toda la tarde. Habéis estado por completo seguros. Por cierto, este sitio no es recomendable para andar por la noche, tiene algo de....
—¿Siniestro?
—Sí, siniestro, tú lo has dicho.
—Descuide que no volveremos a andar por aquí a esta hora.
—Podéis iros tranquilos, pero mejor no le cuentes nada a tu amigo; no es bueno que sepa que te vigilamos.
Un grupo descendía por el camino, sin duda Luis y sus ángeles de la guardia.
—¿Qué ha pasado, Artafi? —me preguntó cuando nos quedamos solos—. ¿Tú entiendes algo? Aparecieron de la nada cuando caí, me ayudaron, pero no me dijeron nada. ¿Quiénes pueden ser? ¿Qué carajo hacían con esos trajes de camuflaje en medio de las ruinas?
—Deben de ser aficionados a la astronomía —improvisé—, salen a pasear por la noche para ver estrellas.
—Joé, pues vaya pintas; más bien parecía que iban a celebrar una misa negra o un ritual satánico en este lugar espeluznante...
—No digas tonterías, por favor. ¿Y este lugar, no decías que era tan maravilloso hace un ratito?
—Con luz. De noche es, sencillamente, terrorífico.
—Anda, no seas exagerado y vámonos a casa, ha sido una tarde muy agradable.
—Nadie puede figurarse que existen estos parajes tan formidables al lado de Sevilla.

—Ni tan desconocidos.

—Ni tan misteriosos ni mágicos...

—No, nadie se lo figura.

Cuando llegué a casa ya tenía varias cuestiones claras. La policía había montado un gran dispositivo de seguridad en El Gandul para protegerme y para detener en su caso a los agresores. Sabían que allí iría con la suficiente antelación como para montar aquel dispositivo. Pero, ¿cómo se había enterado de mi visita? Nunca hablé de ello a través del teléfono con nadie. A Alfredo y a Luis se lo había comentado de viva voz el día anterior y resultaba imposible que estuviesen vigilados ni que mantuvieran contacto con la policía. También hablé de mi visita a El Gandul con mi madre. Salvo que hubiesen colocado micrófonos en mi vivienda —lo que nada me extrañaría—, la policía tenía que haber obtenido la información para montar el enorme dispositivo de vigilancia de El Gandul de una de las conversaciones telefónicas de mi madre... ¿con mi padre? Por increíble que me pareciera ya no podía rechazar ninguna opción. Nadie tenía ya en quién confiar, el mundo se había tornado en algo extraño e inhóspito para mí.

Me metí en mi habitación, lo último que deseaba esa noche era ver el rostro de mi madre. No sabría qué contarle, ni cómo tratarla. Estaba tan confundida y desfondada que sólo podría meter la pata y decir algo de lo que me arrepintiera de por vida. Porque, al fin y al cabo, en verdad no sabía nada. Nada de nada. Ni siquiera quiénes eran los buenos y quiénes los malos en aquella película de terror gore.

Y la policía por encima de todos nosotros. Yo espiada, mi madre espiada. Y Maqueda, con sus formas de poli bueno detrás de todo el montaje. Marqué su número con rabia. Era tarde, pero tendría que escuchar mi desquite.

—¿Artafi? —Maqueda no parecía sorprendido—. Supuse que me llamarías. Como has visto, estás bien vigilada, puedes sentirte segura.

—No sé si me siento segura o insegura, lo que sí sé es que escuchas a mi madre. Y que acabas de comprobar que es inocente. Ningún asesino fue en nuestra búsqueda. Si ella hubiese estado implicada, los asesinos se hubieran presentado en El Gandul, éramos presa fácil. No lo hicieron, nada tiene que ver mi madre, déjala en paz, por favor.

—Tranquila, Artafi. Nada haremos contra tu madre, como sabes. Pero no le comentes esto, por favor. Debemos agotar todas las vías.

—¿Comprendes cómo me siento? Es como si la traicionara. Ella nunca me haría algo así.

—Eso, Artafi, nunca se sabe, nunca se sabe.

—Eres un mierda, Maqueda.

—Soy un policía; cumplo con mi deber. Buenas noches, Artafi, que descanses.

XX

Desperté sobresaltada de un sueño profundo y prolongado. Una luz intensa se filtraba matizada por las hendiduras de la persiana. Miré la hora en el teléfono. ¡Las nueve y media! Me incorporé de un salto, no podía creer que hubiera dormido tantas horas del tirón. Me duché con agua fría, para despabilarme y comenzar el día con energía. Enfundada en mi bata de baño, me dispuse a desayunar con tranquilidad y parsimonia, un deleite para mí. Puse la cafetera, encendí la tostadora de pan y conecté mi móvil para leer las noticias. Tenía varios mensajes, cosa extraña a esas horas de la mañana. Los abrí y no pude creerme lo que veía. Tenían siete mensajes de Maqueda. Desde las nueve de la mañana me urgía a que lo llamara con urgencia. Sin leer siquiera el resto de los mensajes, lo llamé de inmediato. La secuencia se repetía. Llamada de Maqueda por la mañana, aquelarre consumado, otra muerte sobre mis espaldas. Deseé con todas mis fuerzas que el horror de un nuevo asesinato no me sobresaltara en esa ocasión.

—Maqueda, soy yo, ¿qué ocurre?

—¿No has leído mis mensajes?

—No, sólo he visto el primero, me levanté tarde y...

—Creemos que esta noche han intentado asesinar a Joao Soares.

—¿Joao Soares? ¿El arqueólogo jefe de los proyectos de Évora?

—Sí. Se ha salvado por los pelos.

—Cuéntame...

—Ha sido en la necrópolis megalítica de Alcalar, cerca de Portimao, en el Algarve. Lograron atraerlo con un engaño por la noche. Allí le esperaba una emboscada. Pudo reaccionar a tiempo y logró huir. Por vez primera, los asesinos de los dólmenes han cometido un fallo.

No pude responder. Absorta escuché el siseo alterado del café al hervir y aspiré el olor acre de las tostadas al quemarse.

—Artafi, ¿estás ahí?

—Sí, sí, aquí sigo...

—Siento tener que decírtelo. Mientras ayer perdíamos el tiempo jugando al gato y al ratón en El Gandul, alguien arrastraba a Joao Soares hasta Alcalar para tratar de matarlo.

—No, no...

—Sí, Artafi, sí. Utilizaron tu treta para despistarnos y dar un nuevo golpe en el lugar más inesperado. Aprovecharon tu juegucito. Son mucho más listos de lo

que nunca pudimos imaginarnos... y nosotros más torpes de lo que a mí, al menos, me gustaría reconocer.

—Lo siento, yo...

—No vuelvas a jugar con nosotros. Las consecuencias han podido resultar mortales.

Durante una hora permanecí sentada en el sofá, paralizada por una angustiosa sensación de ridículo irresponsable. Pensé que mi truco al forzar la situación en el Gandul provocaría el que alguien pusiera de una vez por todas sus cartas sobre la mesa. Pero ese alguien mostraba una inteligencia muy superior a la mía. Descubrió mi farol y jugó a la contra. El pobre Joao estuvo a punto de morir por mi estupidez. ¿Qué habría ocurrido? Aún tenía su número móvil. La policía nunca me contaría lo sucedido y yo debía averiguarlo. Llamé a Joao. Apagado o fuera de cobertura. Recogí el estropicio de la cocina; no desayunaría esa mañana. Quince minutos después, Joao me devolvía la llamada.

—Joao —entré en materia tras los saludos y la puesta en lugar—. ¿Podría ir a verte hoy? Querría hablar contigo.

—Supongo que la policía me tendrá la mañana ocupado con sus interrogatorios.

—Para mí es importante, Joao. Ya sabes lo que todo esto me afecta.

—Si, lo sé. ¿Vendrías para Alcalar?

—Por supuesto.

—Vale, nos vemos aquí, en el restaurante que hay junto a la necrópolis a las cuatro de la tarde. Hora portuguesa, recuerda.

—Perfecto, allí estaré.

Mi madre me prestó el coche y el viaje me tomó unas dos horas y media. La necrópolis megalítica de Alcalar se encontraba en Mexilhoeira Grande, en un desvío de la carretera de Portimao a Lagos. Las palabras de Maqueda continuaban en mi mente con su redoble reprobador. Habíamos caído como mirlos tiernos en la red que yo misma tendí. Yo estaba avergonzada. Me creí muy inteligente y concité a mi alrededor a todo el dispositivo de vigilancia mientras los asesinos, con el campo despejado, a punto estuvieron de asesinar brutalmente a una nueva víctima, conocida mía, como todas las anteriores. Yo seguía, de una u otra manera, marcando el camino a los criminales.

—Lo siento, Maqueda —lo llamé por teléfono para excusarme justo antes de cruzar la antigua frontera de Portugal—. Por mi culpa le hemos concedido una imperdonable oportunidad. Soy una perfecta imbécil

—Tranquila, nosotros fuimos los que decidimos protegerte. Pensamos que ayer noche aprovecharían la ocasión que tú habías creado para provocarlos...

Quería demostrar que mi madre nada tenía que ver con el asunto. Pero ni lo

uno ni lo otro. Ahora ya sí que sabemos que no sabemos nada.

—Nunca me he encontrado un caso tan grave ni complejo.

—A veces parece que una fuerza sobrenatural, oscura, se esconde detrás, ¿verdad?

—Desde luego, oscura sí que es. Pero a la policía nos enseñaron que los del más allá no matan, sino que siempre los asesinos son de carne y hueso.

—Sospechas de mi padre y de mi madre, ¿verdad?

—Sospechamos de todos en general. Y me temo que el caso todavía nos guarda alguna que otra sorpresa.

Estacioné el coche en el aparcamiento del restaurante Fonte de Pedra, un establecimiento tradicional con motivos de caza que se encontraba muy cerca de la necrópolis. Acababa de dejar atrás el edificio de recepción. El interior del establecimiento mantenía una fresca penumbra. Joao Soares, con su aire de excavador romántico inglés, tomaba un café en la barra.

—Gracias por atenderme. Supongo que hoy no será el mejor día para ti.

—No, al contrario, gracias por venir —respondió amable—. Me viene bien romper con la presión policial, al menos por un rato. No sé lo que está pasando, pero sí sé que una fuerza brutal, primitiva, se ha desatado en torno a los megalitos. Tú, por algún motivo, estás en medio. He hablado con la policía, con compañeros españoles. Creo que es mi deber charlar contigo. Quizás tú logres entender lo sucedido, encontrarle un sentido a toda esta locura.

—Pues no entiendo nada, Joao. Sólo veo horror y sinrazón.

—Tiene que existir un porqué.

—A veces —y recordé las palabras de Cisneros— el mal no precisa razón alguna. Es irracional, busca el dolor por el dolor.

—Me cuesta creerlo...

—¿Qué te pasó, Joao? ¿Por qué viniste solo, de noche, a la necrópolis?

—Te resumo la historia, la he explicado ya mil veces. Celebrábamos un encuentro de arqueología en Portimao, con varias delegaciones europeas. Ya conoces el ambiente.

—Parecido al de Évora, supongo.

—Bueno, aquí algo más formal, más académico. En esta ocasión asistía una invitada que no conocía de eventos anteriores. Se trata de Brigitte Morbihan, una supuesta investigadora francesa, digamos que algo singular. Muy atractiva, elegante, destacaba en el grupo. Ayer por la tarde me comentó que tendría mucho interés en conocer la necrópolis de Alcalar por la noche. Me presté a enseñársela y quedamos aquí a las doce y...

—Pero el recinto está cerrado, acabo de pasar junto a la cancela del centro de recepción y...

—Déjame terminar, por favor. En efecto, los principales monumentos megalíticos se encuentran rodeados por la cerca que comentas y vigilados en su interior. Pero justo aquí enfrente se localiza otra parte de la necrópolis, con restos de megalitos muy destacados. Este recinto siempre tiene la puerta abierta, cualquiera puede entrar. Brigitte me dijo que quería realizar unas pruebas de la orientación astral de los dólmenes. Como esta disciplina es pseudocientífica, no quería que nadie lo supiera. Por eso me pidió discreción y me rogó que a nadie le hablara de nuestra visita nocturna.

Mientras le escuchaba no podía dejar de malpensar el verdadero motivo por el que Soares se prestaría a acompañar a la francesa hasta la necrópolis. Atractiva, elegante, orientación astral... Vaya, ahora le decían así. Sí, sí... Joao, al final, se comportaba como todos los hombres, fáciles de seducir y manejar, sin más brújula que unas buenas curvas y una mirada provocadora.

—Nadie supo, por tanto, de mi visita aquí. Llegué a las doce, dejé el coche enfrente, aguardé un buen rato y Brigitte no apareció. Me sentí absurdo, ni siquiera disponía de su número de móvil para llamarla. Ven, te voy a mostrar el lugar de los hechos.

Salimos del restaurante. Un poco más allá, al otro lado de la carretera, se ubicaba una de las parcelas de la necrópolis. La cancela se encontraba siempre abierta, por lo que cualquiera podía entrar y salir a su gusto en ese espacio sagrado. Por lo visto, los dólmenes que se encontraban en su interior estaban muy deteriorados, por lo que alguien decidió en su momento que no existían ni recursos ni energías para su vigilancia y conservación. Varios coches de la policía portuguesa todavía se encontraban junto a la cerca, con su festival de luces giratorias acelerado, en busca de unas pruebas fantasmas que nunca aparecerían.

El lugar era hermoso, pensé mientras seguía a Soares. Nos encontrábamos en el extremo occidental del Algarve, entre la franja situada al norte de la ría del Alvor y las faldas de la sierra de Monchique. En este espacio se desarrolló, desde finales del neolítico hasta bien entrada la edad del cobre, un importante asentamiento humano que construyó diversos monumentos megalíticos que constituyen lo que se conoce como necrópolis megalítica de Alcalar, con docenas de tholos y algún hipogeo. La mayoría están datados sobre el año 3.000 antes de Cristo. Cinco mil años de historia oculta en esta espectacular necrópolis en la que me encontraba contra mi voluntad.

Nos rodeaba un paisaje orlado por casas blancas y cultivos de almendros y algarrobos. El monte de encinas, lentiscos y palmitos aún mostraba la vegetación típica de la zona, muy similar a la que existirían cinco mil años atrás cuando se

levantaron aquellos dólmenes que aún retaban a los tiempos.

—Aquí me encontraba cuando llegó un coche —Soares retomó su explicación—. Sus luces me enfocaron. No pude distinguir ni la matrícula ni el modelo. Todavía tenía la esperanza de que fuera ella. Pero se abrieron sus puertas simultáneamente y pude ver las siluetas de dos hombres al bajarse. Me supe en peligro y comencé a alejarme, sin perderles de vista ni romper a correr. Fue entonces cuando los escuché con toda nitidez. ¡Ahí está!, gritaron en español. ¡Sí, vamos a por él! Entonces arranqué a correr. Intentaron seguirme, pero yo fui más rápido. Asustados por mis gritos, dieron marcha atrás, se montaron en su coche y se fueron por dónde vinieron. Llamé de inmediato a la policía y ya sabes el resto. Se armó un gran follón, pero, lo más importante es que los asesinos por vez primera no se salieron con la suya...

—Gracias a Dios. ¿Y de Brigitte? ¿Sabemos algo?

—Que yo sepa no. He quedado con el intendente Mértola, en diez minutos deberá estar por aquí. Quédate conmigo, por favor, también quería consultarte algo.

Nos dirigimos de nuevo hacia el restaurante. La conversación con Soares me dejó aún más preocupada de lo que llegué. No tenía sentido alguno, los asesinos no podían ser tan chapuzas como los retrataba Soares. Algo no encajaba en aquella historia.

—¿No veis raro —pregunté a Mértola y a Soares cuando ya llevaban un rato de charla— el comportamiento de los supuestos asesinos?

—Lo hemos analizado —respondió Mértola con seguridad profesional— y entra dentro del rango probable de comportamiento. Están confiados, creen que la víctima quedará paralizada por el miedo y cometen errores.

No logré inocular en ellos ni un minúsculo bacilo de duda; yo estaba por completo infectada de ellas. Sospechaba que, en verdad, Joao Soares no corrió ningún peligro, pero no compartí con ellos mis impresiones. Me despedí un rato más tarde y los dejé con su conversación y su repaso exhaustivo y tedioso de los hechos.

Cuando llegué a España, llamé a Maqueda.

—Esta historia no puede creérsela nadie, parece un relato infantil.

—A veces, las cosas, son más simples de lo que parecen.

—¿De verdad lo piensas? Mi impresión es que esos no iban a asesinarle, iban a ..., no sé cómo decirlo, simplemente a hacerse notar. Anoche no tenían previsto matar...

—No es esa la conclusión que sacan mis colegas portugueses.

—Puede que estén equivocados.

—Pueden estarlo, aunque no es probable. Vamos a colaborar en la nueva línea

de investigación. Debemos localizar y detener a Brigitte Morbiham, estamos activando el protocolo de búsqueda en España, por si hubiera cruzado la frontera. Por cierto, te envió una foto, es realmente muy guapa.

Cuando llegué a casa tenía la foto en mi correo electrónico. Aparecía vestida con un chaleco de cuello vuelto, la melena rubia suelta, los ojos azules, ventana a los océanos del norte. Era realmente atractiva y elegante, me pareció normal que Soares hubiera perdido la cabeza por ella. ¿Quién sería, en realidad? Sólo sabía que era francesa... Debía averiguar más sobre ella.

—Joao —tuve suerte y lo pillé al teléfono a la primera—. Brigitte... ¿Realmente se llamaba así? ¿Ha descubierto algo la policía?

—Mértola me acaba de llamar. Nadie responde a esa identidad, es un nombre falso. No comprenden cómo logró acreditarse en el congreso. Pero claro, cuando los participantes proceden de una docena de países distintos es difícil controlar todo.

—¿Y en el hotel? ¿Han podido identificarla allí?

—No se documentó en ningún hotel. Puede que se hubiera alojado en el apartamento de algún conocido o que hubiera alquilado uno en negro, donde no te preguntan nada. Pagas al contado y nadie te ha visto nunca.

Joao seguía convencido de que habían tratado de asesinarlo y me repetía una y otra vez las tesis de la policía. Pero a mí no me convenció: que la policía investigara lo que considerase conveniente, pero yo estaba segura de que nadie había tratado de asesinar a Joao. Todo lo más, darle un susto. O quizás, una advertencia para nosotros. Recibí entonces una llamada de Maqueda. Me avisó de que en diez minutos me volvería a llamar para entrar en multiconferencia con Teresa Francino, la inspectora de Madrid. Así lo hizo y no dedicamos mucho tiempo a saludos, precisamente.

—Artafi —el tono de la inspectora se endureció—. Joao Soares se ha librado por los pelos. No debes jugar con fuego. Tu visita al Gandul pudo ser peligrosa. Y nos despistó. Probablemente, los criminales sabrían que estaríamos allí protegiéndote y decidieron actuar esa misma noche. Para provocarnos, para asombrarnos. Ahí algo de exhibicionismo macabro.

—Lo siento mucho —me sinceré—. Lo hice para descubrir las cartas. Tampoco vosotros lo veríais tan disparatado cuando me dejasteis seguir con la visita.

—Fallamos todos. No tiene sentido que nos atormentemos por el pasado. Vamos a ver cómo pudieron enterarse de que irías a visitar los dólmenes de El Gandul.

—Ya lo he pensado mil veces. Sólo se lo comenté a viva voz a Alfredo Gutiérrez, a Luis Reina y a mi madre.

—A Luis no lo tenemos controlado, pero sería raro que la información pudiera venir de él. Nos queda Alfredo Gutiérrez y tu madre...

—Sí...

—A Alfredo no lo tenemos monitorizado. Pronto lo haremos. Pero tu madre no se lo ha comentado a nadie por teléfono ni por ningún otro medio electrónico. Si ha partido de ella, la información ha tenido que salir de otra manera.

—¿Lo veis? Ella no cuenta mis cosas. Quizás lo de Alcalar se haya tratado de una simple coincidencia, y estemos tratando de encontrar una relación que, en verdad, no existe.

—Ya lo hemos repetido —intervino Maqueda—, no creemos en las casualidades. Juegan con nosotros.

—Artafi —el tono de la voz de Francino se tornó más severo—. He querido hablar contigo para pedirte que desconfíes de tu madre. Creemos que ha sido ella quien ha pasado toda la información a tu padre, que siempre estuvo al tanto de tus pasos.

—Ya hemos hablado de eso —le interrumpí con brusquedad—. Y no estoy dispuesta a que sigáis insultándola.

—Ten mucho cuidado —Francino hizo oídos sordos a mis palabras— y no permitas que sospeche de lo que tú ya sabes. Debes seguir como hasta ahora. Vamos a someterla a seguimiento. Es posible que desconfíe ya de teléfonos y ordenadores y que acuda a ver en persona a tu padre. Creemos que puede conducirnos hasta él.

Recordé en ese instante como la noche del sábado anterior ella se ausentó de casa. La bicha de la sospecha asfixió mi confianza con sus anillos constrictores.

—¿Algo más? —y deseé con todas mis fuerzas que aquella conversación finalizara.

—Nada más. No hagas tonterías, pronto los pillaremos.

—¿A quiénes?

—A los asesinos.

En esa ocasión fui yo quién los llamé. Necesitaba volver a ver a los magos. En numerosas ocasiones me había cuestionado cómo pudieron Boyle y Houdín realizar aquellos malditos trucos que tanto me atormentaron. ¿Y si realmente hubieran podido leer mi mente? ¿Y si —como afirmaba Boyle— era yo la que determinaba la carta que después alguien escogía? ¿Por qué insinuaron que mi ser deseaba el tres de copas? ¿Sabían algo más de lo que aparentaban? Nada perdía por reunirme de nuevo con ellos. Quedamos esa noche a mi regreso de Alcalar en un bar de El Porvenir. Llegué destrozada, física y anímicamente, pero mi interés por la cita superaba al cansancio acumulado.

—Yo no puedo ayudarte, Artafi —se sinceró Houdín—. Soy un simple

ilusionista, hago trucos.

—Yo sí —intervino ufano Boyle—. Leer tu mente es fácil, pero en esta ocasión no se trata de eso. Hay que llegar a tu yo subconsciente más profundo, tendremos que traspasar tu yo consciente. Ya te dije que emanas una fuerte energía mental, ¿verdad?

—Sí, lo comentaste. No sé exactamente qué significa eso.

—¿Me dejas hacer un simple truco? —se inmiscuyó Houdín—. Así nos divertimos y liberamos tensión.

Miré a Boyle, a la espera de su aprobación. Nunca sabía a qué demonios atenerme cuando me encontraba entre aquellos dos locos o aquellos dos genios, que todavía no había logrado conocer en verdad su naturaleza y alcance. John inclinó su cabeza. Acababa de autorizar el juego.

—Sí, en esta ocasión Houdín ha tenido una buena idea. Seguro que nos sorprende. Tienes un punto mágico que nos desborda.

—Lo mágico no existe —matizó Quim—, todo es puro truco.

—No empecéis de nuevo con vuestras discusiones, por favor —les interrumpí—. ¿Qué truco quieres hacer ahora?

—Vamos a jugar al juego de las personas deseadas.

—¿Y eso cómo se hace?

—Muy sencillo. Aquí tengo estas cartas. En cada una de ellas se describen unos rasgos concretos, ya sabes, ojos grandes, orejas medias, brazos gordos, qué sé yo... A medida que más sacas, más rasgos obtienes de la persona que deseas encontrar. Así descubres a quién ansías en tu interior.

—¿Un novio o algo así? —respondí desilusionada—. No estoy para tonterías, por favor.

—Ya veremos quién sale. Eso lo determinarás tú. Déjate llevar y confía en el azar. ¿Entendido?

—No es difícil...

—Espera —intervino Boyle en ese momento—, vamos a hacerlo más difícil aún. Artafi, sacas la carta y vas dibujando los rasgos que cantes sobre este papel, así podremos comprobar el resultado. ¿Estás de acuerdo?

—Vale, no creo que pueda salir nada claro de este juego.

—Pues vamos —ordenó Houdín—, saca carta.

Miré a Quim. Me gustaba su sonrisa pícara, su descreimiento. Yo, en el fondo, también deseaba pensar como él, que la magia no existía, que todo era puro truco, mera psicología. Su mirada se cruzó con la mía. Sentí un cálido estremecimiento. Escogí entonces una carta al azar de la baraja que me ofrecía.

—Se trata de una mujer — y le mostré el signo femenino.

—Empiezas por orden. Ya sabemos que es mujer la persona con la que

desearías encontrarte. Podría haber sido un hombre, un antiguo novio, tu padre, no sé...

—¿Por qué has dicho mi padre?

—Ha sido lo primero que se me ha ocurrido, no tiene mayor importancia; vamos a seguir, por favor. Escoge otra carta y lee su contenido.

—Es alta y delgada.

Comencé a dibujar unas sencillas líneas que esquematizaban una mujer alta y delgada. Tenía buena mano para el dibujo. Me vino a la cabeza el recuerdo de Brigitte, la francesa que había engatusado a Soares.

—Sacá otra carta, por favor.

—Tiene el pelo negro y corto —leí, descartando la imagen de la francesa, que ostentaba una larga melena rubia.

—Viste de manera clásica, con unos tacones medios

—continué tras leer la nueva carta.

Con cada nuevo rasgo iba perfilando el dibujo, al modo de los retratos-robot de la policía. Sólo tuve que escoger cuatro o cinco más para que delante de nosotros tuviésemos el retrato de una mujer morena elegante y atractiva... que no me recordaba a nadie en concreto, a pesar de apreciar un aire familiar en ella. Al final, debo reconocerlo, me quedó un buen dibujo.

—Pues aquí, sobre el papel, tienes la mujer que deseas encontrar. ¿Quién es? —preguntó Boyle.

—No lo sé, no la conozco.

—¿Seguro que no deseas encontrar a una mujer como ésta?

—Como esta no... —dudé mientras me reconocía en mis adentros que mataría por encontrarme con Brigitte. Pero esos rasgos no eran los suyos.

—Pues este truco no me ha fallado nunca —protestó Houdín.

—Sí, siempre funciona. Luego quiere esto decir que, si no la conoces, es que tu subconsciente ha determinado que la vas a conocer enseguida...

Justo en ese momento apareció en el bar una mujer alta y delgada, con el pelo negro cuidadosamente cortado a tijera a lo *garçon*.

—Mírala, ahí la tienes —afirmó Houdín con tono burlón—. Ya te dije que el truco no falla nunca.

—No es el truco —apuntilló Boyle—; Artafi, ha sido tu intuición inconsciente la que anticipó este encuentro.

—Es un simple truco, Artafi, Boyle lo lía todo..

—Por favor, no discutáis, me volvéis loca. ¿Cómo es posible que aparezca esa mujer aquí? Es idéntica a la de mi retrato. ¿Habíais quedado citados con ella?

—Artafi, por favor, no nos tomes por vulgares fulleros. Nunca haríamos una grosería así. Ha sido tu subconsciente quien la ha dibujado, tú la has llamado.

¿Acaso no has ido tú escogiendo una a una las cartas que definieron su forma?

Así fue, yo saqué las cartas. De nuevo mi asombro y las mil dudas que quería plantearles. No hubo lugar. La recién llegada se acercó hasta nosotros para dirigirse a mí con una voz suave, casi de terciopelo, y un inequívoco acento francés.

—Eres Artafi Mendoza, ¿verdad?

—Sí...sí —titubeé ante la sorpresa—, ¿qué desea?

—¿Podríamos charlar? No le quitaría demasiado tiempo.

—Por supuesto, siéntese... siéntate aquí, por favor.

Dirigió su mirada hacia Boyle y Houdín. Sin duda sobraban. Con su gesto, la francesa dio a entender que deseaba charlar sólo conmigo.

—Vamos a tomar la cerveza en la barra —se excusó Houdín.

—Buena idea —le siguió Boyle.

Se sentó frente a mí. Sus movimientos eran elegantes, felinos. Estaba ante una mujer muy hermosa, un bello animal de seducción. Me atrajo al tiempo que los celos me generaban un vago rechazo. Era tan hermosa y yo tan normalita... Me sentí prisionera en un cuerpo patético, sin gracia, en comparación a aquella pantera gala. Mucho deporte y dieta tendría que hacer para poder siquiera llegarle a las suelas de sus tacones.

—Perdona que me haya presentado sin avisar.

—¿Cómo sabes quién soy? —pregunté con inquieta curiosidad—. ¿Cómo me has localizado?

—Son dos preguntas en una. Sé quién eres porque todos los que estamos en esta historia te conocemos perfectamente. Encontrarte no ha sido difícil, siempre sabemos dónde estás.

—¿Qué historia? —no la dejé continuar—. ¿Quiénes sois vosotros? ¿Quién eres?

—No tengo demasiado tiempo. Tu amigo Joao Soares te habrá hablado de mí, y no muy bien, precisamente. Fingí llamarme Brigitte Morbihan. No me reconoces porque me he cortado y teñido el pelo. Una simple peluquera es capaz de construir una nueva identidad.

—Lo engañaste para llevarlo hasta allí —retrocedí asustada—. Eres una de las asesinas.

—No digas estupideces, por favor —me respondió antes de que me diera tiempo a incorporarme para pedir auxilio—. Le salvé la vida.

—Pero...

—No me interrumpas más, o te quedarás sin conocer la historia. Joao Soares estaba condenado. Lo iban a asesinar esa noche en Alcalar. Mi papel era conducirlo hasta allí. Lo hice para no levantar sospechas en los asesinos. Pero

los que se presentaron en el coche no fueron los asesinos, fueron mis compañeros. Su única misión era asustar al arqueólogo para salvarlo. Llegaron, dieron dos gritos y se largaron. Gracias a mí, tu amigo Soares está vivo en estos momentos. Los asesinos verdaderos simplemente están enfadados porque su plan falló. Pero ya sospechan de mí, no soy de fiar para ellos.

—¿Por qué me cuentas eso? —pregunté aliviada, al comprobar que mi suspicacia había resultado acertada.

—Porque tú estás en el centro de esta historia de asesinatos rituales. Todos nos jugamos la vida en esto. Sólo tú puedes desactivar esta bomba nuclear.

—No termino de entender bien. ¡No logro comprender nada!

—Espera, te explicaré algunas claves. No debes fiarte de tu entorno, en especial de...

En ese instante levantó la cabeza, alertada. Miró hacia el fondo, hacia una zona en penumbra.

—Tengo que salir, la policía te vigila, es peligroso que siga aquí. Ya nos pondremos en contacto contigo —me pareció escucharle mientras se alejaba de manera precipitada— para que nos cuentes lo que hayas podido descubrir.

—Pero... ¿de quién tengo que cuidarme?

Mi pregunta cayó en el vacío. La francesa —iba a llamarla Brigitte— ya no estaba. Contuve mi primer instinto de perseguirla y me quedé de pie, desconcertada, hasta que Boyle y Houdín se acercaron.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el uno—. ¿Por qué ha huido?

—Empecemos por el principio —matizó el otro—. ¿Quién era?

—Pues... no lo sé.

—¿Que no lo sabes? Si tú la has convocado —y mostró ufano el papel—. ¡Mira, aquí está su vivo retrato, dibujado con los rasgos de las cartas que escogías al azar!

Era cierto. Allí estaba, dibujada, con un sorprendente parecido, la misteriosa francesa. Me senté abatida.

—¿Cómo lo habéis hecho?

—No hemos hecho nada. Has sido tú, he pintado los rasgos indicados en las cartas que tú escogías.

—No soporto más vuestras bromas. Decidme de una puta vez que está pasando aquí.

Sospeché. Quizás hubieran sido ellos los que la avisaron de mi presencia.

—Artafi —Boyle se puso serio—. No te engañamos, nosotros mismos estamos tan sorprendidos como tú. Nunca habíamos conocido a nadie que emanara tanta energía. Eres... especial.

—Bueno, nuestros trucos también ayudan, ¿no?

—bromeó de manera idiota Houdín—. De alguna forma te motivan y...

—Déjalo, Houdín, nuestra amiga está nerviosa; es normal que no termine de creer en los prodigios de la mente y el subconsciente. Vamos a ver, Artafi, empecemos de nuevo, ¿quién era esa mujer?

—No lo sé. En Portugal, Joao, un amigo arqueólogo, cree que lo arrastró hasta una zona de dólmenes para asesinarlo, ella me acaba de decir que en verdad lo hizo para salvarlo.

—La policía debe estar, por tanto, tras su pista. ¿Sólo para decirte eso ha arriesgado su libertad? ¿Qué quería?

—Algo la asustó y salió corriendo. No terminó de contarme su historia. Pero me dijo que todos estos horribles asesinatos giran sobre mí, que sólo yo puedo detenerlos... Pero no sé cómo, la verdad.

Los magos guardaron por vez primera un respetuoso silencio. Boyle me miraba como un entomólogo analizaría la cópula de un caracol de agua. Houdín lo hacía de una manera diferente, más humana, más... Y caí en la cuenta de que me miraba como miran los hombres a las mujeres que les atraen. No supe cómo reaccionar ante esa intuición. Pestañeeé de manera instintiva, pero inmediatamente después reconduje la conversación. Si la solución estaba en mis adentros, era allí donde debía buscarla.

—¿Podrías ayudarme? ¿Leer mi interior?

—Sólo tú puedes leer tu interior, Artafi. Pero quiera lo que sea que esté pasando, la solución habita en tus entrañas. Sólo tienes que dejar que fluyan, que manen como un manantial de aguas cristalinas.

—O como un venero de sangre y horror.

—Quién sabe, nunca se llega a conocer del todo a una persona ni sabemos lo que puede guardar en su interior.

—Puedes ayudarme, ¿Verdad, Quim?

Jugueteó con las cartas que todavía sostenía en sus manos. Después me turbé, tanto por sus palabras como por su mirada.

—Lo intentaré. Pero tendrás que confiar en mí.

—Confío en ti.

—Pues te llamaré pronto. Creo que debemos hacer un viaje juntos.

Un viaje con Quim. ¿Adónde me querría llevar? Me acosté con su recuerdo. La veleta romántica comenzaba a mostrarme su lado rosa. Si concretaba la invitación, me pondría algo dura al principio, pero iría donde él me pidiera al final. Me costaba reconocerlo, pero Quim comenzaba a gustarme más de lo razonable, si en cuestiones sentimentales lo razonable quisiera decir algo. La balanza que equilibra la lucha clásica entre el corazón y la razón siempre se inclinaba, al menos en mi caso, hacia el mismo lado.

Que buscara en mi interior, me dijeron mis amigos los magos. Una y otra vez, los indicios y señales me conducían hacia la puerta que jamás me atreví a cruzar; la de mis propios recuerdos, la de mis miedos, la de mis traumas infantiles, la fuente de mis complejos. Y como primer paso, mi propia infancia, en la que brillaba con luz propia una abuela a la que apenas traté, pero que dejó en mí una huella tan profunda como misteriosa. Había llegado la hora de descubrir los secretos de esa ausencia.

XXI

Ronda es una de las capitales sentimentales de Andalucía, uno de sus corazones esenciales, un fulgor de cal de su alma grande y luminosa. Allí vivió mi abuela, aunque en pocas ocasiones me llevaron a verla. A Ronda no, hija, mejor que venga tu abuela a Sevilla, terciaba mi madre cada vez que insistía en visitarla. Por eso, apenas si tengo recuerdos de esa ciudad hermosa, que quizás aún custodiara alguno de los secretos que precisaba desentrañar.

Llegué a primera hora de la tarde, con la esperanza de regresar en el último autobús de la noche. Había viajado en un autobús de Los Amarillos, la Empresa, como decía mi abuela, que partían desde la estación de El Prado, en Sevilla, algo vetusta y decadente. Pasé junto a Algodonales, que ya conocía por mi visita al yacimiento del Cerro de la Botinera, también cerca de Zahara de la Sierra. Al fondo, el pinsapar de Grazalema, que conformaba el centro de los pueblos blancos de Cádiz, enclavados en las laderas de sus sierras calizas. Y en el corazón de un altiplano se localiza Ronda, asentada sobre una meseta elevada que fue cortada verticalmente por el famoso Tajo, una honda garganta, excavada por el río Guadalevín, que pareciera abierta por el hachazo de un coloso. El Tajo de Ronda divide a la ciudad en dos partes, asomadas a su abismo, unidas por el puente monumental tan visto en postales y carteles turísticos. El patrimonio de la ciudad es sencillamente espectacular. Su plaza de toros, sus palacios e iglesias, sus callejas encaladas y, sobre todo, sus vistas desde los altos tajos que la dividen, conceden a la ciudad un aura de belleza y encanto que sedujo a los viajeros románticos y seduce a los caminantes actuales. Rilke vivió un tiempo en la ciudad, de la que obtuvo clarividente inspiración y a la que dedicó encendidos versos. Los turistas actuales, procedentes en masa de la cercana Costa del Sol, sin tanto romanticismo, riegan con sus euros y divisas las arterias económicas de la ciudad. Pero, a pesar de ese tráfico de europeos enrojecidos, Ronda tiene alma, un alma de ciudad antigua, de luz y de sangre, que las personas sensibles perciben al pasear por sus calles y plazas.

Recordaba que mi abuela había vivido en el barrio de San Francisco, en una calleja cercana a la Puerta de Almocávar, enclavada en las ruinas de las murallas andalusíes. No tardé mucho en encontrar su último domicilio, que recordaba vagamente. Se trataba de una vivienda humilde, de dos plantas, pulcramente encalada. Decidí probar suerte y llamé a la puerta. Nadie contestó. Insistí durante buen rato, sin éxito. Una anciana, delgada y encorvada me observaba desde las rejas de una casa cercana. Me sentí ridícula. Sin plan alguno, sin nombres ni

direcciones de familiares ni conocidos, nada podía hacer allí.

—Está cerrada —la vieja de la ventana se había acercado hasta mí sin que me hubiera percatado.

—Ya veo —respondí con educación ante la obviedad—. ¿Sabe si tardarán sus propietarios en llegar?

—En verdad, ahí no vive nadie, al menos desde hace muchos años.

—Pero... la casa está muy bien encalada y cuidada, no parece abandonada.

—Que no viva nadie no significa que esté abandonada.

—¿No?

—Cada seis meses vienen a repararla.

—¿Quién? ¿Sus dueños?

—No. Una empresa de esas que hacen de todo. Limpiezas, arreglos, pintura.

—¿Qué empresa es? Me gustaría poder hablar con ellos.

—No lo sé, no son de aquí. Vienen muy temprano, no hablan con nadie, hacen su trabajo y se van.

—¿Y quién paga a la empresa?

—Eso no lo sé.

Nada sacaba en claro de aquel diálogo absurdo.

—Pues muchas gracias, señora —me despedí resignada para poner punto y final a aquella conversación—. Pasaré por aquí en otra ocasión y...

—Eres la nieta de Rafi, ¿verdad?

—Sí, sí —respondí con sobresalto—. ¿La conocía?

—Pues claro, llevo viviendo aquí toda mi vida.

—¿Cómo me ha reconocido?

—Te das un aire a ella. Te conocí cuando niña, hace muchos años, en una de las poquísimas ocasiones que viniste por aquí. Pero, sobre todo, te he reconocido porque te esperaba desde hace muchos años.

—¿Que me esperaba?

—¿Quieres un café? Ven a casa, te invito.

Acepté, con la expresión de sorpresa e incredulidad reflejada en mi rostro. ¿Por qué me esperaba? Caminé tras los pasos titubeantes de aquella mujer menuda, vestida de un luto riguroso, como las mujeres antiguas de los pueblos, embajadora inesperada del recuerdo de mi abuela.

—Me llamo Rosa. Traté mucho a tu abuela. Siéntate aquí y espera un minuto, enseguida preparo el café.

Puso a calentar el agua en una gran cafetera de latón. Café de puchero, como también lo hacía mi abuela. Después lo colaría directamente sobre la taza y las zurrapas quedarían atrapadas en la tela del colador. Ya nadie lo hacía así. Las cafeteras exprés y los nespressos dominaban casas y bares, con sus diseños

funcionales y sabores prefabricados. Pero a mí me gustaba el café de puchero y el suave aroma que invadía la pequeña casa por completo. La vivienda era humilde, pero limpia y ordenada. Un canario enjaulado trinaba en el pequeño patio que se apreciaba al fondo, entre penumbras de calas y geranios. Me sentí cómoda en aquel hogar, que me resultaba vagamente familiar.

—Dormiste aquí una noche, cuando pequeña. Tus padres te dejaron con tu abuela. Ella salió al campo y me pidió que me quedara contigo. Lo hice de muy buen gusto. Nunca pude tener hijos, mi marido murió muy joven y no me volví a casar.

Cada una de sus palabras suponía una nueva sorpresa para mí.

—¿Mi abuela salía al campo por las noches?

—Sí, al menos en algunas lunas llenas. Yo la vi salir una noche, por eso lo sé. Después ya me lo contó todo... y creo que lo hizo para que un día yo pudiera contártelo a ti.

—¿Para que me lo contaras a mí? ¿El qué? ¿Que salía en noches de luna llena? —no lograba salir de mi asombro—. No entiendo nada... ¿Cómo pudo saber que un día regresaría?

—Ella era especial. Decía que tú serías su heredera y que, tarde o temprano, regresarías para conocer sus secretos. Que tu madre había rehusado adentrarse en su mundo.

—¿Su mundo?

—No preguntes tanto y tómate el café, no quiero que se te enfríe.

Estaba caliente, lo apuré en sorbos pequeños. Su sabor me evocó aromas antiguos que rescaté del purgatorio del olvido.

—Toma estos dulces; los preparamos con almendras y miel, como antes.

—Están muy ricos —respondí aún con la boca llena—, muchas gracias...

—Tu abuela tenía la sabiduría de los antiguos. La heredó de tu bisabuela, también Rafi, como todas las mujeres de vuestra familia... porque tú también te llamas Rafi, ¿verdad?

—Bueno... sí, pero me gusta más que me digan Artafi.

—¿Artafi? Suena a misterio.

—En verdad no tiene nada de misterioso; nace de mezclar los nombres de Arturo, mi padre, con Rafi, mi madre. Pero cuéntame más de mi abuela, apenas si la conocí.

—Era una mujer maravillosa, inteligente, sensible y distinta...

—¿Distinta?

—Sanaba, adivinaba el futuro, sabía cosas...

¿Sabía cosas? ¿Mi abuela sanaba, adivinaba el futuro? Y por vez primera me atreví a exteriorizar algo que, de alguna manera, intuí desde mi infancia, pero

que me negué a reconocer y aceptar desde siempre.

—¿Algo parecido a una bruja? —pregunté mientras bajaba con timidez la mirada.

—A ella no le hubiera gustado que la llamasen así.

—¿Cómo entonces? ¿Curandera? ¿Vidente?

—Aún menos. Era muy sencilla. Decía que lo suyo no tenía mérito, que lo llevaba dentro, que fluía sin esfuerzo. No sé, mujer sabia puede ser la denominación que más le gustaría. Bruja no...

—No la traté mucho —me sinceré—, tengo recuerdos vagos. A mi madre no le gustaba mucho que viniera aquí. Recuerdo el día que la pobre se murió. Habíamos salido al campo, no, acompañados de mi padre y de mi madre. Vimos una mariposa amarilla y se asustó. Nos hizo regresar y murió esa noche.

—Una mariposa amarilla... Cuéntame, me interesa.

—Sólo recuerdo eso. Estábamos ella y yo algo apartados cuando la vimos revolotear alrededor nuestro. Me contó que era un presagio de muerte y quiso regresar. No le contó nada a mis padres. De hecho, para mi madre nada significaban las mariposas amarillas.

—Sí, ya te dije que a tu madre no le interesaban demasiado las cosas de tu abuela. Por eso a tu abuela sólo le quedabas tú, su única nieta. Decía que la sabiduría antigua sólo se podía transmitir de madre a hija, que los hombres carecen del don. A tu abuela le dolió el rechazo de tu madre y, mucho más, el alejamiento al que te sometió.

—¿Qué pasó entre ellas?

—No me dijo nunca nada concreto, era muy reservada para sus cosas, pero es fácil de deducir. Ponte en escena. Tu madre, hija de los sesenta, convertida en una chica yeyé, moderna, como le decíamos nosotras. Quería música, discotecas y le avergonzarían las cosas de tu abuela, sus salidas al campo, sus plegarias, sus potingues. Tu madre quiso estudiar, irse a la capital, huir de las cosas de pueblo. Se fue y dejó a tu abuela con su sabiduría, aun a riesgo de interrumpir la cadena de conocimiento.

—Rosa... —la miré con respeto—. Sabes muchas cosas, te expresas muy bien... perdona que te lo pregunte así de directo... ¿quién eres en verdad? No pareces la clásica vecina, eres algo más...

—¿Culta? Bueno... —noté que mi pregunta le incomodó—. He leído mucho para paliar mi soledad. ¿Quieres más café?

—No, gracias. ¿Cómo me vas a traspasar la sabiduría de mi abuela? Porque de eso se trata, ¿no?

—Eso debes descubrirlo tú. La sabiduría es inmanente, se lleva dentro. Tú la posees en tu interior. Búscala y comenzarás a sentir y a ver.

—¿Cómo sabes todo eso? ¿Cómo conoces esas palabras tan eruditas?

—Ya te lo he dicho, leo mucho.

—¿Y cómo podría comenzar a saber? No se me ocurre nada.

—Eso, sólo tú puedes hacerlo. Si de verdad lo deseas, el destino te conducirá hasta ella.

Comenzó a retirar las tazas de café.

—¿Sabes si mi abuela tiene parientes o amigos en Ronda?

—Creo que no, tu madre te lo podrá confirmar. Ella se vino a vivir aquí en los años de la guerra, sin otra familia que su madre.

—Sí, esa historia la sé. Su padre, mi bisabuelo, murió en la guerra y mi bisabuela, recién enviudada, se vino a vivir a Ronda cuando mi abuela era todavía una niña. Fue hija única, como mi madre y como yo...

—Cierto. Siempre ocurre así con las de tu estirpe.

—¿Qué?

—Nada, nada, cosas mías. Te decía que no creo que tenga otros parientes ni conocidos por aquí. Solo quedo yo y no creo que dure muchos años. Cuando me marche, su recuerdo se desvanecerá para siempre. Sólo tú puedes salvaguardarla en la memoria.

—Sí. Nadie muere del todo mientras alguien lo recuerde.

—Así es...

Mi abuela sólo me tenía a mí, pensé entristecida. No podía permitir que su recuerdo y su sabiduría se perdieran sepultados bajo los sedimentos ignorantes e indiferentes de la historia. Rosa, una vez que hubo recogido todo, se excusó:

—Tengo que salir para un recado. Volveré enseguida, puedes quedarte descansando. Después, si quieres, seguimos con la charla.

Me quedé a solas, sin la compañía siquiera del trino del canario, sumido, de repente, en un silencio oscuro. Sin Rosa, se produjo un vacío opresivo que procuré llenar con el ruido de mis pensamientos. Toda aquella historia me parecía increíble. Mi madre huyó del mundo de mi abuela, al que yo comenzaba a regresar, muchos años después. De alguna manera, mi estirpe —así nos había denominado Rosa— compuso durante siglos una extraña cadena de sabiduría que a punto estaba de romperse por su eslabón más débil: yo.

Intenté concentrarme en la evocación de mi abuela, en los pocos recuerdos que de ella tenía. Y sólo conseguía visualizar breves retazos del último día en el que la vi con vida. Comprendí que debería empezar por ahí, por rememorar la fatídica jornada en la que nos dejó. Fuimos al campo... ¿adónde? Sólo existía una persona que me podía ayudar y la tenía al otro lado del teléfono. Marqué su número.

—Mamá.
—Hola Artafi, ¿por dónde andas?
—Estoy en Ronda.
—¿En Ronda? No me habías dicho nada.
—He venido para conocer algo de la abuela.
—¿La abuela? Hace muchos años que la pobre murió, no creo que sea fácil encontrar a quien la conociera.
—Pues mira, me ha resultado muy fácil. Fui a su antigua casa, pero estaba cerrada, nadie respondió. Pero una vecina muy amable me atendió y me contó muchas cosas de ella.
—¿Una vecina? —y noté la sorpresa en su voz—. ¿Qué vecina?
—Rosa, se llama. Tienes que conocerla.
—¿Rosa? No conozco a ninguna Rosa.
—Era amiga de la abuela. Me ha contado cosas de ella... y de ti.
—¿De mí? Es imposible.
—Sí, de ti. De por qué no te interesaron las cosas de la abuela. Ahora comprendo por qué no querías que fuésemos a verla.
—¿Pero qué tonterías estás diciendo?
—Mamá, no te cuestiono nada. Fuiste una mujer avanzada en los 60, una *moderna*, un chica yeyé, es normal que quisieras romper con lo que considerarías tinieblas del pasado.
—Artafi, yo... en verdad no sabes nada....
—Claro que no sé nada, nunca quisiste contarme. Y lo poco que sé lo he tenido que descubrir por mi cuenta.
—Tu abuela y yo... nunca terminamos de comprendernos bien...
—Ya me lo dijo Rosa. Mamá, ya hablaremos de todo esto más adelante. Pero te llamaba para pedirte algo.
—No sé quién es esa Rosa... pero dime, ¿qué quieres?
—Mamá, me gustaría que me contaras dónde estuvimos el día en el que murió la abuela. Recuerdo muy vagamente que fuimos al campo, en coche, con papá y la abuela ...
—Déjalo, me cuesta remover ese pasado...
—Haz un esfuerzo, por favor, mamá...+
—Pero, ¿para qué quieres saberlo?
—Para mí es importante. Para entender. Allí me contó lo de las mariposas amarillas.
—¿Mariposas amarillas?
—Ya sé que para ti no es importante, mamá. Para mí, sí. Y sé que recuerdas perfectamente el lugar, dímelo, por favor.

—No puedo... no debo...

—¿Por qué?

—Ese lugar es especial, me trae recuerdos... Nunca debí de ir hasta allí con vosotras...

—¿Por qué? ¿Qué pasó? ¡Dímelo, por favor!

—Por teléfono no... prefiero hablar cara a cara. Cuando regreses a Sevilla, hablamos.

—Por favor... no quiero moverme de aquí sin saberlo...

—Artafi...

—Quiero ir hasta ese lugar.

—No, no debes...

—Necesito conocerlo, mamá.

Aguantamos un rato en silencio. Sus palabras me causaron una inesperada sorpresa.

—Quédate en Ronda. Viajaré mañana por la mañana hasta allí. Tienes razón, creo que ha llegado el momento de hablar. No podemos escapar de nuestro destino.

Colgó. En ese instante regresó Rosa. Aún me pareció más vieja y encorvada que cuando partió.

—Ya está mi recado hecho.

—Rosa, he estado pensando en cómo recuperar algo de mi abuela y he decidido comenzar por su final. El día que murió. Quiero ir hasta el lugar donde vimos las mariposas amarillas, quizás me evoque algo.

—Las mariposas amarillas... ah, sí, me hablaste de ellas.

—¿No te parece una buena idea?

—Sí, sí... muy interesante. ¿Ya has recordado dónde fue?

—Yo no. Pero mi madre lo sabe.

—¿Y te ha revelado el lugar?

—No, pero mañana viene a Ronda. Prefiere decírmelo cara a cara.

—¿Tu madre aquí? —y pareció dudar un instante antes de continuar—. Estupendo, me gustará volver a verla después de tanto tiempo...

—Dice que no sabe quién eres.

—Cuando me vea me recordará de inmediato. A tu abuela le hubiera gustado mucho el reencuentro. ¿Dónde vas a dormir?

—Pues... no lo sé, buscaré ahora una pensión barata y...

—Te invitaría a dormir aquí, pero esto es muy pequeño. Puedes quedarte, si quieres, en casa de tu abuela.

—Pero... si está cerrada.

—Yo tengo una llave.

—No me lo habías dicho.

—No me lo habías preguntado.

—¿Cómo podía figurármelo?

—Los nuevos propietarios me dieron una copia, por si se precisara una urgencia.

—Pero se pueden molestar si entro.

—No te preocupes, ellos estarán encantados. Así..., digamos, le damos vida a la casa. De vez en cuando entro a repararla. ¿Sabes una cosa? Está exactamente igual que cuando la dejó tu abuela.

—Pero... ¡si ella murió hace casi veinte años!

—Tu madre la vendió con todo su mobiliario, no se quiso llevar nada. Y los que la compraron la dejaron tal y como la encontraron.

—Increíble.

—Así es.

La tarde comenzaba a morir. El patio ya era oscuridad y el silencio en la casa de Rosa se hizo más denso y profundo. Comprendí que debía retirarme.

—Rosa, muchas gracias por tus atenciones y tu información, no sé cómo agradeceréte.

—Descubre lo que tienes dentro, ahí encontrarás a tu abuela.

—No sé si lo conseguiré.

—Eso, depende de ti. Si quieres, puedes. Perdona que no te invite a cenar, apenas si tengo comida en casa.

—No te preocupes, tomaré una tapilla por ahí.

—Ven, que te abro la puerta de la casa de tu abuela.

La seguí, tras sus pasos cortos y titubeantes. La calle, mal iluminada, pareció amenazarme con los colmillos blancos de sus casas encaladas. El eco del taconeo de nuestras pisadas avivó el rugir de las fauces ilusorias en las que nos adentrábamos. Dormir en casa de mi abuela, una casa cerrada por años. Aunque algo profundo me arrastraba hacia su interior, el terror me impelía a no traspasar aquella puerta que me conduciría hasta el regazo de mi abuela muerta.

—Ya está —y Rosa esbozó una sonrisa enigmática—. Toma la llave, la casa es tuya.

—¿No entras conmigo’?

—No, tengo prisa en regresar, quiero ver un programa que me gusta.

—Bueno. Entro un minuto y salgo a tomar algo.

—Descansa. Mañana quizás no estaré en casa a primera hora, a lo mejor saldré muy temprano. Si cuando pases por aquí no estoy, la dejas bajo la esterilla de la puerta y yo la recogeré al llegar.

—Perfecto, así lo haré. Muchas gracias por todo, Rosa.

—Gracias a ti por venir.

Nos dimos los consabidos besos de despedida. Me estremecí al sentir la frialdad de su piel arrugada.

—Una cosa —se giró tras unos pasos—. Nadie ha dormido en la casa desde que tu abuela murió. Tú serás la primera en hacerlo.

—¡Pero...!

—Ah, y toma este sobre, dentro va la única foto de tu abuela de niña que conservo. Cuando tengas tiempo la miras, seguro que te gusta.

—¿Una foto? —y apreté el sobre a mi pecho—. Muchas gracias, de corazón.

—Una foto familiar. Tu abuela y tu bisabuela, así la conoces, también. Tuvieron mucho mérito, fueron mujeres muy fuertes. Tuvieron que pasar por mucho, figúrate, tu abuela madre soltera en aquellos tiempos...

De nuevo, el golpe seco de lo desconocido.

—¿Cómo que madre soltera? Pero... ¿mi abuelo?

—Que tu madre te lo cuente, yo ya no tengo tiempo —y mientras se despedía sonrió como lo hacen las arpías del cine gótico—. Disculpa, no quiero perderme el inicio de mi programa favorito.

Me quedé en la puerta mientras ella se alejaba, con aquel sobre entre mis manos. Sólo entonces caí en la cuenta de que no había visto ninguna televisión en su casa. La tendrá en su dormitorio, pensé. ¿Y qué más me daba? Permanecí inmóvil frente a la casa, como si esperara que algo me dijera. Mi abuela, ¿madre soltera? Incapaz de asimilar tanto secreto de familia me asomé por la puerta entreabierta hasta percibir el olor a cerrado, a hogar deshabitado desde la tarde triste en la que murió mi abuela. Una mujer sabia, como a ella le gustaba que la llamaran, una bruja, como le dirían. Y entonces, de repente, un recuerdo emergido desde las profundidades abisales del océano de mi olvido me hizo tambalear de terror. Lo vi en mi mente, como se ven los prodigios clarividentes, como si en ese preciso instante estuviera sucediendo de nuevo: la pandilla de niños, en aquella calle, que me perseguían entre burlas y amenazas. Yo huía despavorida en busca de la seguridad de la casa de mi abuela. Algunos me arrojaban piedras. Humillada y golpeada, sangraba por la frente y las rodillas. Pero no fueron los porrazos los que me causaron las heridas más punzantes: me dolieron mucho más sus palabras que los puñetazos, sus mofas que las patadas. ¡Eres una bruja, una bruja como tu abuela! ¡Móntate en tu escoba y vete de aquí, como se fue tu madre, no te queremos! Aquellos niños, que yo consideré por aquel entonces monstruos feroces, eran inocentes todavía, insultaban por las bocas de sus padres, repetían lo que en casa escucharon entre susurros temerosos y maledicentes. Tanto desgarró y dolor me produjo aquel suceso, que lo anulé de mi recuerdo, lo desenterré al limbo del olvido. Sin aviso, emergía de nuevo con

su escozor de herida putrefacta. Y esa humillación, ese saberme diferente, esa vergüenza por la familia a la que pertenecía, siguió latiendo desde entonces, como el magma de un volcán submarino, oculta para todos, incluso para mi propia consciencia. Por vez primera, comencé a comprender el porqué mi madre me alejó de Ronda para siempre. Pero el azar del destino juega con dados trucados y siempre gana. Hagamos lo que hagamos, siempre terminamos claudicando a sus designios. Quizás, por eso, allí me encontraba de nuevo, en la casilla de salida del juego de mi vida, dispuesta a conocer lo que pudo haber sido y no fue.

No entré a la casa. No me atreví a profanar el reino de las pesadillas. Volví a cerrar la puerta y me dirigí hacia el centro histórico en busca de un hostel que se enclavara en una calle turística con mucha luz. Esa noche no podría soportar la oscuridad.

Me despertó el sonido de mi móvil. Abrí los ojos con pereza y por completo desubicada. Tardé en percatarme de que me encontraba tumbada sobre la cama, vestida, sin haberme quitado siquiera los zapatos. Al incorporarme, algo se cayó de mis brazos. Se trataba de la vieja foto familiar, un extraño retrato en sepia. Me incorporé de un salto mientras atendía la llamada. Era mi madre.

—Ya estoy en Ronda, Artafi. Ve al parador, tomaremos un café allí.

—¿Al parador? ¿Por qué no vamos antes a la casa de la abuela?

—¿La casa de la abuela? Pero... ¡si la vendimos hace mucho tiempo!

—Rosa tenía una llave... y me la ha dejado para que entre. De hecho, me invitó a dormir allí, pero no me atreví.

—Artafi, no me gusta nada lo que me dices. Todo lo que me cuentas es muy extraño. Ven, por favor, ven rápido, no quiero ir hasta allí sin antes habernos reunido nosotras.

Veinte minutos más tarde cruzaba el puente sobre el Tajo. Desde un banco me asomé a su abismo para tratar de advertir el eco de tantos suicidas como se habían arrojado desde sus alturas. Construido en el XVIII por el mismo arquitecto de la Plaza de Toros, era un prodigio de ingeniería y arquitectura. Le llaman Puente Nuevo porque un par de décadas antes de comenzar su construcción definitiva, se había derrumbado con estrépito el primer puente que se intentó construir para vencer al Tajo. Murieron docenas de trabajadores en la tragedia, y las leyendas del lugar aún hablan de sus quejidos en las noches de luna. En el interior del puente se estableció en la cárcel, de la que nunca nadie logró fugarse. Hoy era el principal monumento de la ciudad y a esa temprana hora ya se encontraba ocupado por cientos de turistas asombrados que fotografiaban sus paredes verticales y que eran acompañados por el coro escandaloso de las grajas y cernícalos que los sobrevolaban.

Junto al puente, asomado a las alturas se encontraba el Parador, bien integrado en la ciudad. En la cafetería me esperaba mi madre, que se levantó de manera precipitada al verme llegar.

—Artafi —y cogió mi cara entre sus manos—. He estado muy preocupada por ti, no he podido dormir en toda la noche. Gracias a Dios estás bien y...

—¿Por qué iba a estar mal?

—No sé, la casa de la abuela, todas esas cosas raras que me dijiste.

—Ya te contaré. Pero antes eres tú la que me tienes que explicar lo que hasta ahora me has ocultado.

—No te ocultado nada y...

—Dime al menos adónde fuimos el día que la abuela murió.

No fue capaz de sostenerme la mirada. Bajó su cara antes de responder.

—Para mí es doloroso.

—Para mí muy importante, mamá. No puedes seguir ocultándome mi propio pasado. No más secretos de familia, por favor.

—Tienes razón. Quizás tendría que haberte contado algunas cosas antes...

—¿Dónde fuimos aquel día?

—Salimos al campo, a un lugar que se encuentra en El Gastor.

—Sí, El Gastor, el pueblo que está entre Algodonales y Montecorto.

—Sí...

—¿Y qué lugar era ese?

—Creo que lo mejor es que vayamos hasta él. Quizás allí me atreva a contártelo todo y quizás allí comprendas. Iremos en mi coche, lo tengo aparcado cerca de aquí. Traigo botas de campo para las dos, tendremos que andar un poco.

—Espera, quiero despedirme de Rosa y devolverle la llave de la casa de la abuela. Vamos en tu coche y ya salimos desde allí.

Apenas si hablamos durante el trayecto ni, menos aún, apreciamos la belleza de las calles blancas, señoreadas por las fachadas de sus palacios e iglesias. Yo iba sumida en mis cavilaciones y dudas, mi madre en sus recelos y temores.

—La calle... está igual que entonces —se asombró mi madre cuando llegamos—. Parece que nada ha cambiado desde que murió tu abuela.

—Ni siquiera te llevaste sus cosas, ¿verdad?

—No, no fui capaz...

—Pues siguen todas en la casa, tal y como ellas las dejó. Nadie ha tocado nada.

—Pero... ¿y los compradores?

—Nunca entraron en la casa. La mantienen a través de una empresa y Rosa le da una vuelta de vez en cuando. ¿A quién se la vendiste?

—No lo sé exactamente. Lo hice a través de una agencia inmobiliaria y lo compró una empresa extranjera. Pensé que eran turistas que querían tener casa

en Ronda. Háblame de Rosa, no logro recordarla.

—Mejor, vamos a saludarla, esa es su casa, se alegrará de verte.

La puerta estaba cerrada. La golpeé en varias ocasiones con la aldaba de bronce, pero nadie abrió la puerta. Insistí con más fuerza, sin éxito.

—Qué pena, no ha regresado todavía, me dijo que saldría temprano...

—Yo nunca conocí a nadie que viviera en esta casa, Artafi.

—Seguro que sí, mamá. Incluso yo dormí alguna vez en ella y...

La puerta de la vivienda vecina se abrió en ese momento. Una señora mayor, vestida de negro, salió, advertida sin duda por nuestros golpes. Era menuda, como Rosa, pero no era Rosa.

—¿Qué desean?

—Veníamos a visitar a Rosa, pero no está en casa.

—¿Rosa? Ahí no vive ninguna Rosa.

—¿Cómo que no? Yo estuve con ella ayer, conocía a mi abuela y...

—Llevo diez años viviendo aquí y esa casa siempre estuvo deshabitada.

—Imposible, le repito que yo estuve con Rosa aquí; fue amiga y vecina de mi abuela, debe llevar viviendo aquí más de veinte años...

La anciana nos observó con atención y condescendencia. Nos calibraba y dudaba si tenía delante a unas bromistas o a unas locas.

—Ya se lo he dicho. Ahí no vive nadie. Y no conozco a ninguna Rosa en esta calle. Buenos días.

Perpleja, fui incapaz de reaccionar. Entonces, ella se giró para regresar a su casa. Mi madre tomó entonces la palabra.

—Perdone si la hemos podido molestar. Verá, mi madre vivió durante muchos años en aquella casa —y la señaló— y hoy hemos regresado. Mi hija no la conocía.

Decidí guardar silencio. No lograba comprender qué ocurría.

—Esa casa —respondió la vecina— también lleva cerrada desde que yo me mudé aquí.

—Mi madre murió hace ya mucho tiempo. ¿Cómo es posible que esté tan cuidada?

—Una empresa extranjera viene de vez en cuando a mantenerla. La limpian, la encalan y todo eso, al igual que hacen con la casa a la que llamaban. Las dos vacías, en ninguna vive nadie desde hace al menos diez años. La misma empresa las cuida, deben pertenecer al mismo propietario, un extranjero, seguro.

—Perdone —intervine mientras realizaba un gran esfuerzo por aparentar calma y mesura—. ¿Quién era entonces la señora que me abrió esta casa?

—No tengo ni la menor idea.

—Pero estuve dentro, paseé con ella hasta la casa de mi abuela.

Por vez primera pareció que tomaba en consideración mis palabras.

—La verdad es que ayer ocurrió algo extraño.

—¿Algo extraño? —pregunté con cierto alivio.

—Ayer escuchamos un canario trinar durante todo el día. Nos extrañó, nunca lo habíamos oído antes; era un canto muy alegre y bonito... Hoy, ya no suena.

—Lo tenía en el patio... Dios, ¿qué ha pasado? —murmuré entre dientes—. ¿Por qué este engaño?

—¿Qué dices, hija? —la anciana ahuecó su mano junto a su oreja—. No logro escucharte bien...

—No se preocupe. Alguien aficionado al teatro se ha divertido a mi costa...

—Ya tendremos tiempo de hablar de todo esto, Artafi —mi madre me agarró con suavidad el brazo—. Vámonos, no molestemos más a esta señora.

—Espera —y rebusqué en mi bolso—. Aquí tengo la llave de la casa de la abuela. Vamos a verla.

—No sé, me da mucha cosa entrar...

—Ahora no podemos dudar, mamá. Tenemos que aclarar todo esto.

Avancé con decisión hasta la antigua casa de mi abuela mientras mi madre me seguía resignada y asustada. La vecina, cotilla, también avanzó para no perderse detalle. Llegué hasta la puerta y...

—¡Qué raro! ¡La llave no entra!

—Déjame a mí —y mi madre también lo intentó, sin resultado alguno.

—Anoche Rosa abrió la puerta y me dio la llave. No me atreví a entrar y yo misma la cerré, antes de encaminarme hacia la fonda...

—Artafi —mi madre me miró con preocupación después de comprobar los perfiles—, esta llave nunca pudo haber abierto esta puerta. No coincide con el perfil del mecanismo.

—No puede ser, déjame a mí.

Desolada, tuve que darle la razón. Ni Rosa ni yo pudimos haber abierto con esa llave.

—Por la noche han cambiado la cerradura, mamá. Todo ha sido un montaje...

—Tranquila, hija, ahora me lo cuentas todo, seguro que encontramos una explicación. Vámonos, hablaremos en el coche, tenemos una excursión por delante.

En silencio, algo avergonzadas, abandonamos la calle bajo la suspicaz mirada de la vecina. Sin duda, ya tenía tema de conversación por un buen tiempo. Nos montamos en el coche. De repente, antes de arrancar, recordé algo.

—¡Espera! Anoche, antes de despedirse, Rosa me entregó un sobre con una foto antigua. No he logrado entenderla bien. Era la abuela de niña. Acompaña a

la bisabuela.

Saqué la antigua fotografía sepia, algo arrugada. El tiempo había cobrado en ella su impuesto de deterioro. No obstante, se podía apreciar en ella a cuatro mujeres rapadas, muy delgadas, con las miradas perdidas y vestidas con unas ridículas batas muy sucias que caminaban por una calle entre el jolgorio de los transeúntes, que se reían ante la humillación de aquellas desgraciadas. Una niña pequeña, con unos cuatro añitos, vestida de manera humilde, extendía el brazo hacia la mujer rapada que caminaba más erguida, con mayor dignidad.

—Mírala, esta es.

Mi madre agarró con indiferencia la foto. Quizás pensaría que se trataba de otro de mis desvaríos. Pero en el mismo instante que sus ojos se posaron sobre la imagen, su rostro se demudó por completo, sin poder ahogar un grito que exhaló desde lo más hondo de su ser.

—No, no puede ser...

Se llevó la foto al pecho y rompió a llorar.

—No llores, por favor. ¿Reconoces la foto?

—No, nunca la había visto —respondió entre sollozos—. Pero reconozco a mi abuela y a mi madre... Esta foto fue tomada en el 39. Maldito año, maldita locura...

—Pero, ¿qué es? ¿Por qué están rapadas? ¿Por qué se ríen de ellas?

—Un día, tu abuela me lo contó. Ella es la chiquilla que corre desconsolada tras su madre. Como represalia, tras la guerra, se humilló en público a las mujeres de los rojos. Las rapaban, les arrojaban cosas mientras las paseaban... Una vejación en toda regla que las marcaría de por vida.

—Pero mamá, la familia de tu abuela no era roja, era de los nacionales; al bisabuelo lo mataron los republicanos.

—Sí, era una familia de derechas... Pero a tu bisabuela no la pasearon por roja, como a sus compañeras...

—¿Por qué la pasearon entonces? —y dudé de nuevo antes de pronunciar la palabra maldita—. ¿Por bruja?

—¿Bruja? ¡La bisabuela no fue bruja!

—Bueno, llámala como quieras, mujer sabia, como la abuela...

Me devolvió la foto. Su rostro evidenciaba el dolor profundo y viejo que la atormentaba desde la infancia.

—Las mujeres de nuestra familia siempre fueron... especiales, digámoslo así. Hierbas, mejunjes, adivinaciones... Yo intenté salir de esa saga, alejarme de ese mundo primitivo y mágico... que ha vuelto para atraparme. Siempre quise alejarte de esa hechicería arcana, pero, de alguna manera, tu abuela se ha vengado al conseguir atraerte hasta su reino. Mucho cuidado, Artafi, no eres

consciente de los poderes que puedes provocar si continúas removiendo ese pasado que te reclama.

—Mamá, no seas tan tremenda. Al fin y al cabo, tampoco es tan malo que a nuestras abuelas les gustaran las hierbas y los brebajes.

—Tengo miedo, mucho miedo, Artafi. No es sólo eso... ellas eran mucho más... poderosas.

—¿Poderosas? ¿Qué significa eso?

—Lo comprenderás cuando sepas dónde nos pidió la abuela que la lleváramos el último día de su vida.

—¿Adónde, mamá? ¿Por qué tanto misterio? ¿Dónde fuimos aquel día, dónde vamos ahora?

—A un dolmen. Al Dolmen del Gigante. Tu abuela lo visitaba con frecuencia, le daba fuerzas, decía...

—¿Que ese día fuimos a un dolmen? ¡No me lo puedo creer! ¿Cómo no me lo has dicho antes?

—Creí que no era relevante...

—¿Cómo que no era relevante? ¿No te das cuenta que toda esta maldita historia gira en torno a los dólmenes? Todo comienza y termina en ellos...

—Tienes razón, hija... Toda historia comienza en los dólmenes... Más incluso de lo que puedas suponer...

—Me asustas, mamá...

—Yo también tengo miedo, Artafi.... No sé qué es lo que hemos desatado...

—Tenemos que descubrirlo juntas. Vamos, es hora de que destapemos sus esencias.

Arrancó el vehículo. Pero antes pude advertir su fugaz mirada de orgullo. Nada me dijo, pero supe que, en el fondo de su alma, ella se sentía orgullosa y satisfecha de mí. Yo no sabía si, en ese instante, lo estaba, aún, de ella.

Aparcamos el coche en unos pinares, plantados en una ladera sobre El Gastor, localidad conocida como el Balcón de los Pueblos Blancos de Cádiz, por el paisaje que se domina desde el caserío. Al fondo, la villa de Olvera, con su iglesia y su castillo suspendido del cielo con vuelo de paloma blanca. Anduvimos un rato hasta llegar al cortijo del Charcón. Un enorme zarzal embebía la humedad del lugar. El dolmen se encontraba algo más adelante, en un lugar elevado, bajo la enorme peña de El Gastor y el Tajo de Algarín. Seguí a mi madre en silencio reverencial.

—Aquí está. Los del pueblo lo llamaban la Tumba del Gigante.

Allí estaba, a nuestros pies, los restos de un dolmen enorme, sin túmulo alguno y con sus grandes ortostatos y losas parcialmente en pie. Aun herido por el paso del tiempo y por los expolios, el megalito lucía enorme y digno. Tenía un

corredor de casi diez metros de longitud y unos ortostatos de más de dos metros de altura en la cámara. Fue construido haría unos 6.000 años, como otros tantos en Andalucía, en la época del primer esplendor megalítico. Todo un coloso, adecuadamente bautizado como el dolmen del Gigante o del Charcón, orientado al este, hacia la salida del sol.

—Cuéntame, mamá, qué ocurrió el día que la abuela murió. ¿Qué hicimos en el dolmen?

—Aquel día fue tu abuela la que insistió en venir. Nos reiteró que la trajéramos hasta aquí, como si, de alguna manera, quisiera despedirse de él.

—¿Conocía el dolmen con anterioridad? ¿Había estado aquí antes?

—Sí, muchas veces.

—¿Y cómo lo descubrió?

—Su bisabuela la trajo. A su vez, fue tu tatarabuela quien se lo descubrió a tu bisabuela.

—La cadena de sabiduría...

—Sí. También visitaba de vez en cuando otros dólmenes, como el del Chopo y algunos que todavía están sin descubrir por la ciencia, pero que ella conocía. Su madre se lo enseñó... Una cadena de iniciación que se remonta hasta sabe Dios cuándo. Y ahora, quién me lo iba a decir a mí, soy yo quien te lo enseña. Estamos aprisionadas en un destino del que nos resulta imposible escapar.

—Yo ya no quiero escapar de nada, mamá. Yo quiero saber todo. Nuestra historia familiar es parte de nosotros. Sin ella, no estaríamos completas.

—Eso parece...

—¿Y tú? ¿Cómo lo descubriste?

—Cuando yo era una niña, tu abuela, cómo no, me trajo hasta aquí. Todavía recuerdo aquel día. Me gustó mucho el lugar, me pareció mágico. Tu abuela me dijo que los dólmenes guardaban los secretos del pasado y que nosotras debíamos venerarlos. Hizo una especie de ceremonia en la que me bendijo o algo así. No logro recordar su liturgia, pero desde entonces me sentí muy vinculada a este lugar. Incluso cuando traté de olvidarme de este mundo, recordé siempre con devoción el dolmen donde fui ungida.

—Así que nuestra estirpe se encuentra vinculada al dolmen... ¡Qué historia! ¿Cómo no me la contaste antes?

—Porque, ya lo sabes, quise abandonar toda esta locura. Sabiduría antigua, dólmenes, ritos bajo la luna...

Apreté con fuerza sus manos. Comprendí el tormento que experimentaría durante su adolescencia, cuando decidió rechazar un mundo aparentemente oscuro, tan alejado de la vida de sus amigos.

—Aún te quedan cosas por conocer.

—Cuéntamelo todo, por favor.

—Hasta ahora te lo he ocultado, pensaba que por tu bien. Sufría por ello, en muchas ocasiones estuve a punto de sincerarme. Pero lograba contenerme en última instancia. Me daba tanto miedo que el mundo de tu abuela te arrastrase...

—Ya estamos inmersos en él, mamá...

—Como sabes, abandoné a tu abuela y a Ronda y me fui a Sevilla, donde me enamoré de tu padre y nos casamos. Pero no nos llegaban los hijos que deseábamos. Insistimos, fuimos al médico, pero nada, todo resultó inútil. Entonces, tuve una premonición, una intuición preclara. Y me traje a tu padre aquí.

—¿Aquí?

—Sí. Tu padre vino a regañadientes. Como ingeniero, rechazaba las supercherías populares. Pero deseaba tanto tener hijos que aceptó mi propuesta. Vinimos hasta aquí, imploré a las fuerzas del dolmen los hijos que no me llegaban y a los nueve meses justos naciste tú...

—¡No, no puede ser!

—Sí..., de alguna manera, tú eres hija de este dolmen...

—Mamá... —y me abracé a ella con lágrimas en los ojos.

Guardamos un largo silencio, abrazadas en esa unión íntima y orgánica que solo es posible entre madre e hija.

—Artafi, quise alejarte del mundo extraño y mágico de nuestra familia... ¡Cómo pude ser tan desagradecida! Al fin y al cabo, gracias a esos poderes tú naciste...

—Hoy es un día muy importante para mí... Por fin comienzo a saber, por fin conozco cuál es mi sitio...

—Intentamos después darte un hermanito, pero nos resultó imposible. Hija única te quedaste.

—Como siempre en la familia, ¿verdad?

—Sí, como siempre en la familia. Hijas únicas que después sólo paren hijas únicas.

Dos águilas firmaron con sus vuelos una salmodia de esperanza en el cielo azul. Las chicharras cesaron en su estridencia enervada y la mañana se hizo más transparente y luminosa. Una señal. Era el momento. Tengo que pedirlo, debo hacerlo, ahora.

—Mamá...

—Dime, hija.

—Quiero ser ungida aquí. Por ti. Ahora. Es importante para mí.

—¿Ungida por mí? No conozco ninguna ceremonia, ni palabras mágicas, ni nada así.

—Eso no se aprende, eso se lleva dentro. Tú recibiste algo de la abuela que debes, ahora, traspasarme.

Mi madre tardó en responder. Supuse que en su interior se libraba una lucha encarnizada entre sus deseos y su deber. Sus deseos de alejarse para siempre del mundo de sus ancestros, su deber de consagrar a su propia hija como ella misma fue ungida en el pasado. No podrá rechazarme. Lo hará.

—No es fácil para mí, Artafi. Sería como comenzar de nuevo todo. Tú y yo estábamos fuera y...

—Ni tú ni yo hemos estado nunca fuera de nuestro destino, no podemos engañarnos. Y a las pruebas me remito. El dolmen siempre estuvo dentro de nosotras y ha desencadenado una auténtica masacre para reclamarnos de nuevo a su seno.

—Artafi, qué cosas dices... Me asusta esa mirada tuya...

—Úngeme ya, por favor.

Y en silencio, mi madre se situó en la boca del dolmen mientras musitaba palabras que no alcancé a entender pero que parecían oraciones. Levantó sus brazos en dirección a los cuatro puntos cardinales.

—Ven ahora junto a mí.

Lo hice con recato y silencio. Era consciente de la trascendencia del momento. Quedaría por siempre insertada en la cadena ancestral de mujeres sabias con las que compartía sangre y de las que debería recibir iluminación. Y pensaba en estas cosas con natural recogimiento, con curiosa excitación y ánimo gozoso, como acudiera en mi infancia, aún lo recordaba, a mi Primera Comunión. De un sacramento prehistórico al fin y al cabo se trataba.

—Desnúdate y arrodíllate.

Mi madre impuso sus manos sobre mi cabeza. Se agachó, me dio un beso en la frente y exclamó con cierta solemnidad:

—Artafi, aún puedes rechazar esta unción. ¿Estás segura de aceptarla?

—Sí, para siempre.

—Que sea lo que tú y nuestras antepasadas han querido. Besa ahora a la Madre Tierra.

Lo hice con devoción.

—Quedas ungida por tu madre, al igual que yo quedé por la mía y ella por la suya.

Un gozoso estremecimiento recorrió hasta la última célula de mi cuerpo. Me levanté despacio y me adentré por el pasillo de ortostatos, hasta llegar al fondo del dolmen, donde las losas de cubierta me dieron cobijo. Me percibí como parte orgánica del megalito. Piedras sagradas y mujeres sabias desde el inicio de la civilización. Una extraña clarividencia iluminó mi mente, una inmensa paz me

embargó. Algo había pasado en lo más hondo de mi ser, sin que pudiera con palabras describirlo. Salí del dolmen, con la cara iluminada y la consciencia alerta y despierta.

—Gracias, mamá. Sea esto lo que quiera que sea, me siento bien, muy bien.

—Yo también. Me he quitado un gran peso de encima. Ya sabes lo que durante tanto tiempo te quise ocultar. A partir de ahora, debes recorrer tu propio camino.

—Mamá, aquí fue donde papá entró en contacto con el megalitismo, ¿verdad?

—Sí. Nunca antes de aquel día había conocido un dolmen. Quedó muy impresionado. El que yo me quedara embarazada aquí, le asombró más allá de lo razonable.

—¿Cómo que aquí? ¿Es que...?

—No entremos en detalles íntimos, Artafi, ya sabes que soy muy pudorosa para eso. Pero sí, aquí fuiste engendrada. Tu padre comenzó a indagar, a leer, a visitar dólmenes... Quiso que le acompañara, pero siempre me negué. Jamás me perdoné que tu padre perdiera la cabeza por mi culpa. Los dólmenes me concedieron una hija, pero me hurtaron un marido. A pesar de ello, les estoy agradecida, supongo.

Tocaba regresar. Con paso lento, como si nos costara abandonar aquel lugar, nos demoramos en el camino. No teníamos prisa alguna por incorporarnos al siglo XXI, necesitábamos descompresión desde las profundidades megalíticas desde las que emergíamos.

—Mamá —le pregunté nada más montarnos en el coche, al recordar las misteriosas palabras con las que Rosa me despidió la tarde anterior—, ¿por qué nunca me hablasteis del abuelo? No lo conocí, nunca vi una foto suya.

—Tú no conociste a tu abuelo, mi padre —y agachó la cabeza al responder—. Tampoco yo lo conocí.

—¿Murió antes de tú nacer? Siempre me disteis a entender que falleció joven.

—Otro secreto que hoy vas a conocer. Tu abuela nunca vivió con tu abuelo, ni se casó con él.

—¿Entonces...? ¿Cómo naciste tú? ¿El novio la dejó preñada y se negó a casarse? Rosa me dijo que la abuela fue madre soltera.

—¿Rosa te lo dijo? ¿Cómo pudo saberlo? Bueno, qué más da eso a estas alturas. No, el caso de tu abuela fue algo aún más extraño...

—¿Fue violada o algo así?

—Ella apenas si me habló de él. Tuve que recomponer la historia de aquí y de allá. Por lo visto, un día llegó hasta Ronda un señor extranjero, al parecer francés. Tu bisabuela lo alojó en su casa. Nadie supo bien a qué había venido, ni cómo llegó hasta nuestro hogar, pero el caso es que allí vivió durante un par de meses. Tu abuela, que tendría algo más de veinte años y que se había negado a

casarse hasta entonces, me engendró a mí nueve meses después. Figúrate el escándalo, hija de madre soltera por aquel entonces.

—Qué fuerte... La abuela lo pasaría fatal, y para la bisabuela sería un tremendo disgusto.

—No. Sorprendentemente se mostraban orgullosas del hecho, como si de un privilegio se tratara. En las poquísimas ocasiones en que las escuché referirse a tu abuelo, lo hacían con devoción. Por eso, siempre creí que mi madre enviudó, lo di por hecho. Hasta que un día unos niños me escupieron que era hija sin padre de una bruja puta. Nunca lo olvidaré. Esa noche, tu abuela algo me explicó. No la comprendí en aquel momento... y hoy me siento orgullosa de ella.

—Mamá —y la abracé entre lágrimas—... Parece que tú también estás reencontrándote con la abuela hoy.

—Sí, eso parece...

—¿Y quién crees que fue aquel hombre, mi abuelo, tu padre?

—No lo sé. Tu abuela jamás me lo dijo.

XXII

Aquella misma tarde, a mi regreso a Sevilla, llamé a la viuda de Luis Gestoso. Intuía que acababa de descubrir el fuerte lazo que le unía con mi padre.

—¿Elena? Soy Artafi.

—¡Me alegra tu llamada, me he acordado mucho de ti!

—Quería preguntarte algo...

—Dime, estaré encantada en responderte.

—Es algo íntimo, delicado. Pero importante —tomé aire durante un segundo antes de continuar—. Me dijiste que no lograsteis tener hijos, a pesar de buscarlos.

—Sí, así fue.

—Perdona que te lo pregunte de una manera tan directa... ¿Te llevó Luis alguna vez a un dolmen para realizar un rito de fertilidad?

El silencio al otro lado de la línea se hizo eterno. Pensé que no me respondería, o que colgaría, directamente. Al final, con alivio, pude escuchar sus palabras temerosas.

—Bueno... Sí, la verdad es que sí..., ¿cómo lo has sabido?

—¿Te importa contarme cómo ocurrió?

—Me da vergüenza... nunca he hablado sobre esto... aunque lo recuerdo bien, fue duro para mí. Prefiero no...

—¿Qué pasó? Cuéntamelo, por favor.

—Luis me llevó hasta el dolmen, me aseguró que me quedaría embarazada. A mí me pareció puro esnobismo, no tenía ninguna confianza, pero acepté resignada. Nada perdía por intentarlo. Deseaba tanto ser madre...

—¿Y...?

—Fuimos a un dolmen. Para mi sorpresa, me quedé embarazada. Desgraciadamente, aborté a las pocas semanas y me sumergí en una honda depresión.

—¿Te quedaste embarazada?

—Sí....

—¿A qué dolmen fuisteis?

—A uno cerca de El Gastor...

—¿El del Gigante?

—Sí, ¿por qué sabes todo esto?

—Tu marido y mi padre eran más amigos de lo que sospechábamos. Tuvo que ser él quien le descubriera a Luis lo del rito en el Gigante. Mis padres también

fueron a ese dolmen y mi madre se quedó embarazada. Mi padre se lo contaría a tu marido. Y muy amigos habrían de ser para comentar estos temas tan íntimos...

—Sí... Luis nunca me confesó quién le había recomendado esa visita. Me acabo de enterar.... —rompió a llorar—. ¡Y si por lo menos me hubiera quedado un hijo por consuelo! Tu madre lo consiguió, yo fui una inútil hasta para parir...

—Por favor, no digas eso, has demostrado ser una mujer de gran valía. Ahora debemos ser fuertes. Tenemos que lograr descubrir quiénes fueron los asesinos de Luis.

—Sí... aunque eso no me lo devolverá ni me dará al hijo que nunca tuve....

—Elena, debemos animarnos. Ahora tenemos una misión que cumplir. Muchas gracias por sincerarte, me has resultado de mucha utilidad. Por primera vez tenemos algo a lo que agarrarnos.

—Ya me vas contando tus hallazgos...

—Sí, descuida, lo haré.

Fui consciente de la importancia de aquel descubrimiento. Mi padre y Luis mantuvieron una íntima amistad. Su pasión por los dólmenes los unió desde... ¿Desde cuándo? Volví a llamarla para aclarar esa cuestión de fechas.

—¿Elisa?

—¿Sí?

—Perdona que te moleste otra vez. ¿Qué año fuiste al dolmen? ¿Lo recuerdas?

—Claro, eso no podré olvidarlo nunca. Fue en 1986, todavía vivíamos en Granada y Luis llevaba poco tiempo con sus salidas al campo en busca de piedras antiguas.

—Un año después de mi nacimiento... Mi padre conocería de vuestro sufrimiento y querría ayudaros de la misma forma que a él y a mi madre le habían ayudado... Una última pregunta... ¿os acompañó alguien en el dolmen ese día? ¿Una mujer, quizás?

—Sí, una señora vestida de negro. Nos esperaba. Al principio me inspiró un profundo temor, después ganó mi confianza. Dirigió un extraño rito y musitó algo parecido a unas oraciones. Entró como en trance. Después, cuando finalizó, nos dijo que todo había ido bien, que cumpliéramos nosotros.

—¿Qué cumpliríais...?

—Sí, tuvimos que cumplir allí. Yo llevaba una manta y...

—Déjalo, me hago a la idea. ¿Y recuerdas cómo se llamaba esa mujer?

—No nos lo dijo, yo tampoco le pregunté nada. Me imponía, me asustaba un poco... Era como una...

—¿Una bruja?

—Bueno, algo así...

—¿No me puedes dar más pistas sobre ella?

—Poco más... ¡Ah, bueno, sí! La llevamos en coche hasta su pueblo.

—¿Dónde vivía?

—En Ronda, en un barrio cercano a las antiguas murallas.

—...

—¿Sabes quién era? —preguntó ante mi prolongado silencio.

—Sí... Era mi abuela.

—¿Tu abuela?

—Es una larga historia que ya te contaré... Por fin comienza a hacerse la luz.

Sin recuperarme aún de la conmoción causada por las palabras de Elisa recibí una llamada. ¿Quién sería?

—Artafi, soy Quim, Quim Houdín.

Una parte de mi ser se alborozó con esa llamada que no esperaba, otra la rechazó, temerosa de inmediato. Houdín me atraía y me generaba una honda repulsión al tiempo... Algo tenía aquel mago misterioso que me atrapaba más allá de lo que me gustaría reconocer. Su sonrisa removía mi ternura.

—Buenas tardes, Quim. ¡Qué sorpresa, no esperaba tu llamada! ¿Alguna novedad?

—¿Estás lista para viajar conmigo? Te dije que te llamaría para hacer un viaje juntos. Te hará mucho bien. Saldríamos por la mañana y regresaríamos por la tarde.

—Pero, ¿adónde?

—A mi infancia. A un lugar mágico que me marcó para siempre.

—No comprendo...

—A mi pueblo.

—¿A tu pueblo? ¿Para qué? ¿Y cuál es tu pueblo?

—Soy de un pueblo de Granada que se llama Montefrío...

—¿El que está cerca de Loja?

—Sí. Quiero que vayamos juntos a los dólmenes de La Peña de los Gitanos.

—¿Te has vuelto loco? Como entenderás, no pienso ir ni contigo ni con nadie a visitar dólmenes... ¿No comprendes que correremos un serio peligro?

—Debes confiar en mí. Estoy convencido de que no te arrepentirás.

Y, en efecto, supe en ese mismo instante que no me arrepentiría. Y vulnerando cualquiera de las leyes de cordura y prudencia que en el mundo fueron, acepté la invitación. La llamada no podía ser una simple casualidad, la sincronía del destino hacía girar la mecánica de los acontecimientos. De los dólmenes venía, hacia los dólmenes regresaría.

—Si eres de Montefrío, no te llamarás Quim Houdín. ¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Esa es una pregunta metafísica. Yo me siento Quim Houdín. Por tanto, ese es mi nombre, con el que me gusta que me conozcan. Pero en los papeles aparezco, para mi desgracia, como Ramón García. Como verás, no tiene mucho *glamour*.

—Pues no, la verdad... No valdría como cartelera de tus espectáculos.

—¿Te importa si me sigues llamando Quim?

—No te preocupes. Para mí, seguirás siendo Quim...

—¿Y Boyle? ¿Cómo se llama en verdad?

—No sé si debo decírtelo, es muy celoso...

—Dímelo.

—Boyle es de Benacazón y se llama Ruperto Sánchez. Como ves, tampoco tiene mucho *glamour* artístico.

—Pues no...

—No le digas que te lo he dicho.

—No lo haré, para mí siempre será Boyle, John Boyle.

Le colgué con la primera sonrisa del día. Había leído en algún libro que las brujas dominaban a una persona cuando lograban conocer su nombre verdadero. Por eso, siempre había que ocultarlo, si no se quería terminar bajo la voluntad de la sibila. Quim, al desvelar su nombre real, perdía la protección del nombre ficticio, por lo que podría dominarlo a mi voluntad. Al menos, eso era lo que a mí me hubiera gustado en ese momento. John Boyle no me interesaba lo más mínimo, por atractivos que pudieran ser sus ojos celtas, claros y azules. Pero ya conocía la llave de su voluntad, por si algún día precisara utilizarla.

A la mañana siguiente salimos para Montefrío. Él conducía su viejo coche mientras yo miraba, silenciosa, el pasar de los kilómetros de luz, campiñas y olivos. Aún no había terminado de digerir todo lo acontecido en Ronda. Me sentía distinta, más plena, con mayor conciencia. Y también segura, una extraña fortaleza me amparaba. Por eso, me dejé llevar por Quim, sin preguntarle siquiera por lo que quería mostrarme. Lo que tenía que pasar, pasaría.

—¿Le has dicho a Boyle que me llevas a tu pueblo?

—No. He preferido no decirle nada.

—Tú sabrás. Pero dice que tiene poderes mentales —le provoqué—. Quizás lo lea en tu mente.

—No, no lo leerá. Y tú, ¿se lo has contado a alguien?

—No, a nadie.

—Mejor así.

Volví a guardar silencio. No quise contarle que a buen seguro la policía, que escuchaba todas mis conversaciones telefónicas, ya habría montado todo un dispositivo de seguridad para la ocasión, en el que, si me sincero, ya había

dejado de confiar.

Pero, ¿y si Quim estuviera compinchado con los asesinos? No, eso no podría ocurrir. Mi corazón no me fallaría con tanto estrépito. Quim me apreciaba, quizás algo más de lo que aún exteriorizaba. Algo me decía que quizás fuera el único que decía la verdad en toda esa maldita historia... Decidí dejar correr los acontecimientos. Mi mente no se encontraba en aquel vehículo, aún trataba de asimilar los traumas de mi madre y de mi abuela. También de mi nueva conciencia. Mi abuela, mi madre, yo. Toda una vida juntas y jamás llegué a sospechar nada de lo acontecido. ¿Cuántas personas vivirían en una vida falsa, engañadas, sin descubrir jamás los secretos familiares que les sustentaban? Como yo, sin ir más lejos...

Cuando abandonamos la autovía, Quim me señaló el relieve que se recortaba en el horizonte, hacia el que nos dirigíamos. Pronto se apreció un farallón rocoso sobre una mancha de monte noble.

—A los pies de aquella pared, que aquí conocemos como la Peña de los Gitanos, se encuentra la necrópolis megalítica, con más de cien dólmenes. Es un lugar muy especial... mágico, si esa palabra algo significara. Los viejos cuentan leyendas del lugar. Bajo las peñas, en la zona de la necrópolis, existió una antigua ciudad que desapareció entre las piedras. Otra leyenda versa sobre un asesinato vinculado a un tesoro. Quién sabe lo que pudo acontecer en este lugar... tan especial, como te decía. Vas a conocer un lugar en el que la arqueología se confunde con el mito y se abraza con el misterio.

—¿Por qué me traes hasta aquí?

—Porque te interesa mucho.

—Quim, ¿por qué dólmenes de nuevo?

—Déjate llevar, ya lo comprenderás.

Dejamos la carretera y nos adentramos en un carril de tierra que se dirigía hacia la Peña. La propietaria de la finca era delgada, muy atractiva y con un aguzado brillo de inteligencia en sus ojos. Pero, sobre todo, se la veía enamorada del lugar en el que había decidido vivir, un paraje mágico bajo los escarpes calizos de la Peña de los Gitanos.

—Vivo en este cortijo. Pude irme a la ciudad, pero no lo hice. Aquí se criaron mis padres y abuelos, y aquí encuentro yo la paz que preciso.

Dejamos el coche junto al cortijo y ascendimos por un sendero que bordeaba una cantera abandonada. La guía nos narraba apasionada la geología y la botánica de aquel rincón andaluz. Encinas, retamas, aulagas, ruscos, ballotas y cornicabras componían una rica vegetación mediterránea que adornaba de verde oscuro nuestros pasos. A medida que me acercaba a la necrópolis megalítica, una

extraña sensación de pertenencia iba tomando cuerpo en mi ser. Era como si, de alguna forma, regresara a casa. Los dólmenes ya no me intimidaban; los consideraba como una parte orgánica de mi ser, como si la esencia de mi alma se encontrara custodiada en su interior. Bienvenida a casa. Eres dolmen y al dolmen regresas.

—¡Artafi! —las palabras de Quim me sobresaltaron—. ¡Que no atiendes a las explicaciones!

—Perdón, perdón, me he distraído...

La verdad es que no tenía el mínimo interés en escuchar disertación alguna. Experimentaba una honda serenidad y sólo deseaba sumergirme en las brumas plácidas de mi interior. Tan imbuida me sentí en aquella naturaleza que me olvidé por completo de temores y recelos. Además, me gustaba sentirme acompañada por Houdín, siempre atento y pendiente de mí.

De repente, frente a mí, descubrí el primero de los dólmenes y experimenté una honda impresión. No tenía un gran tamaño, pero sí un excelente estado de conservación, con sus ortostatos y losas de cubierta a la vista. No me lo esperaba así, no sé cómo decirlo, tan evidente, tan expuesto, tan desvalidamente orgulloso.

—No te pares mucho, existen más de cien dólmenes excavados en esta necrópolis.

—Están orientados hacia la salida del sol —la voz de nuestra guía era cálida mientras nos mostraba una lámina—. Algunos estudiosos piensan que la forma de estos dólmenes, con su corredor y cámara, representa un útero. Mirad estos dibujos, aquí se aprecia la similitud.

Era cierto. Las formas del interior de los dólmenes dibujados parecían matrices esquemáticas.

—Estos templos de la tierra madre son fecundados por los rayos del sol que la penetran en la alboreá de los solsticios. La buena cosecha y la salud serían simbólicamente engendradas de esta hermosa manera.

—Entonces —le pregunté— ¿no crees que eran construcciones para enterramiento?

—Pudieron también serlo, al menos en determinadas épocas. Pero los dólmenes son templos para la vida, no sólo tumbas para la muerte. Los arqueólogos se equivocan cuando sólo los consideran como sepulcros monumentales. Son mucho más, son la conexión de la humanidad con la Tierra Madre.

Templos para la vida, repetí para mis adentros: de ahí los ritos de fertilidad de mi abuela. ¿Cómo era posible que esa sabiduría hubiera permanecido viva en mi familia durante miles de años? Continuamos nuestro paseo a lo largo de un gran

llano adhesionado, en el que alternaban las praderas con las zonas de arbolado y monte bajo. En efecto, pensé, los dólmenes fueron lugar de vida. Yo fui engendrada en uno de ellos, fruto de un rito milenario de fertilidad. Sentía en aquellos instantes una honda conmoción. Hasta ese momento había observado a los megalitos con asombro, con interés, con respeto, con temor... pero nunca como hasta entonces me sentí como una hija suya. Hija del dolmen, bonito título para una novela que nadie creería.

—Los dólmenes —afirmó la mujer— se construyeron en lugares de fuerza.

No sabía con exactitud a qué clase de fuerza se refería, pero supe que tenía razón. Mi cabeza no era capaz de explicar aquello que me hacía vibrar por entera. Mi abuela recibía fuerza de ellos... La mujer sacó de un bolso unas varillas metálicas en forma de L, las agarró por su lado más corto y comenzó a andar en dirección hacia otro dolmen cercano. Las varillas no tardaron en girar sobre sí.

—Le dicen radiestesia —aclaró Quim—. Utilizan varillas de metal u horquillas de algún tipo de árbol, como avellano u olivo.

—Sí, como las que utilizan los zahoríes para encontrar agua, ¿no?

—Exacto —respondió en este caso nuestra guía—. Descubre discontinuidades energéticas y líneas de fuerza.

—¿Líneas de fuerza?

—Toma, prueba tú. Verás que esto no es cosa ni de colgadas ni de brujas.

—¿Yo? No sé si sabré.

—Es muy fácil. Agárralas así, ponlas paralelas al suelo y camina lentamente. No te preocupes por nada, ellas harán el trabajo que tienen que hacer.

Hice tal y como me indicara y, para mi sorpresa, apenas si avancé unos metros cuando las varillas se giraron sobre sí con gran decisión.

—¡Es increíble! —exclamé con asombro—. ¡Se han movido solas, yo no he hecho nada!

—Es lo normal. Has atravesado una de las líneas de fuerza que rodean a los dólmenes.

Aún recuerdo su explicación. Los constructores de dólmenes eran capaces de detectar lugares de poder, lugares en los que la energía telúrica se condensaba. A veces podían ser cruces de líneas magnéticas sobre cursos de agua; otras veces, puntos en los que la energía de la tierra conectaba con la del cielo. La dejábamos hablar con la fuerza mayéutica de sus palabras, que sacaban de mi interior unos conocimientos que, de alguna manera, habían residido allí desde siempre.

—Cualquier aficionado a la radiestesia —Quim quiso aportar una visión más científica, si así pudiéramos llamarla— puede comprobar las líneas de fuerza asociadas a los megalitos. Los constructores de dólmenes y menhires eran

capaces de detectar los vórtices energéticos. Allí erigían sus megalitos, de ahí la poderosa sensación espiritual que experimentamos cuando nos acercamos a ellos. Las iglesias y ermitas antiguas también están construidas sobre esos mismos vórtices energéticos en los que confluyen las Líneas Hartmann, la red Curry y una corriente de agua subterránea.

—Pero... ¿qué tipo de energía es?

—En principio se pensó que podría ser de naturaleza electromagnética, pero ahora se cree que debe poseer una raíz más compleja y poderosa. En todo caso, existen lugares de especial energía, bien porque se crucen líneas de fuerza o por cualquier otra circunstancia que aún no alcancemos a comprender. Lo acabas de comprobar con las varillas. A medida que te acercas al dolmen apreciarás varias líneas de fuerza, que los constructores de dólmenes conocían bien.

La magia del dolmen. Lugares de poder y de energía espiritual. Sonaba bien. ¿Esoterismo barato? ¿Charlatanería comprada a bajo precio por mi turbación? ¿Sabiduría de los antiguos? No me atreví a cuestionar nada, decidí dejarme llevar por una extraña clarividencia y repetir lo que acababa de escuchar.

Muchas iglesias están levantadas sobre antiquísimos megalitos, de ahí su fuerza espiritual. Los constructores de dólmenes comprendían la energía de la tierra, comulgaban con ella... ya hemos perdido esa capacidad...

—No la hemos perdido —matizó nuestra guía—, simplemente esa sensibilidad está adormecida en nuestro interior; podemos despertarla si nos lo proponemos. Tú —y se dirigió a mí—, por ejemplo, la tienes a flor de piel.

—Es muy sugerente esa idea de las iglesias construidas sobre dólmenes, en un sagrado sincretismo. Las religiones nuevas que llegaban para erradicar el paganismo, pero que terminaban asentándose sobre él, adoptando muchos de sus símbolos y ritos.

—Sí. Y aprovechando los sitios de poder. En toda Europa son muchos los casos conocidos. Por ejemplo, en España, la capilla de Santa Cruz, en Cangas de Onís, levantada tras la batalla de Covadonga, está construida sobre un dolmen que aún es perfectamente visible. La leyenda afirma que en esta capilla se enterró a Favila, hijo de Pelayo, el creador de la dinastía de los reyes de Asturias y de León. Muy cerca de Cangas, en la pedanía de Corao, en la localidad de Abamia, fue construida la ermita de Santa Eulalia para enterrar a Pelayo y a su mujer Gaudiosa. Esa ermita está construida junto a un antiquísimo dolmen, una de cuyas estelas grabadas, conocida como el ídolo de los ojos, se encuentra en el Museo Arqueológico Nacional. Sobre los restos erosionados del túmulo, dos tejos milenarios, el árbol sagrado, custodian a los espíritus de los reyes de Asturias y de sus predecesores, los constructores de dólmenes. Un lugar de una espiritualidad que emociona y que reverbera el ánimo. En Portugal tenemos las

Antas—capelas, capillas construidas en el interior de dólmenes. Deben existir cientos de casos parecidos. Por eso muchas iglesias nos transmiten un poderoso halo de misterio y de espiritualidad, no en vano están alzadas sobre puntos sagrados y de poder.

No respondí, no era necesario; ambos sabíamos que tenía razón. Seguimos con nuestro paseo sobre aquel lugar de fuerza en el que yo sentía algo que era incapaz de expresar con palabras.

—Un dolmen no son piedras muertas sobre la tierra. Están vivos, comulgan, moldean y canalizan la energía de la naturaleza. Por eso interaccionan con las personas. Si se entonan cantos graves, como los gregorianos, por ejemplo, la energía del dolmen crece, las líneas de fuerza se intensifican. Forman un todo orgánico con la naturaleza que los circunda, de ahí su extraordinario poder. Y como están unidos por líneas de fuerza, las alineaciones de megalitos, incluso a gran distancia, constituyen una poderosa malla energética que influye en las personas, el clima y los seres vivos que sobre ella habitan.

Los dólmenes jalonaban nuestro camino, separados unos de otros unos cincuenta o setenta metros. Se mostraban en distinto grado de conservación, pero todos lucían hermosos y evocadores.

—En la antigüedad se practicaron ritos y liturgias en los dólmenes, que eran lugares sagrados de culto y no simplemente tumbas. Por ejemplo, usaban la energía para la sanación, para la meditación o para la elevación espiritual.

—También para la fertilidad —me apresuré a añadir.

—También para la fertilidad, sin duda —confirmó nuestra guía.

Una y otra vez probé con las varillas, con mayor pericia en cada ocasión, y siempre marcaron con fuerza los círculos de energía.

—No comprendo cómo nunca vi a ningún arqueólogo usar la radiestesia.

—Lo consideran pseudociencia, simples supercherías. Ni siquiera se han dignado a probar. En verdad, la sensibilidad reside en la persona, las varillas actúan como una simple prolongación.

Sobre el gran llano en el que se localizaban las decenas de dólmenes que habíamos visitado se alzaba una alta pared caliza. Nos dirigimos hacia ella, atravesando una mancha de monte noble densamente poblada, hasta llegar a la misma base de la cortadura. Una cornicabra milenaria, de tronco retorcido y enraizada de manera imposible sobre dos enormes losas calizas, protegía el lugar.

—Estamos en el Abrigo de la Botica, una construcción neolítica, contemporánea a los constructores de dólmenes.

No pudieron encontrar, aquellos antiquísimos habitantes neolíticos, un lugar más bello y peculiar para sus construcciones, de las que aún se podían apreciar

huecos de poste y muros derruidos de viviendas y corrales. Y todo ello apoyado sobre la pared que nos enseñoreaba con su verticalidad abrumadora, con sus alturas y sus paredes perforadas, en las que anidaba una abundante colonia de abejarucos.

—Es un lugar increíble —exclamé admirada.

—Lo es, por eso quería que vinieras aquí. Eres una mujer muy especial, percibes la energía del lugar.

—Todo aquí es arqueología...

—Sí. Aquí lo neolítico y calcolítico, algo más allá las villas romanas y el cementerio visigodo.

—Como en Gandul, como en Valencina... Lugares donde la historia se condensa.

—Sí, sitios privilegiados en el tiempo.

Sobre las alturas de la pared vertical se encontrarían enterradas las cabañas circulares de la Edad del Bronce, la era que sucedió al calcolítico y durante la cual la humanidad abandonó, por motivos desconocidos, los llanos para asentarse en las alturas. Sólo sabíamos que durante el neolítico y calcolítico, los tiempos de los megalitos, los poblados se ubicaron en zonas fácilmente accesibles, mientras que, en el Bronce, a partir del año 2.200 antes de Cristo, se trasladaron a los altos de cerros inaccesibles, fuertemente amurallados. Así, al menos, en todo el sur y levante español. ¿Por qué? ¿Enloquecieron acaso? ¿Rindieron culto a la guerra, a la violencia? ¿A quién temían? ¿Una feroz guerra civil? ¿Fueron atacados por algún pueblo que no conocemos y que apenas si dejó rastro?

—Ponte aquí, Artafi.

—¿Aquí?

—No, no, un poco más acá. Ahí, bien. Levanta los brazos. ¿Qué sientes?

—Qué sensación más extraña; es como si flotara...

—Tu cuerpo se siente más ligero al conectar con la energía que fluye desde ese punto. No sabemos cómo puede influir en el organismo, pero sí comprobamos, una y otra vez, que todas las personas lo notan.

—Hay tantas cosas que desconocemos...

—Pero los hombres de la prehistoria sí que las conocían. Comulgaban con la naturaleza y aprendían de sus energías, sus ciclos, su poder. Hemos perdido ese conocimiento.

—¡Podemos recuperarlo!

—Con los principios científicos de hoy, no. Tenemos que volver a usar los sentidos y los métodos del ayer, y eso no es fácil.

—No... —tuve que darles la razón—, no es fácil. Mi mente, por ejemplo, aún

se niega a aceptar lo que siento y sé.

—El positivismo científico nos abre muchas puertas y nos cierra otras...

Permanecemos aún un buen rato en el poblado neolítico, en silencio, con la mente vacía. Me costó regresar a la realidad cuando se nos avisó que debíamos continuar con la visita.

—Del cielo al infierno. De este punto suspendido bajaremos a las oscuras entrañas de la tierra.

La Cueva de las Alondras abría la puerta a las profundidades algo más abajo. Nos adentramos en ella. En su sala de entrada se había excavado y habían aparecido, cómo no, restos neolíticos y calcolíticos.

—La cueva desciende en espiral. El agua la labró sobre la hendidura de una falla, que también podéis apreciar en la pared de las peñas.

El contraste de la luz suspendida en la altura con la boca oscura de la caverna, el misterio y el mito ejerció sobre mí un curioso efecto, como si mis sentidos aún percibieran más, mientras que el imperio de la razón retrocedía y se debilitaba.

—Ya estás purificada, podemos ir al altar.

Ni siquiera pregunté acerca de qué podría ser eso que llamaban altar. Me limité a seguirlos con una clara serenidad. Los colores eran más vivos, el aire más límpido, los aromas más intensos... Ascendimos una suave pendiente y supe que llegábamos a un lugar singular. Sobre el punto con mayor dominio del paisaje se encontraba una gran piedra. El altar de los antiguos, con una poza semiesférica pulcramente labrada sobre ella. Probablemente para albergar una lámpara sobre aceite, grasa o cera. A lo lejos se apreciaba la enorme mole de la sierra de la Almijara. Percibía una intensa energía que abría aún más las ventanas de mis sentidos.

—Creemos que era el lugar central de las liturgias de la necrópolis.

—¿Nos dejas solos un momento? —ordenó, más que preguntó, Houdín a nuestra guía.

—Sí —respondió con escasa convicción—. Os espero un poco más abajo; estaré a la vista, por si necesitáis algo.

Aguardamos hasta que se hubo alejado lo suficiente como para que nuestra conversación no pudiera ser escuchada. ¿Qué querría decirme Houdín para tomar tantas precauciones? De nuevo, un pequeño atisbo de temor. ¿Sería el asesino? Lo descarté de inmediato, sabía que no lo era. Además, la policía estaría cerca, o, al menos, eso creía yo.

—Nuestra guía no se fía de nosotros —rió de forma abierta—. Pensará que la hemos alejado para enrollarnos aquí... Por eso se ha quedado a la vista, para que no nos sobrepasemos.

—¡Qué mal pensado eres, Quim!

—Qué voy a ser malpensado, no sabes tú las cosas que algunos vienen a hacer en los dólmenes...

Recordé que mis padres me engendraron en uno de ellos. Creo que incluso me sonrojé, pudorosa. Era el momento de cambiar de tema.

—Quim... ¿por qué me has traído aquí?

—¿No te sientes bien, acaso?

—Me siento a las mil maravillas, pero tú tienes algo que contarme. No hemos venido aquí tan solo para pasear por el campo, ¿verdad?

—Estamos en el altar central de esta necrópolis...

—Sí, eso ya lo sabemos...

—Hace muchos años, en mi infancia, fui testigo de curiosos ritos celebrados aquí. Quiero contártelos, sé que me entenderás perfectamente. Sería sobre 1988, porque yo tenía ocho años. Mi abuelo, que había colaborado con los que excavaron años atrás los dólmenes, me pidió que le acompañara. Venía un señor francés, muy alto y elegante, y quería visitar los dólmenes. Parecía conocerlos bien; disponía de los planos y croquis que los excavadores realizaron. Salimos del pueblo cuando todavía era de noche porque, por lo visto, querían realizar unos rezos o algo así al amanecer. Yo no lo sabía entonces, pero nos encontrábamos en el solsticio de verano. La oscuridad todavía era absoluta cuando llegamos hasta este mismo altar. Ya se encontraba aquí el señor francés, acompañado de otras personas a las que apenas podía distinguir. Fue entonces cuando me percaté de la presencia de una niña algo más pequeña que yo.

Interrumpió su discurso para acariciar el ara. Pasó amorosamente su mano por las paredes del hueco excavado sobre su superficie. Sin duda, tenía su mente en el recuerdo de aquella madrugaba remota.

—Nos apartaron, a ella y a mí, para que no molestáramos.

—Pero os habían llevado hasta allí, tenían interés en que fueseis testigos de lo que hubiera de pasar

—maticé, sin exteriorizar el atisbo de celos que súbitamente experimenté contra aquella niña desconocida y, probablemente, del todo inocente.

—Sí, querían de alguna manera... iniciarnos.

—¿Iniciaros? ¿A qué?

—Espera que te cuente, no adelantes acontecimientos.

—Disculpa, no te interrumpiré más.

—Los presentes formaron un semicírculo orientado hacia donde saldría el sol. Llenaron el hueco del altar con un poco de aceite y encendieron una lamparita en su interior. Su llamita leve iluminó tenuemente aquella escena, que nunca he podido olvidar. El francés se colocó una túnica blanca sobre su ropaje y comenzó a recitar algo parecido a un salmo con voz grave, que los asistentes repetían

como una monótona letanía. Rodeándolo, se colocaron otras lámparas para el sahumerio con aceites aromáticos. Justo cuando el sol iba a despuntar, los presentes se arrodillaron, aquí, exactamente donde nos encontramos ahora. Nosotros, la niña y yo, también lo hicimos, alentados por mi abuelo. Los primeros rayos del alba nos sorprendieron reclinados, en signo de adoración y reverencia al sol que nacía. Permanecimos así hasta que el sol se hubo elevado por completo de la línea del horizonte. Entonces, el francés, que oficiaba como sacerdote, se irguió, levantó sus manos hacia el sol y pronunció con gran fervor unas oraciones en una extraña lengua que no comprendí. Cuando finalizó con un himno alegre, todos se incorporaron y, tras saludar al sol naciente, se abrazaron efusivamente entre ellos. Parecían felices, y algunos se acercaron para darnos un beso. Yo también me sentí feliz y me acerqué hasta aquella niña. La besé en sus mejillas y ella me miró divertida y agradecida, con unos ojos tan grandes como azules.

Terminó su explicación y agachó la cabeza; parecía cansado, extenuado ante el esfuerzo del recuerdo. Yo, de nuevo, experimenté aquella inexplicable punzada de celos.

—Y así terminó el primer rito de vida al que asistí en mi vida.

—¿Rito de vida?

—Sí, de vida. El sol la otorga, trae la vida y el bien.

—Eso significa que también existen ritos de muerte.

—Sí, pero esos se celebran al atardecer, o en las noches de luna nueva. Son ritos de muerte, malignos, ritos negros que los malvados celebran en los megalitos. De ellos quiero precaverte.

Lo miré con asombro y temor. Como intuía, Quim sabía mucho más de lo que aparentó durante sus payasadas mágicas.

—El francés que ofició aquella ceremonia encabezaba una de las órdenes dolménicas más poderosas de Europa.

—¿Órdenes dolménicas? ¿Sociedades secretas o algo así, del tipo de la masonería?

—Más o menos. Cuando a lo largo del siglo XIX, en pleno Romanticismo, se sucedieron los descubrimientos de los megalitos, un escalofrío recorrió la mentalidad mágica de la época. Los dólmenes fueron interpretados como templos drúidicos, lugares sagrados en los que la espiritualidad de los antiguos comulgaba con la naturaleza. No tardaron en aparecer grupos esotéricos e iniciáticos que querían recuperar el saber de los antiguos druidas y magos. Adoptaron la forma de las sociedades secretas de la época. Algunas han llegado hasta nuestros días.

—Los asesinatos que hemos sufrido... ¿son obra de una de esas sectas

dolménicas?

—Sin duda. Pero no las minusvalores, no son sectas; son órdenes, algo mucho más serio, elaborado y culto. Y, por tanto, mucho más poderosas.

—¿Y por qué ahora? ¿Y por qué conozco a todas las personas asesinadas? ¿Qué tengo yo que ver en todo esto?

—Estás en el centro. Hoy quiero que te reúnas con una persona que te explicará mucho más. Puede ayudarte a salir de este espanto que te aprisiona.

—¿Y tú? ¿Qué pintas en todo esto? ¿Cómo llegaste a mí? A estas alturas no me creo que fuese simple casualidad.

—No, no fue casualidad. Alguien me pidió que contactara contigo. Utilicé a Boyle para que unos amigos comunes le presentaran a tu amiga Marta. Sabíamos que así llegaríamos hasta ti. No nos resultó difícil, como ves.

—¿Quién te pidió que contactaras conmigo? ¿Qué quiere de mí?

—En un rato lo sabrás y podrás preguntárselo tú misma. Ahora, debemos bajar, nuestra guía se impacienta.

Un rato después nos encontrábamos en el vecino pueblo de Montefrío, una de las grandes ciudades fronterizas de los nazaríes, la dinastía que edificó la Alhambra, con su fortaleza inexpugnable sobre el risco que domina la ciudad. El propio Gran Capitán, paladín de los Reyes Católicos, tuvo que ponerse al frente de sus mejores tropas para rendirla después de un prolongado asedio. Las vistas del pueblo, desde un mirador de la carretera, bien merecían el título del pueblo más hermoso de España que una importante revista internacional le acababa de conceder. En el camino, me percaté del seguimiento discreto de un coche. Sin duda, se trataba de uno de los vehículos del dispositivo de vigilancia, que sólo actuaría si me considerara en peligro. Pero, cosa curiosa, en vez de reconfortarme esa sutil custodia, me fastidió su intromisión. Algo evolucionaba en mi interior, no sé, algo extraño, como si comenzara a sentirme más cercana a los adoradores de los dólmenes que de la policía que los perseguía. Mi abuela tuvo una vida clandestina, mi padre estaba huido y yo ya no me sentía cómoda en el papel de caballo de Troya.

Nos encontrábamos en el mirador cuando Quim recibió una llamada que respondió con un escueto OK.

—La persona que vamos a ver se retrasará un poco, pide que demoremos nuestra llegada una hora más. Prefiere llegar antes que nosotros al restaurante.

—Cuánto misterio. ¿Quién es?

—Ya lo verás. Vamos a aprovechar y a conocer el pueblo, te encantará.

Ascendimos al castillo a través de una empinada rampa. La muralla se alzaba a plomo sobre una pared vertical de gran altura. Nadie podría haber accedido a su interior sin rendir antes, de hambre y frío, a los defensores. El aire vibraba con el

dolor y el sufrimiento de los que aquellas viejas piedras fueron testigos. Pude percibir en los silencios de aquella altura toda la épica de aquellas estrepitosas batallas, que dejaban de ser medievales para convertirse en renacentistas. Espadas, mazas, armaduras que convivieron con los primeros cañones y arcabuces, heraldos estruendosos de las guerras por venir. Armas distintas, la misma sangre derramada. Tras la visita a los dólmenes mis sentidos percibían con mayor clarividencia. Al final, la fortaleza no resultó inaccesible y, tras su caída y derrota, Granada quedó abierta para las tropas castellanas. Allí comenzó a morir el último reino musulmán de España.

—Es hora de bajar. Debemos ser puntuales.

Llegar hasta el restaurante El Pregonero nos llevó unos quince minutos desde el castillo. Unas mesas se encontraban atestadas junto a su puerta. Avancé nerviosa hacia el interior del establecimiento. ¿Con quién nos encontraríamos? Dejamos la barra a la izquierda y nos dirigimos hacia un patio cubierto, sustentado por columnas con capiteles nazaríes. Al fondo, en el lugar más discreto, una mujer morena levantó la cabeza. Con gran sorpresa, la reconocí al instante. Brigitte Morbihan, la mujer que salvó —o que intentó asesinar, que todavía no lo tenía claro— a Joao Soares en Alcalar. Mientras nos acercábamos a ella, comprendí por qué me había localizado la noche del bar en Sevilla. Quim Houdín era su compinche, su cómplice. Me sentí ridícula, humillada, se rieron de lo lindo de mi credulidad. Al final, Houdín tenía razón; no existe la magia, sólo los trucos, los putos y burdos trucos. Detuve mi marcha y pensé seriamente en abandonar de inmediato aquel lugar, alejarme para siempre de aquellos estafadores.

—No es lo que parece, Artafi —susurró discretamente Quim—. Ahora lo comprenderás todo.

Su mirada era de súplica. Me encaminé de nuevo hacia la mesa en la que nos aguardaba Brigitte. Total, pensé, nada perdía ya con la conversación. La francesa se levantó, cortés, a saludarme. La disposición de la mesa permitía la intimidad de nuestro coloquio. Pensaba aprovecharla, desde luego. De allí no me levantaría hasta no conocer el trasfondo de la historia.

—Gracias por venir, Artafi, y disculpa tanta cautela. Sabemos que te vigila la policía y no quería que te viesen entrar o salir conmigo. Desde aquí controlo la puerta, si entraran os tendría que abandonar.

—Como hiciste aquella noche en el bar de Sevilla.

—Exactamente igual. He tenido que aprender a camuflarme y a escabullirme. No me reconocen, ellos buscan a una mujer rubia y yo tengo el pelo negro, y no me esperan aquí. Sólo tú sabes mi papel de Brigitte, pero, por si las moscas, es mejor protegerse.

—¿Cuál es tu verdadero nombre? —y recordé de nuevo la vieja creencia acerca de la protección de los nombres ficticios.

—Por ahora dejémoslo en Brigitte. Más adelante, si podemos confiar en ti, te lo desvelaremos. No quiero líos con la policía española.

—Pero si, según tú, sólo intentaste salvar a Joao...

—Así fue. Pero como comprenderás, la policía no se lo creería tan fácilmente.

—No, yo tampoco lo haría. Por lo pronto, querrían saber por qué participabas con nombre falso en el congreso, cómo sabías que irían a por Joao, qué relación tenías con los criminales... Desde luego, no te dejarían escapar así como así, serías para ellos la gran oportunidad de conocer, de comenzar a desenmarañar este ovillo sin fin. La primera sospechosa, además... Quiero que sepas que para mí también lo eres. Espero que me aclares quién eres y qué pintas en todo esto.

—Para eso estoy aquí, para hablar.

—Hablas un español muy correcto... ¿Vives en España?

—No, no vivo en España. Digamos que soy ciudadana del mundo, unas veces por aquí, otras por allá. En mi infancia viajé mucho con mi padre, conociendo antigüedades y...

—¿Dólmenes?

—Bueno, sí, a mi padre le interesaban mucho los megalitos...

Cerré los ojos y una imagen, como en una proyección en blanco y negro de una película antigua, me mostró la escena. Un francés alto y elegante acompañado por su preciosa niña rubia, de visita por las necrópolis megalíticas andaluzas, todavía muy desconocidas... Un padre francés que en el solsticio de verano se pondría una túnica blanca para officiar el rito de la vida, mientras un chiquillo moreno miraba con asombro y temor aquella liturgia primitiva... Y de nuevo aguda premonición de los celos que padecí en la Peña de los Gitanos.

—Quim —me giré hacia él—, Brigitte era la niña rubia de aquella ceremonia de tu infancia en la Peña de los Gitanos, ¿verdad?

—Sí —respondió con la serenidad de quien esperaba la pregunta—, era ella. Ahí la conocí y allí comenzó nuestra amistad.

—Y fue Brigitte la persona que te pidió que te pusieras en contacto conmigo.

—Así es. Quería que me acercara a ti. Lo hice, como te conté antes, gracias a tu amiga Marta y a Boyle. Tenemos que poner ya todas las cartas sobre la mesa, sin trucos ni magia. Mi misión era conducirte hasta Brigitte. Entendí que era lo mejor para las dos y así lo hice.

—¿Y Boyle?

—Boyle no sabe nada de toda esta historia. Simplemente me seguía en mis aventuras. Quiere vivir del ilusionismo, y yo le prometí que le abriría los escenarios.

—Entonces, los trucos...

—Ya te lo dije en su momento, nunca te mentí. Simples trucos. Los preparaba a conciencia porque era conocedor de tus preocupaciones y temores. Quise impresionarte para forzar tu propia evolución personal.

—Ya. Y yo caí como una tonta... ¿Por qué tenías tanto interés en reunirme conmigo, Brigitte? ¿Por qué te molestaste en reunir tanta información sobre mí?

—Deja que te cuente desde el principio —intervino la francesa—. Así comprenderás mejor por qué te encuentras en el centro de este horror. Como te ha contado Quim, desde pequeña acompañé a mi padre a sus andanzas y liturgias por los megalitos de media Europa. Los conocía todos, pero siempre me contaba que los más antiguos se encontraban aquí abajo, en Andalucía. Los de más poder y los más ignorados por sus gentes. Mi padre, como antes mi abuelo, llegó a ser Gran Druida de una de las órdenes dolménicas más importantes de Europa. Como otras tantas, tenía su centro en la Bretaña francesa, epicentro del movimiento megalítico desde el XIX.

—Perdona que te interrumpa, pero quiero comprender todo bien desde el principio. ¿Qué es una orden dolménica? ¿Cómo es posible que tu padre tuviera adeptos en un pueblo perdido de Andalucía como Montefrío?

—Deja que comience por la segunda pregunta. Normalmente, desde finales del siglo XIX y principios del XX, los investigadores que excavaban los dólmenes solían ser franceses, alemanes o ingleses. Muchos de ellos pertenecientes, en mayor o menor grado, a alguna de las órdenes megalíticas. Durante su trabajo conocían a personas del lugar y hacían proselitismo con ellas. Eran tiempos en los que la teosofía, el espiritismo y la masonería tenían una honda influencia social. Así ocurrió en Montefrío con el abuelo de Quim.

—Es cierto, Artafi. Mi abuelo era masón e ingresó en la orden dolménica. Charles Paimpont acababa de ser nombrado su Gran Druida cuando yo lo conocí, en la ceremonia que te conté. Su padre, que también fue Gran Druida, con el mismo nombre y apellido, fue quien ingresó a mi abuelo en la orden. De todo eso me enteraría años después.

—Entonces... ¿te llamas Brigitte Paimpont?

—No, mi verdadero nombre es Jane Paimpont, no tiene sentido ocultártelo por más tiempo. Tanto mi padre como mi abuelo fueron Grandes Druidas de nuestra Orden. Déjame ahora que responda a la primera de las preguntas que formulaste. Los miembros de una orden buscan el conocimiento y la sabiduría de los antiguos, su conexión y comunión con la naturaleza, el descubrimiento de las energías telúricas que ellos dominaban. Quieren recuperar la sabiduría que la humanidad perdió al alejarse de la naturaleza para pasar a depender de un mundo artificial.

—¿Para qué? ¿Con qué fin?

—Cada una tiene un objetivo, una misión. Las hay que sólo ambicionan el conocimiento; otras, la búsqueda de la salud y la fuente de la juventud; algunas, la clarividencia y el poder. Las hay de luz y de vida, pero también perversas y oscuras. Tanto la bondad como la maldad tienen acomodo según la naturaleza de la orden y de sus componentes. La nuestra es de luz; la que mata a tu alrededor es malvada, la más terrorífica de cuantas existen, buscan el mal por el mal. Estamos en guerra con ella.

El mal por el mal... ¿Por qué recordaba de repente esa frase? Las palabras de Brigitte, no, de Jane, impidieron que buceara en mis recuerdos.

—Te quieren matar, Artafi —y pronunció su sentencia con un tono frío e impersonal—. Y lo van a conseguir si no logramos detenerlos.

—¿Quiénes son ellos? ¿Por qué me quieren matar a mí, qué pinto yo en esta locura de piedras antiguas?

—Ellos son, en parte, personas que conoces y bien. De alguna manera, ellos son tú; están en ti; tú participas de ellos.

—No entiendo...

—Te quieren sacrificar por lo que eres y representas, lo que atesoras en tu interior lo ambicionan ellos.

—¿Quiénes son?

—Los conoces bien. Pertenecieron hace un tiempo a nuestra orden, se escindieron en busca de fines malignos. Pelean ahora entre ellos por el poder; tú se lo concederás con tu vida.

El camarero nos interrumpió para preguntarnos si tomaríamos café.

—Un americano.

—Uno con leche.

—Un cortado.

No fallaba. Tres personas, tres tipos de café diferente. Jane aprovechó la interrupción para ir al servicio. Al quedarnos solos, Quim se dirigió a mí con mayor familiaridad.

—Artafi, debes creer lo que te cuenta Jane, por increíble que te parezca.

—No, a mí quien me parece increíble eres tú... Sabías todo desde el principio y jugaste a impresionarme con tus truquitos.

—Es cierto. Preparé cada uno de los encuentros.

—Pero, ¿y las mariposas amarillas en el bar?

—Como te dije antes, conocía tus preocupaciones y dibujé varios modelos. Uno con dólmenes, otros con mariposas y cerámicas; también esboqué bibliotecas y otros temas genéricos. Así hasta diez o doce motivos que escondía en lugares diferentes. Soy un buen mago y te encaminé hasta la opción adecuada. Puedo

hacer cosas aún más difíciles. Tenía una misión, que he cumplido a la perfección. Aquí estás, con ella.

—Disculpad —se excusó Jane al regresar hasta la mesa e interrumpir nuestra conversación.

—Me decías, Jane, que me querían matar porque con mi vida concedería el poder a una de las facciones que rivalizan por él en la orden.

—Así es. Han puesto a rodar la rueda sagrada del siete. Siete muertos que dirimirán la batalla. Y tú serás la última en morir. Quien te sacrifique, quien coma tus vísceras, será el ungido.

—¡Jane! —la interrumpí con mi grito—. ¿Cómo puedes decir eso?

—Conozco los ritos de las Orden —y me volvió a sorprender la frialdad de sus ojos azules—. Lo siento, pero así son desde siempre.

—¿Quiénes son?

—Mataron a mi padre. Hace un año ahora. Fue en Francia. Ahora vienen a por ti. Si me pillan a mí, ahora, también me matarán.

—Pero, ¿quiénes son?

—Cisneros —y pronunció los nombres que yo más esperaba y temía—, quizás tu padre.

—¡No!!

Al incorporarme con brusquedad derramé el vaso de agua sobre el mantel. Las mesas vecinas nos miraron, sorprendidas por el estrépito. A Jane le incomodó aquella notoriedad.

—Pero, ¿por qué yo? ¿Por qué yo concedo el poder?

—Probablemente eres la heredera de una estirpe druídica antigua.

—¡Mi abuela!

—Sí, tu abuela. En Europa, con la brutal quema de brujas por la Inquisición, se interrumpieron la mayoría de las sagas de druidas vinculadas al dolmen. Pero como en España la Inquisición estuvo entretenida quemando herejes y judíos, dejó a las brujas, como las llamaban, en paz. Milagrosamente, tu estirpe familiar consiguió llegar hasta nuestros días. Tú, aún sin saberlo, atesoras un gran poder en tu seno, toda una saga de mujeres sabias que no perdieron su contacto con el dolmen. Poder que pasaría al druida que te sacrificara de manera adecuada.

—Y en séptimo lugar, por lo del rito.

—Sí, en séptimo lugar.

—Pues por lo pronto no estoy en peligro, ¿no? —bromeé con cinismo y de manera inoportuna—. Van cinco asesinatos, hasta que el sexto no se consume puedo dormir tranquila. Nunca me matarían en sexto lugar.

—Tú nunca podrás dormir ya tranquila, Artafi, mientras la lucha por el poder

se centre en ti —respondió sin haberse percatado de mi humor negro.

—¿Mi abuela supo todo esto?

—Sus antepasadas le traspasaron sabiduría. Ella se sabía heredera de una estirpe muy antigua, pero no era consciente de su importancia.

—Y vosotros... ¿cómo os enterasteis de lo de mi familia?

—Los iniciados en los ritos dolménicos comenzaron a investigar en el siglo XIX. Algunas de las sagas se conocían entre sí. Mi abuelo ya estuvo por España hace más de cincuenta años y conoció a algunas de las pocas sagas que aún permanecían. La que más le impresionó fue la de tu abuela. Y, ahora, tú eres su heredera.

—Mi madre rehusó...

—Con gran dolor por parte de tu abuela.

—Pero ahora yo he vuelto hasta ella...

—Creemos que sí.

—Mi abuela... — y en ese momento comprendí cómo habían jugado conmigo hasta ese instante—. Vosotros me habéis empujado a llegar hasta ella. Por eso, Quim, me insistías una y otra vez en que buceara en mi interior, en mis orígenes, que allí encontraría el origen de todo.

—Sí... y no te mentía.

—Pero..., ¿por qué me engañasteis? ¿Por qué no me lo dijisteis directamente?

—Porque —y entreví dulzura por vez primera en la expresión de Jane al responderme—, probablemente no nos habrías creído o nos hubieras denunciado a la policía. A ese descubrimiento tenías que llegar tú sola, asimilarlo personalmente, con convicción. Solo el camino hollado confiere sabiduría. Era la única vía de que...

—¿De qué...?

—No sé cómo decirlo...

—Pues dilo.

—De que te convirtieras en uno de los nuestros.

—¿Yo? ¿En uno de vosotros? ¿Estás loca?

—A lo mejor no me he expresado bien. Tú, por tus propios medios, has descubierto quién eres, de dónde vienes. Y tú sola has aceptado la responsabilidad de tu estirpe. Como te decía, el camino que anduviste te descubrió lo que atesorabas en tus entrañas. Eso te hace distinta. Ahora estás abierta a conocer a comprender, a colaborar.

—¿Colaborar? Ni siquiera sé muy bien quién soy yo, ¿cómo voy a saber quiénes sois vosotros y lo que queréis?

—Muy fácil. Debemos conseguir derrotar a los que aspiran al poder de Gran Druida de manera sacrílega.

—¿Cisneros?

—Sí, él lidera una facción hereje. Probablemente tu padre, la otra. Unos y otros han matado en esta rueda ritual.

—Podemos denunciarlo a la policía, aportarle pruebas.

—¿Y conseguir así que dismantelen la Orden, que nos detengan a todos, que desaparezca nuestra sociedad centenaria? Como comprenderás no podemos permitirnoslo. Este asunto lo tenemos que resolver entre nosotros, a nuestra manera, como desde siempre lo hicimos.

Guardé silencio. Tan confundida me encontraba que no supe ni qué preguntar ni qué aportar.

—¿Sabes cuál es la única solución? —me miró con intensidad.

—Ni idea.

—Cisneros y los que le ayudan deben morir. Solo así finalizará este cisma criminal y solo así podrás volver a sentirte segura.

—¿Matar a Cisneros? ¿Estás loca? Es el único que desde siempre me ayudó, es un segundo padre para mí...

—Que tiene previsto arrancar tu corazón y comer tus vísceras, no lo dudes. Si tú quieres vivir, él tendrá que morir...

—No puedo creerlo.

—Pues créetelo pronto, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Y mi padre? ¿También quiere matarme?

—También.

—¿Y también debe morir?

—Sin duda.

—Estáis todos locos...

—Comprendo que todo esto sea muy duro para ti. Debes madurar lo que ya sabes, pensar, sentir. Ahora márchate, yo me quedaré aquí un rato, para que la policía que te vigila fuera no me vea salir contigo. Ten los ojos bien abiertos a partir de ahora. Volveremos a encontrarnos pronto para que nos cuentes tu decisión.

—Estás loca, te denunciaré a la policía...

—No, estoy segura de que no lo harás.

—¿Y por qué estás tan segura de que no lo voy a hacer?

—Porque ya sientes que eres uno de los nuestros...

Regresamos a Sevilla por la A-92. No conseguí la entereza suficiente para entablar una conversación con Quim y apenas si hablamos durante el trayecto de regreso a Sevilla. Incapaz de asimilar la información recibida, traté de dejar la mente en blanco para que mi subconsciente comenzara a procesarla.

El mundo, la cultura megalítica, con su profundo enraizamiento en las energías

de la naturaleza, atraía con la fuerza abisal de un agujero negro. Quien entraba en su espiral sería devorado para siempre, nadie lograba escapar de sus abismos. Por eso no lograba comprender cómo en amplias zonas de España en general, y en Andalucía en particular, con una riqueza dolménica espectacular, los megalitos no tuvieran presencia alguna en la cultura popular ni en nuestro imaginario. Al igual que presumíamos de nuestros monumentos y ciudades tartésicas, íberas, romanas o andalusíes, ocultábamos con el velo del silencio y el desconocimiento a las grandes construcciones prehistóricas. ¿Por qué? Otras zonas, como en general, el mundo celta, lo mantenía en sus leyendas y mitos y los mostraban con orgullo y reverencia. Aquí, en el reino de la luz, los ignorábamos. Las brumas parecían atraer a las setas, los dólmenes y las brujas. Recordé a un amigo profesor que me contó que existían zonas micóforas, normalmente al sur de España, que ignoraban a los hongos, y zonas micófagas, al norte, que las conocían y consumían. Los hongos son unas especies extrañas, no son vegetales y componen un reino propio conocido como Fungi. Pues las regiones micófagas, con culto a los hongos, unas especies raras, parecían coincidir con las zonas en los que los megalitos habían permanecido en la cultura popular. Los hongos como criaturas del misterio, quién sabía. Desde luego, en mi cultura andaluza, ni los dólmenes ni las setas tenían gran cabida. ¿Cuándo renegamos de ellas? Lo ignoraba por completo, todo un desafío antropológico que alguien debería abordar.

—Quim.. La iglesia era muy poderosa en España. ¿Cómo no pudo detener a las sectas dolménicas?

—La iglesia siempre temió al dolmen. Intentó apoderarse de su poder, construyendo sus iglesias encima, como sabemos. Pero en las zonas rurales, los ritos paganos continuaron considerándolos como lugares sagrados. La iglesia declaró la guerra a esos cultos. En muchos concilios medievales se consideraron actos de brujería sacrílega y en Andalucía, el licenciado Francisco de Tejada y Nava advirtió, en el siglo XVII, que, en la Cueva de la Menga, como se llamaba entonces al dolmen, se celebraban sacrificios o prácticas demoniacas...

—Que visto lo visto, bien pudiera resultar cierto.

—Quién sabe. El caso es que la Iglesia, a finales del siglo XIX decidió cambiar de táctica y, en vez de condenarla públicamente, envió a sus hombres más sagaces a conocer los mensajes de la prehistoria. Así, por ejemplo, no existe cueva española con pinturas rupestres que no fuera visitada y estudiada por el abate Breuil y por Obermaier, ambos religiosos.

—Curioso, los conozco, en efecto son las referencias de principios del XX para el arte paleolítico.

—No se puede entender el culto neolítico sin estudiar a sus mayores ni el arte

de las cuevas, también. Eso hicieron. El caso es que no fue la iglesia quien acabó con la magia del dolmen, fue el propio progreso científico quien los orilló de nuestra consciencia.

—Hasta que las órdenes dolménicas se propusieron recuperar su sabiduría.

—Así es. Por eso nuestra tarea es tan importante y, por eso mismo, debes ayudarnos.

No le respondí y dejé que el rumor de la marcha atemperara nuestro ánimo. Anocheceía cuando advertí al frente la silueta del escarpe de Los Alcores. El silencio eterno de Gandul se encontraría allí, desde su altura suspendida, dominando la campiña feraz y promisoría que atravesábamos. Sólo entonces comprendí que mi camino de iniciación aún no había finalizado. Tras analizar las palabras de Jane aún quedaban muchas incongruencias, muchas preguntas por responder. Debía avanzar en mi camino de la única forma posible, en solitario y con la intuición como brújula, la astucia como bastón y la osadía por calzado. Después de todo lo acontecido sólo estaba segura de una cosa: que no me podía fiar de nadie.

XXIII

Rafael Alfaros me recogió en el lateral de la estación de trenes. El AVE había llegado con un par de minutos de antelación y, a pesar de llevar muchos años funcionando, aún me causaba asombro su precisión suiza. En una tierra, la mía, en la que todo tiende a demorarse, el AVE es el espejo acelerado de la puntualidad. Al salir, noté la bofetada de calor. Las máximas oscilarían ese día entre Córdoba y Sevilla, así que me dispuse a sudar. Agradecí el aire acondicionado del vehículo del editor.

—Y Lola aún sin aparecer...

—La policía la busca todavía —respondí sin entusiasmo alguno—. Es posible que se encuentre secuestrada, pero viva.

—Dios lo quiera, pero tengo pocas esperanzas. Han pasado casi dos semanas y no hemos vuelto a tener noticia alguna de ella. No he abierto la oficina ni atendido el teléfono, la prensa no para de llamar. Todo es tan absurdo y doloroso...

—Sé cómo te puedes sentir. Y es posible que me responsabilices.

—Hace tiempo que dejé de culpabilizar. Perdono y no espero que perdonen. A veces, todavía intento comprender, aunque en la mayoría de las ocasiones, asumo lo que ocurre sin mirar jamás atrás.

Los cordobeses, desde siempre y ahí están Séneca, Averroes o Maimónides para atestiguarlo, gustaron de reflexiones y dichos profundos y filosóficos. Sevilla, tan cercana y hermana, gustaba más de la sonoridad y de la gracia. Yo, ni de lo uno ni de lo otro.

—¿Y?

—No logro comprender nada —su mirada me pareció un puro interrogante—. Una muerte gratuita y un rapto sin sentido. Nadie pedirá un rescate por ella.

—No, es seguro que no.

—¿La matarán? ¿Harán un rito con ella?

—No lo sé —y pensé en los malvados de la Orden—. No creo que la suelten por las buenas, podría delatarlos. Tampoco creo que tengan ningún interés en matarla. Hasta ahora han asesinado hombres y según un orden determinado.

—No esperas nada de la policía, ¿verdad Artafi?

—Hacen lo que pueden, pero esta partida se libra en un campo al que ellos no están habituados. El móvil del crimen no es el dinero, ni los celos.

—Siempre hay un porqué. El fanatismo, la lucha por el poder...

—Sí, siempre lo hay. O el mal por el mal.

—También...

Dejamos atrás la estación y nos dirigimos por una avenida hacia la sierra que se advertía cercana, entre bloques y casas.

—Arriba, en Trassierra, hace bastante menos calor que aquí abajo.

—Gracias por atenderme, Rafael, a pesar de todo lo que está ocurriendo.

—Tu trabajo en el libro de Tartessos me gustó mucho y es una manera de agradecértelo. Necesitamos salir, despejarnos, romper la obsesión de las preguntas sin respuesta. Además, me dijiste que la visita te serviría para ordenar algunas ideas.

—Sí, al final del día me gustaría charlar un rato contigo sobre Cisneros.

—¿Qué deseas saber?

—Conocer algo de su vida en Córdoba y, sobre todo, las circunstancias que rodearon la muerte de su nieta.

—Vale, lo hablamos esta tarde, pero ahora vamos a relajarnos. Hoy vas a acompañarme a un perol. Son amigos muy íntimos, alguno lleva mucho tiempo fuera de Córdoba, será algo tranquilo. No tengo el cuerpo para fiesta, pero tenía que atenderlos —pareció justificarse—.

—Doble razón para mi agradecimiento.

Enseguida abandonamos la ciudad. Al final de una llanura se alzaban las estribaciones de la Sierra de Córdoba.

—Este es el castillo de Albaida, un lugar histórico. Ahí detrás se encuentran las canteras con las que se levantaron muchos de los edificios de la Corduba romana y de la Qurtuba califal. Merece la pena verlas.

—Otro día lo haré. Hoy estoy deseando conocer lo que es un perol.

—Es algo sencillo, una costumbre muy arraigada entre los cordobeses.

—¿Y qué se come?

—Es un guiso de arroz, con tropezones de carne o de embutido. Algunos le echan marisco.

—¿Una paella? En Sevilla las hacemos también mucho.

—No. La paella se hace en una paellera y nuestro arroz en un perol con más fondo, por lo que queda con jugo.

—Ya me está dando hambre.

—Espero que te guste... Echaremos de menos a Lola...

—Sí... Ojalá aparezca pronto.

La carretera comenzó a serpentear en su ascensión. La vertiente sur de Sierra Morena se precipitaba sobre el Valle del Guadalquivir, el mítico valle, de una riqueza proverbial, cantada por todos los pueblos antiguos del Mediterráneo. Junto al Nilo, el valle más fértil y de mayor densidad arqueológica desde la antigüedad remota. A nuestros pies, los campos de cultivo de vegas y campiñas

abrazaban a una miríada de barriadas y urbanizaciones.

—Son parcelaciones, algunas de ellas todavía ilegales. Rodean Medina Azahara, la gran ciudad califal.

Sobre nuestras cabezas, y coronando la sierra, destacaba un enorme Cristo, con unas pequeñas edificaciones blancas a sus pies.

—Son las Ermitas, un antiguo eremitorio en el que los ermitaños se retiraban a meditar. Un lugar emblemático para los cordobeses, otra visita obligada.

—No sé si tendré tiempo para tanto turismo.

—Visitar los tesoros de Córdoba no es hacer turismo, es comulgar con la belleza y el misterio de una ciudad milenaria. Cultura, le llaman a eso.

—Qué bonito te ha salido.

—Córdoba es la bonita. Inspira.

Al ganar altura, la vegetación se hizo más densa y rica. Las encinas, madroños y alcornoques sustituyeron a las jaras y acebuches que jalonaban la carretera en sus primeros tramos. Al llegar arriba, la carretera se extendía sobre una gran llanura arbolada.

—Estamos en el valle de las Rosas, los poetas andalusíes lo cantaron y glosaron. Aquí hubo lugar para el placer, por su mucha agua, flores y una temperatura mucho más benigna que la de Córdoba. También fue lugar de retiro de místicos sufíes, como Ibn Massarra, que se escondió con sus discípulos de la persecución del emir.

—¿Hay dólmenes por aquí? —le cambié por sorpresa de tema.

—No, no que yo sepa. Los más cercanos se encuentran en Belmez y Posadas. Veo que mis historias andalusíes no te interesan.

—Me interesan mucho, pero los dólmenes me tienen obsesionada. Cuando he visto esta llanura con agua, buen clima y una gran fuerza espiritual, sobre el mismo valle del Guadalquivir, he pensado que aquí podría haberse ubicado una gran necrópolis megalítica y...

—Creo, Artafi, que debes serenarte un poco. Todos estamos alterados por los terribles acontecimientos, pero no podemos permitirnos caer en la obsesión y ver dólmenes y misterios por todos lados.

—Creo que tienes razón —afirmé dócil.

—Ya llegamos, es aquí.

Una cancela se abría a nuestra izquierda. *Hacienda Alfaros*, rezaban los azulejos de la pared blanca de la entrada. Nos adentramos por un corto camino cubierto por la densa copa de los cipreses, el árbol espiritual por excelencia. Al bajarnos, percibí el frescor y la sorprendente humedad de aquel lugar. La Hacienda era sencilla, pero de una sobria belleza. Sus gruesos muros encalados albergaban un molino antiguo que quedaba integrado en un gran salón con una

solería antigua, de piedras rosas y negras. La sala de la prensa y de las tinajas se había reconvertido en una bodega con cuatro botas antiguas.

—Crío vino para mis amigos. Fino, oloroso, amontillado, Pedro Ximénez, vinos de Montilla-Moriles.

—Me encanta el Pedro Ximénez.

—Hoy, a los postres, probarás el mío. Es una solera con casi cien años a sus espaldas.

Me sentí bien en aquella hacienda. Me llamó la atención que parte de la misma se encontraba bajo tierra, lo que le permitía mantener el frescor en verano. En Andalucía no eran frecuentes esas construcciones semienterradas. Las ventanas, algo elevadas desde el interior, se enrasaban al nivel del suelo en el exterior.

—En los altos de la Sierra de Córdoba se crió vino hasta la filoxera del XIX. De ahí que existan tantas fincas y cortijos llamados Lagares. Después se reconvirtieron en haciendas de olivar, después en cortijos de recreo y ahora, en muchas de ellas, en puras ruinas de fincas abandonadas en las que el monte crece y los jabalíes retozan.

No tardaron en llegar los tres amigos que Rafael esperaba. Aparcaron su todoterreno junto al vehículo del editor en un pequeño llano situado ante la entrada principal de la hacienda, en el que también se encontraba una gran piedra de molino, con sus conos de rodadura.

—Artafi —me presentó Rafael a los recién llegados—. Una colaboradora de la editorial.

—Otra poeta, ¿no? —bromeó uno de ellos—. Candidata al Nobel de las Letras y a la pobreza eterna.

—Bueno —respondí sin entrar en más detalles—, la editorial de Rafael me trata bien y no me quejo.

Entre risas y bromas, encendieron el fuego. Las serpientes doradas de sus llamas mordieron con furia los leños secos. Cuando la candela se domesticó en ascuas dóciles e incandescentes, colocaron la trébede sobre ellas. Tras el refrito, añadieron el agua y el arroz. El fino que bebían animaba su charla y sus risas. Su alegría contrastaba con la pena negra de la muerte que me perseguía. Pasara lo que pasara, muriera quien muriera, la vida se empeñaba en continuar y siempre encontraba un resquicio para colarse con bullicio. El mismo corazón que sufre es capaz de retozar ante la mínima excusa, adaptación evolutiva imprescindible para la supervivencia en nuestras azarosas existencias. Sobre el estiércol de la pena más negra, la flor del gozo siempre florece, efímera y colorida.

Me sentí ajena a su jolgorio y decidí dar una vuelta por el olivar que se encontraba tras el cortijo. Un monte cerrado amenazaba con ahogar en su abrazo verde a los olivos de la finca, ubicado en lo más elevado de un cerro, frente al

cual se divisaba una antena muy alta, que debía ser un repetidor de televisión o algo así. La parcela de olivar era llana y de vez en cuando sobresalían de la tierra grandes piedras. Cuando me disponía a regresar tuve la sensación de que algo no encajaba en aquel lugar. En principio se trató de un sentimiento vago, una intuición que no se hubiera concretado si no fuera porque me fijé en las grandes losas de piedra semienterradas en el suelo. Su geología era diferente a las de las piedras habituales de la zona, sus formas demasiado rectilíneas y su tamaño, enorme. Los nervios me hicieron sudar. Podía estar ante los restos de un dolmen..., no de uno, sino de varios, dispersos en la altura de aquel cerro. No, no podía ser, estaba obsesionada con los megalitos. Quise observarlos desde otro punto de vista, con una mirada diferente, para tratar de convencerme de que aquellas piedras no eran más que las rocas propias del lugar... Pero mientras más las contemplaba, más me convencía de que su geología era ajena a aquel terreno, que habían tenido que ser acarreadas desde alguna cantera próxima y que sus formas no eran casuales, sino causales. El contexto de su ubicación también era idóneo para una necrópolis del calcolítico. Una elevación sobre el valle del Guadalquivir, en las puertas del valle de las Rosas, hoy Trassierra, rico en agua, pastos y caza, sobre una zona con abundancia de yacimientos de cobre conocidos desde la más remota antigüedad y una fuerte energía espiritual. De hecho, místicos sufíes y ermitaños cristianos se retiraron a estas soledades. Almas sensibles que supieron captar para su crecimiento personal las líneas de fuerza que también detectarían los constructores de dólmenes.

—Rafael, antes me dijiste que no existía ningún dolmen por aquí —le comenté una vez que me reuní de nuevo con él—. ¿Estás seguro?

—Claro, conozco muy bien la sierra de Córdoba. Nunca vi ninguno ni nadie me habló de su posible existencia.

Mientras hablaba conmigo, mi vista recorrió la amplia terraza que rodeaba la puerta del cortijo. Varias piedras grandes y planas, de idénticas características geológicas que las de antes, me llamaron la atención; bien podrían tratarse de ortostatos desplazados, eran utilizadas como bancos para sentarse.

—¿Y esas piedras? ¿De dónde las has sacado?

—¿Esas? Qué sé yo, llevan ahí desde siempre. ¿Qué te pasa? ¿Por qué te interesan tanto?

—Me ha llamado la atención el tipo de piedra y la forma. No es el tipo de roca de la zona.

—Es cierto, ahora que lo dices. Eres muy observadora, nadie me lo comentó nunca. Pero déjate de piedras ahora y ven a tomar una copa con nosotros, que apenas si has comido nada.

—En un ratito estoy con vosotros.

Intenté serenarme. No debía continuar con mis fabulaciones si no quería enloquecer prematuramente. Tomé alguna copa y tapeé mientras charlaba de manera superficial con unos y otros. Pero mi cabeza no estaba en modo reunión social, sino en modo investigación. Y mi intuición me advertía que estaba en un lugar muy especial desde la antigüedad, ya conocía esa sensación de estar como en casa cuando me encontraba en un enclave megalítico. Algo vibraba gozoso en mi interior. Aquella hacienda guardaba misterios que desconocía incluso la familia que llevaba décadas viviendo en ella. Aproveché la excusa de visitar los aseos para fisgonear en su interior. Un sombrío dormitorio se encontraba al final del salón. Me asomé a su interior y comprobé que se encontraba semienterrado, como la bodega. Una idea peregrina fue tomando cuerpo en mi cabeza... ¿Y si...? Salí al exterior, en busca de la orientación solar.

—¿Qué miras, Artafi? —me preguntó Rafael con el puntito de la bebida—. ¿Sigues en busca de megalitos? ¡Pues no mires mucho al sol, que no los vas a encontrar allí y te puedes quemar la vista!

—Rafael, la casa está orientada al este, ¿verdad?

—Pues sí, ¿por qué lo preguntas?

—A la salida del sol en junio, supongo.

—Creo que sí.

—Debí suponerlo. Mi intuición no me falla.

El eje del dormitorio y de toda la parte enterrada de la casa estaba en dirección este. El sol, en el solsticio, saldría a su frente. Probablemente, la parte antigua de la casa aprovechó los restos de un dolmen. El dormitorio, claramente la parte más antigua del cortijo, sería la cámara sepulcral, iluminada por los rayos del sol naciente en los solsticios de verano. Por eso la hacienda estaba semienterrada, algo del todo inusual en las edificaciones rurales de la zona. Recordé el caso del dolmen de Ontiveros, enterrado bajo una hacienda de Valencina de la Concepción y todavía no excavado del todo. Desde la antigüedad, los dólmenes se han utilizado como base para iglesias, ermitas, lugares sagrados. También para palacios y casas de poder, ¿por qué no en haciendas y cortijos en Andalucía? Podría encontrarme en una de esas extrañas y mágicas haciendas-dólmenes. La ubicación de Alfaros era idónea, una gran necrópolis megalítica pudo haber tenido su asiento allí. Pero, si así era, ¿cómo los arqueólogos no lo habían descubierto? Si Rafael Alfaro no mentía, tampoco él, ni nadie de su entorno conocía de su asiento megalítico. ¿Era eso posible? ¿Cómo podía yo haber descubierto en una mañana de perol algo oculto para la ciencia y la parroquia durante miles de años? ¿Quizás por ser hija del dolmen? ¿Quizás porque ya era una de ellos? No tenía respuesta para esas preguntas. Pero, aunque pudiera parecer increíble, las entrañas de aquella hacienda albergaban un cámara

sepulcral calcolítica y su entorno una enorme necrópolis megalítica, estaba convencida de ello. Mi capacidad premonitoria se aguzaba en los lugares de poder.

—Artafi, sigues por completo abstraída. ¿No te diviertes?

Rafael Alfaros estaba junto a mí, ni siquiera me había percatado de su acercamiento. Por un instante, pensé en excusarme con cualquier tontería e intentar confundirme en la alegría de los allí reunidos. Pero no pude hacerlo, sólo una idea ocupaba mi mente.

—Rafael, verás. Sé que vas a pensar que estoy loca, pero te lo tengo que decir. Creo que esta casa está construida sobre un dolmen; por eso está semienterrada en su parte más antigua. La primitiva cámara sepulcral es ahora ese dormitorio.

—Es mi dormitorio —comentó con toda naturalidad, como si nada le extrañara de lo que le había contado—. Quizás por eso duermo de manera tan profunda en él. Siempre me cuesta mucho levantarme.

—Lo sabías, ¿verdad?

—¡Estaba de broma! —respondió entre carcajadas—. ¿Te estás quedando conmigo? ¿Esta casa un dolmen? ¡Qué bueno!

—Rafael, no bromeo, te lo digo en serio.

—Entonces sí que voy a tener que pensar que te has vuelto loca o que has bebido demasiado fino.

Con paciencia, de manera pormenorizada, le narré mis descubrimientos y suposiciones ante su mirada incrédula al principio, atónita después.

—Me cuesta creer lo que dices. ¿Por qué, entonces, ningún arqueólogo lo ha descubierto hasta ahora?

—No lo sé. Yo misma no he sabido responder esa pregunta.

—Nunca nadie me contó nada al respecto —y se quedó por un instante pensativo—. Espera, estoy recordando algo... Tu amigo, el profesor Cisneros, cuando aún vivía en Córdoba quizás me comentara algo de la antigüedad de la casa; aunque nunca me habló de dólmenes.

—¿Conoció Cisneros esta finca?

—Pues claro, incluso la tuvo arrendada dos o tres años y...

—¿Que Cisneros la tuvo arrendada?

—Sí, la conoció porque vino a algunos peroles y le encantó. Y eso que por aquel entonces la teníamos más abandonada.

—¿Cómo no me lo habías dicho antes?

—No le di ninguna importancia. La arrendó como segunda vivienda, venía los fines de semana y el verano. Estaba encantado, me la ponderaba cada vez que me veía. Resolvió el arrendamiento cuando se marchó a Sevilla.

No me lo podía creer. Era demasiada casualidad.

—Increíble —repetí aturdida—... Cisneros tuvo arrendada esta casa...

—A su nieta le encantaba pasar sus vacaciones y fines de semana aquí. La pobre...

La visión de la chiquilla correteando entre las grandes piedras del olivar me estremeció. Cisneros arrendó la finca porque descubrió los dólmenes. Sólo él supo verlos.

—Rafael, por casualidad... ¿sabes si Cisneros tuvo invitados... digamos singulares?

—No sé qué entiendes por singulares.

—Personas ajenas a la vida normal de un profesor universitario.

—No sé a quién invitaba o dejaba de invitar... Aunque, ahora que lo dices, una vez que tuve que venir a solucionar unos asuntos de lindes me presentó a un invitado, un hombre rubio, alto y delgado, de porte elegante.

—¿Francés, por casualidad?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—¿Puedes recordar su nombre? —dejé su pregunta sin respuesta.

—No tengo ni la menor idea.

—Rafael, muchas gracias, no sabes lo que te agradezco esta visita y nuestra conversación. Me ha resultado de enorme utilidad.

—Ya me contarás en qué.

—Otro día. Ahora quiero regresar a Sevilla. Voy a pedir un taxi que me lleve a la estación. Me voy a despedir de tus amigos, seguid vosotros de perol.

El conductor tomaba las curvas con una parsimonia exasperante. Yo deseaba llegar cuanto antes a la estación para cambiar el billete y llegar hasta Sevilla. Mientras Córdoba lucía a los pies de la sierra con la belleza serena de una mujer madura, traté de encajar las piezas. Charles Paimpont, Gran Druida de la Orden Dolménica, visitó a Cisneros cuando tenía arrendada la hacienda. Necesitaba volver a encontrarme con Jane, tratar de cuadrar fechas. Acababa de encontrarme en la hacienda Alfaro con el monstruo terrorífico del pasado. Un pasado que amenazaba con devorarnos.

XXIV

No pude localizar a Quim Houdín. Tampoco a Cisneros, al que telefoneé en un par de ocasiones. Necesitaba reunirme con ambos cuanto antes para que me aclararan algunas de las cuestiones abiertas. Supuse que me llamarían en el momento en el que descubrieran mis llamadas perdidas. Llegué a casa y apenas cinco minutos después entraba mi madre. Se sorprendió al verme.

—Artafi, creí que regresarías más tarde de Córdoba.

—Terminé antes de lo previsto mi tarea.

—Y, ¿te fue bien?

—Sí, sorprendentemente bien. Mamá, ¿cuándo conoció papá a Cisneros?

—No lo recuerdo exactamente, puede que tú lo tengas más claro que yo. Se conocieron el mismo año que él te lo presentó a ti. Eso lo recuerdo.

—Pues debió de ser en 2002, recuerdo que yo tenía diecisiete años entonces. Cisneros llegó a Sevilla en 2000 a tomar posesión de su cátedra, pocos meses después de lo que le pasó a su nieta.

—¿Qué nieta? ¿Qué le ocurrió?

—¿De verdad no lo sabes?

—Desconocía que Cisneros tuviera una nieta.

—Tuvo una única nieta llamada Elena. Desapareció cuando tenía quince años. Vivía con su abuelo en Córdoba. Tras la tragedia, Cisneros se mudó a Sevilla.

—¿Qué me dices? ¿Desapareció?

—Al parecer, fue secuestrada por unos desconocidos. La dan por muerta. ¿Cómo es que no lo sabías? Papá hizo cierta amistad con él, tú también lo conocías. ¿Cómo es posible que no os enterarais de eso?

—No lo sé, la verdad es que es muy extraño... Quizás, Cisneros nunca quiso hablar del asunto. Estaba recién llegado a una nueva ciudad y nadie sabría de su vida...

—¡Pero mamá! ¡Esas cosas siempre se saben! ¡Papá tuvo que conocerlo!

—Si lo sabía, a mí nunca me lo contó.

—¿Y no lo ves extraño?

—Sí que lo es. Pero ya sabes que tu padre hacía cosas muy raras, ¿no?

—No me engañas, ¿verdad?

—¡Artafi! ¡No vuelvas a decir eso! ¡Claro que no!

—Pues papá tuvo que enterarse, es un drama demasiado grande como para poder ocultarlo a los ojos de todos...

—No saques conclusiones y...

—¡Abre los ojos! ¡Papá lo supo y, por algún motivo oscuro, no quiso contártelo!

—Artafi, no quiero hablar más de esto... Además, tengo que salir en un ratito y me quiero arreglar un poco, he quedado a cenar con unas amigas. Han sido días intensos para las dos, creo que debemos tratar de serenarnos...

—Mamá, es probable que Cisneros ya tuviera relación con el mundo dolménico antes de llegar a Sevilla. Papá llevaba también mucho tiempo con el asunto. Se conocieron, seguro, por su afición compartida. Lo que no sé es si ya se trataban desde tiempo atrás o si es cierto que se conocieron en 2002, como nos contó papá.

—¿Tiene eso importancia?

—Eso tiene mucha importancia, mamá, ya lo comprenderás.

Mi madre se incorporó sin responder. O bien tenía realmente mucha prisa en arreglarse para salir, o bien quería finalizar expeditivamente aquella conversación que a todas luces la incomodaba.

—Mamá —y se giró al escucharme—, ¿te arrepientes de lo que pasó en el dolmen?

—No, hija. Lo hecho, hecho está. Nadie puede luchar contra su sino, y el nuestro estaba unido al de tu abuela. Pero ahora necesito desconectar, abandonar de nuevo el dolmen, regresar a la vida normal de una ciudadana del XXI...

—Que nunca terminarás de ser del todo...

—Pero que tampoco, nunca, dejaré de intentarlo. Hice lo que me pediste, comprendí que no te podía negar lo que tu sangre te exigía. Pero yo no quiero pertenecer a ese mundo.

—¿Por qué, mamá? ¿Por qué huyes de tu sino, de tu responsabilidad familiar?

Guardó un prolongado silencio. De nuevo advertí la lucha sin cuartel que las fuerzas de la sinceridad libraban en su interior contra las tropas del ocultamiento.

—El dolmen es poderoso. Muchas veces emana luz, pero también alberga sombras.

—¿Qué quieres decir? El dolmen es fuerza de la naturaleza, otorga vida. Tú me lo descubriste, yo misma soy hija del dolmen.

—Sí, todo eso es verdad. Pero también exige su tributo de sombras. Como las de nuestra stirpe. Por eso vuestro mundo me da tanto miedo. Tarde o temprano, tendréis la irrefrenable tentación de ofrendar lo que se os exige y os mantiene poderosas. Yo nunca jugaré a eso.

Mi madre rompió a llorar. Sus lamentos emergieron dolorosos desde una profundidad que no alcancé a comprender.

—Mamá, no te entiendo. ¿Por qué lloras? ¿Qué es lo que te da miedo de las de

nuestra estirpe?

Se enjugó las lágrimas. Lo que fuera que dudaba si contarme llevaría años atormentándola.

—Durante años, logré olvidar algo terrible. Pero el recuerdo emergió desde que el primer crimen sacudió mi conciencia. Por eso me doy miedo, por eso me das miedo.

—Mamá, cuéntame lo que sea, tengo derecho a saber.

—Tendría yo unos ocho o nueve años. Mi madre llevaba muy inquieta varios días, con una evidente ansiedad. Me reñía de repente, para besarme con desatino a continuación. Esa noche me acostó temprano. Creía que ya dormía cuando la escuché salir sigilosa. Regresó horas después, a punto de la amanecida. Yo me desperté, pero seguí en la cama, temerosa de que me riñera si me levantaba. Escuché cómo se lavaba en el fregadero. Después se encerró en su dormitorio. Bajé entonces en silencio y descubrí restos de sangre en las ropas que había dejado en remojo. Pensé que se habría caído durante su paseo. Al regresar a mi cuarto, escuché unos cánticos guturales en el suyo. Me asusté, pero mi curiosidad fue mayor. Miré por la cerradura. Parecía enloquecida, y vi cómo sustentaba un largo mechón de pelo en una mano y una muñeca de tela en la otra. No supe qué podría significar. Regresé a mi cama, donde pude conciliar el sueño. Al día siguiente, tu abuela estaba de un humor espléndido, la vi muy guapa, como rejuvenecida. Incluso me llevó esa tarde a comprar chucherías y a ver una película en el cine. Allí fue donde me enteré. Esa mañana acababan de encontrar los restos de una niña, salvajemente mutilada y parcialmente devorada, seguramente por algún zorro, según dijeron. Se llamaba María, una niña que vivía en un cortijillo de los alrededores. Al parecer la habían secuestrado de su dormitorio para matarla en un claro de la dehesa. También se llevaron la muñeca con la que dormía. Mi madre pareció muy afectada al conocer la historia, que comentó escandalizada con alguna amiga que encontró en nuestro caminar. Paseamos por el pueblo más de lo que solíamos. Cuando regresó, tendió sus ropas limpias e hizo algo extraño. Encendió un pequeño fuego sobre una sartén, donde quemó algo que yo no pude ver. De nuevo cantaba, de nuevo la noté feliz. Mi mente infantil no quiso digerir ni aceptar lo que ahora es evidente para mí. Pero desde entonces, mi subconsciente me advirtió que debía olvidar todo aquello, algo horroroso que jamás debería haber visto ni conocido.

—¡Mamá! ¿Qué estás insinuando? ¿Que la abuela mató y devoró a la niña? ¿Estás loca? La abuela salía muchas noches, a por hierbas y esas cosas. Seguro que se trató de una simple casualidad.

Con los ojos enrojecidos por el llanto y una sonrisa enajenada, cogió mis manos para decirme:

—Los ojos de la muñeca eran de cerámica, unas pequeñas piezas pintadas, como se hacían antes. Los encontré mirando al vacío en el fondo de la sartén. El mechón de pelo y el cuerpo de tela de la muñeca ardieron, la cerámica no. Mi madre llegó en ese momento con un martillo en la mano, me apartó con dulzura, y pulverizó a golpes aquellos comprometidos testigos del aquelarre, sin ocultarse de mí. No fui consciente de nada en aquel momento, pero decidí sumergirlo en la ciénaga del olvido. Estos días esos recuerdos han emergido lacerantes y dolorosos; no me atrevía a contártelo...

—Puede tratarse de un error de la memoria, mamá, de una jugada del subconsciente...

—Artafi, hija, eso fue lo que pasó, saca tú misma las conclusiones; yo ya saqué las mías y actué en consecuencia. Haz lo que quieras, pero no te engañes. Si entras en el mundo de tu abuela, terminarás actuando como ella. Tendrás poderes, pero un poder superior al tuyo te exigirá de vez en cuando un tributo de sangre.

—Mamá... Yo nunca haría eso, ¿cómo puedes pensar semejante barbaridad?

—Ya está dicho. Ahora déjame, quiero regresar a mi mundo, a la Sevilla de luz y alegría. Que tengas suerte tú, en el tuyo...

Quedé abatida en el sillón de casa, sumergida en un mar embravecido, zarandeado por las dudas, el miedo, la curiosidad y el impulso de la sangre. Mi madre, tras retocarse un poco, se despidió al salir. Ni le contesté. Me negué a aceptar su sospecha, aunque algo, en lo más profundo de mi ser, acababa ya de dictaminar. La sangre es un tributo necesario para un mundo antiguo de luz y vida. Pero mi yo consciente aún no se lo creía...

—Artafi, soy Cisneros —lo noté con voz seria y preocupada al descolgar el móvil—. He visto varias llamadas tuyas.

—Profesor, creo que tenemos que hablar. Han pasado muchas cosas y querría comentarlas con usted. He descubierto algunos acontecimientos del pasado que le afectan.

Se prolongó un silencio que no quise interrumpir.

—Ya conoces lo de mi nieta, ¿verdad?

—Sí, una tragedia. No sabía nada.

—Nunca hablé a nadie del asunto, como comprenderás fue muy doloroso para mí... Un dolor insoportable que a punto estuvo de matarme.

—Lo siento, de veras... Mi madre tampoco lo sabía.

—Oculté la tragedia como pude. Me vine a Sevilla para escapar del espanto de los recuerdos. Aquí medio pude rehacer mi vida, en soledad para siempre.

—Conoció a mucha gente, tuvo muchos amigos, ha sido muy respetado...

—No puedo quejarme. Pero nada de eso compensa la pérdida de mi hija,

primero, y de mi nieta después.

Tenía que preguntárselo, tenía que hacerlo, ese era el momento.

—Profesor, ¿sabe algo de las órdenes dolménicas?

—¿Órdenes dolménicas? —titubeó—. No, no sé a qué te refieres, supongo que será algo parecido a una secta o algo así. ¿Por qué lo preguntas?

—Todavía por nada concreto, pero algunas personas sospechan que alguna de estas órdenes puede estar tras los asesinatos.

—Parece raro, más propio de películas de terror que de la realidad, pero quién sabe, hay mucha gente loca por ahí... Trataré de investigar algo sobre el asunto, conozco a profesores de prehistoria de toda Europa.

—Sí, por favor... ¿Podría pasar mañana por la mañana a verle?

—Bueno... sí, por supuesto, así charlamos un poco y nos ponemos al día. Estaré en la facultad a partir de las diez, ven sobre las doce si te parece.

—Muy bien, allí estaré.

—¿Artafi?

—¿Sí?

—¿Sabes algo nuevo de tu padre? Me dicen algunos conocidos que está por aquí. Veo raro que no os haya dicho nada... No sé, es extraño.

—Creo que mañana tendremos que hablar largo y tendido, son muchas las cosas por aclarar. También de mi padre.

—Ten cuidado, Artafi, no te fíes de nadie...

—Gracias, nos vemos mañana.

Tendría que prepararme bien la entrevista con Cisneros. Pondría todas las cartas boca arriba para ver cómo reaccionaba al sentirse acusado como principal sospechoso de los crímenes. Desde luego, si era culpable, lo había conseguido disimular en nuestra conversación. En el fondo de mi alma deseaba que fuera inocente, ya que le seguía estando profundamente agradecida. Además, en el juego de espejo deformantes en el que me veía envuelta, donde nada era lo que parecía, se pasaba de héroe a villano sin solución de continuidad. La simple sospecha de la policía y la acusación de Jane no lo condenarían ante mí hasta que las pruebas inculpatorias no estuvieran sobre la mesa. Y mientras tanto, yo al menos, le aplicaría presunción de inocencia. Y... ¿quién era yo para juzgar a nadie? Si hasta mi propia madre estaba convencida de que nuestra estirpe estaba manchada de sangre...

De nuevo el sonido de mi móvil. En esta ocasión, Maqueda.

—Artafi, ¿todo bien?

—Sí, muy bien, gracias por tu interés. ¿Cómo os van las cosas? ¿Habéis logrado descubrir algo nuevo?

—Avanzamos paso a paso. Pronto los atraparemos. ¿Y tus viajes? Ronda, Montefrío, Córdoba... Has estado muy movida últimamente.

Ignoré el intenso malestar que me ocasionaba el sentirme controlada y espiada.

—Sí, busco respuestas a mis preguntas.

—¿Y?

—Nada hasta ahora.

—¿Seguro?

—Seguro, ¿por qué os iba a ocultar algo?

—No sé... Te noto distinta... Teresa Francino está muy preocupada contigo. Dice que te estás convirtiendo en una de ellos.

—¿De ellos?

—De los asesinos megalíticos.

—Qué tontería, eso es una soberana estupidez.

—Eso mismo le digo yo.

—Pues tranquilo, que os llamo en cuanto descubra la mínima pista. Mañana me entrevisto con Cisneros, me interesaba conocer su punto de vista.

—Ya sabíamos que lo harías. Nos parece bien lo que acabas de plantearle por teléfono. Descansa ahora y ya sabes, llámanos a la menor sospecha.

—Así lo haré, descuida. Descansa tú también.

No los llamaría. Teresa Francino y Jane Paimpont tenían razón. Comenzaba a considerarme uno de ellos, significara eso lo que quisiera significar.

XXV

Aquella tarde, Jane Paimpont se sentía segura en el refugio en el que sus amigos españoles la custodiaban. A pesar del vértigo desquiciado de los últimos meses, se mostraba satisfecha y orgullosa por lo conseguido. Repasó mentalmente todo lo acontecido desde que su existencia cambiara por completo tras la conversación que mantuviera con su padre, antes de su muerte. Jane nunca tuvo una vida fácil. Durante su infancia siguió a su padre en sus viajes a dólmenes y complejos megalíticos por toda Europa, pero, en la adolescencia, se rebeló contra él y contra su modo de vida. Para Charles Paimpont, Gran Druida de la Orden, aquello supuso un gran dolor y una enorme frustración. Si no lograba atraer a su propia hija a los misterios antiguos de la naturaleza y los dólmenes, ¿cómo podría aleccionar al resto de hermanos de la Orden? La deserción de su hija le supuso una gran sensación de fracaso. Pero, a pesar de su derrota íntima, siempre respetó la decisión de Jane. A nadie se le forzaba a permanecer en la Orden, sólo las personas con nobleza de corazón, altura de miras, honda convicción y, sobre todo, libre deseo, podían comulgar con los secretos de los ancestros.

Jane se alejó de los ritos megalíticos tras la muerte de su abuelo en el año 2000, por lo que su padre tuvo que padecer ambas pérdidas simultáneas. Jane también sufrió el desarraigo que le supuso apartarse del mundo de su padre y de su abuelo, al que estaba predestinada por sangre. Intentó, sin éxito, convertirse en una chica normal en la alborotada universidad parisina, en la que se matriculó en 2001. No lo consiguió. Se licenció en periodismo y comenzó a trabajar como reportera para un importante semanario de París. Pronto destacó por su capacidad de trabajo, su aguda inteligencia y su fina intuición. Era de las que enseguida valoraba si un asunto tendría interés o no. Su carrera resultó meteórica. Pronto llegó a ser Jefa de la Sección de Cultura e Historia. En aquellos años de vertiginoso ascenso profesional apenas si trató con su padre, todo lo más en alguna fiesta familiar. Por eso, le extrañó que, a principios de aquel año en curso, 2014, su padre la citara con urgencia en un *chateau* cercano a Rennes, la capital de la Bretaña francesa. Jane lo conocía, se habían alojado alguna vez en él, a tan sólo hora y media de coche de los prodigiosos alineamientos de menhires de Carnac.

Encontró entonces a su padre muy desmejorado, con la cara afilada y amarillenta. Intuyó que ya le rondaba la muerte, única escultora posible para aquel rostro macilento.

—Jane —le dijo—, pronto voy a morir. Tengo que contarte algo muy importante. Después, toma tú la decisión que consideres oportuna.

Durante más de una hora, su padre habló sin interrupción, mientras paladeaba una copa de balón del mejor cognac. Ella le acompañó, porque precisó de un trago fuerte para trasegar la información, increíble, que su padre le transmitió. Cuando se retiraron a sus habitaciones, Jane estaba por completo confusa; su padre, agotado. Cuando Jane se levantó a la mañana siguiente, su padre no se encontraba en su dormitorio, había salido de madrugada. Pocas horas después la localizó la policía para trasladarle la trágica noticia. El cadáver de su padre fue hallado a primera hora de la mañana frente a una pequeña estructura megalítica de Carnac. Presentaba una fuerte conmoción craneal, sin que se pudiera dilucidar si fue producida por el impacto tras caer sobre la roca o por un golpe homicida. El caso aún estaba abierto.

Ese mismo día, Jane tomó varias decisiones trascendentales que la condicionarían de por vida. Abandonó la revista para poderse dedicar en cuerpo y alma a la tarea que su padre le encomendara durante su último encuentro. A ello se puso de inmediato y con entera dedicación. Un par de meses más, viajó hasta España, donde se encontraba aquella tarde en la que repasaba su pasado más reciente y meditaba cuidadosamente los siguientes pasos a dar. No podía fallar a la memoria de su padre ni a la misión que la obligaba. Mujer inteligente, era consciente de que lo más delicado y peligroso estaba aún por acontecer. Todo parecía marchar bien, aunque algunas cosas no le terminaban de cuadrar del todo...

XXVI

Llegué a la facultad de historia algo antes de las doce. Aproveché para tomar un café en la cafetería, prácticamente vacía. Recordé con cierta nostalgia el bullicio de mi época de estudiante, cuando nos peleábamos por conseguir alcanzar la barra para pedir la comanda. Si en aquellos tiempos gozosos, sin otra preocupación que aprobar los exámenes, me hubieran vaticinado que en el futuro llegaría a estar inmersa en el lío en el que me encontraba, nunca lo hubiera creído. El futuro era aún luminoso por aquel entonces.

Terminé mi café y subí al departamento en busca de Cisneros. No me crucé con nadie en mi camino a través de aquellas grandes galerías, que parecían las tripas de un gigante momificado. Encontré la puerta de su despacho cerrada. Es extraño, siempre la tiene entreabierta. Llamé y nadie contestó, sería preciso el uso de la llave para abrir, cosa insólita en él. Habrá tenido que ausentarse por un rato —me quise autoconvencer—, regresará pronto. Lo esperaré, no tenía ninguna otra cosa urgente que hacer. Justo en ese momento pasó junto a mí uno de los profesores jóvenes del departamento. Creo que se apellidaba Díaz. Lo conocía de vista y le pregunté si sabía dónde se encontraba el profesor.

—Desde hace un par de días que no lo vemos —me respondió inquieto—. ¿Sabes tú algo?

—Hablé anoche con él para quedar hoy sobre esta hora, me dijo que estaría aquí toda la mañana.

—Es muy extraño, ha faltado a varias reuniones previstas. Y esta tarde tenía que participar en unas jornadas... pero me temo que no asistiré...

—Qué raro... ¿le habrá pasado algo?

—Vengo ahora de su casa, me acerqué para ver si se encontraba indispuerto. Su puerta estaba cerrada y nadie respondió a mis llamadas. Alerté al portero, que accedió a usar su llave. El piso estaba vacío, su cama hecha, como si llevara varios días cerrado... Todo parece indicar que se ha marchado de viaje sin avisar a nadie y...

—¿Has telefoneado a la policía? —le interrumpí—. ¿Habéis denunciado su desaparición?

—No, quizás esté a punto de aparecer, puede molestarse si... Pero, ¿qué haces?

—Estoy llamando a la policía. Esto no es normal.

Díaz asintió, siempre tan correcto y apocado. Sin duda apreciaba al profesor y agradeció mi determinación. A él le faltaba el coraje suficiente incluso para esa

simple llamada.

—¿Maqueda?

—Sí, ¿qué tal, Artafi, alguna novedad?

—Cisneros ha desaparecido. Lleva días sin venir por la facultad, incumpliendo compromisos previstos. Nunca lo había hecho. Tampoco está en su casa. Es muy extraño.

—Déjame que haga unas comprobaciones. Presentad, por favor, una denuncia por desaparición, así podremos abrir oficialmente el expediente.

—De acuerdo.

—Artafi...

—¿Sí?

—Ten cuidado. Ya sabes que Cisneros es uno de los principales sospechosos.

—¿Sospechoso? Todos lo somos, ¿no?

En aquella espiral acelerada y fatal de acontecimientos, me alegré de recibir la llamada de mi amiga Marta, nada más colgar al inspector.

—Artafi, que no sé nada de ti.

—Pues por aquí sigo, en la lucha...

—Ya. ¿Sabes que he escuchado en la radio? Que vamos a pedir que los dólmenes de Antequera sean reconocidos como Patrimonio de la Humanidad.

—Lo sabía. Nos lo darán. Y nos hermanaremos con los otros lugares megalíticos declarados como patrimonio de la humanidad: Brú na Bóinne, en Irlanda; Stonehenge y Avebury en Inglaterra; Orkney en Escocia y los templos Megalíticos en Malta. Casi *ná*.

—Será una pasada...

—Sí.

—Pero no sólo te llamaba por eso.

—Ya lo sé.

—Te llamaba para decirte que estoy preocupada por ti y que me tienes para lo que desees. No te fallaré si me necesitas.

—También lo sé, Marta. Muchas gracias de todo corazón.

Marta siempre estará ahí, pensé agradecida mientras le pedía al profesor Díaz que interpusiera la demanda por la posible desaparición de Cisneros. No tenía cuerpo para meterme yo en la boca del lobo, perdón, digo, en dependencia policial alguna.

XXVII

Soy mago, druida, chamán. La magia es posible en el siglo XXI y los dólmenes fueron, son y serán el punto donde lo misterioso enraíza, donde las energías del Cielo, de la Tierra y de los Hombres conectan. Son los templos más poderosos que la humanidad jamás construyó, mucho más que las catedrales que les sucedieron. Sus piedras conectan con los puntos de poder, algo así como una acupuntura megalítica sobre el sistema nervioso de la tierra. Pero los hombres de hoy no comprenden, no saben. Debemos ayudarles a recuperar el conocimiento cósmico que el ciego desarrollo orilló. El grado de conciencia ahora lo permite. Y los hijos de los dólmenes no podemos eludir nuestra responsabilidad.

Me dirijo hacia Villamartín, el pueblo que abre las sierras gaditanas a las fértiles campiñas. Allí se encuentra el dolmen de Alberite, uno de los más colosales y antiguos excavados en toda Europa. He sido convocado a un nuevo sacrificio a los dioses de los infiernos. Cuando bebamos la sangre y comamos la carne de la víctima propiciatoria, sentiremos su poder, nos apropiaremos de él. Y será el sexto; sólo quedará el sacrificio último, el más importante, el centro de la rueda cósmica del siete.

No sé quién será en esta ocasión la víctima elegida. Razones habrán tenido los druidas para la selección. Presiento que se trata de una persona de gran conocimiento. Mejor que así sea, más poderosos nos hará tras su inmolación. Conduzco solo con la excitación previa a las liturgias sagradas. Después de años de paz, la rueda del rito se puso de nuevo en marcha. Pronto parará y será el momento de los nuevos tiempos.

Anochece. Debo dejar el coche escondido en algún camino rural a un par de kilómetros del dolmen y caminar hacia él sin que nadie me vea. Llevo ropas negras, me permitirá camuflarme en la oscuridad. Ya nos desnudaremos antes de la purificación. Esperemos que la agonía de la víctima se prolongue algo más que la de Gorafe. Se nos fue demasiado pronto, la conexión energética es proporcional al sufrimiento del sacrificado. Pobres, tuvieron mala suerte. Tras su muerte, sin alma ni energía, solo les queda el frío cósmico del vacío y la nada. Y, nosotros, hijos del dolmen, saldremos fortalecidos con su poder. Su vida absorbida por la nuestra. El león devora a la gacela, el lince al conejo. No existe maldad, se trata de las leyes de la naturaleza, tan simples como efectivas. Unos mueren para que otros absorban su energía. Unos tienen que perder lo que otros precisan para ganar y crecer. Y nosotros necesitamos ganar por el bien de la humanidad: en cada ocasión nuestro nivel de conciencia, de clarividencia,

asciende. Ya somos magos, aún lo seremos en mayor grado cuando la rueda concluya su giro.

Aparco el coche en un descampado discreto y me dirijo a pie hacia el dolmen de Alberite. Nuestro druida mayor nos repite una y otra vez que debemos conocer los lugares sagrados. Y recuerdo lo poco que sé de él. Tiene una antigüedad superior a los 4.500 años antes de Cristo, en pleno neolítico. Algunos de los principales dólmenes tuvieron que ser fechados de nuevo a la luz de esos descubrimientos. Todo siempre es más antiguo de lo que parece. La excavación sacó a la luz un dolmen de galería, con un corredor de más de veinte metros de longitud, separado en tramos por varias jambas. Un atrio monumental, encabezado por dos monolitos, antecede a la entrada, le confiere aún mayor importancia. El túmulo tendría un diámetro superior a los cincuenta metros. Estamos ante uno de los grandes dólmenes europeos y templo sagrado para nuestro sacrificio de esta noche.

Y mientras camino, recuerdo mi infancia y la primera vez que mi abuelo me llevó a un rito en la Peña de los Gitanos. Fue entonces cuando la conocí, una niña todavía, con el cielo en los ojos y el misterio en su sonrisa. Pero desde aquel mismo instante supe que sería el amor de mi vida. Para siempre, por siempre.

Anocheía cuando me tumbé en el sofá de casa, confundida y cansada. Mi madre, de nuevo, estaba fuera. ¿Dónde se encontraría? La policía sospechaba que se reunía con mi padre de vez en cuando. Al principio no lo creí posible, pero a esas alturas ya no podía estar segura de nada. Los hechos se precipitaban y presentía que lo más importante estaba a punto de acontecer.

Cisneros continuaba en paradero desconocido. ¿Dónde podría estar? ¿Habría huido al sentirse descubierto? Quizás no fuera verdugo, sino víctima aterrorizada en busca de refugio. ¿Y si estuviera secuestrado y a punto de ser sacrificado sobre un altar megalítico? Tuve una corazonada y llamé a Maqueda.

—Cisneros puede estar en peligro. ¿Podrías activar un dispositivo de vigilancia en los dólmenes cercanos a Sevilla? Así quizás podríamos salvarlo...

—No es fácil conseguirlo, tendríamos que coordinar con la Guardia Civil, quizás con varias de las Policías Municipales. Y habría que apuntarles los principales megalitos y su ubicación...

—Si quieres te hago una lista de ellos, quizás pueda ayudarte.

—Envíamela, por favor. Aunque no sé si me lo autorizarán y, si me lo permitieran, tampoco sé si lograría ponerlo en marcha en tan poco tiempo, horas tan solo.

—Vamos a intentarlo, ¡por favor!

En una sencilla hoja de cálculo escribí los dólmenes más conocidos de la

provincia de Sevilla. ¿Y por qué solo Sevilla? Así que también añadí los más importantes de las provincias vecinas: el Dolmen de Soto, en Trigueros, Huelva; el Dolmen de Lácara, en Badajoz; y el Dolmen de Alberite, en Villamartín, Cádiz.

Acababa de remitir el listado por correo electrónico cuando sonó el telefonillo del portal. Me extrañó, ¿quién podría llamar casi a las nueve de la noche? Descolgué el auricular del portero automático.

—¿Sí?

—Buenas noches, Artafi. Soy Alfredo Gutiérrez. ¿Puedes bajar un segundo, por favor?

—¿Bajar? —me extrañó su propuesta, no tenía tanta amistad con él como para que se presentara en casa sin avisar—. ¿Para qué?

—Tengo que contarte algo importante.

—¿Sobre qué?

—Sobre Cisneros. Es urgente.

—Espera, salgo yo.

Lamenté que mi madre aún no hubiera regresado a casa, me hubiera sentido más segura. Un extraño desasosiego me advertía del peligro, pero, ¿qué riesgo podría correr en la misma puerta de mi casa?

Salí a la puerta. Alfredo llevaba puesta una ropa deportiva de color muy oscura, casi negra.

—¿Qué pasa con Cisneros? ¿Dónde está?

—Cisneros está bien, pero ha decidido esconderse. Quiere hablar contigo.

—¿Por qué no me ha llamado por teléfono? Había quedado conmigo esta mañana, podría haberme dejado al menos una nota.

—No se fía de nadie. Y sabe que todos los teléfonos están pinchados. Me ha pedido que viniera en persona a traerte su mensaje.

—¿Dónde está? ¿Qué quiere?

—Quiere reunirse contigo. Me ha dado esta nota para ti. Destruyela cuando la leas, por favor.

Venía en un sobre cerrado. Lo abrí y me acerqué al portal para poder leerla con su luz tenue. Se trataba de un breve texto manuscrito, de letra pequeña y afilada. La conocía bien, era la de Cisneros.

Querida Artafi

Disculpa que no acudiera esta mañana a la cita contigo. Estoy en peligro y he decidido ocultarme por un tiempo. Espero que pase pronto este horror y podamos volver a la normalidad. Tú también estás en alto riesgo. He obtenido nueva información, tan sorprendente como valiosa, que te involucra

estrechamente con el desenlace de esta historia. Necesito contártela en persona. No comentes nada a nadie, ni siquiera a la policía que te vigila a todas horas. Sigue las instrucciones que Alfredo te dará para llegar hasta mí esta misma noche. Puedes fiarte de él, es de mi total confianza. Abrazo, Gustavo Cisneros.

Doblé el papel sin atreverme a mirar todavía a Alfredo. Que me fiase de él porque era de su confianza, me escribió. Pero, ¿podía confiar yo en Cisneros? Levanté la mirada, hacia la oscuridad de la calle. Probablemente, por ahí fuera estuvieran ocultos los policías que me custodiaban. ¿O no? Quién sabía, dudé. Mi razón dictaminaba lo obvio, que acompañar a Alfredo sería una absoluta locura, un desatino absurdo y, probablemente, suicida. Pero mi yo irracional me animaba a ir en busca del profesor. Quizás sus palabras fueran sinceras y realmente quisiera ayudarme. O, en la peor de las circunstancias, mi osadía precipitaría los acontecimientos y destaparía el velo que hasta ese momento cubría la fatal secuencia de crímenes rituales. El riesgo que correría sería relativo: la policía vigilaba mis pasos, mi móvil estaría monitorizado y siempre me tendrían localizada. La decisión estaba tomada, iría al encuentro de Cisneros.

—¿Qué debo hacer?

—Cisneros me ha pedido que extrememos las precauciones, no sabemos quién puede estar vigilándote. La policía, seguro, pero es posible que algunos de los asesinos también. ¿Tiene el edificio cochera? ¿Puedes salir por ella?

—Sí, claro, tiene cochera, la salida es por la calle trasera.

—Pues debes entrar de nuevo en el portal, como si regresaras a casa. En vez de subir, baja a la cochera y sal por el garaje en cinco minutos. Te esperaré con mi coche en la puerta.

Me pareció una buena idea. Los que me vigilaban en la fachada —si es que me vigilaban— no me verían salir. El aparato de mi seguridad se desmoronaba con este simple plan de Alfredo. Pude desistir entonces, pero decidí continuar. Y no llamé a Maqueda en ese instante, como cualquier persona cuerda hubiera aconsejado. Confié en Cisneros, en mi suerte, en mi localización por el móvil y en mi instinto. Algo me decía que debía arriesgarme si quería romper el cerco de ignorancia que me impedía ver.

Cinco minutos después me encontraba sentada en el asiento del copiloto. Alfredo Gutiérrez condujo, en silencio, esmerando su atención y prudencia. Los nervios también lo devastarían por dentro y procuraba atesorar sin fugas la serenidad que precisaba para conducir con cordura en el seno de una gran ciudad.

—Parece que nadie nos sigue —Alfredo pronunció sus primeras palabras tras mirar por el retrovisor—. La operación salida ha funcionado a la perfección.

—¿Adónde vamos?

—A Carmona.

Enfilamos por la salida de Córdoba. Carmona se encontraba a algo más de treinta kilómetros, una media hora de camino. Una ciudad tan hermosa como antigua, de casas blancas, de palacios de rejas altas como torres y con una imponente necrópolis romana excavada por Bonsor, el descubridor, también, del dolmen de El Gandul. Una ciudad de hondas raíces arqueológicas, escondite adecuado para Cisneros. Me lo imaginé hospedado por algunos amigos de confianza en alguna de sus grandes casas señoriales, entre cuadros sombríos y cortinas rojas de terciopelo.

—Pararemos a repostar en esa gasolinera.

La estación de servicio se encontraba al pie de la autovía, apenas a un par de kilómetros del cruce del aeropuerto.

—¿Me dejas un segundo tu teléfono? —me pidió Alfredo en el instante de activar el intermitente—. Tengo que llamar para decir que vamos para allá.

Detuvo el coche antes de llegar a la gasolinera, en una zona algo más oscura de lo recomendable. Todo se precipitó entonces. Un coche aparcó junto a nosotros y dos hombres, también con trajes oscuros, bajaron de él para acercarse a nosotros. Comencé a ponerme nerviosa.

—¿Qué ocurre, Alfredo? ¿Quiénes son estos?

—No te preocupes. Nos acompañarán hasta donde se encuentra Cisneros. Son también mis amigos.

El conductor del otro vehículo se acercó a nosotros para charlar con Alfredo, mientras los dos hombres se subían a los asientos traseros. Sentí, con mucha inquietud, por no decir miedo, su respiración agitada tras mi cogote. Arrancamos y pasamos de largo la gasolinera.

—¿No ibas a llenar el depósito?

—He cambiado de opinión, creo que no nos hará falta.

Nos incorporamos de nuevo a la autovía, pero al llegar a un cambio de sentido, retornamos de nuevo para Sevilla.

—Pero, ¿no nos dirigíamos hacia Carmona?

—Hemos modificado nuestro destino, Cisneros nos aguarda en otro lugar.

—Alfredo... ¿no estará pasando algo raro?

—No, tranquila, pronto Cisneros te aclarará la situación.

—¿Me devuelves mi móvil, por favor?

—¿Tu teléfono? —e hizo como si lo buscara—. No lo encuentro.

—¿Cómo que no lo encuentras? ¿A qué juegas? ¡Devuélvemelo de inmediato!

—Tranquila, se me habrá caído bajo el sillón, ahora no puedo buscarlo, te lo daré en cuanto paremos.

El tono de su voz encendió mis alarmas. Estaba secuestrada. Mi móvil, lo supe y acerté en mi intuición, viajaría en esos instantes hacia Carmona en el vehículo con el que nos encontramos en la gasolinera, del que descendieron mis misteriosos acompañantes, pero al que regresó el conductor. La policía seguiría su geolocalización en esa falsa dirección. De nuevo, una estratagema tan sencilla como eficaz para despistarla. Quedaba en manos de Alfredo Gutiérrez, ojalá fuera cierto lo de las buenas intenciones de Cisneros. No exterioricé mi angustia ni mi nerviosismo. Por experiencia ya conocía que mantener la propia cabeza fría y a la ajena confiada era la única forma de lograr encontrar una escapatoria.

—Artafi —el tono de Gutiérrez era suave, conciliador—, no te preocupes, todo irá bien...

Si sus palabras quisieron serenarme, el brillo de sus ojos me aterrorizó. Incluso en la oscuridad en la que viajábamos, aprecié la demencia que reflejaban. Ya no eran los ojos de un conductor, eran, inequívocamente, los de un loco. Y fue entonces cuando agarraron con fuerza mi cabeza desde atrás, fijándola al respaldo del sillón. Noté un pinchazo agudo, como el de las avispas rabiosas del verano, en la base del cuello. Quise gritar, pero enseguida todo se hizo oscuridad y silencio.

Por fin, tras casi una hora de caminata, me encuentro en las inmediaciones del dolmen de Alberite. Espero que no me haya retrasado, sería imperdonable que hiciera esperar a los druidas. Ella me advirtió que, en esta ocasión, el sacrificio se adelantaría a la medianoche, algo inusual para nuestros ritos. Pero, en fin, ellos sabrán el porqué. Me dirijo, como constaba en las instrucciones, hacia la cara norte del cercado. Allí debo localizar un hueco que se ha realizado en la malla para permitirnos la entrada hasta el dolmen. Utilizaremos como ara de sacrificio alguna de las grandes losas de los restos de un megalito derruido a las mismas puertas del gran dolmen. Esos restos que utilizaremos como altar se conocen como Alberite II, otro dolmen que fue destruido por los agricultores en los años sesenta. Con el de esta noche, ya serán seis los sacrificios rituales, ya sólo quedaría el último, el más importante, el nuclear de la rueda cósmica, el que dilucidará a quién corresponde el honor de ostentar el honor de convertirse en el nuevo Gran Druida, tras el vacío dejado por la muerte del anterior, nuestro admirado Charles, Charles Paimpont, hace unos pocos meses tan solo.

Perfecto, aquí está el hueco abierto. No me cuesta cruzarlo. Ya estoy dentro del recinto sagrado. Advierto, a pesar de la oscuridad, cómo la mole del túmulo se contrasta por las luces de los cortijos de la campiña. Todo parece tranquilo, no correremos riesgo alguno. No logro descubrir a ninguno de mis compañeros. Es extraño. Decido aguardar un poco. Nuestro druida mayor se enojará si no tenemos a la víctima preparada cuando él llegue para iniciar el rito. Consulto por

enésima vez mi reloj. Ya deberían estar aquí, ¿por qué no aparecen? Decido aguardar todavía un rato. Pero no mucho más... El desconcierto me atemoriza y experimento un temor atávico y reverencial ante el poder del gran dolmen que me contempla. Los grabados antropomórficos de los ortostatos humanizan esas grandes losas y las convierten en feroces guardianes del megalito. No quisiera tener que enfrentarme a ellas.

Las paredes y la cubierta del dolmen se encuentran pintadas de ocre y muchos de los ortostatos están grabados. Se identifican soles, las clásicas cazueletas, y, sobre todo, los guerreros esquemáticos, que aparecen con armas —hachas idénticas a las encontradas en otros megalitos europeos—, y los símbolos de poder —como bastones de mando y báculos— o de ultratumba, como serpientes. En los dólmenes bretones, me contó el druida mayor, también se pueden encontrar estas simbologías. Mientras más conocía acerca de los megalitos, más me asombraban, no sólo por el prodigio estructural de su arquitectura, ni por la extrema dificultad de su ejecución, sino por la sabiduría que atesoraban: su perfecta orientación astral, hacia los solsticios o hacia la estrella Sirio; sus proporciones, perfectamente calculadas y relacionadas con su exacta localización; sus geometrías y formas, en armonía perfecta con el entorno; su poderosa energía espiritual. Aquellos hombres que nosotros llamamos primitivos acumulaban una sabiduría que, en algunos de sus aspectos, como el energético, aún no logramos igualar.

Se conoce la existencia de al menos siete dólmenes, sólo dos de ellos excavados, en la necrópolis de Alberite. Me encontraba en un lugar que fue considerado como sagrado durante miles de años. En la Edad Media, junto al gran túmulo, se erigió un cementerio almohade en el que apareció un amuleto sufí, una placa metálica en la que aparecían grabados los nombres más bellos de Dios, las advocaciones de los 99 nombres de Alá. El sufismo, como corriente esotérica y gnóstica, pudo establecer una de sus cofradías junto al lugar sagrado de Alberite.

A pesar de mi asombro, nada me retiene ya en este prodigioso lugar. Por alguna razón que ignoro, el sacrificio no se celebrará esta noche. Nadie se ha presentado, debo marcharme. Permanecer durante más tiempo sería peligroso. Regreso por donde vine y, cuando ya estoy a una distancia prudente, observo cómo un coche se encamina hacia el dolmen. Es de la Guardia Civil, las luces superiores lo delatan. Suspiro con alivio, unos minutos más y me hubieran sorprendido en su interior. Acelero el paso, con la esperanza de que se trate de una simple ronda rutinaria. La inquietud y el temor se apoderan de mí. ¿Acaso sabrían el resto de miembros de la Orden que corríamos riesgo y por eso no vinieron? ¿Por qué, entonces, no me advirtieron a mí? La respuesta es obvia, no

tenían medio para hacerlo, jamás llevamos nuestros móviles encima. Rompo a correr, aun a sabiendas de que es lo menos aconsejable en situaciones de pánico. Pero mi instinto me empuja a alejarme con la mayor rapidez del dolmen que esta noche debería haberse convertido en templo sagrado de ceremonias. Debo llegar cuanto antes al lugar en el que aparqué mi coche. Según el protocolo de seguridad, debo alejarme y regresar a casa hasta pasadas unas horas, usando una ruta apartada. Espero entonces comprender qué es lo que ha ocurrido, ojalá no le haya pasado nada a Jane, no soportaría verla sufrir.

Emergí desde el profundo pozo de oscuridad al que me arrojó aquella picadura infernal. La punzada de dolor que atravesó mi cabeza me hizo despertar por completo. ¿Dónde estaba? Apenas si pude recordar entre brumas un coche, una parada en una gasolinera, un viaje fallido hacia Carmona, un teléfono extraviado... Intenté mover los brazos, pero me resultó imposible. Poco a poco logré recuperar la consciencia, también el recuerdo. El pinchazo en el cuello, el desmayo. Estaba secuestrada por Alfredo Gutiérrez e inmovilizada en medio de la nada negra que me rodeaba. Aprecié entonces el brillo huidizo de algunas estrellas; me encontraba, pues, en el campo. Me pareció escuchar unos pasos a mi espalda. Alguien se acercaba. Decidí permanecer en silencio, sin mover un músculo siquiera. Entonces, los escuché hablar. Sus voces eran confusas, no logré identificarlas a pesar de resultarme levemente familiares.

—¿Todavía no sabemos nada?

—No, debemos esperar.

—Pero... ya llevamos un rato aquí, puede resultar peligroso.

—Ya conoces las instrucciones, mientras no recibamos la llamada, no podemos comenzar con lo nuestro.

—Qué raro, traer un móvil con nosotros. Podrán rastrearlo.

—No, es de los limpios, comprado a unos inmigrantes en Alemania, de los antiguos de tarjeta prepago. Son los últimos, cuestan una fortuna, pero son completamente seguros.

—Ya.

El sonido se desvaneció en ese punto y los pasos se alejaron de donde me encontraba tumbada sobre el suelo. Ya era consciente de mi situación desesperada, amarrada de pies y de manos, y custodiada de cerca por quienes, a buen seguro, me querían sacrificar. El honor del siete parecía corresponderme a mí. ¿Siete? Hasta ahora conocía cinco crímenes, ¿cuándo se había producido el sexto? Porque el mío sería el séptimo, eso lo supe desde el inicio. Gracias a Jane descubrí el porqué. Conmigo, mataban a una estirpe. Quien me devoraba, recibiría el poder de una saga milenaria. ¿Alfredo Gutiérrez? La escritura del papel que me mostró pertenecía sin duda al viejo profesor. ¿Cisneros? ¿Podría

estar Cisneros detrás de mi secuestro? Jane me advirtió contra él. También contra mi padre. Al parecer, competían entre sí en el desenfreno de crímenes. Pero, ¿era eso posible? ¿Podría ser uno de ellos dos quien me asesinase? ¿Mi padre? ¡Qué mayor sacrificio que matar a su propia hija! Y recordé lo de Abraham y Jacob, la mayor prueba de sumisión ante la deidad.

No quería morir. Me angustió pensar en el doloroso tormento que me aguardaba. Pero, ¿a qué esperaban? ¿Qué llamada aguardaban? Las voces se acercaron de nuevo y, con suma dificultad, logré contener mi tensión y permanecí sin mover ni un músculo. Aun el sonido leve de mi respiración me pareció una estridencia.

—Nada, siguen sin llamar.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Pues por ahora esperar.

—¿Y qué esperamos?

—Pues al parecer noticias del sexto de los sacrificios —y noté cómo me encogía de terror—. Los druidas mayores nos han asegurado que este sacrificio sólo tiene sentido si es el séptimo.

—El último.

—Sí. Pero sin sexto, no podrá haber séptimo.

—Ya.

—¿Y qué haremos con esa, entonces?

—Pues habrá que llevársela, esconderla hasta que podamos proceder. El tiempo se acaba...

—Atención, se acerca uno de los druidas mayores.

Los latidos acelerados de mi corazón resonaban como tambores africanos en mi cabeza desquiciada, dificultándome el seguir la conversación. Quizás pudiera reconocer la voz del que llamaban con tanto respeto druida mayor.

De repente, todo se precipitó.

—¿Qué son aquellas luces que se acercan? ¿Esperamos a alguien?

—¡¡No!!

—¡Pues tenemos que largarnos, deben ser guardas!

—¡Vamos!

—¿Qué hacemos con esa?

—¡Déjala!

—Pero nos delatará... al menos a mí —reconocí la voz asustada de Alfredo Gutiérrez.

—Esa es la menor de nuestras preocupaciones ahora. Vamos, tenemos que escapar.

—¿La mato? Así no podrá cantar...

—Ni se te ocurra... A nuestro druida no le gustará que muera para nada. Es una mujer muy especial, ya habrá nueva ocasión para el sacrificio ritual.

—Pero, ¿habrá otra ocasión?

—No lo dudes.... Ahora, ¡vámonos!

En ese momento, y concentrando un gran esfuerzo, logré girarme con brusquedad, en el momento en el que mis secuestradores rompían a correr. Además de Alfredo Gutiérrez, me pareció advertir tres formas que se alejaban, dos con gran agilidad y la tercera de manera lenta. Se hizo de nuevo el silencio y la total oscuridad. ¿Dónde me encontraría? Qué pregunta más estúpida. Pues en un dolmen, seguro. La pregunta correcta hubiera sido, ¿en cuál de ellos?

Logré sentarme, a pesar de tener amarradas las manos a mi espalda y los pies atados por los tobillos. Mis secuestradores se habían largado, asustados por las luces de aquel coche de policía que maniobraba a apenas unos cientos de metros de mí. Sus focos iluminaron el recinto. Me pareció advertir un gran volumen semiesférico que se interponía entre el vehículo policial y donde yo me encontraba, un túmulo, sin duda alguna. Para mi sorpresa, el coche, tras enfocar por un instante el recinto, dio marcha atrás, giró y se alejó sobre sus pasos. Busqué una explicación para lo sucedido. Sin duda, el coche sería de la Guardia Civil o de la Policía Local del pueblo más cercano, que habría venido a cumplimentar una visita de inspección activada, sin duda, por el dispositivo de vigilancia que pusimos en marcha con Maqueda. Malhumorados, cansados y una vez comprobado someramente que nada raro ocurría allí, decidieron regresar lo más presto posible a la comodidad del cuartel. Quién sabe si aquel lugar los atemorizara. Sea como fuere, yo debía actuar con rapidez. Corría el riesgo de que mis secuestradores retornaran al descubrir la ausencia de los guardas. Atada de pies y manos a la espalda, pocas esperanzas albergaba en mi huida. ¿Cómo podría desatarme? Por un instante deseé poseer las facultades del gran escapista Houdini, el ídolo de Houdín. Vanas esperanzas para una arqueóloga torpe con las manos, como yo. Sin un plan mejor, me incorporé como pude y avancé a saltos en la misma dirección por la que mis captores abandonaron el lugar, justo en sentido opuesto al camino por el que apareció y desapareció el coche de vigilancia. Afortunadamente, el suelo plano y sin piedras ni zanjas permitió mi torpe desplazamiento. Entre jadeos, por el esfuerzo, alcancé una cerca metálica. Me encontraba, entonces, en el interior de una parcela cercada. Si se trataba, como sospechaba, de un lugar megalítico, debía ser de los protegidos. La lista de los posibles candidatos se acertaba. Menga, Valencina, Gandul... Soto. Pero descubrir dónde me ubicaba era una nimiedad en relación a mi verdadero problema: cómo salir y alejarme de allí.

Me apoyé en uno de los postes de la malla metálica para descansar y noté

cómo algo afilado se me clavaba en la espalda. Una lucecita de esperanza animó mi desconsuelo. A duras penas, traté de averiguar, por el tacto de mis manos atadas atrás, de qué podría tratarse. No tardé en comprobar que la pequeña chapa mostraba un filo cortante que podría convertirse en la llave de mi salvación. Con sumo cuidado, busqué la posición en la que las ataduras se encontraban más apartadas de la piel y comencé a deslizar y mover los brazos, primero con suavidad y progresivamente de manera más vigorosa, con la intención de que aquel filo metálico lograra cortar las cuerdas que me maniataban. Para mi sorpresa y alegría, apenas si bastaron un par de minutos para conseguirlo. Aún recuerdo la enorme sensación de libertad que me otorgó el simple hecho de deshacerme de las cuerdas que me oprimían, hasta frotarme, a continuación, las manos libres. Mientras lo hacía, vigilaba mi alrededor, temerosa de que en cualquier momento volvieran a presentarse los secuestradores. Si esto ocurría, la suerte no me concedería una segunda oportunidad.

Logré desatar los nudos de los pies, y ya liberada de todas mis ataduras, anduve a lo largo del cercado en busca del hueco por el que huyeron Gutiérrez y compañía. Aterrorizada, cualquier sonido me alteraba; el ulular de un búho o una lechuza, qué sé yo, me hizo tropezar y caer. Al incorporarme, descubrí el agujero en la malla, un cuadrado cortado cercano al suelo. Me escabullí a través de él y logré ganar el exterior. Mi siguiente misión consistía en rodear la cerca hasta lograr encontrar el camino, y alejarme en la misma dirección que lo hizo el coche. Minutos después alcanzaba el carril de acceso. Mi alivio duró poco. Era consciente de que todavía existía un alto riesgo y que lo único prudente era poner la mayor tierra de por medio y en el menor plazo posible de tiempo, tarea difícil y peligrosa, pues la ausencia de luna impedía la mínima visibilidad.

Agotada, atemorizada, girando de continuo la cabeza hacia atrás, con la sensación permanente de ser vigilada y perseguida, caminé lo más rápido que me resultó posible, dadas las circunstancias. A lo lejos se adivinaba el reflejo de lo que supuse sería una población. No logré calcular a qué distancia me encontraría, así que, con la única certeza de que hacia allí me encaminaría, marché por un largo tiempo que se me hizo infinito, con el consuelo de saber que, con cada paso que daba, me alejaba del lugar designado para mi sacrificio y me acercaba a mi salvación.

XXVIII

Había leído en algún libro que en el camino de la vida se descubren tres tipos de personas. Los que avanzan en busca de una meta, de un objetivo; los que no saben adónde quieren ir y se dejan llevar por la inercia, por la moda o por lo que hace la mayoría. Y, por último, están los que avanzan en una dirección porque, simplemente, huyen de la contraria. Los primeros eran los caminantes; los segundos, los zombis y los turistas; los terceros, los náufragos. Pues tenían razón: yo era una náufraga que vagaba sin rumbo con el único deseo de alejarme del lugar previsto para que mi corazón hubiera sido extraído con vida y mis vísceras devoradas. El miedo es más poderoso aún que el deseo; el terror me empujó más allá del cansancio. Sólo cuando alcancé las primeras casas comencé a sentirme mal. Al leer el cartel de TRIGUEROS a la entrada del pueblo me derrumbé, demolida y destrozada. Un agudo dolor atormentaba mis pies, mi cuerpo y mi alma. Acababa de conocer cuál era el dolmen del que huía. El dolmen de Soto, un coloso digno de figurar entre los mayores del sur de Europa, sólo comparable con los de Antequera, Valencina, Alcalar y Évora, todos testigos ya de crímenes y aquelarres.

No logro recordar cuánto tiempo estuve tumbada, derramada como un ovillo de lana deshecho y patética como una muñeca abandonada en un vertedero. Reuní fuerzas para incorporarme y me adentré en el pueblo. Las calles, a esas horas de la madrugada, se encontraban por completo desiertas. No tenía teléfono para llamar a nadie, Maqueda y compañía estarían locos rastreando la geolocalización de mi móvil robado. Lo tenían todo pensado. Dos jóvenes, con las camisas por fuera y con los brazos echados por el hombro, se acercaron a mí cantando. En cualquier otra circunstancia, cruzarme con borrachos, sola y a esa hora, me hubiera espantado, pero, sin embargo, esa noche sentí un vivo deseo de abrazarlos, tal era mi alegría al encontrarme un ser vivo.

—¡Ho... la, guapa! ¿Quieres tomar una copa...?

—¡Gracias, ahora no puedo! ¿Sabéis qué hora es?

—Una ho... ra estupenda para comenzar la fiesta...

—¿Y qué hora es esta tan buena —insistí— para irnos de fiesta?

—Son las cuatro de la mañana —respondió el que parecía más sobrio—. Pero tú sí que vienes de una fiesta loca...

Me miró divertido y obsceno de arriba abajo y comprendí que mi aspecto debería ser, sencillamente, deplorable. La ropa sucia y deshecha, el pelo revuelto, la viva imagen de la resaca del desenfreno o... del horror.

—No vengo de fiesta. Estoy muy cansada y necesito ir a la policía o a la Guardia Civil.

—¿La Guardia Civil? Ojú, qué yuyu....

—Vamos a dejarnos de tonterías —le enmendó el otro—, que esta niña puede estar en problemas. Quizás le hayan robado, o la hayan intentado violar, o...

—Sería muy largo de explicar. Decidme, por favor, dónde está el cuartel de la Guardia Civil.

—Síguenos, que te llevamos.

El agente que me atendió, amable y algo simple, me ofreció agua mientras me pedía que le repitiera de nuevo la historia.

—Cuénteme otra vez lo que le ha ocurrido, por favor. Y más despacio, que no me he enterado de nada. ¿Que un gran druida la iba a sacrificar en el dolmen de Soto?

—Parece un disparate, pero es la realidad. No estoy borracha como los chavales que me han traído hasta aquí.

—Yo no digo que esté borracha, simplemente digo que no me entero bien. Y antes de escribir la denuncia tendré que enterarme, digo yo, ¿no?

—Pues sí.... ¿Me deja hacer una llamada, por favor?

—No sé si debo...

—Es urgente. A un inspector de la Policía Nacional, el responsable en Andalucía de los crímenes en los dólmenes.

—¿Que lo de esta noche tiene que ver con los crímenes de los dólmenes? ¿Y por qué no me lo había dicho?

—No he hecho otra cosa desde que estoy aquí —respondí resignada—. Bueno, ¿me deja usar el teléfono?

—Utilice el fijo, por favor.

No recordaba el número de móvil de Maqueda. Lo tenía grabado y nunca lo memoricé. Llamé a la centralita de la policía en Sevilla, y tras varios intentos y súplicas, logré por fin que me pasaran con el inspector. A punto estuve de romper a llorar cuando escuché su voz. Sólo entonces me sentí segura.

—¡Artafi! ¿Dónde estás?

—En la Casa Cuartel de la Guardia Civil de Trigueros...

—¿En Huelva? ¿Qué haces allí? ¿Estás bien? Llevábamos buscándote toda la noche en los alrededores de Carmona, perdimos allí la geolocalización de tu móvil, estábamos muy preocupados...

Le narré sucintamente lo acontecido. El Guardia Civil escuchaba atento, asintiendo los episodios que ya conocía.

—No te muevas de ahí. Vamos a por ti. Habrá que reconocer contigo el lugar de los hechos. Coméntaselo al guardia. Quizás deba también avisar a sus

superiores. Antes de tres cuartos de hora estaremos allí.

Dormité en un sillón y así acorté la espera. La denuncia ante la Guardia Civil ya estaba presentada y el sargento avisado. Nos acompañaría hasta el dolmen. Querían comprobar todo lo acontecido y esperaban encontrar pruebas. Me negué a que me reconociera un médico. Lo primero sería regresar al dolmen con Maqueda. Alguien avisó también a la Policía Municipal, pues ellos fueron los que inspeccionaron la zona y me salvaron, inconscientemente, la vida. Vendrían también con el resto de la comitiva. Las fuerzas armadas en pleno nos desplazaríamos hasta el megalito.

Maqueda llegó acompañado por un policía al que no conocía de nada. Me lo presentó, pero no logré quedarme con el nombre. Volví a explicarle todo lo acontecido, hasta el mínimo detalle que pudiera recordar.

—O sea, que no te mataron porque, por alguna causa para tus raptos desconocida, el sexto asesinato ritual no se produjo.

—Esa es mi conclusión. Yo, por algún motivo litúrgico, debía ser la séptima y última víctima. Al no consumarse el sacrificio anterior, decidieron aplazar el mío. Entonces fue cuando se asustaron por las luces del vehículo de la Policía Municipal y se largaron.

—¡Vamos para el dolmen!

Pasadas las seis de la mañana salimos los tres vehículos hacia el dolmen de Soto. Si algún cazador mañanero o algún labrador madrugador nos vio pasar, con el festival de luces activado, a buen seguro que se llevaría un gran susto ante aquel despliegue escandaloso, inédito por aquellos lares. Yo acompañaba a Maqueda, que avanzaba en sus propias conclusiones.

—Cisneros, el principal sospechoso, sigue en paradero desconocido. Sabíamos de su relación con Gutiérrez, al que utilizó para engañarte y conducirte hasta él. Tenemos que averiguar quiénes son sus cómplices, tres personas más al menos, los dos que os acompañaron en el coche y el que siguió para Carmona. Te has librado de milagro, nunca debiste salir sin avisarnos.

—Lo sé. No me riñas, por favor, no tengo fuerzas para soportar reprimendas. Entendí que era lo mejor.

—Ya hablaremos... ¿Me puedes contar algo del dolmen de Soto? Es para situarme, no lo conocía.

—Es uno de los más grandes y de los mejor conservados. Creo recordar que su corredor tiene una longitud de más de veinte metros.

—Toda una catedral... Veo que te lo conoces bien...

—Desde que esta pesadilla comenzó no he hecho otra cosa que leer, visitar y hablar de dólmenes. Me considero una experta mundial... entre otras cosas

porque mi vida me va en ello.

—He llamado a la central para que visiten todos los grandes megalitos. Debemos averiguar dónde pensaban perpetrar el sexto sacrificio y por qué no llegó a celebrarse.

—Ya llegamos, ahí es.

Estaba a punto de amanecer. Decidimos esperar junto a los coches a que las primeras luces del día iluminaran el escenario. Uno de los policías municipales se acercó hasta mí con la gorra en sus manos.

—Quiero pedirle disculpas. Llegamos hasta aquí, iluminamos desde fuera y, al no ver nada extraño, pensamos que estaba todo en orden y decidimos regresar.

—No os preocupéis, me salvasteis la vida. Os quedo agradecida...

—Pero iluminamos a conciencia el cercado y no te vimos.

—El túmulo me ocultaba.

—Si hubiéramos tenido llave hubiéramos entrado.

—No os preocupéis, no merece la pena. Estoy viva gracias a vosotros y eso es lo importante.

Aparentemente consolado, el policía municipal regresó a su coche. Maqueda no pudo evitar el sarcasmo.

—A los pobres les va a caer una bronca tremenda. La verdad es que torpearon tela marinera...

—Déjalos, gracias a Dios que vinieron.

—Sí, eso sí... Pero porque nosotros activamos el dispositivo...

Los primeros rayos del alba perfilaron el túmulo frente a nosotros.

—Pues sí que es grande...

—Es enorme, creo recordar que tiene un diámetro de más de setenta metros, cubierto con chinos blancos. El dolmen sería el señor del territorio, visible desde bien lejos.

—Todo esto es de una belleza espectacular... Algo tan hermoso como terrorífico.

—Sí, no lo sabes tú bien. Donde la magia aún se encuentra con la humanidad...

—Vamos, no debemos desvariar. La Guardia Civil comienza a inspeccionar la cerca.

Todavía no era de día por completo cuando localizamos el agujero cortado en la cerca. Al acercarme, me pareció advertir como un bulto en la zona donde debía estar la puerta del dolmen.

—¡Mirad! ¡Allí hay algo!

Maqueda fue el primero en entrar. Yo le seguí, con la sensación de adentrarme de nuevo en la pesadilla. Los agentes, ansiosos, ignoraban por completo lo que

nos íbamos a encontrar. Yo lo intuí desde el mismo instante en que advertí aquel volumen extraño: nos aguardaba un nuevo muerto descuartizado con las cuencas de sus ojos repletas de noche. Aunque esperaba aterrada encontrarlo, jamás pude imaginar a quién pertenecía el cuerpo que hallaríamos. Grité como una posesa al descubrirlo. Se trataba del viejo profesor. Cisneros yacía a nuestros pies, sacrificado sin sentido a unos sangrientos dioses megalíticos. Dos vasos campaniformes mostraban restos sanguinolentos y parcialmente devorados en su interior.

—¡No! ¡Cisneros no!

Maqueda me sostuvo entre sus brazos.

—¡Era inocente! —exclamé con sorpresa dolorida—. ¡Hemos sospechado todo el tiempo de una víctima! Lo obligarían a escribir la nota y...

—Todavía no podemos estar seguros de nada. Primero, observemos los hechos. La sangre fría de los asesinos ha sido asombrosa —terció Maqueda—. Regresaron una vez que tú te hubieses ido y lo asesinaron. No, lo sacrificaron según un ritual, tuvieron que tomarse un tiempo para ello. O son unos locos suicidas, o estamos ante los osados más inteligentes que vieron los siglos.

Me senté en el suelo. En ese altar primitivo debería encontrarse mi cuerpo descuartizado en ese momento. La suerte, la fortuna, me habían salvado a mí; el capricho ciego del azar terminó condenando a mi viejo profesor. Los remordimientos me angustiaron. Había llegado a sospechar de él, incluso me pareció reconocer sus andares cansados cuando el grupo de mis secuestradores huyeron asustados por las luces de aquellos policías confiados. Lo consideré verdugo, cuando era víctima; creí que me asesinaría, cuando su muerte evitó la mía.

—¿Qué crees que puede haber ocurrido, Artafi?

Maqueda acababa de poner en marcha el proceso de jueces y policías que levantarían el cadáver tras el reconocimiento de las pruebas. Pero nadie podría devolverle la vida a Cisneros ni paliar el terror que hubo de experimentar ante el suplicio.

—No lo sé. Los asesinos huyeron y yo logré escapar. Regresaron al comprobar que el peligro había pasado. Mataron a Cisneros y se largaron. Y ahora estamos aquí, frente a su cadáver, tan absurdos y confundidos como el primer día.

—No. Ya sabemos que Alfredo Gutiérrez es uno de los asesinos. Eso sí, aunque tampoco podemos excluir que alguno de los asesinados también hubiera sido previamente un asesino. Algo así como una tómbola macabra entre los propios asesinos, una ruleta rusa entre los iniciados o pertenecientes a un club, que matan y también mueren. No debemos excluir ninguna de las hipótesis, incluso la de una lucha entre posibles facciones rivales.

—Esa sería una posibilidad...

—Artafi, otra posibilidad que estudiarán mis compañeros es la de tu responsabilidad.

—¿Qué? ¿Todavía estás con esas?

—Ya sabes que estoy convencido de tu inocencia. Pero debes demostrarla. Al fin y al cabo, tú pudiste matarlo y entregarte después como coartada.

—Ufff... no llevo su sangre encima. Además, supongo, se podrá comprobar, por el tiempo que lleva muerto, que yo ya me encontraba en Trigueros, qué sé yo...

—No te preocupes, ya estamos en eso. En seguida quedarás libre de sospecha.

—Es angustiante. A punto de resultar asesinada y aún se me considera sospechosa. Ya tenemos seis muertos. Según la cadencia ancestral, sólo restaría un asesinato ritual. El mío. Mi corazón será devorado y mis vísceras arrojadas sobre el último vaso campaniforme. Desde el siete hasta el uno, yo.

—Eso no pasará.

—Creíais que Cisneros era el asesino y ahora yace en el suelo, descuartizado...

—Es cierto, llegamos a sospechar de él. Quizás aún estemos en lo cierto y sea, también, uno de los asesinos, no debemos anticipar conclusiones. Reunía todos los requisitos para ser considerado como el gran sacerdote.

—Druidas, le dicen ellos... Pero —y una idea tomó forma en mi cabeza— en efecto, no saquemos aún conclusiones. A lo mejor Cisneros ha sido un candidato fallido.

—¿Un candidato fallido?

Me arrepentí de haber exteriorizado mi sospecha, una idea tan extraña como posible.

—Nada, nada, perdona, cosas de los nervios.

Aún permanecemos un buen rato en el dolmen de Soto. Me ofrecieron descansar en el centro de interpretación anejo, pero preferí permanecer frente al gran dolmen. Sabía que sus ortostatos estaban pintados y esculpidos componiendo figuras de guerreros que custodiarían el lugar. Quizás fueran ellos los que me salvaron. Aparté mi vista del megalito. El cuerpo de Cisneros, el hombre al que más le debía, se encontraba envuelto en una manta. La jueza terminaba sus trámites y el cadáver no tardaría en ser levantado. Y pese al terror allí vivido, no pude dejar de admirar la belleza del lugar y el gran poder que emanaba. El dolmen me reclama, me sabe suya. Parece exigirme algo.

El dolmen de Soto supuso otra de las grandes sorpresas que el sur de España proporcionó al megalitismo europeo. Fue descubierto por Armando de Soto en 1923 y en su interior se encontraron ocho individuos enterrados, así como los restos de un niño, colocados bajo misteriosas inscripciones y dibujos grabados

en los ortostatos y estelas. Fue levantado en el III milenio antes de Cristo y está construido con piedras ya utilizadas en un megalito aún más antiguo, un antiquísimo campo de menhires.

—Nos iremos pronto —se acercó Maqueda—. Tu coartada es perfecta, estabas llegando a este cuartel cuando se produjo el asesinato, según la primera opinión forense.

—Un poco de cordura, gracias a Dios.

—Hasta ahora hemos conseguido que la prensa no se entere.

—Un milagro.

—Esperemos que no salte. No nos convendría a nadie, sobre todo a ti. Te vas a convertir en una celebridad.

—Sí, en la maldita Dama de los Dólmenes. Como para echarme novio, vamos.

Agotada la ronda de inspecciones y tras varios interrogatorios tocaba retirarnos. Musité una oración a los dioses de la naturaleza reverenciados en aquel templo sagrado, antes de despedirme de los guardias civiles y de los policías locales. Maqueda me acercaría en su coche hasta Sevilla.

—Artafi —se dirigió a mí con voz suplicante una vez que rodábamos sobre la autovía—, ya sabes que defiendo a capa y espada tu inocencia, pero creo que conoces mucho más de lo que dices. Has descubierto cosas por tu cuenta que no nos has comentado. Van seis muertos y una desaparecida, no estamos para bromas ni para juegos.

—¿Juegos? ¿Otra vez? ¿Me hablas de juegos a mí, que a punto he estado de ser sacrificada y devorada? ¿Bromas? ¿De bromas me hablas?

—¿Cuál es tu historia? —Maqueda ignoró mis airadas quejas—. ¿Qué guardas dentro de ti que atrae a estos locos?

—No lo sé..., no lo sé.

—Tengo un fino instinto, Artafi. En la policía se aprende mucho de la naturaleza humana. Y presiento que tú has cambiado. Ahora parece comprenderlos, justificarlos, de alguna manera. Algo importante has descubierto que te permite entender sus reglas del juego y sus porqués. De alguna manera has conseguido adentrarte en su mentalidad.

—Sólo sé que soy la número siete. Y que no quiero morir.

Cuando descendíamos por la cuesta del Aljarafe, observé la ciudad de Sevilla a nuestros pies. La ciudad de los dólmenes, aunque ella misma no lo supiera. Y su menhir más esbelto y hermoso, la Giralda, apuntaba al cielo desde su corazón más profundo, en el que latía, oculta, la memoria del megalito pretérito.

—Artafi —Maqueda se giró hacia mí tras colgar una llamada que acababa de recibir—, ya sabemos dónde pensaban celebrar el ritual número seis, el que debía preceder al tuyo.

—¿Dónde?

—En el Dolmen de Alberite, en Villamartín. Ha aparecido la cerca cortada y unas huellas delatan al menos a un intruso. La Guardia Civil, movilizada por nuestro dispositivo de seguridad, hizo una ronda por la noche. Sin duda alarmaron a los criminales, que desistieron de su intento.

—Y eso me salvó a mí, destinada a culminar el séptimo y definitivo ritual. Al fallar el sexto, previsto en Alberite, el mío se canceló...

—Así es.

—Perdón. No se canceló..., sólo se pospuso. El número siete aún me aguarda.

Desde el fijo de mi casa llamé a Marta; necesitaba pedirle un favor, sabía que no me fallaría. Le rogué que se acercase hasta una cafetería cercana para encontrarse conmigo. Ella me ayudaría a llegar discretamente hasta Jane a través de Quim Houdín. Y yo no debía telefonarlo directamente. En el siglo digital, sólo la voz en vivo conseguiría sortear al Gran Hermano que todo lo escucha. Nada de teléfonos, móviles, ordenadores ni tabletas. Sólo el boca-oreja del neolítico nos haría inmunes a las escuchas policiales del XXI. Al final, la Inteligencia Artificial resultaba bastante más tonta de lo que nos podíamos figurar. Me alegré de no tener mi *smartphone* conmigo. Maqueda ya me dijo que apareció depositado en la papelera de una calle de Carmona. Al día siguiente me lo entregarían, una vez rastreadas unas posibles huellas dactilares que no lograrían encontrar.

—Marta —apenas si la saludé a su llegada a la cafetería—, necesito que quedes en persona con tu amigo John Boyle. Cuando lo veas, le dices que preciso verme con Quim mañana. Podemos quedar en el bar del Arenal donde nos conocimos, a esta misma hora. Si no llega, lo esperaré al día siguiente, a la misma.

—Pero, ¿a qué viene tanto follón? Lo llamas, lo citas y ya está.

—Marta, es complicado de explicar. Me temo que todas mis comunicaciones están intervenidas. Quién sabe si también las tuyas. Por eso, todo esto solo podemos hablarlo cara a cara, sin que nuestras palabras dejen rastro digital.

—Bueno, hija, tú sabrás. Por lo que veo, el asunto de los dólmenes está mucho más tranquilo, ¿no? Desde aquella muerte en los dólmenes de ese pueblo de Granada...

—Gorafe, el pueblo se llama Gorafe.

—Eso, Gorafe. Desde entonces no ha pasado nada, ¿verdad?

—Digamos que nada grave.

—Pues te noto cambiada. Miras con mayor intensidad, irradas energía. Te noto más segura.

—Otra que se empeña en decirme que he cambiado. Sigo siendo la misma —le

mentí— pero con más susto en el cuerpo.

—Tras los asesinatos de Valencina te encontré asustada. Ahora quien me asusto soy yo cuando me miras.

—Estás de broma, ¿verdad?

—No, no lo estoy.

—Venga, no digas tonterías y hazme el favor que te pido. Ya quedaremos pronto para tomarnos una cervecita, creo que me lo merezco.

Regresé a casa y me dispuse a acostarme. Estaba agotada, después de la noche en el dolmen de Soto. Y a pesar del dictamen de «todo perfecto», tras el somero reconocimiento médico al que me sometieron, las muñecas me escocían en la zona de atadura. Como era mi costumbre, miré internet antes de acostarme. La noticia acababa de saltar y el asesinato de Cisneros acaparaba los titulares tanto de la prensa local como de la nacional. El escándalo se unía al morbo de la sangre y al misterio de los dólmenes. Los ingredientes para la novela negra estaban servidos y los periodistas caerían como lobos sobre cualquiera que tuviera la mínima relación con el asunto.

—¡Artafi! —era la voz de Marta a través del teléfono—. ¡Que lo acabo de leer en prensa! Que me dijiste que no había ocurrido nada nuevo y han asesinado a Cisneros, el profesor que siempre te ayudó...

—Marta, no quise asustarte y...

—¡Que eres tú la que me asustas a mí! ¿Cómo puedes estar tan tranquila después de ese asesinato espantoso?

—No estoy tranquila, Marta. Estoy destrozada, vacía por dentro. Tanto horror me insensibiliza, es un mecanismo de defensa para no enloquecer, ¿comprendes? Y no querría hablar más por teléfono, estoy agotada.

—Pobrecita —el tono maternal de Marta trató de consolarme—. Te comprendo, disculpa mi bronca, me he puesto muy nerviosa al leerlo. No te preocupes por nada, descansa.

Le agradecí que no hiciera ninguna referencia al encargo que le acababa de hacer durante nuestro encuentro en la cafetería. Sin duda, se hacía cargo de la situación. Cumpliría su misión.

A la hora convenida, Quim entró en el bar. Yo me encontraba sentada en una mesita de la esquina, con una cerveza bien fría entre mis manos. Nuestras miradas se cruzaron y de nuevo sentí ese cosquilleo en las tripas que ya conocía de ocasiones anteriores. Ese mago me gustaba, sin remedio ni remisión.

—Hola, Artafi —me saludó con los dos besos de rigor y un afectuoso apretón sobre mi hombro—. Has hecho muy bien adoptando todas esas precauciones. Has dejado el móvil en casa, ¿verdad?

—Por supuesto. He salido por la cochera de atrás y he venido en bicicleta, callejeando por las calles del centro. No me han podido seguir. Necesito ver a Jane.

—Eso no es fácil. Sabes que tiene que protegerse.

—Tengo información que le puede interesar.

—¿Sobre qué?

—Sobre su padre. Probablemente, sobre su abuelo.

—Me lo puedes contar a mí y yo se lo traslado.

—No, prefiero hacerlo cara a cara.

Quim miró a un lado y otro. No encontró nada sospechoso. Yo tampoco. Pero no debíamos confiarnos.

—Está bien. Yo saldré ahora. En quince minutos exactos, espérame junto a la escultura de Curro Romero, en la Plaza de Toros. Procura dar una vuelta antes para despistar a posibles perseguidores. Pasaré con una moto por allí. Te montas y nos vamos. Llevo casco para ti.

—¿Adónde iremos?

—Cerca, no te preocupes.

Y, cuando se incorporaba, me miró para decirme lo último que yo podía esperar.

—Artafi, estás muy guapa.

—¿Guapa? —y nerviosa, me justifiqué al uso—. Si apenas me he arreglado.

—Pues tienes el bonito subido hoy.

—Anda, tonto, eso será que me miras con buenos ojos.

—Pues eso será. Nos vemos en quince minutos.

Me quedé encantada por el piropo, por un lado, pero irritada conmigo misma, por otro, por los topicazos de mis respuestas. Toda mi vida tratando de reforzar mi singularidad, de conseguir ser distinta a la mujer tipo de mi entorno, para, fatalmente, terminar poniéndome nerviosa ante el halago más elemental, respondiendo exactamente igual que la colegiala más ñoña. Lamentable, sencillamente lamentable.

XXIX

Me monté en la moto de Quim mientras me colocaba el casco. Llegó con su añosa Bultaco a la hora exacta y salimos como una exhalación. El peculiar ruido del motor, como hondos suspiros graves, nos envolvió con su rugido de león viejo. Atrás quedó la escultura del maestro Curro Romero, por el que siempre sentí una honda admiración. Apenas si había asistido a diez o doce corridas de toros en mi vida, pero las valoraba y respetaba, toda una muestra del ancestral culto al toro del Mediterráneo. Según Platón, los atlantes ya veneraban al toro y aclamaban como héroes a los príncipes que lograban dominarlo. Y si la Atlántida existía, tenía que encontrarse bien cerca, un poco más allá de las Columnas de Hércules —hoy Estrecho de Gibraltar— como pontificó el filósofo griego. Pero, agarrada a Quim mientras aceleraba, no estaba en esos momentos como para argumentar en defensa de la fiesta de los toros ni de los atlantes. Era mi propia vida la que estaba en lidia y ya había sufrido el castigo de banderillas.

Cruzamos el puente del Cristo de la Expiración en busca de la salida para Huelva. La cornisa del Aljarafe se alzaba a nuestro frente. Aprecié el Cerro del Carambolo, donde apareciera el fabuloso tesoro tartésico, bien cercano a la necrópolis megalítica de Valencina de la Concepción. Puede que la mítica Tartessos se encontrara bien cerca, bajo Valencina, bajo Itálica o bajo la propia Sevilla, quién sabía. Para mi sorpresa, tomamos la carretera que ascendía hacia Valencina. Enseguida dejamos a la derecha el gran descampado donde se alzaba el dolmen de la Pastora y nos adentramos en las urbanizaciones del pueblo. Quim detuvo su moto frente a una casa adosada, idéntica a la treintena que componían la urbanización. Si deseaban pasar desapercibidos, era el lugar ideal. Abrió con su llave y me invitó a entrar.

—¿Sorprendida, verdad?

—Muy sorprendida. Sería el último lugar en el que se me ocurriría buscar a Jane.

—Por eso está aquí. Ven, pasa, ponte cómoda.

Apenas acababa de tomar asiento cuando escuché los pasos de una mujer que bajaba las escaleras. Se trataba de Jane.

—Bienvenida a casa —me besó con afecto aparente—. Te esperaba, sabía que no tardarías mucho en buscarme.

—Pensé que no me resultaría tan fácil ni rápido encontrarte.

—Los acontecimientos se precipitan y debía estar cerca. ¿Quieres un té? Lo tenemos verde, rojo, negro.

—No, gracias, prefiero café, si es posible.

—¿Café? Me temo que no tenemos, lo siento. ¿Otra cosa?

—Agua, no te preocupes.

—Jane, Artafi —Quim se excusó de cualquier manera para dejarnos a solas— os ruego que me disculpéis, voy a salir quince minutos, tengo algo que recoger en el pueblo.

Mientras Jane calentaba el agua para la infusión, observé el salón, escuetamente amueblado y apenas decorado. Aquí vive un hombre solo, pensé. Un cartel de Houdini, imbuido en unas grandes calzonas y completamente aherrojado por grandes cadenas, retaba lo imposible. No me fue difícil adivinar a quién pertenecía aquella vivienda: Jane se escondía en casa de Quim.

—Le pedí a Quim que saliera un rato. Estaremos más cómodas.

—Jane, ¿sabes quién ha asesinado a Cisneros?

—Me temo que esa no es la pregunta adecuada. El quién siempre viene precedido de un porqué. Y ese porqué ya te lo conté en Montefrío. Por poder. Cisneros jugó a conseguirlo y perdió.

—Y, entonces, ¿quién ganó? ¿Quién lo mató?

—Pues su rival, su contendiente, que se ha mostrado aún más inteligente y cruel.

—¿Quién?

—Pues tu padre. Ya lo sabías, ¿verdad?

—Lo pensé, pero me negué a creerlo. En teoría era yo la que debía morir.

—Estarías muerta, con el corazón arrancado y devorado, no lo dudes, si el sexto ritual se hubiera consumado. Al fracasar, no tenía sentido tu sacrificio. Debes morir en séptimo lugar para traspasar el poder.

—¿Cómo sabes todo eso?

—¿Lo del sexto fallido? ¿Lo de Alberite? Está en toda la prensa, hija. Y cuando te digo toda la prensa no me refiero tan sólo a la española. La francesa, sin ir más lejos, otorga un gran protagonismo al caso. Piden más seguridad en los megalitos y reabrir los casos de algunos asesinatos no resueltos... como bien pudiera ser el de mi padre.

—¿Tu padre?

—Apareció una mañana muerto junto a un megalito de Carnac, el centro de nuestra Orden, hará unos tres meses. Tenía una fuerte contusión en la cabeza, que pudo haberse producido al caer o como consecuencia de un golpe criminal. La noche anterior habíamos cenado juntos en un hotel de Rennes. Llevábamos tiempo sin tratarnos y me citó esa noche allí, para charlar conmigo. Fruto de esa conversación, tú apareciste en mi vida. Abandoné mi trabajo, la vida que con mucho esfuerzo había logrado levantar alejada de la Orden dolménica para

cumplir la misión que mi padre me encomendó.

—¿Cómo que yo aparecí en vuestra conversación? —la interrumpí—. ¿Cómo es posible que tu padre me conociera?

—Estuviste muy presente en ella. Como ya sabes, mi abuelo y mi padre fueron Grandes Druidas de la Orden. Su misión, además de profundizar en el conocimiento de las energías de la naturaleza, fue localizar las escasas sagas de druidas y magos que tras los estragos de los siglos habían permanecido en Europa. La que más les llamó la atención fue la de tu familia. Según mi abuelo, el megalitismo nació en el sur de España y desde aquí se extendió por toda Europa. Tu familia de mujeres sabias llevaba vinculada a ellos desde entonces. Y, además, el vivir en pueblos de la región... digamos más singular y apartada, les había permitido mantener algunas de las nociones más puras, menos contaminadas de la antigüedad.

La región... digamos más singular y apartada... que venía a equivaler a la más pobre y atrasada de Europa occidental. ¿Cómo verían unos parisinos cultos y ricos a unas mujeres andaluzas criadas en sierras perdidas de Andalucía? ¿Como a unas semiárabes de las de Washington Irving? ¿Como reducto salvaje y atávico del último folklorismo exótico? Yo, que me consideraba heredera de atlantes y tartesios, no me iba a sentir humillada, ni mi orgullo se resentiría, por la opinión condescendiente de aquellos burgueses europeos.

—Mi padre, la noche antes de morir —y sus palabras transmitieron una honda emoción— me dijo que siempre había respetado mi decisión de vivir apartada de su mundo.

—¿Cómo? ¿Que tú te habías apartado de la Orden?

—Sí, quise dejar el mundo de la magia y de los ritos megalíticos. Traté de construir una vida de una chica parisina del XXI. Nunca lo conseguí del todo.

—Como mi madre...

—Sí, como tu madre, conocemos su historia.

Iba a preguntarle cómo demonios conocían la intrahistoria de mi familia mejor que yo misma cuando con un gesto me indicó que no la interrumpiera.

—Como te decía, nunca terminé de ser una mujer, digamos, normal. El espíritu del dolmen habitaba en mí y su llamada era cada día más sonora. Era consciente del daño que había infligido a mi padre y le agradecía el respeto que siempre mantuvo hacia mis decisiones. Por eso, la noche que me citó en Rennes, acudí a sabiendas de que ese encuentro cambiaría para siempre mi vida. Así ocurrió.

Se detuvo para apurar su taza de té. Sus ojos, ligeramente humedecidos, humanizaban su gesto siempre tenso y frío.

—La Orden estaba en peligro, me dijo. Él sabía que moriría pronto y que la sucesión para Gran Druida no estaba resuelta. Al perderse la línea de sangre y

conocimiento tras mi renuncia, el nuevo Gran Druida tendría que merecerse el puesto. Y, dentro de..., digamos la organización, la legitimidad no se otorga, sino que se gana. El Gran Druida sería aquel que lograra incorporar la sangre legitimada. Y esa, o se lleva dentro, como en el caso de mi padre, o se consigue de alguien que la lleve en sus venas.

—Pero —la interrumpí al no comprender bien lo que me decía—, ¿cómo?

—Muy fácil. Mediante el sacrificio ritual de la víctima propiciatoria, que debe ser de estirpe legitimada. Para que sea válido, el sacrificio debe celebrarse en séptimo lugar y todas las eucaristías deben reunir dos características: celebrarse en un lugar sagrado, o sea, en un templo megalítico, y que todos los sacrificados hayan sido señalados, de alguna manera, por la víctima propiciatoria...

—No, no puede ser... —exclamé aterrada al ver confirmadas nuestras sospechas más dolorosas—. Yo era la víctima propiciatoria, yo señalé a las víctimas...

—No te culpes ni sufras remordimientos. Tú nada sabías, pero, desde hace tiempo, te encontrabas en el ojo del huracán. Por eso mi padre me habló de tu abuela y de ti. Me dijo que erais la saga más pura de Europa, la de mayor legitimidad. La lucha por el poder de la Orden tendría lugar en Andalucía. Me contó que Cisneros era el principal aspirante a Gran Druida y que, durante muchos años, había cuidado de vuestra saga.

Durante muchos años Cisneros cuidó de mí, me ayudó, me encontró empleo, ganó mi confianza... sólo con vistas a controlarme mejor para cuando llegara el momento de mi sacrificio. No, no podía ser. Me pareció tan horroroso, tan inhumano, que mi organismo entero se negó a aceptar esa posibilidad. Y recordé el cuento de la bruja que encerraba a niños en una jaula y los cebaba, para comérselos cuando se ponían gorditos y tiernos. Uno de ellos le mostraba la pata de una gallina para que creyera que no engordaba. Aquello le salvó. Aquel cuento infantil, que me aterrorizó en mi infancia, se mostraba en mi realidad como el golpe de un huracán despiadado. Y más ahora, que sabía que quizás mi propia abuela fuera una de esas brujas que engordaba a los niños para devorarlos...

—Comprendo que te aturdas, Artafi. Ahora, comenzarás a comprender muchas cosas, las piezas te irán encajando.

—Pero, ¿cómo descubrió Cisneros lo de mi abuela? Si ni yo misma lo sabía...

—Tu padre quiso hacer méritos para entrar en la Orden y se lo contó. Cisneros comprendió de inmediato la magnitud de esa información.

—Mi padre...

—Creemos que en su competición tu padre y Cisneros fueron los autores de los crímenes, cada uno por su cuenta, pero bajo la misma lógica. Tú señalabas y el

que de ellos se enteraba, mataba cuando podía.

—¿Cómo se enteraban de mis conversaciones?

—Artafi, por Dios, despierta, eso es lo más obvio.

—¿Tecnología? ¿Escuchas?

—La tecnología no es el reino de la Orden. Ahí siempre sería derrotada por la policía. Ellos prefieren el susurro, el comentario y la indiscreción.

—¿Confidentes?

—Estabas rodeada de ellos. Alfredo Gutiérrez, Cisneros, tu madre, que todo lo contaba a tu padre... Así, alguna de las dos facciones siempre lograba conocer tus pasos.

—¿Cómo no fui capaz de ver eso? Si siempre lo tuve delante de mis narices...

—Cuestión de perspectiva, querida. Lo obvio, por cercano, siempre es más difícil de descubrir. El caso es que tu padre ha vencido en la lucha sin cuartel que libraba con su antiguo amigo Cisneros; lo ha matado y devorado. Le ha ganado la partida, está casi legitimado para ostentar el poder de la Orden. Sólo le falta una cosa. Tu sangre.

—Mi sangre... mi padre... No, no puede ser.

—Desde siempre fue así. La sangre propia es la que más duele y, por tanto, la que mayor poder otorga.

—Dime, ¿a quién iban a matar en el sexto ritual fallido, el de Alberite?

—No lo sé. Es probable que tu padre engañara a Cisneros a través de algún miembro de la Orden que arriesgara en un doble juego. Le harían creer que esa misma noche matarían a alguien en Alberite y Cisneros pensó que sería una gran jugada devorarte a ti a continuación. Cayó en la trampa, se creyó sacerdote y fue víctima.

—¿De verdad que tú crees a mi padre capaz de asesinarme?

—He visto cosas aún más espantosas. Ese fue uno de los motivos de mi alejamiento. La filosofía de la Orden es muy primitiva, y por primitiva, tan hermosa y sabia como cruel y sanguinaria. Si en el neolítico se practicaba el canibalismo ritual, en el XXI sus herederos siguen haciéndolo. Así de simple y, visto desde fuera, así de terrible. La naturaleza es luminosa y es cruel, al tiempo.

—Es horroroso.

—Pues no creas que ese horror es tan sólo patrimonio del pasado. El canibalismo es un tema tabú para la especie humana. Sólo se practica en tres circunstancias. Cuando se trata de estricta necesidad, como en el caso de los supervivientes del avión que se estrelló en los Andes, hace tan sólo unas décadas. Se comieron los unos a los otros para sobrevivir. En segundo lugar, está el que practican los psicópatas; todos los años nos aterramos con casos de locos que devoran a sus víctimas.

—¿Y el tercer supuesto?

—El tercer supuesto es el del canibalismo ritual, el más habitual desde la antigüedad. Se devora a otra persona para incorporar su fuerza, su poder. Para compartir las esencias, para unirse con sus atributos.

—Qué tontería...

—No es ninguna tontería. Es algo muy profundo, hondamente anclado en lo más íntimo de la esencia humana. Todas las civilizaciones hicieron sacrificios de animales a sus dioses, algunas, también de hombres. Y fíjate. Cuanto más costara el sacrificio, más valor tenía. Yahvé, en el Antiguo Testamento, quiso poner a prueba a Abraham al pedirle que sacrificara a Jacob, su hijo más amado.

—Joé, lo había pensado, pero...

—El presente siempre es herencia del pasado. Arrastramos sus ritos sin que, en la mayoría de las ocasiones, seamos capaces de advertirlo. ¿Eres católica?

—Sí..., ¿por qué lo preguntas?

—Porque el cristianismo tomó de las religiones antiguas muchos de sus valores. Así, Dios envía a su propio hijo a la Tierra, para que lo sacrifiquen los hombres y así poder redimirlos.

—Es cierto —respondí con asombro—, es la misma secuencia. Un sacrificio para obtener un bien general. Un sacrificio del propio hijo...

—Y no sólo eso, Artafi. Mira lo que ocurre en cualquiera de las miles de misas que se celebran cada día en el mundo católico.

—¿Qué ocurre?

—¿Qué es la comunión? ¿Qué hacen los fieles en ella?

—Pues toman la Sagrada Forma, una encarnación del cuerpo y sangre de Cristo.

—Exacto. Se come el cuerpo y la sangre de Jesús, el hijo sacrificado. El canibalismo sagrado que lleva practicándose desde la más remota antigüedad.

Aquellas palabras me impresionaron vivamente. Jamás pensé que la comunión fuera un remedo de un rito de antropofagia sagrada. El neolítico que pervivía hasta en nuestras ceremonias más sagradas...

—Es fácil rastrear muchas más costumbres neolíticas. Por ejemplo, los cultos a los solsticios. Hace miles de años orientábamos nuestros dólmenes hacia ellos; en la actualidad, celebramos la Navidad en el de invierno y la noche de San Juan en el de verano.

Sus palabras eran llaves de clarividencia con las que abría el cerrojo del entendimiento. Albergábamos tanto neolítico entre nuestras costumbres y creencias...

—Es increíble, es como si de repente comenzara a comprender... ¿Por qué me

ayudas, Jane? ¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque tú, y lo sabes, ya eres de los nuestros. Eres hija del dolmen, su espíritu habita en ti. Y porque debo salvarte. Es el compromiso que adquirí con mi padre.

—¿Y por qué quería tu padre que me salvaras?

—En primer lugar, para evitar que Cisneros consiguiera convertirse en Gran Druida. Le parecía... demasiado malvado, incluso para los cánones neolíticos.

Demasiado malvado... y recordé las duras acusaciones de Lola Beltrán contra él, cuando yo aún lo veneraba.

—Y, en segundo lugar, porque su padre, mi abuelo, le pidió que cuidara de ti. Mi padre supo que tu vida correría peligro y me pidió que te salvara.

—Pero, ¿por qué?

—Esta segunda cuestión no te la puedo responder. No lo sé. Sólo me pidió que te conservara con vida, costara lo que costara. A punto he estado de fracasar en el intento.

—¿Qué año murió tu abuelo?

—Mi abuelo murió en 2000, a los setenta y seis años.

—Yo tenía quince entonces...

Primero fue algo así como una chispa, como una luciérnaga efímera que por una fracción de segundo desafía a la oscuridad de la noche con su arrogante destello. Después, la intuición fue alumbrando los espacios desconocidos de mi pasado hasta dar forma a la sospecha... ¿Y si...? Sus palabras impidieron que pudiera concretar la premonición apenas vislumbrada.

—Dejé todo —continuó sincerándose— y me vine a España. Contacté con los miembros de la Orden, pero no fui capaz de detener la rueda de las liturgias de poder. Conseguí acercarme a ti con mi treta de Alcalar y te advertí del riesgo que corrías con Cisneros y con tu padre. No me hiciste caso y corriste a los brazos de Cisneros.

—Joao nunca estuvo en peligro, ¿verdad?

—Nunca. Lo montamos para acercarnos a ti. También para despistar tanto a la policía como a los criminales.

—Lo sabía. Pero siempre desconfié de ti, apenas si te conocía... —me excusé entre balbuceos—. Mientras tanto, Cisneros era para mí como un segundo padre...

—Pues debes asimilarlo. Tu primer y segundo padre desearon comerse tu corazón...

—¡Joder! ¡Joder!

Me incorporé de un salto y paseé mi nerviosismo y ansiedad por aquel salón

presidido por el póster del gran Houdini. Jane, en respeto a mi ímpetu, sabedora del volcán en erupción que albergaba en mi corazón, no interrumpió mi desahogo. Apuré su té. Pasado un minuto, me invitó a sentarme a su lado. Así lo hice, esforzándome por no romper a llorar. Lo que fue una intuición ya era casi una certeza en mi interior. Tenía que soltárselo, la premonición tomaba cuerpo de sorprendente posibilidad. Comencé a tantearla, sin atreverme, todavía, a compartirla con ella.

—Jane, una nieta de Cisneros desapareció en 2000. Nunca se supo qué pasó con ella... ¿Pudo ser sacrificada?

—No lo sé... Desde luego, bien pudo ser. Para aspirar a la sabiduría y al poder de los druidas se tienen que hacer méritos.

—Una aberrante locura. Cisneros pudo matar a su nieta... como precio para su gloria.

—Sí, creo que vas bien encaminada...

—Cisneros tuvo alquilada una hacienda en la Sierra de Córdoba, probablemente construida sobre un antiguo dolmen.

—Que busquen en los alrededores del dolmen los restos de su nieta. Allí debe estar enterrada.

—Joder...

—Mientras más quieres lo que sacrificas, más valor tiene ante los dioses. Recuerda. Como Abraham y Jacob, como Dios y su Hijo Jesús. A Cisneros le costaría asesinar y devorar a su propia nieta, pero lo hizo; a tu padre no puede exigírsele un sacrificio mayor que el de su propia hija.

La tensión y el dolor me hizo entrar en una especie de trance clarividente. Las sospechas, los leves indicios e historias no cerradas hilvanaban una increíble historia. Todo comenzaba a encajar. Decidí compartir con ella mi intuición entrevista. Al fin y al cabo, le afectaba de lleno...

—Jane, ¿cuándo fue la última vez que tu abuelo visitó España?

—Lo recuerdo perfectamente. Fue en 2000. A las pocas semanas de regresar a Francia, falleció. Mi padre lo sustituyó como Gran Druida ese año.

—Tu abuelo visitó a Cisneros en la hacienda. Rafael Alfaros, su propietario, lo encontró en una de sus visitas. Un señor mayor, francés, muy elegante.

—Sí, es una excelente descripción de mi abuelo.

—¿Pudo tu abuelo haber celebrado con Cisneros el sacrificio de su nieta?

—Eso no lo sé.

—Pero, insisto..., ¿pudo ser?

—Prefiero no contestar a esa pregunta.

—Ya...

El abuelo de Jane, tras el sacrificio de su nieta, abrió las puertas de la Orden a

Cisneros, Cisneros las abriría a mi padre un par de años después. Mi padre no pudo conocer al abuelo de Jane, pero sí a su padre. Y de nuevo, otra vez, aquel fogonazo clarividente. Había llegado la hora de hacerla partícipe de la encarnación de lo imposible.

—Jane —la miré por vez primera a los ojos y ella se estremeció levemente, sorprendida quizás por la intensidad de mi mirada—, mi madre me contó que antes de ella nacer, un caballero francés se alojó en casa de mi abuela en Ronda... ¿Pudo ser tu abuelo? ¿Cuándo vino por vez primera?

—No tengo ni idea. Recuerdo haberle escuchado bromear con lo de que fue él quien abrió España al mundo, porque vino el año de la visita del presidente norteamericano Eisenhower, espaldarazo que puso fin al aislamiento español y permitió su asombroso desarrollismo. Lo sé porque él lo repetía.

—¿Y qué año vino Eisenhower?

—No lo sé, podemos mirarlo en internet.

Yo intuí el resultado de la búsqueda que realizaba en esos momentos Jane. La realidad siempre supera a la fantasía más desbocada.

—Aquí está. El presidente americano visitó España el 21 de diciembre de 1959. Pues esas fechas, más o menos, fueron las de la primera visita de mi abuelo a España.

—Tu abuelo estuvo en Ronda —mi excitado nerviosismo coloreó mi rostro y me hizo sudar—. En casa de mi abuela. Alto, delgado, elegante... y francés. Así me lo describieron.

—Ahora eres tú la que me asombras —y noté a Jane preocupada, temerosa ante lo que pudiera descubrir—. No sabía que mi abuelo conociera de tan antiguo a tu abuela.

—Hay algo más.

—¿Algo más?

—No sé cómo decírtelo...

—¿Qué tienes que decirme?

—Mi madre nació en septiembre de 1960.

—¿Qué quieres decir con eso? —se incorporó nerviosa—. Dime, ¿qué quieres decir?

—Mi abuela nunca se casó, ni tuvo novio conocido. Hospedó, con el beneplácito de mi tatarabuela, a tu abuelo en su casa. Nueve meses después, nacía mi madre.

—¡No! ¡No puede ser! ¡Me engañas!

—Me temo que no, Jane. Esa es la verdad, la dura verdad. Tu abuelo, también es el mío. Somos primas...

—¡No, eso no puede ser! ¡Yo lo habría sabido y...!

Jane avanzó unos pasos, conmovida. Se tambaleó y a punto estuvo de caer al suelo. La sostuvo con dificultad.

—Siéntate, te traigo agua.

Me acerqué a la cocina. La botella de agua mineral se encontraba en una nevera ordenada y casi vacía. Aunque también llevé un vaso conmigo, no llegó a utilizarlo. Bebió de la botella.

—¿Estás segura?

—Todo lo segura que se puede estar en este caso. Fue otro de los grandes secretos de la familia. A mi madre no se lo contaron hasta muchos años después. Figúrate el escándalo, hija de madre soltera en un pueblo andaluz de aquellos tiempos.

—Por eso, el interés de mi abuelo en vosotras...

—Supongo que sí... Como comprenderás, yo también tengo que digerir esto...

—Mi abuelo, de alguna forma, tuvo conocimiento de vuestra saga familiar y vino a conocer a tu familia.

—Así tuvo que ser. Y mi tatarabuela y mi abuela, por aquel entonces joven, lo hospedaron. Probablemente —y de nuevo el fogonazo clarividente alumbró la oscuridad de lo oculto— lo llevarían a alguno de los abundantes dólmenes de la zona y, quién sabe, practicarían el rito de la fertilidad en el dolmen del Gigante.

—Somos primas... Tienes sangre de mi abuelo, el Gran Druida, tienes sangre de tu abuela, la última bruja...

—A ella no le gustaba que la llamaran así.

—Tu sangre aún alberga más poder de lo que llegaron a suponer. Cisneros nunca supo lo de mi abuelo y tu abuela, ¿verdad?

—Creo que no. Mi madre lo mantuvo en secreto. Me dijo que ni siquiera se lo contó a mi padre.

—Mejor así...

—Jane, ahora me siento mucho más unida a ti, muchas gracias por ayudarme.

—Sí, sí...

—Jane... ¿sabes algo de una tal Rosa? Alguien compró la casa de mi abuela y la ha mantenido todos estos años.

—No..., no puede ser... —y habló para ella misma—. Ahora lo comprendo... Las transferencias a Gibraltar, las casas de Ronda... Sí, mi abuelo y mi padre han enviado dinero durante años a España. Tenían una empresa en Gibraltar. Rosa es el nombre de su administradora. No sabía lo de la casa de tu abuela...

—¡Dios, ahora todo encaja!

—Es ahora cuando nada encaja para mí, Artafi...

—Lo siento. Supongo que debes digerirlo todo. Yo también tardé en asumir lo mío.

Se desplomó abatida sobre el sofá. La leona celta acababa de ser derrotada por sus propios secretos familiares. Necesitaba tiempo, bien que lo sabía por la propia experiencia.

—Ahora debo regresar a casa.

—Si quieres —me miró sin saber bien ni qué decía—, puedes quedarte aquí, estarás más segura.

—No te preocupes, nada me pasará.

Intenté abrazarla con fuerza, pero ella, de manera instintiva, casi animal, se echó un poco hacia atrás, como si rechazara el contacto con mi cuerpo. Ella, que creía que lo sabía todo, acababa de descubrir, de repente, que había vivido casi tan engañada como yo.

Me despidió con un beso tibio, sin acabar de asimilar que yo llevara también sangre de su sangre. Me acompañó hasta la puerta. En el exterior me aguardaba Quim, con un cigarro entre los labios. No recordaba haberlo visto fumar.

—¿Nos vamos?

—Sí.

—Pues ponte el casco y súbete.

Al llegar a la altura de la hacienda de Ontiveros, le toqué la espalda para que parara.

—¿Qué pasa?

—¿Te importa que pasee un poco? Ahí enfrente se encuentra el dolmen de la Pastora y bajo esta hacienda el de Ontiveros.

—Ningún problema.

Durante casi veinte minutos, en la hora incierta del crepúsculo, comulgué con el lugar, participé orgánicamente de su energía, logré apartar el temor. Por vez primera en muchas semanas, gozaba de una difusa sensación de poder, de una cálida sensación de bienestar. Bien fuera por la clarividencia con la que había logrado iluminar los puntos negros de la historia, bien fuera por la derrota de la hermosa y poderosa Jane o por la influencia telúrica de la gran necrópolis megalítica sobre la que me encontraba, el caso es que sentí poderosa ese atardecer. Y, por vez primera, supe que saldría airoso de la rueda de asesinatos rituales. Quedaba una persona por morir y, aunque ese honor me estaba asignado, no sería yo la que sufriría el tormento atroz. Otra ocuparía mi lugar y entonces yo.... Con violencia, tuve que apartar de mí algo parecido a una tentación. Me empecé a ver como sacerdotisa que oficiaba el rito de sangre y la visión del dolor ajeno me producía placer. No, no, ¿qué me está pasando? Logré apaciguar el salvaje pensamiento, pero la placentera sensación de plenitud y poder continuó calentando el hogar de mi alma.

Miré hacia la hacienda de Ontiveros, rodeada por un frondoso jardín. Bajo la

casa se ocultaba el dolmen de Ontiveros, tan solo parcialmente excavado. Mi amiga María Valbuena me contó que, cuando niña, visitó la hacienda y que bajó con sus amigas hasta la puerta del dolmen a través de una escalera estrecha que salía desde la casa. Esa imagen me estremeció. Al fondo, la Colina de Santa Brígida, otro lugar sagrado sin duda, y todavía no excavado, elevaba su letanía prehistórica hasta los cielos del sur.

Regresé hasta donde Quim me aguardaba, junto a su moto. Me observó con afecto y cierto asombro.

—Eres hija del dolmen, Artafi. Irradías energía y felicidad, a pesar de lo que está cayendo.

—Me he sentido bien aquí. Ahora, bájame a Sevilla, por favor.

—Por supuesto. ¿Quieres que tomemos una cervecita?

—Pues sí. Hoy, me apetece. Me la he merecido.

Y contigo, aún más. Pero eso sólo lo pensé y no se lo dije.

Esa noche, Quim me besó por vez primera. Y, como cantaron los poetas clásicos, sus besos me supieron a miel y su pecho contra el mío, soporte celestial. Tópicos cursis, lo reconozco, pero es lo que sentí mientras estuve en sus brazos. Momentos efímeros de felicidad plena. Me quedé con ganas de él.

—Artafi, eres una mujer especial —y su mirada me derretía—. Me gustas mucho.

Lo besé de nuevo. Necesitaba abrazarle, amarle. Pero, con ternura y suavidad, me apartó.

—Creo que no es prudente.

—Es cierto, pero... te deseo tanto...

—Y yo a ti. Estoy preocupado, no quiero que te pase nada. Al principio, recibí la misión de cuidar de ti y lo hice de manera profesional. Poco a poco se fue convirtiendo en algo personal. Ahora es ya personalísimo.

—¿Cómo de personalísimo? —le sonreí coqueta.

—Así de personalísimo —y me besó con suavidad en los labios y la frente—. No quiero perderte, Artafi.

—No me perderás.

—Ten mucho cuidado. Tu vida corre peligro, no lo olvides. Tu padre intentará, todavía, sacrificarte. Si te ves en peligro o ves que se te acerca de alguna manera, házmelo saber.

—Te lo agradezco mucho, Quim, así me siento más segura. Pero, ¿cómo me pongo en contacto contigo? Por mi móvil nos escucharían.

—Toma —y me entregó un teléfono móvil antiguo—, este cacharro está limpio. Me envías un sms a este número, limpio también. No te comuniques con

nadie más a través de él.

—Perfecto. Te enviaría un mensaje a cada ratito, ya estoy deseando volver a verte.

—Y yo... Pronto tendremos oportunidad de encontrarnos cuantas veces deseemos. Debemos separarnos ahora. Si quieres, te acerco hasta tu casa.

—No te preocupes, es más seguro que yo regrese en bicicleta, tal como vine. La tengo aparcada a un par de calles de aquí.

—Como quieras —y me besó de nuevo en los labios antes de despedirme.

Regresé a casa. Mi bicicleta no rodaba sobre los adoquines ni sobre el asfalto, sino que flotaba sobre las nubes rosas del amor. Y no me avergonzaba de la sensación, ni tampoco de los pensamientos suaves y gozosos como golondrinas en primavera que brotaban de un corazón llagado como el mío. Tuve que hacer un esfuerzo por volver a la realidad desde el reino de la luz dulce y temblorosa de los enamorados. Entré en la cochera trasera. Eran las dos de la madrugada y estaba convencida de que la policía que custodiaba la puerta de casa no sospechó de mi salida. Para ellos, había estado desde la tarde en casa.

¿Le contaría a la policía mis descubrimientos? Me concedería esa noche para pensarlo. Al entrar en casa encontré la luz del salón encendida. Mi madre me aguardaba; las sorpresas aún no habían finalizado.

Mi madre se incorporó cuando entré en el salón. La encontré serena, a pesar del gran cansancio que denotaba su rostro.

—Bienvenida a casa, Artafi.

—¿Por qué estás levantada todavía?

—Te esperaba. Sin móvil, no podía hablar contigo. Y supongo que habrás salido y entrado por la cochera, para que la policía que vigila el portal no te descubra...

Tanto me sorprendieron sus palabras, que no pude evitar provocarla con mi pregunta.

—¿Y ves eso normal? ¿Que me oculte de la policía?

—Yo ya no sé lo que es normal y lo que no lo es, hija mía. Sólo sé que te quiero mucho y...

—Mamá... Tengo que decírtelo así, de golpe... Papá es un asesino, y su última víctima ha sido Cisneros, en el dolmen de Soto.

Mi madre no reaccionó. Me miró con honda ternura. Suspiró antes de afirmar con suavidad y confianza:

—Tu padre no mató a Cisneros. Y no es ningún asesino.

—¡Mamá! ¡Despierta! ¡Que el amor no te ciegue! ¡Mi padre ha matado a varios hombres y ahora quiere matarme a mí!

—¿Estás loca? ¿Cómo puedes decir eso?

—Mamá, tengo que contarte muchas cosas...

—Y yo también... Tu padre quiere reunirse contigo.

—¿Cómo? ¿Reunirse conmigo?

—Sí, nos espera esta noche.

—¿Cómo que nos espera esta noche? —no salía de mi asombro.

—Sí, yo iré contigo...

—Mamá, no comprendes nada. Me matará, como asesinó y torturó a Cisneros.

—Ya te he dicho que no mató a Cisneros.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque pasó conmigo esa noche. No me abandonó ni un segundo. Él no pudo matar a nadie...

El suelo de mis certezas se hizo fluido a mis pies. Sus palabras hilaron los hechos hasta enhebrar el relato clarividente. Mi madre estuvo fuera varias noches. Entonces, se veía, con él. La policía tenía razón.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No te he visto desde entonces.

—Mamá..., no sé qué pensar. Ahora me entero que te has estado viendo con papá todo este tiempo. La policía me lo advirtió, no me lo creí. Tú lo negabas y yo confié en ti, siempre confié en ti; ahora...

—Debes seguir confiando en mí. Cuando hables con tu padre comprenderás por qué no debía decírtelo. Te anticipo que era por tu bien.

—Mamá... ¿y quién me dice que no eres tú también una de ellos? Ya no sé en quién puedo confiar...

—Soy tu madre.

—¡Vaya consuelo! ¡Tu madre devoraba niños y amas a un hombre que quiere devorarme a mí!

Encajó el golpe en silencio, sin concederse el alivio de las lágrimas consoladoras. Sentí lástima por ella. ¿Cómo podía perder la cabeza de esa manera por un hombre? ¿Por qué esa maldición parecía condicionar a la mujer desde el origen de los tiempos?

—Vamos, no tenemos mucho tiempo que perder.

Se incorporó, con un ademán maternalmente imperativo. Yo, confundida, permanecí quieta, aún de pie. De nuevo la duda, el dilema. ¿Qué hacer? No me fiaba de mi padre y mi madre, cómplice voluntaria o involuntaria, se empeñaba en conducirme hasta él.

—Artafi, por favor, es importante para la familia... Tu padre no es el asesino. Y bien lo sé, que he pasado estas noches con él.

Accedí a acompañarla. Como en las anteriores ocasiones opté por el riesgo, por

retar a la prudencia y provocar al espíritu del dolmen. Lo que tuviera que ser, que fuera. Las fuerzas del destino ya estaban desatadas y su furia barrería resistencias, condenaría y salvaría. Era mi madre y nunca me falló a lo largo de mi vida, tendría que concederle el favor de la duda.

—Espera un minuto, mamá. Tengo que ir al servicio antes de salir.

—No tardes. Y no alertes a la policía, por favor.

—¿A la policía? Descuida —me sinceré—, sería lo último que hiciera.

Nada más entrar en el baño, envié un SMS a Quim desde el vetusto móvil que me prestó:

Voy a ver a mi padre esta noche. Mi madre me llevará hasta él.

Apenas pasados unos segundos, obtuve su mensaje de respuesta.

Ten mucho cuidado. ¿Dónde te espera?

No lo sé.

En cuanto te enteres me lo dices. Procuraré estar cerca, por si las moscas.

Ok! Muchas gracias! Bss!!

Aquel maldito cacharro carecía de emoticonos. Le hubiera añadido corazones y besos a docenas, pero me tuve que limitar al frío texto. Y eso que yo odiaba los muñequitos que mis amigas añadían a sus mensajes. Guardé el móvil y salí en busca de mi madre.

—Cuando quieras, mamá.

—Saldremos por detrás.

—¿Iremos en tu coche?

—No. Utilizaremos uno que he alquilado y que tengo aparcado un par de calles más allá. No sé si tienen mi coche monitorizado, prefiero que se quede tranquilo en la cochera. ¿Has dejado el móvil en casa, verdad? —me preguntó.

—Sí —le respondí mientras apretaba en mi bolso el viejo teléfono que Quim me prestó.

—Perfecto, pues vamos. Bajaremos por las escaleras.

Y así, como si fuéramos ladronas, escapamos furtivas de casa, casi a las tres de la mañana, para sumergirnos en la oscuridad clandestina. Seguí a mi madre, con paso rápido, por la calle, mientras me preguntaba cómo reaccionaría al volver a encontrarme con mi padre. Aquel encuentro era una auténtica locura, un suicidio anunciado. Pero pude volverme y no lo hice; pude haber puesto en alerta a la policía y me escondí de ella. Me adentraba sola y advertida en la puerta del infierno, a sabiendas de que podía achicharrarme en su fuego eterno. Sólo

confiaba en Quim; tenía que pasarle discretamente el lugar hacia el que nos dirigiríamos.

—Mamá —me situé a su lado para susurrarle la pregunta—, ¿adónde vamos? ¿Dónde se encuentra papá?

—Ya lo verás. Lo primero, montarnos en el coche y salir pitando. ¿Crees que nos han podido seguir?

—No. He estado muy pendiente y no he visto nada sospechoso.

Mi madre accionó el mando a distancia. El sonido de apertura de la puerta y las luces mostraron el Opel Corsa de alquiler que nos aguardaba.

—Mamá, ¿quieres que conduzca?

—Déjalo, yo lo hago.

Me sorprendió la serenidad con la que mi madre conducía.

—Te veo muy tranquila, ¿no estás nerviosa?

—Cuando cruzas la frontera del sinsentido, cuando sabes que has perdido todo lo que podías perder, la tensión se transforma en paz, en paz forjada por el dolor. Así me siento yo en esta noche que, probablemente, vaya a ser la más importante de nuestras vidas. Tú obtendrás respuestas a muchos de tus porqués, yo sabré si pierdo o gano definitivamente al hombre que amo.

Cruzamos el puente del Alamillo, construido, como casi todos, con ocasión de la Expo de 1992, y salida natural de la ciudad hacia la Ruta de la Plata. En varias ocasiones a punto estuve de contarle a mi madre que había conocido a una parienta, Jane, prima suya, pero logré contener mi ímpetu. Si algo había logrado aprender de mis aventuras era que la información hay que dosificarla con mucha prudencia. A esas alturas no sabía si mi madre me conducía hacia la muerte o hacia la reconciliación familiar, por lo que mientras menos supiera de mis averiguaciones, mejor que mejor.

Para mi sorpresa repetida, tomamos el desvío hacia Valencina de la Concepción, la localidad sobre la que parecía girar toda aquella locura.

—Mamá, ¿queda mucho?

—Ya estamos cerca. Aparcaremos el coche en un lugar discreto y nos acercaremos caminando hasta donde tu padre nos aguarda.

Aparcamos en un descampado, en la trasera de una urbanización de casas adosadas. Mi madre puso buen cuidado en que el coche no se advirtiera desde la carretera. Sin duda ya conocía el lugar, seguramente por haber estacionado allí en sus anteriores visitas a mi padre. El lugar me resultó vagamente conocido, pero la oscuridad de la noche me impidió tomar referencias para poder ubicarme.

Mi madre comenzó a caminar campo a través, aprovechando que las lindes dejaban un estrecho sendero. Para iluminarse en los tramos más oscuros utilizó una minúscula linterna que no resultaría perceptible para quien mirara desde la

distancia. Nos alejábamos de las luces de las últimas urbanizaciones del pueblo a través de aquella nada desierta. ¿Hacia dónde nos encaminaríamos? La inquietud que me acompañó desde que salí de Sevilla se transformó paulatinamente en vivo temor, primero, y en terror, frío y acerado, después.

—Mamá, creo que no debemos seguir, no es prudente...

—Queda poco, hija mía, muy poco...

Recordé a Quim. ¡Cómo me gustaría que él estuviera conmigo en esos momentos! Tenía que hacerle llegar mi ubicación para que así pudiera ayudarme, llegado el caso de necesidad. Mi destino se encontraba muy cerca de donde él vivía con Jane. Jane. Y punzante como un alfiler, sentí el pinchazo de los celos. Quim vivía con Jane. En una casa. Solos. El susto espantó aquel efímero y absurdo desasosiego. Mi madre avanzaba hacia la oscuridad y debía seguirla de cerca, para aprovechar la débil luz de su linterna. Nadie nos seguía y nadie, salvo Quim, podría salvarme en caso de riesgo.

—Ahí es —apenas si musitó mi madre señalando al frente.

Al principio, no logré distinguir nada entre las tinieblas que nos rodeaban. Pero, al fijar atentamente la vista y unos metros más adelante, me pareció advertir una mancha oscura, como un volumen que se levantaba a unos setenta o cien metros de nosotros. Sin duda podría tratarse de nuestro destino. El corazón, acelerado por la adrenalina del miedo, comenzó a sonar con la fuerza y cadencia de un tambor africano. Mi madre aceleró el paso y por vez primera giró su cabeza para comprobar que la seguía, como si temiera que, de repente, huyese despavorida. Escapar, huir, alejarme de allí, era la única opción sensata y la única, por supuesto, que desprecié. Cada vez podía entreverse mejor la silueta de aquel lugar tétrico hacia el que nos encaminábamos con lentitud de paquidermo. Me pareció advertir que un muro extenso se perfilaba ante nosotros, sobre el que sobresalía una gran masa de árboles. Sí, se trataba de una propiedad con un gran jardín cercado. Al llegar al cerramiento, pude atisbar el torreón que destacaba entre la arboleda. Lo reconocí al instante y temblé de pavor. Se trataba de una hacienda bien conocida para mí. La de Luis Gestoso, la de la piedra de molino en el jardín, la del primer asesinato ritual. Al haber llegado a ella por su parte trasera y campo a través no había reconocido el lugar hasta estar prácticamente encima. El terror me detuvo. Comencé a temblar de miedo.

Mi madre, que se percató de mi parálisis, hizo con el dedo el signo del silencio. Se acercó para susurrarme al oído:

—Tranquila, no te preocupes. Entraremos por un agujero oculto entre la vegetación de la cerca. Ten cuidado, hay que dejar todo como estaba, para que nadie se percate de que ha sido utilizado.

—Pero..., ¡mamá! —e hice un gran esfuerzo para contener el tono de mi voz y

no gritar—. ¡Esta es la hacienda de Luis Gestoso! ¡Aquí fue asesinado! Está precintada por la policía y...

—Y aquí nos aguarda tu padre.

—Pero...

—Pero es el lugar más seguro. ¿Se te ocurre alguno mejor?

—No...

—Pues vamos adentro. Sígueme...

Mi madre apartó unas ramas y se introdujo por una estrecha abertura. Yo aproveché los escasos segundos en los que la perdí de vista para escribir a Quim un sms urgente, antes de esconder de nuevo el móvil en el bolso:

Estamos en Valencina. Entramos en hacienda Luis Gestoso por detrás.

—¡Ahora tú! —escuché a mi madre tras el cercado.

—Allá voy...

XXX

A duras penas logré colarme por el hueco camuflado entre la maleza y la vegetación de la cerca. La oscuridad, la claustrofobia y la tensión me hicieron quedarme enganchada en varias ocasiones.

—Ahora, déjame que lo tape de nuevo, que no se vea por fuera.

Pensé en Quim. Ojalá hubiera recibido el mensaje. Suponiendo que decidiera venir, quizás no lograra encontrar el paso oculto.

—Sígueme. Procura hacer el menor ruido posible. Ahora tendremos que ir completamente a oscuras. Pégate a mí, conozco el camino.

Avanzamos por lo que supuse que sería un sendero de grandes piedras en el jardín trasero. Así no dejaríamos huellas. Mi corazón latía con tal ímpetu que temí que pudiera delatarnos. La silueta de la hacienda se asemejaba a un espeluznante monstruo antediluviano a punto de saltar sobre nosotras para devorarnos. La decisión de mi madre, que caminaba sin vacilar, me dio ánimos para continuar con mi marcha. Mi padre nos aguardaría en algún lugar de aquella construcción de escalofrío que nos acechaba. Las víctimas siempre acuden sumisas al lugar del sacrificio porque, en el fondo de su alma, lo desean. ¿Cómo podía ocurrírseme esa tontería?

Al llegar hasta la casa, mi madre se dirigió hacia una portezuela. Dio tres pequeños golpes; otros dos más pasados unos segundos de cadencia. Una clave, sin duda alguna. Escuché, con delicadeza, el sonido de un cerrojo bien engrasado. Alguien, desde dentro de la hacienda de Luis Gestoso, en teoría abandonada y en la práctica precintada por la policía, acababa de franquearnos la entrada. Ese alguien no podía ser otro que mi padre, al que llevaba años sin ver. Mi padre, el asesino ritual de Cisneros y de otros tantos, que aguardaba a su víctima número siete, su hija, sangre de su sangre, que, como siempre, acudía de manera voluntaria hasta los brazos redentores de la propia muerte.

Soy mago. Por eso anticipo tantas y tantas cosas que van a suceder. Acabo de sacar el móvil con la certeza del mensaje de Artafi justo en el instante en el que entra. Sabía que llegaría, que confiaría en mí. Le agradezco de corazón ese gesto fraterno.

Estamos en Valencina. Entramos en hacienda Luis Gestoso por detrás.

Así que ahí te escondías... Me asombro de la inteligencia de Arturo, hasta ahora siempre logró engañarnos, pero en esta ocasión no se saldría con la suya.

Releo el mensaje de Artafi. Es un grito de angustia, de miedo irrefrenable. Y admiro su valentía. O la insensatez, por ir a meterse en la mismísima boca del lobo, de la bestia, de las garras de su padre, brillante, oculto en la hacienda de Luis Gestoso, donde nadie podría haber sospechado jamás. Pero, ¿por qué habrá ido Artafi hasta allí, sabedora del riesgo que corre? Sin duda porque su madre la habrá convencido. Su madre. Por lo que sé, no está en esto. Si la arrastra será por amor a su padre. Una mujer enamorada es capaz de cualquier cosa, Quim, me decía mi abuelo. Nunca provoques a su amor. Conducía a su propia hija al matadero... por amor. Amores que matan.

Pero no logrará matarla. He recibido la misión de protegerla y así lo haré, como hasta ahora. Me siento muy orgulloso por como logré robar los papeles de Antonio Paredes. Gracias a ellos pudimos confirmar algunas de nuestras sospechas. Artafi había sido observada desde tiempo atrás y, de alguna manera, la propia excavación de Valencina se organizó en su honor, para dar inicio al ritual. Artafi, probablemente, ni siquiera ha llegado a sospecharlo, a pesar de la clarividencia que ha logrado adquirir en este tiempo. Jane me felicitó por mi valentía. Cisneros es el monstruo más inteligente que conozco, comentó antes de besarme.

Mientras subo las escaleras para despertar a Jane y contarle las nuevas, sopeso las alternativas. La primera, y rechazada de antemano, sería la de la llamada anónima a la policía, alertando de los hechos. La segunda, y única posible, la de trasladarnos hasta la hacienda para tratar de protegerla. La hacienda, el lugar más seguro para esconderse. El maldito Arturo Mendoza también es listo, muy listo. Por eso aspira a convertirse en Gran Druida y está a punto de conseguirlo. Si derrama la sangre de Artafi y devora sus entrañas como víctima número siete, el poder será suyo. Tenemos que impedirlo.

—Jane, Jane —la sacudo para despertarla. Está cubierta con una sábana fina y suave. La destapo y, una vez más, admiro aquel cuerpo desnudo de felino salvaje —. Levántate, Artafi me acaba de enviar un mensaje.

Se incorpora de un salto, ágil, impúdica. Hermosa entre las hermosas. Su mirada denota una inteligencia sobrenatural que me traspasa. Es una diosa antigua, una Venus del neolítico. Por eso la adoro, por eso la amo.

—¿Dónde está?

—Va en busca de su padre. Su madre la conduce hasta él. ¿Sabes dónde se esconde?

—No..., espera, sí, sospecho, por tus palabras, que debe esconderse cerca. Seguramente en Valencina, ¿me equivoco?

—Joder —exclamé con asombro—, has acertado. ¿Cómo lo has adivinado?

—Porque los hijos del dolmen siempre encontramos un megalito como cubil.

¿Dónde está?

—Esto es lo mejor. Está en la hacienda de Luis Gestoso, mil veces registrada por la policía.

—¿La hacienda? Increíble, es realmente increíble... Arturo es un formidable enemigo, sin duda, digno de convertirse en Gran Druida.

—Pero nuestro deber es proteger a Artafi.

—Sin duda —reiteró sin demasiado énfasis—, debemos proteger a Artafi.

—¿Vamos para allá? Han entrado por la parte trasera de la hacienda, debe existir un hueco oculto por allí. Tengo dos linternas, cuchillos y cuerdas. Espero que sea suficiente para lograr salvarla.

—Vamos.

Me quedo observando cómo se viste, elegante, con elasticidad animal. Bajamos y meto el equipo en una pequeña mochila. Iremos a pie, para no llamar la atención.

Cuando nos disponemos a salir, Jane me abraza con ternura y me besa larga, apasionadamente. Me pierdo en sus brazos y en su boca.

—Quim, estoy orgullosa de ti. Has conseguido enamorar a Artafi. Hará lo que le pidas, la tienes en tus manos.

—Era la misión que me encomendaste; no me costó demasiado trabajo conseguirlo, la verdad.

—Sí, parecía una mujer fácil, tierna de corazón. Mendigaba cariño.

—Sí, facilona, incluso un poco tonta y bastante cursi, por cierto. Bésame de nuevo, amor, quiero sentir un beso de verdad.

Nuestros labios se buscan. Su lengua serpentea con la mía. Siento cómo las piernas me flojean.

—Vamos, al regreso tendrás tu premio...

Salgo de casa feliz. Jane está orgullosa de mí. Tengo a la pobre de Artafi en mis manos, como me encomendó. Pero eso le salvará la vida, tranquilizo mi conciencia. Al fin y al cabo, nuestro deber es protegerla. Y, mientras comenzamos a caminar, recuerdo la frase de mi abuelo: *Una mujer enamorada es capaz de cualquier cosa, Quim. Nunca provoques a su amor.*

Y, ¿por qué no me advirtió mi abuelo de lo que era capaz de llegar a hacer un hombre enamorado?

Los goznes de la pequeña puerta trasera giraron sin estridencia alguna. La oscuridad más absoluta nos aguardaba dentro. Mi madre me cogió suavemente de la mano, para insuflarme el valor que precisaba para cruzar aquel umbral de la casa de los horrores. Quim, ven pronto, por favor. De nuevo, las dudas ante mi incomprensible entrega... Todavía estaba a tiempo de huir...

—Vamos, hija.

—Mamá....

—Confía en mí.

E, inexplicablemente, la seguí. Quizás porque, en efecto, necesitaba confiar en mi madre porque en mi mundo devastado era el único asidero que aún se sustentaba. O, quizás, como me advertía aquella vocecilla interior que no lograba acallar, porque nunca es el verdugo el que busca a la víctima, sino que es la víctima la que acude, mansa y sumisa, al altar del sacrificio.

Entramos. La oscuridad y el silencio nos envolvieron con frío vacío. Ambiente húmedo y cargado, de casa cerrada que huele a sótano. Mi madre cerró la puerta y el tiempo pareció detenerse. La nada. Incluso mi corazón atemperó su cabalgada. Apenas un segundo después, que me pareció una eternidad, mi madre encendió su pequeña linterna. Apuntó a sus pies y lentamente, como si lo acariciara, su difuso haz de luz recorrió el suelo de la habitación. De repente, una figura emergió de aquella densa oscuridad infernal. El rostro de mi padre, deformado por los claroscurios de sus arrugas, se apareció, monstruoso frente a nosotras. El grito de terror rascó salvaje mi garganta y retrocedí de un salto.

—Tranquila, Artafi, que es tu padre.

—Sí, soy yo, hija mía.

Mi padre avanzó hacia mí y quedé paralizada. Para mi sorpresa, me abrazó. Mi ser por completo rechazó aquel contacto. Interpuse mis codos entre nosotros y me aparté. Mi padre bajó sus brazos, con aparente desconsuelo.

—Artafi, te pido perdón. Te debo muchas explicaciones.

No respondí. No supe qué decir, ni qué hacer. Allí estaba mi padre, desaparecido por años, escondido en la hacienda de un amigo asesinado, perseguido por la policía, pidiéndome disculpas. El rencor acumulado se desvaneció ante el amor triunfante que por él sentía. Me acerqué y le besé en la mejilla, sin saber qué decirle.

—Hola, papá —musité al fin.

Su rostro, sin afeitar, pinchaba y raspaba como el papel de lija. Sin embargo, el bálsamo del cariño lo suavizó. Volví a besarlo, mientras le decía:

—¿Cómo estás? Te he echado tanto de menos...

—Y yo a ti también, hija mía...

En ese momento me dejé abrazar por él, larga, cálidamente. Mi madre también echó sus brazos sobre nosotros, emocionada ante aquel inaudito reencuentro familiar. En ese momento, soltó su linterna, que dibujó arabescos luminosos sobre la estancia mientras caía al suelo. Quedó iluminando el vacío, mientras nosotros nos abrazábamos en la oscuridad.

—Vamos a un lugar seguro, ahí podremos seguir hablando.

Un lugar seguro, dijo mi padre. ¿Cómo podía existir un lugar seguro en una

hacienda mil veces registrada por la policía? Mi madre recogió su pequeña linterna del suelo y siguió a mi padre, que se movía con desenvoltura en la oscuridad. Salimos a un largo pasillo, que recorrimos hasta llegar a una puerta que mi padre abrió para cerrarla a continuación. Sólo entonces activó una linterna que me pareció de gran potencia. Nos encontrábamos en una biblioteca, con sus muebles de madera hasta el techo. Los lomos de los miles de libros allí custodiados, con sus tamaños, temáticas y colores diferentes, parecían saludarnos hospitalariamente cuando el foco de luz se posaba sobre ellos. Se trataba de una biblioteca enorme.

—La mejor biblioteca de megalitismo de España y una de las mejores de Europa, sin duda. Luis dedicó mucho tiempo y dinero a conformarla. Hemos pasado mucho tiempo entre estas cuatro paredes estudiando para comprender.

No quise preguntarle qué era lo que anhelaban comprender. Pero sí necesitaba respuestas para muchas de mis preguntas. Daba por hecho que mi madre ya las conocía.

—¿Has vivido, aquí, con Luis, mucho tiempo?

—Ha llegado la hora de contarte la verdad, Artafi. Espero que me comprendas y me perdones. Tras irme de casa, pasé un tiempo fuera, en Irlanda y Bretaña, estudiando megalitos.

—La Orden te acogió y protegió, ¿verdad?

—¿La Orden? —mi padre pareció sorprendido.

—¿De qué Orden habla Artafi? —intervino mi madre—. Nunca me hablaste de Orden alguna.

—Bueno —la respuesta de mi padre me pareció forzada—, supongo que te refieres a una especie de club de interesados por la cultura de los dólmenes. Sí, estuve en alguna ocasión con ellos, aprendí mucho. Pero eso no es lo importante de mi relato.

—Papá, podríamos encender la luz —quería verle el rostro, estudiar sus gestos—. La biblioteca es un lugar cerrado y nadie nos verá desde fuera.

—No debo hacerlo. El consumo de electricidad podría delatarnos.

—Ya.

—Déjame que siga, hija. Tras pasar casi tres años en Europa, precisé volver a trabajar. Consumí mis ahorros y tenía que vivir y pasaros la pensión mensual. Me fichó una empresa constructora y partí para América Latina, donde trabajé en grandes obras y en varios países. Aproveché mi estancia allí para empaparme de sus culturas precolombinas. De vez en cuando regresaba a Europa para volver de nuevo a cruzar el charco con dirección a América. En mis viajes a España, solía encontrarme con Luis Gestoso, con el que me unía una gran amistad. Compartimos muchas salidas al campo, a localizar y estudiar megalitos, cuando

tú eras aún muy niña.

Recordé entonces la visita de Luis y su mujer al dolmen del Gigante, en el que mi abuela ofició el rito de la fertilidad. No dije nada, preferí escuchar su historia.

—Luis me dijo que pensaba adquirir algo en Valencina, cerca de los dólmenes. Este es un lugar muy especial, como sabéis. Al poco tiempo me llamó para contarme que acababa de comprar una hacienda maravillosa, aprovechando los precios de saldo de la crisis. Tanto me habló de ella, que vine a verla. Me enamoró desde un primer momento. Me invitó a vivir aquí con él, y me vine hace un par de años.

—¿Cómo? ¿Que has vivido más de dos años aquí? ¿Por qué no nos llamaste?

—Ya se lo he contado a tu madre. Me marché de casa porque enloquecí. Me obsesioné de tal forma con los dólmenes y con las religiones megalíticas que me quise dedicar por completo a ellas. Supe que sería un pésimo padre y un peor marido. Decidí huir, escapar de mis responsabilidades, daros la oportunidad de hacer una vida sin mí, un ser perdido y ausente...

—¿Por qué te viniste a vivir aquí, oculto de todos?

—Me vine para poder continuar mis investigaciones. Libros, salida al campo, meditaciones... La religión megalítica encierra un gran potencial para el hombre de hoy. Sólo podremos avanzar cuando conozcamos nuestra conexión con la naturaleza. Es increíble las cosas que se pueden conseguir simplemente al unir nuestra energía espiritual con la de la tierra.

A pesar de la escasa luz de la linterna, pude observar el fanatismo con el que brillaban sus ojos. Me estremecí al percibir la fuerza que emanaban. Mi madre lo miraba absorta, embelesada, enamorada hasta el mismísimo tuétano de aquel hombre que creía recuperar para su familia.

—¿No sabías que Cisneros era miembro destacado de la Orden? —su desconocimiento me pareció inaudito—. ¿Que aspiraba a convertirse en Gran Druida?

—No, nunca llegué a sospechar que estaba tan loco. Figúrate mi sorpresa cuando mataron a Luis. Yo estaba fuera esos días, me enteré por la prensa. Fue entonces cuando decidí llamar a tu madre, volver a verla, tratar de recuperarla. Cuando pasaron unos días, regresé a la casa de Luis, supuse que nadie me molestaría aquí.

La historia era demasiado simple, demasiado sencilla, hermosa y redonda como para ser cierta. El ambiente comenzó a transmutarse, como la inestabilidad violenta que precede a las tormentas. Las paredes de aquella biblioteca me parecieron amenazantes, con esos miles de lomos afilados como dientes y garras del horror megalítico. Sentí una asfixiante opresión, como si me ahogara en una prisión de libros. Aquello no era una catedral del saber, aquellos volúmenes

parecían los guardianes de la misma puerta del infierno. La atmósfera se tornó agresiva, me sentí como encerrada en una tumba de la que no podría salir, una de las pesadillas que desde pequeña me aterrorizaron, cuando me veía, claustrofóbica, encajada en un ataúd a oscuras, mientras gritaba y arañaba la tapa de madera hasta arrancarme las uñas, angustiada. La misma angustia que me producía aquel lugar.

—¿Lo ves, Artafi? —mi madre cogió mis manos con ternura—. ¿A que merecía la pena venir hasta aquí? Ya sabes lo que pasó, tus preguntas ya tienen respuesta... Y tu padre nos pide perdón, y quiere regresar.

—¿Y por qué no regresa? —me encaré a mi madre, tan crédula, tan dependiente—. ¿Por qué se esconde?

—Tuve miedo de que me asociaran a los crímenes. Preferí dejar que pasase tiempo.

—Si nada tienes que temer, lo mejor que harías es entregarte.

—Es lo que pienso hacer mañana. Tu madre me ha convencido.

—Sí —exclamó mi madre con orgullo—. Por eso queríamos que vinieras esta noche hasta aquí. Tu padre, mañana saldrá a la luz, hablará con la policía y regresará a casa.

Se abrazaron. Me miraron, invitándome a unirme a ellos, a completar la fotografía de la familia feliz. La luz de la linterna, sobre una mesa, apenas si perfilaba sus rostros fantasmagóricos. Retrocedí, no podía...

—Pero, Artafi, hija mía... —suplicó mi madre—. ¿Por qué no vienes con nosotros? Hoy es un gran día para la familia y...

—Papá. La policía ha registrado en varias ocasiones esta hacienda. ¿Cómo es posible que no te encontrara? ¿Dónde te ocultabas?

Tardó en responder. Se separó de mi madre y enfocó la linterna hacia mí.

—Veo que no confías en mí. Normal, después de todo lo pasado. ¿De verdad quieres saberlo?

—Claro. Quiero saberlo todo.

—¿Todo? ¿Qué más quieres saber, además de conocer dónde me escondía?

—Papá, llevo tiempo investigando. Sé mucho más de lo que crees. Estoy convencida de que perteneces a la Orden, Cisneros te introdujo en ella, posiblemente tú lo harías con Luis Gestoso. Conociste y trataste a Charles Paimpont, padre e hijo. Los últimos Grandes Druidas.

Mi padre no contestó. Su mano osciló y el foco luminoso de la linterna alumbró anaqueles y esquinas.

—Arturo —sonó la voz suplicante de mi madre, a la que no podía ver, tras la luz—, ¿por qué no le respondes? ¿Quién fue ese Charles Paimpont?

No hubo respuesta a su pregunta. Fui yo quien desveló, inopinadamente, el

secreto mejor guardado.

—Fue tu padre, mamá. Mi abuelo...

—¿Qué? ¿Qué has dicho, hija mía? ¿Te has vuelto loca?

—¿Cómo?... —mi padre aprovechó la ocasión para intervenir—. ¿Que tu madre es hija de Paimpont? ¿Te has vuelto loca, Artafi?

—Mamá, recuerda... El francés que vivió en casa de la bisabuela cuando la abuela era joven. La dejó embarazada y se marchó... Ese hombre se llamaba Charles Paimpont, era Gran Druida de la Orden y estaba en Andalucía en busca de sagas de druidas. Nuestra familia era la más importante de todas ellas.

—No, no puede ser... ¿Cómo sabes todo eso?

—He descubierto mucho más. La Orden compró, a través de una sociedad de Gibraltar, la casa de la abuela. La mantuvieron desde entonces, como un lugar sagrado. Pero eso, ni papá ni tú lo sabíais.

—No, no puede ser... He vivido sobre un arca oculta, repleta de misterios para mí velados. Y tú los descubres..., no sé cómo, pero tú los descubres... Maldito pasado, nunca se abandona, siempre te persigue para golpearte —mi madre rompió a llorar—. Jamás podré liberarme de esta maldición que me persigue. Antes, mi madre, ahora tú... Brujas...

—Mamá, tienes que encarar tu realidad, no puedes seguir huyendo de ella. Tu padre se preocupó por ti y dejó encargado a su hijo, también Charles Paimpont, que nos protegiera desde la distancia. Cuando fue a morir, sabedor de que se desataría un aquelarre para su sucesión, se interesó por mi seguridad. Supo que yo estaría en peligro.

—¿Tú? ¿Y por qué?

—Por la genética que me transmitiste. Tenías la legitimidad de sangre, renunciaste a ella, y yo la asumí. Quien derrame y consuma mi sangre, ostentará el poder y la sabiduría.

—No tiene sentido...

—No, no tiene ningún sentido —aseveró mi padre con nerviosismo—. Es una historia demasiado enrevesada para ser real. Venga, vamos, ¿no queríais conocer mi escondite? Ha llegado la hora de mostrároslo.

Y supe lo que iba a pasar, intuí dónde me encontraba, percibí qué era en verdad aquel lugar, adiviné dónde estaba el escondite. Pero dejaría fluir el río fatal de lo que escrito estaba desde el origen de los tiempos. Mi padre se dirigió a una de los anaqueles de la biblioteca, manipuló algo tras los libros y, sorprendentemente, pudo deslizar uno de los muebles de la librería. Tan bien encajado se encontraba que nadie lo hubiera podido encontrar. Tras el mueble apareció una pequeña puerta, muy baja.

—Vamos, es por ahí.

Mi padre se introdujo por la apertura. Desapareció de nuestra vista por unos instantes.

—Mamá —le quise advertir—, ¿estás segura de que quieres bajar?

—Pues claro, tu padre nunca me enseñó su escondite. Quiero conocerlo.

—Debes saber que vamos a entrar a un dolmen —afirmé con convicción—. Un dolmen con casi cinco mil años de antigüedad, enterrado bajo la hacienda.

—Pero, ¿cómo puedes saber eso, hija? ¿Es que ya has estado aquí?

—No., o sí, según se mire. En verdad, nunca salí de él... Mamá, yo de ti no bajaría...

—Venga, entrad —nos llamó mi padre desde dentro, mientras nos alumbraba el paso.

—Vamos, hija. Nada nos ocurrirá, con tu padre estamos a salvo.

La entrada era muy baja, tuvimos que agacharnos para acceder a través de ella. Mi madre entró primero. Tuve entonces una idea que ejecuté en el instante. Deposité el móvil de Quim junto a los mecanismos que mi padre manipuló. Los acontecimientos se precipitaban y al menos quería dejar un rastro de mi destino. Y recordé las migas de pan que Pulgarcito dejó en el bosque para poder encontrar el camino de regreso. Lo que no sospechó, el pobre, es que los pájaros se las comerían. Se perdió y terminó en la casa del Ogro. ¿Estaría entrando yo en ella?

Casi a gatas atravesé aquel portillo, para encontrar unas estrechas escaleras que descendían hacia las entrañas megalíticas. Mis padres me esperaban abajo. Alumbraron los escalones para que pudiera descender sin peligro de caída. El aire era denso y húmedo. Una vez estuve con ellos, mi padre ascendió los escalones de nuevo para cerrar la trampa de la librería. El mecanismo sonó con certeza metálica al encajarse. A partir de ese momento, quedábamos encerradas allí abajo.

Nos encontrábamos en una habitación cuadrada, vacía, con dos puertas. Una, al fondo, que era una especie de cancela ornamentada y otra, metálica y compacta, a uno de los lados.

—Lo del fondo —pregunté señalándola con mi linterna— es la entrada de un dolmen, algo parecido a lo de Ontiveros, ¿verdad?

La luz de las linternas confería a los rostros un aura espectral que incrementaba el espanto claustrofóbico del momento. Mi padre se tomó un tiempo en responder.

—Tienes intuición e inteligencia, Artafi, digna hija de tus padres, digna nieta de tus abuelos. Sí, es un gran dolmen, un gran tholos, mejor dicho. Esta hacienda se construyó, como otras tantas, sobre él, pero se perdió en sus entrañas para la memoria de los hombres. Un dolmen bellísimo y estremecedor, contemporáneo a

la Pastora, pero mejor conservado. Cuando Luis visitó por vez primera esta hacienda en venta lo bajaron a este sótano. Al ver una puerta al fondo preguntó qué era. Le respondieron que una vieja bodega abandonada y cubierta por completo por escombros y tierra. Con tan solo asomarse, descubrió que se trataba de un dolmen sepultado. Ya te puedes figurar la emoción del momento. Por eso compró la hacienda, limpió y excavó el dolmen, que tenía una cámara lateral tapiada. Nosotros la descubrimos, el momento más hermoso de nuestras vidas; cualquier arqueólogo vendería su alma al diablo por un hallazgo así.

—¿Aquí te has escondido? No parece muy cómodo, no hay cama, ni muebles.

—Aquí pasaba los días. Por las noches subía arriba, no había peligro.

—¿Y esa otra puerta?

—¿Esa? Una bodega que ordenó Luis excavar, la utiliza de almacén.

—Pero Luis ya tenía otra bodega por algún lado. La policía me contó que tenía algunas botas para criar vino. Recuerdo que aparecieron allí unas piezas de sílex.

—Sí, así es... En la otra ala del cortijo existe otra bodega..., pero sin dolmen incorporado. Por eso, no se encuentra oculta, como ésta.

—Arturo —por vez primera intervino mi madre—. Este lugar es horroroso, dan escalofríos. ¿Cómo has podido vivir en esta madriguera sin volverte loco?

—Ya te he dicho. Salía por las noches, pasaba algún día fuera...

—¿Por qué no me contaste lo de este dolmen?

—No me lo preguntaste, cariño.

—Mamá —les interrumpí—, me contaste que habías pasado algunas noches con papá. ¿Dónde quedabais?

—Una noche, la primera, en un hotel que yo reservé a mi nombre. Las otras dos aquí, en uno de los dormitorios de la hacienda. Aquí pasamos la noche que Cisneros fue salvajemente asesinado.

Creí a mi madre. Mi padre no sacrificó a Cisneros. ¿Quién pudo hacerlo, entonces? Y, por un instante, quise perdonarlo, otorgarle el beneficio de la duda, la presunción de inocencia. Pero no lo conseguí. Sabía que era uno de los asesinos, el más peligroso, quizás... Probablemente, a Cisneros lo devoraría otro de sus competidores. ¿Quién? Pero allí estaba yo, la víctima central, la número siete, entregada a los brazos de la muerte...

—Papá..., si no asesinaste a Cisneros... ¿Quién lo hizo?

—Eso, hija, es algo que no llegarás a descubrir jamás.

En ese momento, apagó su linterna y la oscuridad se hizo total, agobiante, claustrofóbica, como el abrazo viscoso de un pulpo ciego. Me supe en peligro y grité:

—¡Mamá, vámonos de aquí!

La agarré del brazo y tiré de ella hacia la salida. Pero no se movió. Ella aún

confiaba en mi padre. Yo ya sabía que era un asesino.

—Arturo, ¿qué ha pasado? ¿Se te han acabado las pilas?

No obtuvo respuesta. De repente, escuchamos cómo la puerta lateral se abría. Alguien salió de ella y nos enfocó con una linterna de gran potencia que nos deslumbró por completo. Mi padre, situado tras de mí, me agarró con fuerza y noté un pinchazo en el cuello. Inmediatamente, perdí el conocimiento y caí inconsciente al suelo.

XXXI

Tengo frío. No puedo moverme y me cuesta abrir los ojos. ¿Dónde estoy? ¿Qué me pasa? Tardé en percatarme de mi situación. Estoy tumbada en el suelo, desnuda, inmovilizada por completo. Las ataduras me dañan las muñecas y los tobillos. Otra vez, de nuevo amarrada, como en Soto. ¿Y mi madre? ¿Dónde está? Intento llamarla, pero la voz no me sale, la palabra se queda muerta en mis labios. Hice memoria: alguien salió de la puerta lateral, nos deslumbró y él aprovechó para agarrarme y drogarme. Como quizás hicieran con algunas de las víctimas. Los desgarros posteriores impedirían a los forenses encontrar esos minúsculos pinchazos. Porque ya soy una víctima. Me van a sacrificar, voy a morir entre estertores de dolor. Supe del atroz tormento que me aguardaba y quise gritar, desfallecer, llorar. No lo conseguí. Con el miedo agarrado a la garganta, como la garra de un águila a su presa, sólo conseguí emitir un agónico sollozo.

Estaba todo oscuro, húmedo y frío. Me supe sola en aquella dependencia profunda y neolítica. Mi padre era el asesino, logró engañar a mi madre hasta el último instante, pero no a mí. ¿Dónde estaría? ¿Y mi madre?

—¡Ma... má! —apenas si logré balbucear aquellas dos sílabas.

La nada por respuesta. Las víctimas siempre acuden, mansas y sumisas, ante el altar de su sacrificio porque, en el fondo de su ser, desean ser purificadas. ¿Cómo pude ser tan estúpida? ¿Cómo me arrojé a los brazos de mi verdugo? Por mis venas corría sangre de la estirpe de las mujeres sabias del sur y de los druidas del norte. Acumulaba un enorme poder... que aún no había aprendido a utilizar. Tenía tanto que aprender por delante... No podía dejar que me mataran en esa muerte absurda, estéril, inútil. El hombre que me dio la vida se disponía a arrebatármela a cuchilladas, desgarros y mordiscos. El que me sacó del limbo, me arrojaría a los infiernos sin piedad. Y todo por el poder. Por la sabiduría. Por cumplir lo que los ritos neolíticos exigían. Por obtener la legitimidad que precisaba. Cisneros sacrificó a una nieta, mi padre inmolaría a su propia hija. Y comprendí la salvaje lógica del rito primitivo, el galopar desbocado de nuestro ancestro animal, la ansiedad de unos dioses crueles siempre sedientos de sangre, la barbarie de nuestros orígenes. Se equivocaban quienes buscaban en ellos su redención. No se trataba de una invocación a lo natural, sino de una involución al mismísimo corazón de nuestras tinieblas. No era cierto aquello de que cualquier tiempo pasado fuese mejor: por terror a esos ritos sangrientos la humanidad huyó del dolmen, abrazó las nuevas religiones, olvidó los

megalitos...

Escuché un rumor, primero, unas pisadas sordas, después. El reflejo de una luz tenue osciló trémula sobre el techo. Procedería de una vela o de una antigua lámpara de aceite que iluminaría el camino a los heraldos de la muerte. Aterrorizada, levanté la cabeza tanto como pude. Y los vi salir. Mi padre, a la cabeza, desnudo, con algún objeto en cada una de sus manos; detrás de él, otro hombre que no logré identificar. Deduje que me encontraba en el interior del dolmen, entre las tinieblas me pareció advertir las hiladas de la falsa bóveda de la cámara. Comenzaron a entonar una especie de salmodia con un tono gutural muy grave. Me estremecí. La liturgia del sacrificio humano comenzaba. Toda la fuerza de mi sangre, el poder ancestral que albergaba en mi ser, pasaría al nuevo Gran Druida una vez que hubiera devorado mi corazón. La sangre más deseada, el sacrificio más precioso.

—¡No! ¡No! ¡Por favor! —grité, sabedora de lo inútil de mi esfuerzo.

Los oficiantes continuaron con sus cánticos sagrados, con un ritmo cansino muy simple, primitivo, absorbente. El hombre que cantaba detrás de mi padre soportaba lo que me pareció una lámpara de aceite. Reconocí lo que llevaba en la otra mano. Un vaso campaniforme. El séptimo, el último, el destinado a mis vísceras, a mis ojos y a mi corazón, el que descansaría junto a mi cadáver descuartizado. Sentí vértigo, mareo, náuseas. Me retorcí de angustia. Intenté forzar mis ataduras. Chillé como una posesa, hasta que el dolor de mi garganta apagó mis gritos. Comprendí que eso era, precisamente, lo que deseaban. Mientras más gritara y más sufriera, más energía y poder absorbería el rito. Pero yo ya no era dueña de mis actos ni de mis pensamientos. El pánico hizo desertar a mi razón y sólo el salvaje instinto animal de la supervivencia era dueño de mis espasmos y convulsiones.

Llegaron hasta mí y se situaron en cada uno de mis lados, sin dejar de cantar. Depositaron la lámpara a mis pies. La luz confería unos perfiles fantasmagóricos y monstruosos a sus rostros. Mi padre, con la mirada perdida, alzó los brazos, como si invocara a un dios arcano y cruel. Fue entonces cuando descubrí lo que llevaba en sus manos. En una, un cuchillo grande, que parecía de cristal. Cuarzo, cristal de roca, como los del museo. En la otra, una cuchara. Probablemente de marfil. El cuchillo para mi corazón, la cuchara para mis ojos, el dolor y el tormento para mí. El otro hombre, que no reconocía, depositó el vaso campaniforme y la lámpara de aceite a sus pies y levantó también sus brazos al cielo, en recitación conjunta con mi padre. Tumbada, se me asemejaban gigantes monstruosos sobre mí.

De repente, sus cánticos cesaron. El silencio aún me pareció más amenazante

que sus salmodias guturales. Cerraron sus ojos, viajaron en su interior en busca de la comunión íntima con los antiguos. Sólo entonces me percaté del aroma denso, algo parecido al romero o a la albahaca, que provenía de la lámpara. Quizás los celebrantes hubieran consumido narcóticos como preparación para la ceremonia. Agacharon sus brazos, todavía en silencio, mientras permanecían con la mirada en alto. Sus cuerpos se encontraban pintados con líneas y figuras geométricas en rojo y negro, a semejanza de verdaderos demonios. Se miraron entre sí y unieron sus manos. Sólo entonces agacharon su cabeza sobre mí. Parecieron mirarme, sin verme. Asistía atónita, paralizada por el pavor, a aquella ceremonia prehistórica que, sin embargo y, paradójica y sorprendentemente, me resultaba familiar, como si ya la hubiera vivido en alguna ocasión anterior.

Se reclinaron sobre mí. Apenas si vislumbré sus rostros. Acercaron sus caras a la mía, sus labios a los míos. Querían respirar mi aliento, sorber mi espíritu, llenar sus pulmones con mi miedo. Se incorporaron después con lentitud para entonar un nuevo canto, esta vez más rítmico y acelerado. Mi padre levantó la mano con la cuchara al aire, me miró y se agachó sobre mí. Primero me sacarían los ojos y...

Cerré con fuerza mis párpados, como si eso pudiera impedir la mutilación que me cegaría. Quise refugiarme en la oscura y falsa seguridad que me proporcionarían los ojos cerrados, pero, bruscamente, apretándome, haciéndome daño, me los abrieron con rudeza. El acompañante inmovilizó mi rostro con una mano y haciendo pinza con sus dedos, sostuvo abiertos mis párpados. Así, no podría cabecear ni dificultar la extracción de los globos oculares. Condenada a ver, vi como la cuchara se acercaba lenta y firme hacia mí...

Entonces, algo del todo inesperado ocurrió. Escuché fuertes gritos procedentes de la entrada y un ruido de pasos que descendían por las escaleras. Gritos y carreras. Los halos de la luz de potentes linternas cruzaron la estancia en una y otra dirección. Mi padre tardó en reaccionar a la sorpresa. La cuchara rozó mis ojos antes de que ambos sacerdotes se incorporaran bruscamente, tan sorprendidos como deslumbrados. Más gritos y golpes. Desde mi posición, no pude apreciar qué ocurría. Las linternas cayeron al suelo, mientras varias personas luchaban entre sí. Entre la confusión de voces, me pareció reconocer la de Quim. ¡Había venido a salvarme! ¡Leyó mi mensaje y supo interpretar mi señal del móvil! Prácticamente a oscuras, la lucha atronó encarnizada. De repente, un grito desgarrador retumbó en el habitáculo, una voz se trocó en un desgarrar del aire, como si le hubieran cortado la tráquea con la que gritaba. ¿Quién había resultado herido? ¿Quim? ¿Mi padre? ¿Su acompañante?

Alguien corrió escaleras arriba, nadie le siguió. El que escapaba logró salir y de nuevo se hizo el silencio en la sala. Una linterna, que había caído en el suelo,

alumbraba absurda la esquina más apartada. Escuché cómo alguien, aturdido, intentaba incorporarse. No tenía manera de averiguar quién podía ser. Mi suerte dependía de su identidad.

—¿Quim? —pronuncié su nombre a media voz—. ¿Quim? ¿Eres tú?

Nadie respondió. Quien fuera el que trataba de incorporarse, en su aturdimiento, no lograría escuchar mi voz. Al final, escuché su voz.

—¿Jane? ¿Jane? ¿Estás bien?

¡Era la voz de Quim! ¡Estaba salvada!

—¡Quim! —grité loca de alegría.

—¿Jane? ¿Cómo estás? —respondió, ajeno por completo a mí, el eco de su voz.

Quim parecía no reparar en mi presencia, preocupado como estaba por Jane. Los dos lucharon por salvarme, acababan de arriesgar sus vidas por mí. Pero, además de mi sensación a agradecimiento infinito, la punzada de los celos y el desamparo removieron mi corazón. Yo estaba allí, amarrada, a punto de ser asesinada, y era ignorada, preterida en favor de Jane, la única que parecía interesar a Quim...

Quim logró alcanzar la linterna. Alumbró hacia uno de los lados.

—¡Jane!

Seguía sin verlo, pero deduje, por la dirección del sonido de sus pasos, que se dirigiría hacia donde acabaría de descubrir a Jane desvanecida.

—¡Jane! Despierta, por favor. ¡Jane!

Acerté en mis suposiciones. Deseé con todas mis fuerzas que nada le hubiera ocurrido a mi salvadora. El grito degollado pareció de varón, pero, quién sabía si fue ella la que resultara herida en la feroz contienda que a oscuras libraron raptos contra salvadores.

—¿Quim...? — la voz confusa de Jane iluminó de esperanza la oscuridad sideral del dolmen—. Quim...

—Jane... ¿Cómo estás? —y me pareció que la abrazaba y que la besaba—. ¿Estás bien?

—Quim... me duele la cabeza, estoy mareada...

—Te empujaron y te diste un golpe en la cabeza... Ahora ya estás bien... ¿puedes levantarte?

—Sí, estoy bien... pero déjame todavía un rato sentada, hasta que me recupere por completo.

Me sentí absurda, ninguneada, despreciada. Arriesgaban su vida por mí y, una vez conseguido, ni siquiera se dignaban preguntar cómo me encontraba. Y los celos, Dios, cómo quemaban...

—Creo que he matado a Stefan, el alemán. Arturo pudo escapar...

—Arturo escapó... —la voz de Jane, cada vez más clara y firme, evocó decepción—... Sigue vivo, puede regresar...

—No creo. Ahora intentará poner tierra de por medio.

Mi padre logró escapar... Mi vida seguiría, entonces, en peligro...

—¡Quim! —grité lo más alto que pude—. ¡Jane!

—Artafi... — ahora sí, Quim se dirigió a mí—. Pudimos llegar a tiempo, lo hiciste todo muy bien.

Se incorporó para acercarse hasta mí. Me alumbró con su linterna y sólo entonces reparé en que estaba desnuda. Inconscientemente, traté de cubrirme, sin recordar que me encontraba inmovilizada por completo. La luz giró entonces para alumbrar a otro punto de la sala.

—Ahí está el cerdo de Stefan... Degollado.

Jane no respondió. Aún lucharía por despejar las brumas de su conmoción. Quim se acercó hasta mí.

—Veo que estás bien —se agachó—, voy a liberarte; estas cuerdas te estarán haciendo mucho daño.

—Gracias, Quim, muchas gracias...

Quim cortó las ataduras que aprisionaban mis muñecas. Después bajó hasta mis tobillos. Mientras yo me liberaba de los restos de cuerdas y masajeaba mis muñecas, Quim comenzó a cortar uno de los nudos. Sentí cómo la sangre volvía a circular hasta mis manos y deseé imperiosamente abrazarlo, besarlo, hacerlo mío...

—¡Quim! ¿Qué haces? —el grito enojado de Jane nos sobresaltó.

—Estoy soltando a Artafi. Me cuesta, los nudos están muy fuertes y...

—¡Detente! ¡No lo hagas, no la sueltes!

—Pero..., ¿por qué? Las rozaduras de las cuerdas la han hecho sangrar.

—Déjala amarrada, te he dicho...

Quim obedeció, sumiso, las órdenes de Jane, y yo permanecí atada por uno de mis tobillos, sin entender qué es lo que ocurría en esos momentos. Cubrí como pude mi desnudez con los brazos y opté por permanecer callada, a la espera de que los acontecimientos aclararan mi situación. Escuché entonces cómo, con esfuerzo y dificultad, Jane se incorporaba para acercarse hasta nosotros.

—Jane... ¿por qué no quieres que la libere? ¿Qué piensas hacer con ella?

—Déjame que lo piense, estoy aún aturdida...

—Pero..., ¿qué es lo que tienes que pensar?

No respondió. Se acercó hasta mí y me alumbró con su linterna. Yo, que me encontraba sentada, apreté mis brazos, pudorosa.

—Jane —me dirigí a ella con modestia—, te agradezco mucho que me hayas salvado. Deja que me suelte, por favor, estoy dolorida, tengo frío...

—Te avisé. Tu padre asesinó a Cisneros, su sexto sacrificio. Sólo le quedabas tú... ¿Cómo viniste hasta aquí?

—Mi madre me convenció. Mi padre no mató a Cisneros.

—¿Cómo puedes afirmar eso?

—Porque mi madre pasó con él esa noche y no le abandonó ni un segundo.

—¡Tu madre miente!

—No, no miente, de eso estoy segura...

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé... Bajamos juntas, pero, de repente, mi padre me narcotizó y cuando desperté me encontré sola aquí, amarrada y preparada para el sacrificio.

—¿Lo ves? Fue ella la que te engañó y te atrajo hasta tu padre...

—Hay una puerta lateral... —recordé en ese instante—. Stefan, o como quiera que se llame, salió de allí... Quizás mi madre esté ahí, apresada...

—¡Voy a ver! —se apresuró Quim—. Vamos a descubrir qué se esconde tras esa puerta.

—¡Espera! No te muevas. Ata de nuevo a Artafi.

—¿Atarla? Pero, ¿para qué, Jane?

—Te he dicho que la quiero amarrada de nuevo —pronunció con lentitud la francesa, arrastrando cada una de las palabras—. ¡Ya!

—Haré lo que me pidas, Jane, lo sabes. Pero no lo entiendo. Nuestra misión era protegerla y...

—Nuestra misión ha cambiado. La... la salvaremos de otra manera...

—¿Cómo?

—Ahora te lo explicaré todo. Amárrala de nuevo, por favor. Fuerte, que no se mueva.

Las luces de las linternas, al bailar en el techo y paredes, me mareaban. Apenas si pude descubrir el gesto de sus caras, pero en el escaso segundo que la luz iluminó a Jane, vi su mirada enloquecida, posesa. Ya no se trataba de la mujer dulce y sensual, inteligente y culta que me había seducido. Vi el rostro de una bruja excitada ante el aquelarre. Y entonces comprendí lo que allí ocurría. Jane me sacrificaría para comer mi corazón y adquirir todo el poder de la sangre. Quizás ella fuera la verdadera asesina de Cisneros...

Quim se acercó a mí, sumiso ante el poder de la sacerdotisa.

—Quim..., no lo hagas, por favor... Jane va a sacrificarme.

—¿Sacrificarte? —y dejó la pregunta en el aire, como si él también buscara respuesta—. Jane está para protegerte. Ella está contra los sacrificios humanos, abandonó la Orden por no compartir esos ritos prehistóricos y...

—¡Ha cambiado! —grité desesperada—. Lo percibo, irradia otra energía. Quiere convertirse en la Gran Druida...

—Quim —ordenó Jane—. Basta ya de conversación absurda. Amárrala...

—¡¡No, no lo hagas —supliqué—, por favor!!

—Tengo que hacerlo..., Artafi, pero seguro que será por tu bien y...

—Quim, hazlo por mí —supliqué—, sabes que te quiero, que existe algo entre nosotros.

La carcajada de Jane embadurnó de íntimo oprobio hasta la última molécula de mi ser. La humillación que experimenté con sus palabras y su burla aún me escoció más que las ataduras y el riesgo.

—¿Algo entre vosotros? Por favor, Artafi, no nos hagas reír. Eres una tonta que cae rendida ante el primer hombre que le sonrío.

—Calla, Jane, por favor —suplicó avergonzado Quim.

—¿Ahora me pides que calle? —y dirigiéndose a mí me gritó despectiva—. ¿No querías saber toda la verdad? Pues te diré toda la verdad, aunque te duela. Porque la verdad siempre hiere, ¿acaso no lo sabías? Quim te engañó, para someterte a su voluntad, a nuestra voluntad. Se reía de ti, nos reíamos de ti, mientras hacíamos el amor, él y yo.

Rompí a llorar. Me creí bruja, pero yo no era otra cosa que una basura, un desperdicio; un esperpento al que ridiculizar.

—Mira tu cuerpo, vulgar y rellenito —y me alumbró—. ¿Crees que tú podrías aspirar a un hombre como Quim? Imbécil, no eres más que una pobre mujer. Quim me ama a mí. Díselo, Quim.

—Es verdad —musitó en voz baja—. Pero no hace falta que humillemos más a Artafi y...

—¡Amárrala!

Quim dudó, pero su deber de obediencia a Jane, o su amor por ella, terminó venciendo el duelo que efímeramente libró contra sus remordimientos.

—Túmbate, Artafi, así nos será más cómodo a los dos.

Lo hice. Nada tenía sentido para mí. Cuanto antes termináramos aquello, mejor. Quim comenzó a amarrarme de nuevo el tobillo que tenía libre. Mientras lo hacía, Jane alumbró de nuevo mi cuerpo. Percibí cómo me despreciaba, cómo se sentía superior, infinitamente superior a mí: ella, cuerpo de gacela, yo cuerpo de rana; ella, tipo de princesa, yo, hechuras de fregona. Y, entonces, tuve una visión clarividente. Quizás Quim no supiera que ella fue la que sacrificó a Cisneros. El hierro candente de la humillación, activó mi instinto de supervivencia. Sólo tenía una opción para salvar mi vida, y tenía que explotarla.

—¡Quim! ¡Jane te engaña! ¡Ella mató a Cisneros!

—Artafi —y quiso poner un punto de dulzura en su voz—, ya te ha dicho que no lo hizo. El asesino fue tu padre, ya deberías saberlo.

—No. Mi padre estuvo con mi madre esa noche. Piensa ahora en ti. ¿Estuviste

tú con ella? No, no estuviste con ella, ¿verdad? ¿Y no lo ves raro?

Quim, que ya me ataba mi mano izquierda, pareció reflexionar. Sin duda, mi intuición había sido acertada.

—Quim, ¿por qué te detienes? —preguntó irritada Jane.

—Jane —y la alumbró con su linterna—, esa noche me enviaste a Alberite. Me dijiste que allí me aguardaban para un sacrificio, que tú no querías ir, que te negabas a derramar más sangre.

—Así es. ¿A qué viene eso ahora? ¿Te vas a dejar engañar por las palabras de una zorrita idiota?

—Déjala ahora a ella, respóndeme a mí. Fui allí, hasta el dolmen de Alberite, y nadie apareció. En teoría debía haber sido el sexto sacrificio. Yo, al menos, no sabía que Cisneros había organizado simultáneamente el séptimo.

—Termina de amarrarla y no divagues más, por favor.

—Cuando regresé a casa esa madrugada te encontré despierta, alterada. Habías puesto una lavadora. Jamás lo haces a esas horas. ¿Por qué?

—¡Para lavar la sangre de Cisneros! —grité con convencimiento—. Ella engañó a Cisneros. Le dijo que ella officiaría contigo el sexto sacrificio y que se lo comunicaría una vez concluido para que él pudiese officiar el séptimo. Ya sabes lo que ocurrió. Te envió allí para quitarte de en medio y se acercó a escondidas hasta el dolmen de Soto. Sabía que mi sacrificio no tendría lugar. Y sola, o con ayuda de otro cómplice, aprovechó la oportunidad para acabar con Cisneros tras mi huida. Probablemente, su idea hubiera sido la de sacrificarme a mí también, pero al escapar, se tuvo que conformar con el sexto, y aguardar tiempos mejores. Tenía la coartada perfecta. Mi padre y tú se la proporcionasteis.

—No le hagas caso, está loca —gritó con evidente nerviosismo la francesa.

—Jane... Lo que dice Artafi tiene cierta lógica... Me enviaste a Alberite. Cisneros pensaba que tú estarías allí conmigo y esperaría tu llamada para confirmar el sexto sacrificio. Pero tú lo engañaste, nos engañaste a todos. Merodearías el dolmen de Soto, a la espera de tu oportunidad. Y la oportunidad se presentó. Has sido la más inteligente. Has jugado con tu relación a dos bandas entre Arturo y Cisneros para ir situándote en el escalafón de salida. Ellos te hicieron el trabajo sucio y preparatorio, mataron en las cinco primeras ocasiones y tú solo decidiste actuar al final. Y me utilizaste a mí. Me creí tu discurso de dejar correr los sacrificios para salvar en última instancia a Artafi. Nos has traicionado a todos...

—Quim —y la voz de Jane sonó humilde, mansa, mientras se acercaba a él—. Pero, ¿qué dices? ¿Cómo podría yo traicionarte? Te amo. Empezaremos nuestra nueva vida cuando termine esta rueda sagrada. Ya queda poco.

Quim levantó su mirada hacia Jane, que había llegado hasta él. Se arrojó en sus

brazos, para besarlos con pasión. Quim, derrotado por su amor, se inclinó sobre ella y le acarició el cabello, mientras se perdía en la miel de sus labios. Esa reconciliación significaba mi sentencia de muerte. Quise indisponer a Quim contra Jane, por su evidente traición, pero su amor ciego lo arrastró de nuevo ante su voluntad. Nada me quedaba por hacer, sino esperar el suplicio. Pero, entonces, algo ocurrió. El grito sordo de Quim desgarró el velo silente de la sala para caer al suelo mientras Jane lo acuchillaba sin piedad.

—Por imbécil, por imbécil —repetía la francesa mientras le cosía a puñaladas—. Lo pudiste tener todo y en nada te quedas.

La bruja estaba enloquecida. Degolló a Quim cuando estaba ya en el suelo. Sólo entonces me miró. Se incorporó, me alumbró con la linterna y se me acercó. Yo me encontraba semitendida, con los dos pies amarrados y la muñeca izquierda de nuevo atada por Quim. Sus ojos brillaban con la furia excitada de una tigresa a punto de saltar sobre su víctima.

—Y ahora, querida, te toca a ti.

Pero Jane supo contener su ímpetu animal y no se precipitó sobre su víctima. Se supo una Gran Druida, no una vulgar asesina, ante la ceremonia sagrada que le conferiría el poder. Era consciente de que tenía tiempo y que el séptimo sacrificio, el que cerraba la rueda sagrada, debía celebrarse según la liturgia de los antiguos. Yo asistí, inmovilizada por el terror, a sus preparativos. Se desnudó mientras musitaba extrañas oraciones en una lengua antigua, prehistórica. Con la sangre derramada de Quim se pintó varias líneas en su cuerpo, pinturas ceremoniales, sin duda. Se movía al compás cadencioso de sus salmodias. Después se hizo el silencio. Y entonces se acercó a mí, con el cuchillo en su mano. Era de cristal de roca, sin duda el mismo que mi padre había dejado abandonado en su huida. Se dispuso para el sacrificio. Toda mi energía, todo el poder que yo atesoraba, le pertenecería una vez que hubiera devorado mi corazón. Se agachó a mi lado y levantó el puñal neolítico dispuesta a asestar la primera cuchillada a la víctima propiciatoria. Me lo clavaría en la boca del estómago y rasgaría después hacia el pecho, para que mi suplicio y agonía fueran dolorosos y prolongados. Después, arrancaría mi corazón aún vivo. Sólo así se cumpliría el rito, solo así toda mi legitimidad pasaría a ella.

Mientras así procedía, con mi mano libre logré asir el vaso campaniforme situado a mi derecha. En el instante en el que iba a descargar el golpe con el cuchillo levantado sobre mi pecho, proferí un agudo grito que pareció paralizarla durante una décima de segundo y giré sobre mí con todas las fuerzas que conseguí reunir. Tuve suerte y logré golpearla con la cerámica en su rostro. El vaso saltó en mil pedazos, destrozado por el fuerte impacto. El corte en mi mano me hizo sangrar. Jane cayó al suelo aturdida, y casi inconsciente por el mazazo

que le acababa de propinar. Aproveché ese instante para desatarme la otra mano. Con el cuchillo de cristal de roca que encontré junto a mí, logré cortar las amarras de uno de mis tobillos. Pero, cuando me disponía a librarme por completo, Jane saltó sobre mí, con la fuerza de una posesa, con intención de arrebatarme el puñal sagrado. Forcejeamos con la desesperación consciente de la lucha a vida o muerte. Y, entonces, en un golpe de suerte, logré tumbarla. Le clavé el puñal en el estómago. Y, con un grito ahogado, me soltó para llevarse sus manos hasta la herida mortal. Sin compasión ni duda, volví a clavársela una, dos, tres veces, cegada por aquella ordalía de sangre. Y cuando la tuve agonizante a mis pies, desnuda y ensangrentada, algo horroroso, inexplicable, mágico y sagrado ocurrió. Lo imposible tomó forma y se encarnó en ese dolmen oculto bajo una hermosa hacienda del Aljarafe sevillano.

XXXII

Después, me sentí libre. Tranquila. Plena. Con la linterna iluminé la sala, convertida en el escenario dantesco de un sangriento aquelarre. Los despojos de la carnicería yacían desangrados sobre el suelo. Jane, Quim, el tal Stefan. Los miré y no sentí nada. Ni asco, ni miedo, ni dolor, ni arrepentimiento. Ellos quedaban allí, yo emergía desde el seno de la tierra, renacida desde la matriz del dolmen. Al incorporarme, noté cómo la sangre recorría mi rostro. Sangre propia, sangre de Jane, ¿qué más daba? Recorrí el corredor hacia la salida del dolmen y, una vez en la habitación de distribución, donde fui inmovilizada y drogada, me detuve a tomar aire. Sin prisas, alumbré cada palmo de su suelo. En una esquina, me pareció que la tierra del suelo estaba removida. Me acerqué y tuve la certeza de que Lola, Lola Beltrán, se encontraba allí enterrada, a la entrada del dolmen, como una ofrenda más a los dioses arcanos. Y recordé las diecinueve jóvenes sepultadas en el corredor del dolmen de Montelirio, con sus ricos trajes de novias, como ofrendas humanas al servicio del gran señor enterrado en la cámara. Por vez primera me estremecí. Lola, Lola Beltrán. Ella no tuvo que morir, su muerte fue estéril, redundante, absurda, cruel. Absurda y cruel como ninguna otra en aquella necesaria rueda litúrgica. Pobre, que descansara en paz.

Tras la oración, me dirigí hacia la habitación lateral. Mis pasos dejaron tras de sí un reguero de sangre. La puerta estaba abierta. Iluminé su interior y comprobé cómo un pasillo se adentraba en las profundidades de la tierra. Avancé por él. Se abrían estancias laterales. En la primera, saltó una sorpresa. Sobre el suelo se encontraban depositadas cientos de piezas arqueológicas. De un simple vistazo pude comprobar que se trataba de ajuares calcolíticos, posiblemente encontrados en el mismo dolmen. Una de las incógnitas que nos atormentaron al inicio de los sacrificios rituales quedaba resuelta. Luis Gestoso, al excavar el dolmen bajo su hacienda, encontró un fabuloso ajuar funerario del Calcolítico, quién sabe si el mayor nunca encontrado. De ese tesoro de casi cinco mil años de antigüedad procederían los vasos, cuchillos de cuarzo y piezas de marfil que habrían sido utilizados en los sacrificios oficiados. Posiblemente, Cisneros nunca llegaría a conocer la procedencia exacta de los vasos campaniformes, aunque seguro que la intuyó. Al fin y al cabo, él ya descubrió que la hacienda de Rafael Alfaros, en la sierra de Córdoba, estaba construida sobre un dolmen. La riqueza prehistórica contenida en aquella sala colmaría con creces el oscuro objeto del deseo, el sueño anhelado del más experimentado y ambicioso de los arqueólogos. Cientos de piezas cerámicas — muchas de ellas vasos campaniformes—, tallas, joyas,

marfiles, huevos de avestruz, tallas de sílex, armas votivas de cobre, se mostraban en un perfecto estado de conservación. Comprendí que me aguardaban con paciencia y silencio milenario. La espera de miles de años acababa de concluir: serían mías para siempre. Sostuve en mis manos un fabuloso puñal de cristal de roca, imbuido en una soberbia empuñadura de marfil. La perfección de la talla lo convertía en una joya, en una de las mortíferas joyas con las que se habían oficiado los sacrificios sagrados.

Abandoné la sala para avanzar hacia los adentros de la tierra. Al alumbrar la siguiente dependencia no pude evitar un grito por la impresión. Varios cráneos humanos, con sus esqueletos perfectamente colocados sobre el suelo, me contemplaban. Me repuse y los alumbré con mayor detalle. Eran antiguos, probablemente los restos de los enterramientos del dolmen. Una familia poderosa, en consonancia con el regio ajuar funerario que los acompañó. Luis Gestoso quiso mantener su recuerdo, permitir que continuaran reinando en su lóbrego reino sepulcral.

El pasillo continuaba con un giro a la izquierda. Una reja metálica, a modo de barrotes de presidio, cerraba la última de las dependencias. Me pareció escuchar una voz, como un tenue quejido lastimoso, que procedía de su interior. Me acerqué. Mis pasos y la luz de la linterna alertaron a quien se encontraba allí dentro, encerrada. Antes de verla, antes de escucharla, supe a quién encontraría en su interior.

—¡Mamá! —grité, clarividente, antes de llegar—. ¿Estás ahí?

Escuché cómo alguien se incorporaba.

—¿Ar... Artafi? —balbuceó incrédula—. ¿Eres tú?

Llegué hasta la reja que cerraba aquella mazmorra. Unas manos se aferraban a los barrotes. Eran las de mi madre. La iluminé y ella cerró los ojos, deslumbrada. Llevaba mucho tiempo sumida en la oscuridad más absoluta y le costaría acostumbrarse a la luz, por tenue que fuera.

—Soy yo, mamá. He venido a sacarte de aquí.

Mi madre, incapaz de responder, rompió a llorar, aflorando todo el pánico y la desesperación sufridos en su reclusión. Mientras ella se desahogaba, intenté abrir la puerta. Estaba cerrada por un gran candado. ¿Dónde estarían las llaves? No podrían estar lejos, tanto mi padre como Stefan salieron desnudos de esa galería. No me costó encontrarlas. Se encontraban colgadas a unos metros de la reja. Mi madre, aún en conmoción, tardó en reaccionar cuando, tras abrir la cancela, le dije:

—Mamá, eres libre. La pesadilla ha terminado, regresamos a casa.

Sólo entonces, se arrojó a mis brazos para besarme.

—Hija, estás desnuda, ensangrentada. ¿Qué te ha pasado?

—Es una historia larga, ya te la contaré. Ahora, salgamos de aquí.

—Espera. Arrojaron tu ropa aquí dentro, la he abrazado todo este tiempo. Mira, ahí está.

Me vestí en silencio, casi sin limpiar la sangre que por entero me cubría.

—Vamos ahora, mamá.

Me siguió sin apartarse de mí ni pronunciar palabra. No alumbré la sala de las calaveras, por no aterrorizarla aún más de lo que se encontraba. Al salir a la sala de distribución, mi madre me preguntó:

—Artafi... ¿qué ha pasado ahí dentro? —y señaló hacia la entrada del dolmen.

—Intentaron sacrificarme. Pero no lo lograron.

—Y... ¿y tu padre?

—Es una historia larga, que te contaré en otro instante. Está vivo, logró escapar.

Tardó en asimilar mis palabras y quiso comprobarlo por sí misma.

—¿Me dejas entrar al dolmen? Quiero ver lo que hay dentro.

—Entra. Encontrarás lo que te figuras. Él no está.

—Déjame la linterna.

Se la pasé. No quise impedir que supiera. Era una de los nuestros, ella comprendería, al fin y al cabo.

Linterna en mano, anduvo entre los despojos sanguinolentos de los cadáveres, sin pronunciar palabra alguna.

—Ahora, hija, podemos marcharnos —me dijo mientras me devolvía la linterna.

Ascendimos la escalera y salimos a través del hueco de la librería. Después cerramos con sumo cuidado la trampa, hasta hacerla invisible por completo. Recogí el móvil que había dejado como señal y repasé concienzudamente el lugar, para comprobar que no dejábamos rastro alguno. Nadie debía encontrar nunca la entrada a aquel espacio secreto y sagrado. Salimos al exterior y dejamos el hueco del cercado bien cubierto por la maleza que lo protegía. Aceleramos el paso en nuestro camino campo a través hasta llegar adonde habíamos dejado el coche aparcado. Teníamos que regresar a casa antes de que amaneciera. Al día siguiente haríamos vida normal y la policía nunca llegaría a sospechar de nuestra salida. Decidí conducir yo.

—Hija, sólo quiero hacerte hoy una pregunta.

—¿De verdad quieres hacerla, mamá?

—Sí.

—Pues hazla, si así lo deseas.

—No reconocí a ninguno de los tres muertos que encontré en el dolmen. No

me interesa saber cómo murieron, ni quiénes eran. Pero hay algo que sí quisiera conocer.

—...

—Veo que no quieres hablar, lo haré yo, entonces. La mujer yacía sobre lo que parecía un altar. Tenía el pecho abierto. A su lado descubrí los restos de su corazón, parcialmente devorados, sobre los restos de un vaso campaniforme destrozado, tal y como ocurriera en todas las liturgias anteriores. Alguien la sacrificó ritualmente, alguien se comió después sus vísceras... ¿Quién lo hizo?

—...

—Ya que no me respondes, hija mía, límpiate, por lo menos, la sangre de tu boca.

EPÍLOGO

Sin pruebas todavía, lo sé. Estoy embarazada de una niña. Será mi única hija, como desde siempre ocurriera con las de mi estirpe. Le enseñaré en secreto los arcanos de los dólmenes, los misterios de la naturaleza y de los cielos. La prepararé en secreto para alcanzar la sabiduría mientras se cría en apariencia como cualquier otra niña más. La saga de las mujeres sabias continuará así con ella.

Sonrío. No me costó nada convencer a Boyle para que me acompañara a la Peña de los Gitanos, en Montefrío, con la excusa de indagar el destino de Quim Houdín. Todos lo consideran desaparecido, sólo mi madre y yo conocemos su fatal paradero. Una vez que estuvimos a solas, en la necrópolis, lo seduje a la entrada de uno de los dólmenes mayores. Cayó con facilidad en mis brazos, exprimí su placer y su semilla germinó en mi vientre. El rito de la fertilidad cumplió fielmente, una vez más, con su cometido. Jamás sabrá que la hija que espero es suya. Bueno, suya y también, de alguna manera, del Quim que me mostró con emoción aquel lugar mágico.

Pasado un tiempo prudencial, la Orden comprará la hacienda de Luis Gestoso. La mantendremos y custodiaremos como el lugar sagrado que es. Uno de los hermanos vivirá allí, nadie llegará a sospechar nunca el misterio que alberga en su seno. Durante las próximas décadas la entrada a su dolmen permanecerá sellada, nadie profanará su oscuridad ancestral. Abajo reinará la soledad de los muertos sin espíritu. Ellos son nosotros, ya.

La policía sospecha de mí, pero no ha encontrado motivo alguno para imputarme. El caso se archivará y la memoria de la dama negra de los dólmenes se perderá enterrada bajo las urgencias informativas de cada temporada. Mi padre regresó, sano y salvo. Hoy vive con mi madre, en un noviazgo permanente. Una vez reconocida como Gran Druida, me valora, admira y respeta. Soy su líder y me acepta con orgullo, al igual que el resto de los miembros de la Orden. Al reaparecer, tuvo que responder a mil preguntas de la policía, que nunca pudo probar nada en su contra. Sus coartadas, sólidas y solventes, impidieron ningún cargo contra él. Puede que aún esté vigilado, pero nada encontrarán para su imputación. La policía nunca logrará adentrarse en los misterios del dolmen. Poco a poco el asunto será olvidado y ningún crimen nuevo ensangrentará el suelo de nuestros megalitos. Los asesinatos de los dólmenes pasarán a la leyenda como un caso más sin resolver. De Alfredo

Gutiérrez nunca supe nada más. Algo me dice que yace bajo tierra, pero no removeremos ni un grano de arena en su busca. ¿Quién lo mató? Alguno de los nuestros, supongo, ¿qué más da? No volverá a suceder y eso es lo importante.

Somos gentes de paz, trabajaremos desde las sombras para iluminar a la humanidad. La gente de los megalitos aportaremos sabiduría a una humanidad que se aleja de lo real para entregarse a lo virtual, en un camino sin retorno. Somos más necesarios que nunca; por algo, el dolmen simboliza nuestro enraizamiento en la tierra, nuestro agarre místico a la naturaleza. Somos necesarios, decía, y sabremos estar a la altura de las circunstancias. Cada día son más las personas que se acercan al dolmen en busca de las respuestas que el siglo de la tecnología no les ofrece. Nosotros sabremos, a través de inocentes cofradías y asociaciones culturales diversas, canalizar y orientar su energía. Organizamos ofrendas en los solsticios ante los dólmenes principales y en cada ocasión es mayor el número de personas que participan con nosotros. Pedimos los permisos y nos los conceden, pensando que somos unos extravagantes esotéricos más. Pobres, no se enteran de nada. El dolmen vuelve para encontrar, de nuevo, su sitio.

La rueda ritual del siete no se volverá a activar. Dejaré bien ordenada mi sucesión, nadie tendrá que legitimar su liderazgo ante el vacío de poder. Mi hija será la próxima Gran Druida. A ello me dedicaré, no permitiré que reniegue de nuestro mundo como hicieron mi madre y Jane. No más horror, no más sangre.

La vida continuará y nadie sospechará jamás de nosotros. Nos confundiremos y sumergiremos en el bullicio y la precipitación del siglo. Como personas normales del Aljarafe sevillano viviremos en la sagrada Valencina de la Concepción, en cualquiera de sus casas unifamiliares. Y cada segundo domingo de octubre asistiremos, festivos y gozosos, a la romería en el santuario de Torrijos, una antigua alcairía árabe fortificada, en el que se venera a la Virgen de la Estrella y al Cristo de Torrijos. Lugar santo hoy, lugar santo en el pasado. Y comeremos, como todos, manta doblá, el pastel andalusí típico de Valencina y cenaremos en la Venta Bobito, abierta desde 1890 y restaurante emblemático de la localidad. Seremos, aparentemente, como todos, aunque alberguemos en nuestro ser el ancestral secreto de sus megalitos.

Si durante dos siglos la capital de la Orden Dolménica se mantuvo en Rennes, hoy está en mi tierra, cuna del megalitismo europeo. Soy poderosa, emplearé bien mi fuerza y sabiduría. Sólo albergo un temor. Sé que, tarde o temprano, tendré que pagar un tributo de sangre infantil por tanto cuanto se me ha dado. Y sé que, como todas las de mi estirpe, deberé comulgar con su carne joven, rejuvenecer con ella. Lo haré, protegida por las tinieblas de la luna nueva. ¿Bruja? ¿Y qué importan los nombres? Así fue desde el inicio de los tiempos y

así seguirá siendo mientras el primer rayo de sol alumbre, en el orto del solsticio, nuestro dolmen interior. Pero eso no se lo contaré a mi hija. Eso no, por ahora, desde luego.

Y espero que, cuando el vuelo caprichoso de una mariposa amarilla anuncie mi viaje final, ella permanezca junto a mí, al igual que yo lo estuve con su bisabuela. Ojalá me acaricie las manos, y bese con ternura mi frente, mientras abandono este mundo y me adentro en los espacios luminosos que nutren de energía al dolmen propio, a ese dolmen misterioso que, primigenio, desde el mismo albor de los siglos, a todos nos aguarda, espléndido, poderoso y paciente.

*La Almuzara, Córdoba,
agosto 2015 - agosto 2017*